LUIS E. ÍÑIGO

HISTORIA DE OCCIDENTE

Historia de Occidente

Luis E. Íñigo

PUNTO
DE VISTA
EDITORES

ISBN: 978-84-15930-92-1
© Luis E. Íñigo, 2016
© Punto de Vista Editores, 2016
http://puntodevistaeditores.com
info@puntodevistaeditores.com
Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

ÍNDICE

BIOGRAFÍA DEL AUTOR
PRIMERA PARTE - LAS RAICES
- CAPÍTULO PRIMERO - Polvo de estrellas
- CAPÍTULO SEGUNDO - La primera revolución
- CAPÍTULO TERCERO - Reyes y dioses

SEGUNDA PARTE - EL NACIMIENTO
- CAPÍTULO CUARTO - El alba de Occidente
- CAPÍTULO QUINTO - El florecimiento de la civilización occidental
- CAPÍTULO SEXTO - De Júpiter a Cristo

TERCERA PARTE - LA CRISIS
- CAPÍTULO SÉPTIMO - La Edad de las Tinieblas
- CAPÍTULO OCTAVO - Luz en la oscuridad
- CAPÍTULO NOVENO - El otoño de la Edad Media

CUARTA PARTE - EL REENCUENTRO
- CAPÍTULO DÉCIMO - Descubriéndonos de nuevo
- CAPÍTULO UNDÉCIMO - Crisis de identidad
- CAPÍTULO DUODÉCIMO - Occidente frente al espejo

QUINTA PARTE - LA LUCHA
- CAPÍTULO DECIMOTERCERO - Revolución o muerte
- CAPÍTULO DECIMOCUARTO - Las espadas en alto
- CAPÍTULO DECIMOQUINTO - El triunfo de Occidente

SEXTA PARTE - LA DUDA
- CAPÍTULO DECIMOSEXTO - ¿Qué es, entonces, Occidente?

BIOGRAFÍA DEL AUTOR

Luis Enrique Íñigo Fernández nació en Tendilla (Guadalajara), en 1966. Licenciado y doctor en Historia, ha sido durante dieciséis años profesor de Secundaria y es en la actualidad inspector de Educación. Colabora también como profesor del Máster en Dirección, Innovación y Liderazgo de Centros Educativos de la Facultad de Ciencias Sociales y de la Educación de la Universidad Camilo José Cela y dirige dos colecciones de libros divulgativos en la Editorial Nowtilus.

En los últimos años ha desplegado una intensa labor como escritor, en la que ha tenido cabida la investigación (*Melquíades Álvarez: un liberal en la Segunda República*; *La derecha liberal en la Segunda República española*), la divulgación histórica (*Breve Historia de España, Breve Historia del Mundo, Breve Historia de la Segunda República española, Breve Historia de la Alquimia, Breve Historia de la Revolución Industrial, Breve Historia de la batalla de Trafalgar, Breve Historia de la batalla de Lepanto*), la biografía (*Francisco Franco. La obsesión por durar*), el ensayo histórico (*España: historia de una Nación inacabada*; *La España cuestionada: Historia de los orígenes de la Nación española*), la novela (*El Plan Malthus, La Conspiración Púrpura, La Profecía del Juicio Final, Liber Hyperboreas*) e incluso los cuentos infantiles (*Cuentos para la hora de comer*).

PRIMERA PARTE

LAS RAÍCES

CAPÍTULO PRIMERO

Polvo de estrellas

"¿Qué hay en una estrella? Nosotros mismos. Todos los elementos de nuestro cuerpo y del planeta estuvieron en las entrañas de una estrella. Somos polvo de estrellas."

Ernesto Cardenal, Cántico Cósmico.

La primera vez del mundo

Desde tiempos muy remotos, enfrentado a la inmensidad de la noche sin más compañía que la tenue luz de las hogueras, o atemorizado por la fuerza desatada de los elementos, el hombre dio en pensar en el porqué de su existencia y la de cuantos seres, animados o inertes, observaba a su alrededor.

Sus primeras respuestas, aún por descubrir el frío lenguaje de la razón, nos encandilan con la candorosa ingenuidad del mito. La humanidad, incapaz de entender todavía las misteriosas leyes que gobiernan el universo, construyó orbes imaginarios regidos por la voluntad caprichosa de dioses hechos a imagen y semejanza de cuanto la rodeaba, rostros humanos o animales para las potencias naturales que la sometían bajo su yugo. Y los hombres hicieron de esos dioses la causa primera y el fin último de sus desvelos. Cada clan, cada pueblo, cada cultura acuñó su propia leyenda sobre la creación.

Todas esas leyendas se parecen mucho, aunque no resulta muy difícil descubrir en ellas los elementos característicos del entorno en el que se gestaron. Así, los egipcios, que todo lo debían al benefactor Nilo, colocaban a su dios creador Atum sobre una colina que emergía del océano primordial, como sus aldeas lo hacían cada

año tras la crecida estival que inundaba sus feraces tierras de labor. El *Popol Vuh* de los mayas nos enseña, sin embargo, que, tras fracasar en sus intentos de valerse de otros materiales, como el barro o la madera, los dioses hicieron al hombre de maíz amarillo y blanco, el cereal al que debían su sustento los pueblos del Nuevo Mundo. Y un hermoso mito de creación de los inuit, sempiternos habitantes de las gélidas regiones árticas, narra cómo, hace mucho tiempo, un hombre, despechado por la negativa de su hija a aceptar el matrimonio que había concertado para ella, la arrojó al mar desde su canoa. Cuando la muchacha se agarró a la borda para no ahogarse, el padre fue cortando pedazos de su cuerpo, que se convirtieron, uno tras otro, en animales marinos, los mismos que, generación tras generación, han alimentado a los inuit.

Así imaginaban los pueblos primitivos la *primera vez del mundo*, como gustaban de llamarla los egipcios. Pero, para desgracia de los románticos incorregibles, la realidad es mucho más prosaica. Hoy sabemos con alguna certeza, toda la que la ciencia, siempre sujeta a revisión continua de sus conclusiones, puede ofrecernos, que el universo nació hace miles de millones de años con una súbita explosión, el *Big Bang*. Allí, en ese mismo instante, tuvieron su origen el tiempo y el espacio, y la materia y la energía, antes concentradas en un punto sin dimensiones, iniciaron una expansión que ya nunca se detendría.

Poco a poco, la materia primigenia fue concentrándose. Surgieron primero los átomos más simples, los de hidrógeno, y la gravedad fue acercándolos entre sí hasta que su extrema proximidad y las colisiones incesantes entre ellos empezaron a unirlos para crear elementos más pesados, generando en el proceso una luz cegadora y un inmenso calor. La gravedad y el calor se compensaron y dieron lugar a objetos de forma más o menos esférica. Así surgieron las estrellas.

Como los seres vivos, las estrellas nacen, envejecen y mueren. De sus restos surgen otras nuevas, más calientes y densas, y los átomos que producen, sencillos y ligeros al principio, van haciéndose más complejos y pesados. Junto al hidrógeno y el helio surge el oxígeno, el carbono, el hierro… Así, en esos hornos colosales, se cuecen los ladrillos con los que la naturaleza construye todos los seres que conocemos, vivos o no.

Pero la vida no podría existir en la superficie de unos astros tan calientes. Por fortuna, a veces las estrellas no están solas. Cuando nacen, en la intimidad de las nubes de gas y polvo cósmico, algunas vienen al mundo acompañadas de un séquito de objetos más

pequeños y oscuros, privados, a diferencia de ellas, del don de producir luz y calor. Atraídos por su masa, inician al punto una danza eterna a su alrededor. Condenados a errar para siempre, merecen sin duda el nombre que les dieron los antiguos griegos: planetas, esto es, vagabundos.

Sabemos que en al menos uno de esos planetas, el que nosotros llamamos Tierra, la materia inerte dio origen a la vida. En un océano inhóspito, hace miles de millones de años, algunas moléculas complejas se aislaron de su entorno mediante una membrana protectora, aprendieron a tomar de él las sustancias que requerían y, en fin, hallaron la forma de hacer copias de sí mismas. Así comenzó la vida.

Fue sólo el principio. Con el transcurrir del tiempo, la naturaleza impuso sus leyes inclementes, forzando a los seres vivos a cambiar sin cesar para adaptarse al entorno y obligándolos a desaparecer cuando no lo lograban. Sus experimentos biológicos, bajo la forma de caprichosas mutaciones, terminaban a veces en vía muerta. Pero en otras ocasiones el azar producía individuos superiores, especies nuevas, más aptas para sobrevivir en un entorno siempre cambiante, y la vida se extendía por doquier, conquistando desde los desiertos más áridos a las selvas más impenetrables, desde el fondo de los océanos a las más elevadas cumbres.

Y al fin, después de cientos de millones de años de evolución, apareció sobre la faz de la Tierra una especie distinta de todas las demás, aunque sometida a sus mismas leyes. Una especie cuyos individuos eran capaces de erguirse sobre sus extremidades inferiores, liberando así las superiores para crear y manipular objetos. Una especie cuyos miembros poseían un cerebro enorme en relación con su tamaño, y tan complejo que no sólo podía concebir entes que no se veían ni se tocaban, sino que incluso podía darle un nombre a las cosas, los sentimientos y las acciones y, valiéndose de sonidos reconocibles, trasmitirlo a los otros individuos, haciendo así posible un grado de cooperación impensable para cualquier otro género de seres vivos.

Y esa especie miró un día al cielo y se preguntó qué podían ser aquellos puntos brillantes que titilaban en la oscuridad de la noche. Tardamos mucho en entenderlo, aunque muy poco en intuirlo. Sin duda acertaba Vincent van Gogh, un espíritu tan genial como atormentado, al decir que cuando sentía una terrible necesidad de religión salía al campo de noche y pintaba las estrellas. En ellas se halla el origen de todo lo que conocemos y de nosotros mismos. No es, pues, exagerado afirmar que somos polvo de estrellas.

El alba de la humanidad

Pero ésta no es una historia de las estrellas, sino una historia de la humanidad o, al menos, de una gran parte de ella. De modo que, por mucho que nos duela, debemos apartar nuestra vista del cielo y fijarla con atención en la tierra, ya que en ella encontraremos, marcadas sobre el barro endurecido por el paso del tiempo, las primeras huellas de nuestra especie.

Nuestros primeros antepasados, parientes cercanos de los grandes simios, eran muy diferentes a nosotros, tanto que no los consideramos todavía humanos. Sabían ya, eso sí, alzarse sobre sus extremidades inferiores, e incluso caminaban con ellas, sin necesidad de apoyarse de tanto en tanto en sus brazos, como aún hoy hacen nuestros primos los chimpancés y los gorilas. Pero es todo lo que podían hacer. Que sepamos, carecían por completo de la capacidad de fabricar objetos y, desde luego, eran incapaces de producir un lenguaje articulado con el que transmitir pensamientos complejos. Quizá no les hacía falta. El medio en el que vivían, los frondosos y húmedos bosques del continente africano, les ofrecía comida en abundancia, así que no tenían razón alguna para abandonarlo ni un motivo que les impulsara a cambiar. Se alimentaban de frutas, brotes, tallos tiernos e incluso hojas frescas. Su cuerpo era frágil y pequeño, al igual que su cerebro, todavía poco evolucionado, y su vida, tranquila, siempre que se mantuvieran en la espesura, a salvo de los carnívoros depredadores. Tenían, por tanto, poco con lo que impresionar a los científicos que descubrieron sus restos, que, quizá por ello, los denominaron *Australopitecos*, es decir, simios meridionales.

Durante cientos de miles, incluso millones de años, apenas hubo cambios. Después, el clima fue haciéndose menos lluvioso. El bosque húmedo dejó paso al bosque seco y luego, simplemente, retrocedió, y nuestros antepasados tuvieron que adaptarse a un nuevo entorno. La sabana, rica en hierba y matorrales, pero no en árboles, ofrecía menos comida y mucha menos seguridad. La naturaleza ensayó respuestas diferentes ante los nuevos retos. Probó primero a fortalecer el aparato masticador de los homínidos, haciéndolo apto para triturar sin dificultad raíces y frutos más duros. Pero este camino de la evolución, que dio origen a los robustos

Parantropos, resultó ser un callejón sin salida. No eran las mandíbulas, sino el cerebro, el órgano que debía incrementar su tamaño.

Fue un crecimiento lento. La primera especie humana, el denominado *Homo habilis*, apenas contaba con un cerebro un poco mayor que el de sus antecesores. Pero se trataba de un cerebro mejor. Su corteza, el lugar donde reside la capacidad de comunicación, se hallaba mucho más desarrollada, lo que le permitía alcanzar un grado de cooperación entre individuos impensable para los Australopitecos. No fue el único avance. La alimentación del modesto *Homo habilis* incluía ya la carne, quizá robada de las fauces de voraces depredadores, o con mayor probabilidad simplemente obtenida de las carroñas que estos abandonaban tras sus festines, pero sin duda presente en su dieta, y con ella las proteínas que garantizaban alimento a un cerebro que no dejaría ya de crecer.

No es, empero, por su cerebro ni por sus preferencias gastronómicas por lo que este pequeño antepasado nuestro tiene el honor de ser considerado el primer hombre. La razón está en sus manos. Con ellas era ya capaz de fabricar herramientas de las que se valía para hacer más sencillas sus tareas cotidianas. No se trataba todavía de útiles muy complejos, sino de modestos cantos trabajados mediante golpes para obtener un filo cortante. Tampoco parece que el *Homo habilis* fuera capaz de concebir en su mente la forma que después daba a la piedra. Pero era un paso fundamental que ninguna otra especie ha dado jamás. Dos millones de años antes del presente, el hombre, que había inventado la tecnología, se preparaba para someter a la naturaleza.

El crecimiento del cerebro, la mejora de la dieta y el progreso de la técnica caminaron ya siempre de la mano. Los sucesores del *Homo habilis* aprendieron a cazar, de modo que la carne se convirtió en un alimento cada vez más abundante. Mejor nutridos, gozaron de un cerebro más grande y un cuerpo más fuerte. Más inteligentes, se mostraron capaces de desarrollar útiles más especializados, un lenguaje más rico y una organización social más compleja. Más seguros frente a sus enemigos, vivían más tiempo y podían reproducirse más, colonizando una tras otra nuevas regiones hasta que la mayor parte del planeta fue suyo.

Pero el hombre hubo de recorrer un camino tortuoso y lento para lograrlo. Varias especies humanas tuvieron su oportunidad y todas ellas terminaron por extinguirse. El africano *Homo ergaster y Homo erectus,* su heredero asiático*,* que vivieron hasta hace unos

doscientos mil años en los espacios abiertos del Viejo Mundo, eran ya capaces de concebir previamente en su cerebro los pesados bifaces que tallaban después en sólida y afilada piedra; conocían el fuego, que usaban para cocinar la preciosa carne de los animales que habían aprendido a cazar, y poseían lenguaje simbólico y conciencia individual, aunque su aspecto, todavía simiesco, se nos antoja demasiado primitivo para avances de tal magnitud. Por el contrario, el *Homo antecessor*, que suponemos nacido en la misma cuna africana que sus predecesores, de faz mucho más parecida a la nuestra, menos plana y de mandíbula no tan robusta, se hallaba más atrasado en su progreso técnico, que no le permitió nunca pasar de unos pocos cantos trabajados con tosquedad, no mucho mejores que los que producía el menos evolucionado *Homo habilis*. Pero este abuelo tan humilde trajo al mundo nietos muy brillantes. Serían dos descendientes suyos, europeo uno, africano el otro, los llamados a protagonizar el mayor salto evolutivo de la humanidad.

El primero de ellos, hallado por vez primera en un yacimiento del valle alemán de Neander, del que tomó su nombre, es conocido como Hombre de neandertal. Nunca se le ha encontrado fuera de Oriente Medio y Europa, donde apareció hará unos seiscientos mil años, por lo que parece lógico considerarlo fruto de la evolución en nuestra tierra del Homo antecesor. No muy alto, rara vez superaba los ciento setenta centímetros, debía ofrecer, empero, un aspecto impresionante. Sus pesados huesos, la amplitud de su caja torácica, la fortaleza de su poderosa musculatura, su prominente mandíbula y su huidiza frente sin duda permitirían, como ha escrito Arsuaga, identificarlo con escaso margen de error en el metro de Nueva York. Pero su primitivismo es engañoso. El cerebro del neandertal, que alcanzaba sin problemas los 1.500 centímetros cúbicos, incluso supera al nuestro en tamaño. Su tecnología, basada como las de sus predecesores en la talla de la piedra, ha alcanzado ya una notable perfección técnica, que le permite obtener útiles precisos y variados. Dueño de unos pulmones inmensos y de unas profundas fosas nasales, se encuentra perfectamente adaptado al frío ambiente de la Europa de las glaciaciones. Capaz de una cooperación social sin precedentes, no halla problema en capturar presas varias veces mayores que él, alimentándose de su nutritiva carne. Y, en fin, dotado de una avanzada inteligencia simbólica y al menos el principio de una conciencia moral, entierra a sus muertos entre elaborados ritos y no duda en dedicar energías a proteger y cuidar a los individuos que no pueden ya valerse por sí mismos.

No sería, sin embargo, esta especie la llamada a enseñorearse

del planeta, sino la nuestra, el *Homo sapiens sapiens*. A primera vista, resulta sorprendente que así fuera. Nacida en la cuna africana no parecía mejor dotada que el Hombre de Neandertal para la supervivencia. De mayor altura, sus individuos eran, no obstante, mucho menos robustos, y sus fosas nasales, mucho más pequeñas, no eran las más adecuadas para el gélido clima de la Europa glaciar.

Sólo una ventaja tenía el *Homo sapiens* en la lucha por la vida, pero esta ventaja resultó ser crucial. Su cara más corta le hacía sin duda más propenso al enfriamiento, pero también le permitía albergar una laringe mucho más apta que la de su primo neandertal para producir sonidos articulados. Su lenguaje, en consecuencia, podía ser mucho más rico y su cooperación social, por tanto, mucho más intensa. Gracias a ello, los individuos de nuestra especie, que por separado sin duda eran inferiores, creaban grupos más eficaces. Así, cuando en su eterno peregrinar el *Homo sapiens* alcanzó las tierras asiáticas, la convivencia con el *Homo erectus* terminó por desplazar a éste. Y en Europa, la presencia de su nuevo vecino resultó también fatal para los neandertales. Hace unos treinta mil años, una sola especie humana, la nuestra, caminaba sobre la faz de la tierra. La responsabilidad de lo que ocurrió después nos corresponde en exclusiva a nosotros.

Piedra sobre piedra

La historia que hemos contado no puede darse por concluida. Las continuas investigaciones quizá saquen a la luz nuevos antepasados nuestros que nos obliguen a replantearnos lo que hasta ahora creemos saber. De lo que sí podemos estar seguros, sin embargo, es de que la vida de todos ellos, los que conocemos y los que se ocultan aún a nuestro conocimiento, no era fácil, aunque tampoco esa peripecia *desagradable, brutal y breve* que describiera Thomas Hobbes en el siglo XVII.

Incapaces todavía de producir el alimento que necesitaban para subsistir, los hombres primitivos, como el resto de los seres vivos, se veían obligados a tomarlo de la naturaleza tal como ésta se lo ofrecía. No podían alterarlo en lo más mínimo, y menos aún producirlo, pues desconocían todavía la manera de controlar los delicados procesos reproductivos que se escondían detrás de cada

semilla y cada fruto que alcanzaba su mano, o de cada presa que abatían sus toscas azagayas. Durante millones de años, el hombre no fue sino un depredador más que obtenía su alimento por medio de la recolección, la caza y la pesca, aunque cada vez con mayor eficacia, gracias a una creciente cooperación social y una tecnología más perfeccionada. El consumo de carroñas, a duras penas disputadas a hienas y buitres, fue así dejando paso a la caza de pequeñas presas, incapaces de oponer otra resistencia que la huida, y, al fin, a la captura de animales grandes, que garantizaban comida abundante, cuando el lenguaje más complejo y las armas más perfeccionadas hicieron posible la caza por acoso. Mientras, incluso los individuos en apariencia más frágiles hallaban la manera de contribuir a satisfacer las necesidades del grupo. Los ancianos, no aptos ya para participar en las grandes expediciones de caza mayor, podían colaborar en la alimentación del clan aportando pequeñas presas. Y las mujeres, volcadas en el cuidado de los hijos pequeños, hacían también su contribución en forma de bayas y semillas que enriquecían la dieta colectiva.

El lento, pero evidente, progreso de la técnica facilitó las cosas. Al principio, el hombre se valía sin duda de instrumentos que requerían escasas modificaciones, como palos o huesos, pero su utilidad era limitada y su resistencia, mediocre. Sólo la piedra, en especial las más duras como el sílex o la obsidiana, aunaba duración y una cierta versatilidad. Pero aprovechar estas ventajas exigía aprender a darle la forma que se requería para cada función, y lograrlo no resultó una tarea sencilla.

Las primeras herramientas de piedra no fueron sino cantos trabajados por una o las dos caras, pero siempre con mucha tosquedad y un provecho muy limitado, quizá poco más que paliar la pérdida de los voluminosos y afilados caninos que aún conservaban los primeros homínidos. Mucho tiempo después, hacen aparición los *bifaces*, piedras de gran tamaño talladas por las dos caras para servir como hachas de mano o hendedores, de gran utilidad para cortar la carne, dar forma a la madera e incluso preparar pieles. Pero en todos los casos, la manera de trabajar la piedra era la misma: se golpeaba un gran pedazo hasta obtener de él la forma deseada, desechando los fragmentos que saltaban en la operación, con el consiguiente desperdicio. Un kilogramo de piedra apenas permitía obtener entre diez y cuarenta centímetros de filo cortante. Mucho más tarde, el hombre aprendió a fabricar sus útiles tomando como base precisamente esos fragmentos, las *lascas*, con lo que obtenía una cantidad mucho mayor de herramientas y podía conferir a éstas

una forma más precisa, lo que aumentaba también su utilidad. Los neandertales, maestros en esta técnica, obtenían así cerca de dos metros de filo por kilo de piedra. Pero fue nuestra propia especie, el *Homo sapiens*, la que perfeccionó la talla hasta el auténtico virtuosismo. No sólo era capaz de producir entre seis y veinte metros de filo útil por cada kilo de materia prima, sino que los instrumentos que con ella obtenía alcanzaron una enorme especialización. Puntas de flecha, raspadores, buriles y perforadores, concebidos cada uno de ellos para servir a una función única y específica, convivían ya con las más tradicionales hachas de mano y puntas de flecha o de lanza, y con una rica variedad de herramientas de hueso, como arpones, agujas y azagayas. Después de millones de años, el hombre se había convertido en un consumado maestro de la talla apto para ejecutar con precisión incomparable las imágenes antes concebidas en una mente que tan sólo empezaba a revelar de lo que era capaz.

También las estructuras sociales fueron evolucionando. En la densa floresta en la que vinieron a la vida, los primeros homínidos no encontraban muchas razones para afianzar los vínculos grupales. Mucho más tarde, cuando se vieron forzados a abandonar la oscura protección de los bosques, no tuvieron más remedio que formar grupos de unas decenas de individuos, juntar el alimento en un lugar común y cooperar para defenderlo y defenderse. Todavía no puede hablarse de familias, pues la relación entre los sexos se limitaba a los períodos de celo de las hembras y no llevaba aparejada estabilidad alguna. Luego, la necesidad de acarrear comida y soportar un cerebro creciente hizo obligado mantener una posición erguida la mayor parte del tiempo. Pero el caminar erecto requiere una pelvis estrecha, con las consiguientes dificultades en el parto, de modo que las crías morían con más frecuencia al venir al mundo. La naturaleza halló la solución adelantando el nacimiento, con la contrapartida de dar a luz niños inmaduros que requerían cuidados más absorbentes y prolongados por parte de sus madres. Las hembras no podían ya, en consecuencia, dedicar el tiempo necesario a la obtención de comida; necesitaban machos que las ayudasen a criar a sus hijos, cazando y recolectando en su lugar. La experiencia demostró que sólo aquéllas que se mostraban más receptivas sexualmente lograban la protección preferente de los machos, así que, poco a poco, los períodos de celo fueron dilatándose hasta desaparecer. Los machos empezaron, de este modo, a tomar bajo su cuidado a una hembra concreta que le brindaba a cambio sus favores con mayor exclusividad. La pareja

humana había nacido.

Ello no quiere decir que la familia nuclear fuera todavía la célula social básica. La necesidad de cooperación dentro del grupo y los fuertes vínculos de parentesco que unían entre sí a todos sus miembros hacían que fuera el clan y no la pareja la estructura fundamental de la sociedad. Además, la ausencia de propiedad privada, más allá de unos pocos útiles o adornos, y el continuo errar de las poblaciones, de campamento en campamento, de cueva en cueva, buscando cuando era posible la orilla de los ríos, que ofrecían agua, piedra y comida, siempre en pos de las manadas que llegaron a erigirse en su principal alimento, sin duda favorecían el fortalecimiento de los lazos grupales. El clan lo era todo porque fuera de él la supervivencia era imposible. No se requería la fuerza para convencer a los individuos de ello, ni tampoco era posible ejercerla. No existiendo recursos que pudieran almacenarse, faltaba la base económica sobre la que afirmar el poder, porque no había forma de privar a nadie del acceso al alimento. No busquemos, pues, ni reyes ni jefes entre los hombres del Paleolítico. La autoridad era moral y se ganaba como fruto de la destreza en la caza, la experiencia en la vida o el conocimiento de las misteriosas fuerzas que la regían.

Porque las creencias religiosas contribuyeron también a afirmar la fuerza del clan. La humanidad, a lo largo de esta dilatadísima infancia que constituye la Edad de Piedra, dependía por completo de una naturaleza que apenas entendía, que no podía sino antojársele misteriosa y voluble. Unirse para protegerse de ella, para tratar de someterla, para suplicar su generosidad a la hora de obtener el sustento y asegurar la procreación, se convertía en necesidad primordial del hombre y del grupo. Pero ¿cómo domeñar la naturaleza con medios tan precarios? Sin ciencia a su alcance, dueño de una tecnología tan pobre, al hombre no le restaba sino valerse de la magia y la religión.

Así, inseguro ante la realidad, sin armas racionales que le permitieran comprenderla, pero convencido de que necesitaba de su generosidad para sobrevivir, imaginó un mundo espiritual detrás del mundo real, un universo mágico, poblado de seres fantasmagóricos que habitaban en cada árbol, en cada fuente, en cada animal y cada planta. Y concibió también las formas de comunicarse con ellos y solicitar su generosidad. La visión animista del mundo dio así lugar a ritos colectivos que habían por fuerza de tener como destinatarios a aquellos seres de los que dependía el sustento y la procreación. Y así, en los lugares más recónditos de las cuevas, donde la impenetrable oscuridad personificaba el misterio mismo que el

hombre percibía en cada manifestación de la naturaleza, el clan, más unido que nunca, se entregaba a rituales elaborados que, a medio camino entre la magia y la religión, entre el conjuro y la súplica, trataban de asegurar el éxito del grupo en la caza y la perpetuación de la especie.

El arte, así las cosas, se convertía en un instrumento del rito, en un apéndice de la religión, a la que venía a servir casi por completo. Dejando de lado pequeños adornos, el grueso de las manifestaciones estéticas de la Edad de piedra tiene un significado religioso. Religiosa es la finalidad de las pequeñas estatuillas que representan mujeres de faz desdibujada y exagerados atributos femeninos, como las halladas en Laussel, Brassempouy, Willendorf y Grimaldi, sin duda iconos propiciatorios, amuletos llamados a asegurar el éxito en la procreación, al igual que los símbolos fálicos tallados por doquier sobre la roca en el interior de tantas cuevas. Religioso también es el objeto de las representaciones de animales encontradas en Lascaux, Altamira o El Castillo. Bisontes o caballos, ciervos o elefantes, multicolores en ocasiones, monocromos en otras, con relieve o sin él, superpuestos las más de las veces, sin formar escenas reconocibles, ausente cualquier figura humana que robe protagonismo a los animales, siempre presas habituales, especies de las que dependía su sustento, creían nuestros antepasados que reproducir su efigie, danzar en torno a ella, mendigar así la generosidad de las fuerzas misteriosas que regían el mundo, haría más fácil su vida.

Alimento y procreación, vivir y hacer vivir, comer y engendrar hijos, como escribió Frazer, obsesionaban a la humanidad, como siempre la ha obsesionado y siempre la obsesionará aquello que necesita o desea y no está segura de alcanzar. En esto, como en tantas cosas, los hombres de la Edad de piedra no eran muy diferentes de nosotros.

CAPÍTULO SEGUNDO

La primera revolución

"Lo que hasta este momento he demostrado es que la aparición de la vida aldeana fue una respuesta a los agotamientos producidos cuando se intensificó el modo de subsistencia basado en la caza y la recolección. Pero en Oriente Medio, una vez hecha la inversión en el tratamiento del grano y en las instalaciones correspondientes para su tratamiento, la elevación de los niveles de vida y la abundancia de calorías y proteínas hicieron sumamente difícil que no se tolerara o estimulase el crecimiento de la población."

Marvin Harris: *Caníbales y reyes. Los orígenes de las culturas*, 1978.

Entonces formó Dios al hombre de barro de la tierra…

Así, en esa aparente inmovilidad bajo la que se ocultaban lentísimos cambios, imperceptibles pero evidentes progresos, transcurrió la infancia del hombre. Durante dos millones de años, la humanidad paleolítica recolectó, cazó y pescó; talló la piedra para darle la forma que precisaba; erró de un lugar a otro, montando y desmontando una y otra vez sus efímeros hogares de pieles y madera, conjurando con su fuego protector los amenazadores espíritus que pululaban en la oscuridad de las cuevas; afirmó con fuerza irrepetible los lazos del clan del que dependía su supervivencia, y, en un vano intento de mejorar lo precario de su existencia, rindió culto a las potencias sobrenaturales tratando de conmoverlas con un arte de extraordinaria belleza. Entretanto, de manera despaciosa pero continua, los hombres crecieron y se multiplicaron. Poco a poco, fueron poblando cada valle, cada pradera, cada lugar donde la

naturaleza se mostraba dadivosa y ofrecía sustento a quienes todavía no habían sentido la necesidad de producirlo por sí mismos.

Y entonces, unos doce mil años ante del presente, la generosidad del mundo pareció agotarse. El clima se tornó de nuevo más seco; muchos grandes animales como el mamut y el rinoceronte lanudo se extinguieron y otros como el reno emigraron hacia latitudes septentrionales, y un sinnúmero de lugares antes abundantes en alimento se volvieron inhóspitos. La presión de la población sobre el entorno se hizo excesiva. Muchos grupos humanos se encontraron con graves problemas para sobrevivir. La caza, la recolección, la pesca ya no bastaban; era necesario explorar otras formas de obtener sustento. El hombre, como millones de años atrás, cuando otra desecación hizo retroceder los bosques africanos, volvía a encontrarse ante un reto ecológico, poderoso e insoslayable, en el que se jugaba su supervivencia.

Al principio trató de seguir haciendo lo mismo que había hecho generación tras generación. Simplemente, probó a hacerlo mejor. Multiplicó la variedad de las especies que cazaba; prestó atención a algunas más pequeñas, que requerían más esfuerzo para obtener menos recompensa; no bastándole con los peces, recogió también marisco, mucho más trabajoso, y, practicando el trueque, aprendió a ofrecer a otros grupos lo que le sobraba esperando obtener de ellos aquello de lo que carecía. Recolectó frutos y semillas que hasta entonces había despreciado y, en fin, perfeccionó hasta extremos inconcebibles la técnica de tallado de la piedra y aprendió a esculpir el hueso con maestría insuperable. Pero todo ello no hizo sino postergar unos miles de años la solución al problema. El agotamiento de los recursos había conducido al hombre a un angustioso atolladero y era necesario hallar cuanto antes la salida.

En realidad ya la conocía. A lo largo de decenas de milenios, el contacto continuado con las plantas y los animales de los que dependía su sustento le había enseñado muchas cosas acerca de ellos. De hecho, en muchos lugares, en los que existían las especies vegetales y animales adecuadas, como el trigo y la cebada, el cerdo, la cabra y la oveja, se hallaba ya preparado para convertirse en agricultor y ganadero. Si no lo había hecho antes era simplemente porque no había sentido la necesidad. La economía productora proporcionaba comida en abundancia, pero exigía también un enorme esfuerzo, mucho mayor que el que requerían la recolección y la caza. No bastaría ya con alargar la mano y tomar de la naturaleza lo que se necesitaba. Ahora habría que preparar la tierra, extirpar de ella las malas hierbas, seleccionar las semillas,

plantarlas, vigilar su crecimiento y, en fin, recolectarlas y construir lugares para almacenar las cosechas. Sería también preciso escoger entre los ganados los sementales más aptos, alentar su reproducción y preocuparse de las crías, cuidar los rebaños y construir para ellos cercados o majadas, ordeñar a las hembras y llevar a cabo un sinfín de tareas que exigían dedicación y trabajo considerables. Y, una vez hecho el esfuerzo, habría que defenderlo de las apetencias agresivas de vecinos menos aplicados.

El camino que se abría ante el hombre no era precisamente muy seductor, pero la alternativa aún lo era menos. La única opción disponible al incremento de los recursos era el control del crecimiento de la población. No obstante, este control implicaba sacrificios mucho mayores que la agricultura y la ganadería, pues llevaba aparejadas graves penalidades psicológicas y físicas. El aborto en condiciones de gran peligro para la mujer, la negligencia y el descuido en el cuidado de los niños pequeños o, en el mejor de los casos, la prolongación de la lactancia hasta el límite de lo posible eran las únicas técnicas de control demográfico al alcance de las culturas de cazadores y recolectores. El cultivo de los campos y el pastoreo de los rebaños implicaban la forzada renuncia a los prolongados ocios a los que estaban acostumbrados, pero al menos hacían posible que la población siguiera creciendo. No había mucho que pensar.

Y fue así como, en diversos lugares del mundo, diez milenios atrás, el hombre se hizo al fin agricultor y ganadero. Un historiador, Braidwood, denominó a estos lugares *zonas nucleares*, porque desde ellas las nuevas técnicas se difundieron por todo el mundo, en un proceso que duro varios miles de años más. Pero lo cierto es que, aun a su pesar, lo que los habitantes del Próximo Oriente, América central o el norte de China estaban poniendo en marcha era una genuina revolución, la *revolución neolítica.*

No se trata de una exageración. La magnitud del cambio merece el apelativo, aunque, paradójicamente, el nombre que le seguimos dando, Neolítico, hace incidencia en el aspecto menos importante de ese cambio, ya que con él queremos indicar que el hombre deja de tallar la piedra, como lo venía haciendo durante centenares de miles de años, en el período que denominamos Paleolítico, es decir, Edad de la *piedra antigua*, para pulimentarla, por lo que denominamos al período Edad de la *piedra nueva* o Neolítico. No obstante, la nueva tecnología no es lo más relevante, ni se limita sólo a la piedra, a la que acompañan ahora la alfarería y los tejidos. Lo esencial del cambio es que el hombre empieza al fin a intervenir en la naturaleza,

a transformarla, iniciando así una andadura que ya nunca abandonará. Se trata, en fin, de la mutación más relevante experimentada por la civilización humana hasta finales del siglo XVIII, cuando da sus primeros pasos la revolución industrial.

Porque los cambios no fueron tan sólo económicos y técnicos. Se transformaron también la sociedad y las creencias. La economía productora llevaba aparejada algunas exigencias insoslayables. No era posible cultivar la tierra si sus dueños continuaban errando sin cesar. La agricultura requería cuidados que imponían una forma de vida sedentaria. Los campamentos y las cuevas dejaron su sitio a los poblados estables; las chozas de pieles y ramas, a las cabañas de madera, a las casas de tapial o de adobe. El tamaño del grupo, al ser más abundante el alimento, crece hasta alcanzar varios centenares de individuos, a la par que disminuye la superficie necesaria para mantenerlo. En los espacios libres se establecen nuevos grupos. Las aldeas se multiplican. En su interior, la sociedad evoluciona. El hombre continúa prefiriendo la caza a la agricultura, y la mujer, que se ocupa del trabajo de la tierra, ve aumentar su importancia, tornándose en matriarcado la tradicional primacía masculina. No se concibe aún la propiedad privada. Los campos, los graneros, los rebaños pertenecen a todos, y todos trabajan en ellos tomando luego cuanto necesitan del almacén común. En cada casa, el agricultor y el ganadero es también alfarero y tejedor. No hay leyes ni se necesitan. Las costumbres, la tradición, son suficientes para guiar al grupo. Los cambios disgustan; crean inseguridad. Se trata, en fin, de una sociedad homogénea, cerrada, que se basta a sí misma en lo esencial; una sociedad de aldeanos, en la que son las relaciones personales, y no los vínculos legales, las que sirven de argamasa al edificio social.

Pero, aunque escaso, el excedente de las cosechas existe ya, y con él, la posibilidad de alimentar a personas, pocas todavía, que no se ocupan de producir alimentos. Las prioridades se imponen. Urge apaciguar a los dioses, ganarse su favor. Y así surgen los primeros especialistas a tiempo completo en la religión y sus ritos. La supervivencia depende ahora, antes que de la abundancia de las manadas, de la fertilidad de los campos, esclava del devenir de las estaciones y su corte de fenómenos meteorológicos. La tierra, convertida en la gran madre, transmutada en deidad fundamental, recibe el culto preferente. Pero no se olvidan los hombres del Neolítico de la lluvia que vivifica los campos, el viento que arrastra las nubes, el granizo que arruina las cosechas. Tampoco se posterga a los difuntos, cuyos restos alimentan la tierra en un ciclo

continuo de muerte y renacimiento, venerados en forma de cráneos que adornan las viviendas bajo las que reposan. Milenio tras milenio, el hombre adapta sus creencias y sus ritos a sus necesidades. El objetivo, empero, es siempre el mismo: otorgar alguna seguridad a una existencia precaria en su naturaleza misma, o, al menos, una suerte de consuelo ante sus imprevisibles avatares.

El paraíso perdido

Con todo, la humanidad había puesto en marcha transformaciones en su modo de vida que ya no dejarán de arrastrarla hacia formas de civilización a cada paso más gravosas y exigentes. La naturaleza no siempre se muestra generosa. Es necesario prepararse para las malas cosechas, o el hambre, su corolario inevitable, se abatirá sobre el poblado, con su compaña fatal de enfermedades y muerte. Para impedirlo, no queda sino incrementar los excedentes; sembrar más de lo necesario, atesorar para el mañana, cuando acaso la carestía suceda a la abundancia. Además, la multiplicación de aldeas y campos de cultivo y el crecimiento incansable de la población en las zonas más adelantadas terminan por agotar las tierras más aptas. La falta de espacio conduce al enfrentamiento. Ningún grupo, ninguna aldea o poblado, por humildes que sean sus campos o exiguas sus reservas de alimentos, renunciará a ellos sin lucha. El esfuerzo ha sido demasiado grande, demasiado continuado, y merece la pena recurrir a la violencia para preservar lo que se posee. Ha nacido la guerra.

La combinación de ambos procesos alimenta un cambio trascendental. En cada aldea, en cada poblado, los acrecidos excedentes se usan ahora también para producir especialistas en la guerra. Junto a los magos y sacerdotes, nacen los guerreros. Y las batallas se ganan fuera, pero se pierden dentro. Los soldados poseen las armas y pueden usarlas para imponer su autoridad. La igualdad desaparece, y la semilla de la servidumbre se planta bien honda en el interior de las comunidades. Las exigencias organizativas, impuestas por la construcción de murallas y fosos, por la disciplina y el entrenamiento militar, facilitan la división entre los que mandan y los que obedecen. Los díscolos, los que no se pliegan ante el abuso incipiente, pueden verse privados del derecho a acceder a los graneros colectivos. Podrán huir, pero la huida

garantiza una existencia aún más precaria y son pocos los que optan por arriesgarse. Han nacido los jefes; pronto aparecerán los reyes.

Los avances técnicos llevarán a las comunidades de campesinos y ganaderos un paso más allá por el sendero de la servidumbre. El metal, cobre primero, bronce después, cuando el hombre aprenda a fundirlo en íntima alianza con el estaño, pero siempre más maleable y sólido que la piedra y capaz de renacer una y otra vez de sus cenizas, hará posible fabricar herramientas más eficaces y duraderas, aptas para arrancar de los campos cosechas más generosas. El excedente aumenta. Su volumen permite añadir a soldados y sacerdotes un nuevo grupo social que no se verá ya obligado a cultivar la tierra. Y los herreros, que atesoran el precioso tesoro del trabajo del metal, se convierten en imprescindibles para la comunidad. Ya no será posible autoabastecerse. Cada hombre podrá ser a un tiempo agricultor, pastor, tejedor y alfarero, pero no podrá ser también maestro en el arte misterioso del metal. La división del trabajo se impone; las fronteras entre grupos dentro de la sociedad se hacen más nítidas; las diferencias aumentan. Y el guerrero, dotado ahora de nuevas armas, más sólidas y mortíferas, ver reforzarse aún más su primacía en el grupo.

Existen jerarquías, pero tardarán en ver la luz los gobiernos, la burocracia, los impuestos, todo lo que la costumbre, paradójicamente, ha dado en llamar civilización. Es necesario para ello un cambio de escala, mayores excedentes, una población mucho más densa, ciudades, una sociedad más compleja. Las pequeñas aldeas no reúnen las condiciones necesarias para ello. Sólo los grandes ríos como el Nilo o el Indo, como el Tigris o el Éufrates, una vez dominado el ímpetu de sus crecidas, proporcionarán los excedentes suficientes para alimentar a una sociedad más sofisticada sobre la que plantará sus raíces el Estado naciente.

Pero antes se producirán otros cambios. El arte refleja las transformaciones sociales. El Neolítico nos ha dejado una hermosa y variada cerámica; una pintura que, por fin, presta atención a la figura humana, postergada por los artistas de las cavernas, e incluso originales híbridos de naturaleza y arte bajo la forma de cráneos decorados mediante conchas y arcilla. Pero lo que quizá mejor expresa la profundidad del cambio que experimentaba la sociedad humana es la arquitectura megalítica. De grandes piedras se alimentan menhires que marcan territorios o encarnan silentes homenajes a misteriosas fuerzas, dólmenes que sirven de última morada a jefes o cabecillas, alineamientos o círculos de arcanas

reminiscencias astrales y, sobre todo, túmulos grandiosos que albergan a veces a todo un pueblo, unido en el tránsito a la otra vida, o, en ocasiones, a un solo hombre, deseoso de mostrar más allá de toda duda la magnitud de su poder en ésta. Nada de ello, empero, habría sido posible sin excedentes capaces de alimentar a artesanos y constructores; sin una organización apta para planificar trabajos tan colosales con técnicas tan pobres y movilizar a cientos o miles de hombres para llevarlos a cabo. Los megalitos, en fin, nos han dejado la mejor prueba de la existencia temprana, en aquellos tiempos a medio camino entre la humilde piedra y el orgulloso metal, de una sociedad que, enterrada para siempre la igualdad entre los hombres, comenzaba a introducir entre ellos distancias insalvables.

CAPÍTULO TERCERO

Reyes y dioses

"Los artesanos, jornaleros y trabajadores del transporte tal vez hayan sido voluntarios inspirados por un entusiasmo religioso. Pero si no recibían una paga por su labor, por lo menos han debido ser alimentados mientras trabajaban. Esto implica que se contaba con un excedente de materias alimenticias para su manutención. La feracidad del suelo, que permitía al labrador producir mucho más de lo que podía consumir, suministró ese excedente. Pero su inversión en los templos sugiere algo confirmado por los documentos posteriores: que los dioses lo concentraron y lo distribuyeron entre sus servidores. Quizá estos dioses eran proyecciones de la sociedad de los antecesores y considerados como los creadores –y por lo tanto, dueños eminentes– del suelo que la sociedad misma había conquistado al desierto y a los pantanos, gracias al esfuerzo colectivo de las sociedades pasadas."

Vere Gordon Childe: *Qué sucedió en la historia*, 1985.

El engañoso Edén

En los cinco o seis milenios que precedieron a la invención de la escritura, momento en el que da comienzo la historia propiamente dicha, el hombre había sufrido una profunda transformación en sus modos de vida. La caza y la recolección habían dejado paso a la agricultura y la ganadería; el continuo errar en pos de las manadas de caballos, ciervos o mamuts y la vida en cuevas y campamentos, al vivir sedentario en poblados y aldeas rodeados de majadas y campos de labor; la sólida piedra, el afilado hueso y las toscas pieles, a la humilde pero dúctil arcilla, los prácticos molinos de mano y el delicado fruto del telar. El clan, otrora indisoluble y poderoso,

había empezado a diluirse al ganar los hogares familiares autonomía y privacidad, y en el mundo de las creencias, preocupadas las gentes por el preñado vientre de sus campos, las misteriosas deidades de la caza y la procreación se habían batido en retirada ante la gran madre Tierra y los espíritus protectores de los antepasados.

Por el camino, la humanidad había tenido que pagar un alto precio. Los largos ocios de la civilización depredadora hubieron de ser sacrificados en beneficio del cuidado absorbente de los campos y los rebaños. La paz o, en el peor de los casos, las escaramuzas rituales y poco costosas en términos demográficos, dejaron su lugar a una guerra frecuente y mortífera. Y la igualdad entre individuos, apenas matizada por las diferencias entre los sexos que la agricultura había contribuido a reducir, tardó poco en morir en el seno de una sociedad que, de la mano del metal, se tornaba a cada paso más injusta y jerarquizada.

Con todo, en los albores del quinto milenio antes de nuestra era, cambios todavía más profundos estaban a punto de iniciarse. Las culturas de azada no podían ir mucho más allá del punto al que habían llegado. Los excedentes de que disponían no permitían un mayor crecimiento demográfico ni un aumento paralelo de la complejidad de las relaciones sociales, sólo posible cuando un número significativo de personas puede ser mantenido sin necesidad de que entregue su esfuerzo al cultivo directo de la tierra. En algunas zonas especialmente bendecidas por la naturaleza, empero, la aplicación de técnicas tan sólo un poco más avanzadas que las que se hallaban a disposición de las poblaciones neolíticas y de la temprana Edad de los metales podían producir cosechas mucho más abundantes. Los valles de grandes ríos como el Nilo o el Tigris y el Éufrates, en el llamado Creciente Fértil, ofrecían tierras de cultivo de una extraordinaria feracidad gracias al limo que, año tras año, depositaba sobre los campos el desbordamiento de las aguas que seguía al deshielo estival.

Pero las crecidas eran traicioneras. Por desgracia, no siempre acudían puntuales a su cita, y cuando lo hacían, a veces prodigaban sus dones con extrema cicatería y a veces con desmedida largueza. Además, el terreno que anegaban, en su mayor parte cubierto de pantanos y junglas infestadas de animales peligrosos, era muy escaso y fuera de él, el desierto o las montañas que rodeaban los fértiles valles fluviales no ofrecían oportunidad alguna de supervivencia.

Y, sin embargo, aquellos lugares en apariencia inhóspitos

parecían alzarse ante los ojos de los hombres como una desafiante provocación. La naturaleza, como escribiera el historiador británico Arnold Toynbee, planteaba un poderoso reto a quienes aspirasen a establecer allí sus hogares. Si se mostraban capaces de superarlo, desecando los pantanos, controlando las crecidas, asegurándose, en fin, un suministro razonable y continuo de agua, recibirían a cambio riquísimas cosechas y un bienestar colectivo inimaginable. Pero superar el desafío exigía un colosal esfuerzo de organización. La infraestructura necesaria para ello, canales y presas, acequias y embalses, demandaba la colaboración de millares de personas, que habían de trabajar guiadas por un objetivo común, sometidas a los dictados de gentes capaces de concebir y planificar obras de tal magnitud. Semejante organización no podía sino lograrse al precio de un mayor sometimiento de la mayoría de la población a manos de la minoría dirigente que detentaba el conocimiento necesario para supervisar las tareas de las que dependía el bienestar de todos. Y después, cuando las presas y los canales comenzaron a rendir su benéfico fruto bajo la forma de cosechas excepcionales, la desigualdad se hizo todavía mayor. Los excedentes, producidos en cantidades nunca vistas, a la vez que aceleraban el crecimiento de la población, permitieron una división social del trabajo mucho más intensa, que contribuyó a establecer diferencias aún más profundas en el seno de la sociedad. Pero si los más díscolos habitantes de las aldeas de la Edad del cobre habían de pensárselo dos veces antes de huir de los abusos crecientes de los poderosos, los moradores de los ricos valles de Egipto y Mesopotamia, de la India y China, no tenían nada que pensar. La alternativa a una vida de trabajo y opresión, pero con vivienda y sustento garantizados, simplemente no existía. Los yermos desiertos y las estériles montañas que rodeaban sus fértiles hogares no tenían nada que ofrecer a quien, cegado un momento por el ansia de libertad, escogiera internarse en ellos.

Así las cosas, el proceso, una vez iniciado, se aceleró poco a poco. Siendo tan abundante el excedente, podía serlo también la población y dentro de ella, las gentes que no necesitaban ya ocuparse por sí mismas de las tareas agrícolas. A los artífices del metal vinieron a sumarse ahora artesanos de toda índole que trabajaban las materias primas más variadas, traídas de lejanas tierras por intrépidos comerciantes. Los sacerdotes, que seguían jactándose de interpretar la divina voluntad de las arcanas fuerzas del más allá, se ocupaban también ahora de domeñar las salvajes aguas del río, mantener en buen uso las obras que lo apaciguaban y supervisar las cosechas, el acopio del excedente y su reparto.

Tareas tan ingentes requirieron pronto de la cooperación de centenares de pequeños funcionarios adiestrados en el uso de los complejísimos sistemas de escritura y numeración creados con el objetivo de permitir la administración de los pletóricos graneros y almacenes. Y los soldados, cada vez más numerosos, permanecían entregados a su doble misión de asegurar que nadie se olvidaba de prestar su contribución a los graneros públicos, convertida ahora en forzosa, y mantener alejados a quienes, desde fuera de aquel aparente Edén, tratase de tomar por la fuerza lo que tanto sacrificio había costado lograr.

Y así, poco a poco, la quietud dejó paso al bullicio; la sencillez, a la complejidad, y las aldeas se tornaron ciudades. Mesopotamia y Egipto, otrora estériles tremedales, se poblaron de urbes. Y en cada una de ellas, en su centro mismo, el templo, a un tiempo morada de su dios tutelar y palacio de los sacerdotes que lo servían, se erigía en rector indiscutible de un mundo nuevo que crecía y se afanaba a su alrededor. Graneros donde se guardaban las pródigas cosechas, almacenes para las materias primas traídas de lejanas tierras, talleres para transformarlas en productos de lujo a mayor gloria del dios y de sus servidores terrenales, archivos donde se apilaban cientos de tablillas de arcilla en las que escribas minuciosos registraban con preciso detalle cuanto entraba y salía de la morada divina, todo ello bajo la atenta mirada de los escrupulosos sacerdotes, conformaban una realidad distinta a todo lo que el hombre hubiera conocido hasta entonces. Y en torno al templo, cientos de casas edificadas con humilde adobe, protectoras murallas, profusos canales e innumerables campos de labor, reservados unos al dios y a sus servidores más directos, cedidos otros a los campesinos que alimentaban tan compleja maquinaria con su esfuerzo diario, cada vez menos libres, a cada paso más sometidos a un orden del que ellos venían a ser los menos beneficiados.

Porque, progresiva y quizá inconscientemente, la distancia entre la élite de sacerdotes-administradores y la gran masa de campesinos forzados a entregar la mayor parte de sus cosechas en forma de contribuciones obligatorias a los graneros del templo fue haciéndose mayor. La coacción física, a la que siempre podía recurrirse en caso de necesidad, apenas sería precisa, pues, con todo, la vida de los humildes continuaba siendo mejor que la que podrían soñar siquiera allende los límites de aquel engañoso edén. La sanción religiosa resultaba, sin duda, un instrumento mucho más útil para perpetuar la sumisión de las masas. De la mano del clero

organizado, los jefes de aldeas y poblados dejaron su lugar a los reyes. El poder, antes privado de soporte espiritual, se pretendía ahora fruto de la voluntad misma de los dioses, como sucedió en Mesopotamia, o resultado sin más de la filiación divina de los propios monarcas, como fue el caso de Egipto. Su naturaleza, en todo caso, se mostraba siempre muy por encima de los demás mortales para persuadir con sutileza a los descontentos de la evidente inutilidad de cualquier conato de sedición. Gigantescos monumentos, ciclópeas pirámides, inmensos zigurats, llamados a empequeñecer al individuo ante el poder evidente del soberano, y complicados rituales que lo envolvían en una deliberada aura de mágico misterio favorecieron esa impresión. Y, en fin, el Estado, corolario político de tan complejas transformaciones económicas y sociales, entró a formar parte para siempre de la vida de los hombres.

Mientras, el mundo del espíritu se hacía eco de los cambios que experimentaba la vida colectiva. Las fuerzas de la naturaleza, objeto de la veneración de los viejos pobladores de las aldeas neolíticas, completaron su mutación en deidades dotadas de atributos personales. Los viejos tótems se transmutaron en dioses, se encerraron en los oscuros y misteriosos templos, reunieron a su alrededor una exquisita corte de adoradores profesionales y requirieron de las masas devoción y riquezas. Dueños de todo en nombre del dios al que decían servir, los sacerdotes proscribieron las experiencias religiosas individuales, desterraron del Edén a los viejos chamanes y se erigieron en una casta cerrada de burócratas consagrados a arcanos e incomprensibles rituales, sólo en parte visibles para los simples mortales. Y, deseosos de asegurarse la sumisión de las masas, concibieron un mundo habitado por divinidades ordenadas de acuerdo con rígidos principios jerárquicos, un séquito celestial de dioses menores postrados en torno a un dios supremo, un orden sobrenatural que remedaba el mismo orden que aspiraban a perpetuar en la Tierra.

Cada cultura, empero, tiñó con colores propios el lienzo de la otra vida. En Mesopotamia, dioses de poéticos nombres como Anu y Ki, Shamash y Enlil recibían complacidos las ofrendas de gentes que, educadas en el temor, no esperaban del otro mundo sino la oscuridad y la muerte. El país del Nilo, por el contrario, seguro quizá tras la formidable protección del desierto y el mar, alimentó la esperanza de los vivos mediante una elaborada teología que prometía la inmortalidad a los hombres dispuestos a pagarla bajo la forma de precisos rituales y complejas técnicas que, capaces de preservar la integridad de los cuerpos transmutándolos en

imperecederas momias, decían serlo también de asegurar la de las almas.

La extensión de la servidumbre

No acabaron aquí los cambios. El Estado y los complicados procesos sobre los que se apoyaba eran expansivos por su propia naturaleza. Una vez que los reyes hubieron visto la luz en Mesopotamia y en Egipto, volvieron los ojos en torno suyo y apetecieron cuanto quedaba al alcance de su mirada. Razones había para ello. La tierra, habitada ahora por una población mucho más numerosa, se había tornado de nuevo escasa y el fantasma del hambre se cernía una vez más sobre los hombres. Además, la organización estatal confería una evidente superioridad militar a los pueblos que la poseían sobre aquellos que carecían de ella. Era, pues, tan sólo cuestión de tiempo que los monarcas trataran de arrebatar por la fuerza las materias primas que necesitaban sus artesanos en lugar de obtenerlas mediante el comercio, imponiendo sin más un tributo forzado a quienes las producían allende sus fronteras, a la vez que incrementaban la masa de trabajadores a su servicio sin más esfuerzo que el de convertir en esclavos a los soldados derrotados. Porque la esclavitud, en aquellas sociedades, se daba en raras ocasiones en el seno de los propios súbditos, sometidos más bien a un estado de servidumbre colectiva que les confería al menos el derecho a guardar para sí una parte de sus cosechas. Los esclavos, privados de derecho alguno, eran casi siempre prisioneros de guerra. Y así, al cadencioso ritmo de los tambores y el metálico son del entrechocar de las espadas, el Estado fue extendiéndose. Nacido a veces en una ciudad, otras en una pequeña región, se enseñoreó de territorios cada vez más amplios. Unos pocos siglos después de su aparición, los estados dieron paso a los imperios.

Tres mil años antes de nuestra era, todo el país del Nilo aparece unido por vez primera bajo el cetro de un solo monarca, Menes, el primero en ceñir la doble corona del Alto y el Bajo Egipto. Cinco siglos más tarde, Sargón, rey de Akad, somete a su dominio la mayor parte de Mesopotamia. Es sólo el principio. Los pueblos colindantes pronto descubrirían que sólo les cabían dos opciones. Podían someterse sin más a los dictados de sus poderosos vecinos,

integrándose en condiciones precarias en su desigual red de producción y redistribución de recursos que iba extendiéndose a partir de los núcleos estatales originales. Pero también podían, quizá, optar por imitar su organización, crear ellos mismos sus propios estados y tratar de resistirse a su voluntad imperialista, controlando en beneficio propio sus materias primas y rutas comerciales, o incluso valerse de las ventajas organizativas que el Estado confería para lanzarse ellos mismos a la guerra contra sus vecinos, no con el objetivo de someterlos, sino tan sólo para depredar sus riquezas. Frente a los estados prístinos, en una colosal mancha de aceite que se extendía poco a poco por las regiones más adelantas del planeta, vieron así la luz los estados secundarios, y territorios próximos a la gran media luna fértil donde los hombres habían dado el salto de la *barbarie* a la *civilización* como Palestina, Anatolia o Persia desarrollaron también sus propios estados con algunos siglos de retraso. En medio del ascenso y caída de sucesivos imperios a cada paso mayores y más poderosos, el futuro del hombre iba escribiéndose con letras teñidas de servidumbre y de sangre.

Poco, no obstante, debe el progreso general de la humanidad a aquellos imperios tan fastuosos como vanos. Poco, pero no nada. Sin duda no auspiciaron con sus conquistas nuevos progresos técnicos. Todos los avances fundamentales, como el arado, el torno del alfarero, la rueda o el bronce, habían visto ya la luz cuando el primer imperio impuso su dominio a los pueblos vecinos. Pero no puede negarse, empero, que hicieron posible al menos la difusión de estos avances más allá de los lugares donde habían surgido, y, desde luego, lo que sí impulsaron fueron notables transformaciones de índole social y económica.

De su mano, el fabuloso poder del templo y las corporaciones sacerdotales que lo dirigían comenzó a cuartearse. La guerra, corolario forzoso, como vimos, de la combinación de crecimiento demográfico, escasez de tierras y superioridad militar de los estados nacientes, como no podía dejar de suceder, reforzó el poder militar en detrimento del religioso. El rey-sacerdote dejó paso al rey-guerrero; el palacio, como ha demostrado la Arqueología, se independizó del templo y se rodeó a su vez de graneros, talleres, almacenes y tierras. Las conquistas produjeron nuevos cambios. Junto a la propiedad colectiva de los campos, en nombre del dios y en beneficio de sus administradores terrenales, aparece ahora la propiedad privada. Pequeña, en el caso de los soldados que reciben su parcela tras una campaña victoriosa o una larga vida en la milicia;

enorme, cuando el beneficiario es un caudillo que ha extendido con sus victorias las fronteras del imperio, pero siempre individual y ajena al control de corporación o gremio alguno. El comercio, antes limitado a los territorios próximos a las ciudades, expande ahora sus rutas a los países más lejanos y, mucho más complejo y diversificado, exige medidas fiables del valor y el precio de las mercancías, unidades que permitan pasar del simple trueque o el pillaje disfrazado de intercambio al comercio en toda regla. El dinero, bajo la forma de lingotes de metal, pesados primero en cada transacción, sellados después para garantizar su peso y su ley, a un paso tan sólo de la moneda tal como hoy la conocemos, satisfará tal necesidad. Y de la mano de las nuevas formas de propiedad y el comercio a gran escala, nuevas clases sociales surgen junto a los sacerdotes y los artesanos. Comerciantes independientes, que trabajan ya en beneficio propio y no tan sólo del templo que antaño requería de sus servicios, y una clase media de labradores libres al fin de su dependencia, pero también verdaderos esclavos en un número nunca visto, fruto indeseable de las interminables guerras, vienen a enriquecer una sociedad a cada paso más compleja.

Y mientras, uno tras otro, sucesivos imperios nacen, crecen, se despedazan y desaparecen, tan sólo para ceder su lugar, después de un período más o menos dilatado de anarquía y caos, a un sucesor llamado a idéntico destino. Sumer, Akad, Asiria, Egipto, Mitanni, Hatti fueron escribiendo con orgullo sus nombres en letras de oro en los anales de la historia. Pero ¿por qué caían y se levantaban los imperios? ¿Qué suerte de misteriosa ley histórica, de existir alguna, imponía destino tan nefasto a construcciones políticas de factura tan sólida? Olvidemos las apariencias. Si por un momento tan sólo rascamos bajo la opulencia superficial de las distintas civilizaciones que durante cuatro milenios fueron desarrollándose, una tras otra, en las tierras de Egipto, Mesopotamia, e incluso la India y China, observaremos, en lo esencial, lo mismo.

Tan colosales edificios históricos responden a una estructura en extremo bipolar en la que una minúscula élite agrogerencial asienta su dominio sobre una enorme masa de campesinos cuyo excedente administra en beneficio propio mientras los mantiene tan sólo un poco por encima del límite de la supervivencia. Las mejoras en el nivel de vida se produjeron sólo al principio. Luego, cuando el entorno alcanza el límite de población que puede soportar con la técnica disponible y dejan de producirse avances nuevos, la única opción es expandir el sistema hacia afuera, en pos de nuevas tierras y poblaciones ajenas. Así nacen los imperios. Pero más territorios

exigían más burocracia, más soldados, más tributos para mantenerlos, y crean al punto más corrupción y menor eficacia, pues las oportunidades de autonomía y enriquecimiento para los representantes del poder central son tanto mayores cuanto mayor es la distancia que los separa de él. Y mientras, el interés por la preservación de los canales y presas de las que depende la economía misma del imperio disminuye a igual ritmo. El imperio, en suma, devoraba pronto los beneficios que generaba, aumentando la pobreza y el descontento, debilitándose por dentro y haciéndose más vulnerable a los ataques externos. Así, más pronto o más tarde, la autoridad del soberano se desmorona ante los embates simultáneos o sucesivos de los enemigos internos y externos. El imperio se derrumba en medio de un enorme estrépito de hambre, pillajes, destrucción y caos, dejando paso a una época de anárquico predominio de los poderes locales que, de manera sistemática, concluye cuando uno de ellos o un invasor reúne poder suficiente para imponer de nuevo su autoridad al conjunto. El ciclo se repite una y otra vez; los imperios, uno tras otro, nacen, crecen, envejecen y mueren.

Aún nos queda algo por comprender. A pesar de la naturaleza terriblemente despótica de aquellos imperios, cuando el Estado se transmutó, la religión que le acompañaba se transformó con él, proclamando universales a los dioses nacionales y tiñendo de misericordia y amor su faz antes terrible. Nada hay de sorprendente en esta paradoja. Los dioses misericordiosos proporcionaban un útil instrumento que hacía más fácil el sometimiento de los pueblos vecinos, ganados por las promesas de una vida mejor bajo gobernantes mucho más generosos que los suyos propios. Una ayuda mucho mayor, sin duda, que la que podían proporcionar las viejas deidades prontas a devorar, de uno u otro modo, la carne de los enemigos vencidos. No en vano interesaba más a los imperios nacientes mantener a las poblaciones sometidas produciendo alimentos y recursos en su beneficio que saquearlas y terminar sin remedio con sus posibilidades futuras. Ya por entonces, los reyes comprendían que matar a la gallina de los huevos de oro para obtener de una sola vez todas las pretendidas riquezas que atesora su vientre constituía un negocio mucho peor que esperar pacientemente para apropiarse de su fruto cotidiano. Los imperios, de cualquier modo, no eran sino enormes depredadores llamados a perecer cuando ellos mismos devorasen las riquezas que los alimentaban pero no sabían producir. Grecia y Roma, en este sentido, no fueron sino las últimas manifestaciones de una economía

política insostenible a largo plazo. Cuando la expansión territorial ya no fuera posible, tampoco lo sería su existencia. La caída del Imperio romano estaba ya escrita miles de años antes de que se produjera. Pero esto es otra historia.

SEGUNDA PARTE

EL NACIMIENTO

CAPÍTULO CUARTO

El alba de Occidente

"Pero al contrario que los egipcios, los babilonios o los asirios, los nobles no consideraron muy importante que nada cambiara. Sus numerosas incursiones de saqueo y luchas contra pueblos extranjeros les proporcionaron una mentalidad abierta y les hicieron disfrutar con el cambio. Esa es la razón de que, partir de entonces, la historia mundial avance en estas tierras mucho más deprisa, pues, desde aquellas fechas, los seres humanos dejaron de estar convencidos de que lo mejor es que las cosas sean como son."

Ernst H. Gombrich: *Breve historia del mundo*, 2005.

La estirpe de Occidente

La civilización occidental vino al mundo en una cuna muy humilde. La región meridional de la península Balcánica, la más oriental de las europeas, es también la más pobre, y no son mucho más ricas las islas que, como en un desordenado rosario, la rodean por doquier. Montañosa hasta la extenuación, fragmentada en innumerables valles mal comunicados entre sí; de una sequedad extrema, azotada por vientos inclementes, sin ríos ni lluvias que alivien a la tierra su crónico anhelo de agua; dueña de un suelo tan parco que apenas ofrece sino rocas que nada pueden prometer a los pueblos de agricultores hechos al cultivo del trigo y la cebada, Grecia, complaciente tan sólo con el olivo, la higuera o la vid, parecía satisfecha de rechazar la compañía del hombre.

Ninguna cultura semejante a las que habían proliferado en el Creciente Fértil podía, pues, germinar allí. El medio era, quizá, menos exigente que en Mesopotamia o Egipto, pero también menos generoso. El excedente, escaso, sólo podía arrancarse tras un

denodado esfuerzo, que compensaba a duras penas el incansable trabajo del agricultor. La población, forzada a ser austera, no alcanzaría nunca el crecimiento exuberante de sus vecinas. Y las comunidades humanas, dispersas e independientes, no se sentirían con facilidad llamadas a la cooperación, y menos aún se mostrarían dispuestas a someterse a un Estado omnipotente que no poseía argumento alguno con el que persuadirlas.

Pero Grecia, tan lejana en espíritu, se hallaba muy cercana en cuerpo a las tierras donde los hombres, quizá sin saber del todo lo que hacían, habían comenzado a soportar sobre sus encorvadas espaldas el creciente peso del Estado. Apenas dos milenios antes de nuestra era, los habitantes de aquel mundo de islas y valles fueron también seducidos por el perfume de la civilización. La primera cultura estatal de que tenemos noticia, la minoica, refleja, como un espejo de plata deformado por la impericia de un orfebre principiante, los mismos rasgos de las grandes culturas del Próximo Oriente, aunque adaptadas a las peculiaridades de un entorno distinto. En la isla de Creta, en lugares como Cnossos, Festos o Hagia Triadha, centenares de casas se arracimaron a la sombra protectora de los palacios de reyes que eran también sacerdotes. Junto a su trono, crecieron asimismo almacenes y talleres, y agotados escribas rasgaron con decisión sus tablillas para dejar constancia del incesante acúmulo de las cosechas y el intenso tráfago de las mercancías. Pero la naturaleza, tan pobre aún la tecnología de los hombres, no podía por menos que imponer su tiranía a aquellos pueblos. No siendo allí tan generosa, no podía ser la tierra, sino el mar, el dador de la abundancia, y fueron el comercio y la artesanía, y no la agricultura, los pilares sobre los que se edificó la riqueza de la cultura minoica,

Durante siglos, la talasocracia de los hijos de Minos, rey mítico de quien se decía que había reinado sobre las aguas, extendió sus redes comerciales por el Mediterráneo oriental. Fenicia, Chipre, Egipto, las islas del Egeo y la misma Grecia continental se encapricharon de su cerámica, consumieron su refinado aceite y sin duda admiraron un arte que rendía culto en sus fastuosos palacios adintelados, sus frescos multicolores y sus jarrones y estatuillas a una naturaleza que, tan sobria en dones, se dejaba, empero, querer por unas gentes que amaban ya la vida como mucho después lo harían todos los hijos del Mediterráneo.

Y, sin embargo, aquella cultura espléndida tardó poco en desmoronarse ante el embate de pueblos menos refinados, pero más aguerridos. Mil seiscientos años antes de nuestra era, los

aqueos, procedentes del norte, se enseñorearon de la Grecia continental y, al poco, de las islas del Egeo, quizá debilitadas por terribles catástrofes naturales. La cultura de palacio minoica dejó paso a la cultura de palacio de los aqueos, una simple e insulsa imitación del original, aunque mucho más tosca y violenta, una civilización iletrada, bárbara y militarista, como dijera de ella Gordon Childe. Grecia entera se pobló entonces de pequeñas ciudades, en realidad poco más que miserables villorrios que, apelmazados tras la segura protección de sus ciclópeas murallas, defendían orgullosos una independencia que no era sino sometimiento a los caprichosos dictados de un príncipe guerrero que apenas se ocupaba en cosa alguna que la guerra o el pillaje, un monarca inculto y vanidoso que ansiaba despilfarrar sus exiguos botines en la construcción de tumbas monumentales antes que invertirlos en la construcción de caminos o puentes en bien de sus sufridos súbditos. Micenas, la ciudad de reminiscencias homéricas que da nombre a esta cultura paradójica, no fue más que la primera entre aquellas ciudades, hermanas en cultura, religión y arte. Pero se trataba de una primacía honorífica. El poder de su rey no alcanzaba mucho más allá de sus murallas.

Sí lo hizo, empero, la influencia de aquella civilización de contrastes, verdadera encrucijada entre Oriente y Occidente. Los palacios micénicos y sus tumbas se encuentran en Sicilia; su cerámica y sus armas, en Egipto y en las márgenes del mundo germánico. La difusión de los avances culturales no se detiene. Europa entera descubre el metal, como había descubierto el cultivo de los campos y el pastoreo de los rebaños, y son las tierras bendecidas por la abundancia del preciado cobre o el imprescindible estaño las que más se benefician de los dones que, generoso, ofrecerá el Mediterráneo. Los poblados se fortifican; la igualdad entre los hombres languidece; los jefes y los guerreros imponen su dominio en esta vida y en la otra; las tumbas grandiosas proliferan. Las culturas del bronce se enseñorean de una Europa que ignora aún cuán fértil habrá de ser el fermento que, poco a poco, crece en sus costas meridionales.

La eclosión de las ciudades

Pero la historia parece en ocasiones complacerse en destruir para edificar luego de nuevo sobre las ruinas. Mil doscientos años antes de Cristo, una terrible conmoción sacude el Mediterráneo oriental. Los *pueblos del mar*, señores del hierro, aniquilan el imperio Hitita y hacen tambalearse al Egipto de Ramsés III. En Grecia, los dorios barren la civilización micénica. Las aguas, removidas, se vuelven turbias. Cuando se aclaran, Oriente muestra una faz apenas transformada. Nuevos imperios, Babilonia, Asiria, toman el relevo de los antiguos. No le ocurre así a Grecia y el Mediterráneo occidental. Los siglos oscuros revelan, cuando se hace de nuevo la luz, ocho centurias antes de nuestra era, un mundo bien distinto. La ciudad-estado, la *polis*, es ahora el pilar sobre el que se asienta la civilización. Los altivos palacios, las tumbas monumentales, las guerras entre príncipes ególatras son cosa del pasado. No hay ahora por doquier sino burgos humildes, caseríos exiguos, aldeas que se han unido para constituir pequeñas villas que forman, con sus campos vecinos, una unidad económica, social y política. Porque la ciudad es todo eso. Su pasar humilde se nutre de los frutos de la tierra; son escasos el comercio y la artesanía. Sus vínculos son de sangre; no ha brotado aún con fuerza el espíritu de la ciudadanía. Su gobierno pertenece a unos pocos, una oligarquía de aristócratas que remontan al pasado las raíces de su autoridad, que se sientan en el consejo que rige los destinos de todos, que acaparan las magistraturas. La asamblea, donde se reúnen los campesinos soldados, los *hoplitas*, nada decide.

Mas la *polis* lleva en sí el fermento del cambio. Los cultivos se transforman. El cereal, inadecuado para aquel suelo pedregoso y seco, deja paso al olivo, a la vid. La producción aumenta, pero sus frutos, el aceite, el vino, sienten la llamada del mercado. La población crece, pero el alimento escasea. El campesino, que arranca con su esfuerzo un nimio fruto de la tierra pobre, se endeuda. A menudo pierde su terruño, a veces incluso su libertad. La distancia entre ricos y pobres aumenta. Las tensiones sociales también. Los poderosos buscan una válvula de escape: llenan barcos que, como hicieran antes que ellos los ambiciosos fenicios, parten ansiosos en pos de nuevas tierras. Las colonias griegas comienzan a poblar el Bósforo, el Mar Negro, las costas de Asia Menor, pero también el norte de África e incluso la lejana Iberia, llevando por doquier la cultura, el arte, las costumbres de la Hélade. Pero la colonización resulta ser un arma de doble filo. Las colonias, independientes en lo político, hermanas en lo cultural, aportan nuevos mercados, consumidores necesitados de mercancías que

vuelven sus ojos a sus metrópolis esperando de ellas la satisfacción de sus anhelos. La artesanía, al calor de un mercado nuevo y pujante, se desarrolla. El comercio aún más. La aparición de la moneda, en especial la de plata, agiliza los intercambios. Nuevas clases sociales ven la luz. El campesino no se encuentra ya solo frente a las ambiciones de los aristócratas. Pronto se gesta una poderosa alianza.

Los caminos son diversos; los resultados, similares. En ocasiones, un noble ambicioso, un aristócrata frustrado por las derrotas sufridas a manos de los suyos, se proclama campeón de los derechos de las masas; se vale de ellas para afianzarse en el gobierno y disfruta un poder sin límites. Son los tiranos, que, agradecidos, no olvidan beneficiar al pueblo que los aupó, repartiendo tierras, combatiendo a los poderosos, sembrando de obras públicas el paisaje de la ciudad. Pero la violencia no siempre es necesaria. La aristocracia, en ocasiones, cede terreno y acepta negociar el reparto del poder. Brillantes legisladores dan forma a la nueva constitución y la escriben para que nadie pueda acogerse a la costumbre como pretexto para el abuso. El Consejo, por el que desfilan por turno todos los ciudadanos, es ahora el que delibera, el que propone las leyes, pero es la asamblea, en la que se sientan todos los varones en edad militar de la ciudad, la única que decide. Las magistraturas son electivas o se sortea su desempeño. Incluso el sitial de los jueces se ocupa por turnos. Ha nacido la democracia. Atenas, guiada por la mano sabia de Dracón, de Solón, de Clístenes, se erige en modelo. Casi toda Grecia la seguirá.

Es cierto, empero, que se trata de una democracia peculiar. La ciudadanía, hereditaria, se reserva a los varones nacidos en la ciudad, y sólo la poseen quienes arriesgan la vida en su defensa. Los extranjeros carecen de derechos políticos. Las mujeres tampoco los disfrutan. Los esclavos, cuyo número no ha dejado de aumentar, padecen una condición aún peor que en los vecinos imperios de Oriente. Puede hablarse, por vez primera, de un verdadero sistema esclavista, porque los esclavos son muy numerosos, aunque pertenecen aún en su mayoría al Estado, y porque el peso de su trabajo resulta decisivo en el conjunto de la economía. Será una constante de las culturas mediterráneas hasta el fin del mundo antiguo.

Además, no todas las polis han seguido el ejemplo ateniense. Despreciándolo, Esparta permanece fiel al viejo sistema oligárquico. Lo lleva incluso a su culminación bajo la forma de una sociedad sometida a estrictos principios de jerarquía y subordinación del

individuo al grupo, una verdadera colmena que castiga el individualismo y lo sacrifica todo a la disciplina militar llevada a sus últimas consecuencias. A su frente, dos reyes, a un tiempo generales y sacerdotes, se vigilan mutuamente, conjurando el fantasma de la tiranía; junto a ellos, cinco éforos, magistrados principales, los vigilan a ambos mientras velan por el respeto a la tradición y las leyes. Pero es el Consejo vitalicio de ancianos, la *Gerousía*, el que ejerce el gobierno real de la ciudad, en el que la Asamblea no tiene más participación que el voto, por aclamación y sin deliberación alguna. Fuera de la comunidad política, los periecos, artesanos y comerciantes que habitan los alrededores de la ciudad, y los ilotas, campesinos sometidos, son objeto del desprecio universal de los orgullosos espartanos.

Atenas y Esparta, dos mundos en uno, Jano bifronte del alma helena, parecen capaces, por un momento, de colaborar desde la diferencia en la defensa de la civilización común. Así lo hacen frente al invasor persa, que trata de enseñorearse de Grecia a comienzos del siglo V a. C. Luego, concluidas las Guerras Médicas con la derrota de los persas, humillados una y otra vez, en Maratón, en Salamina, en Platea y Micala, cuando la colaboración ya no es necesaria, quizá queda, si no la amistad, la coexistencia. Atenas, elevada bajo la égida de Pericles al culmen de su esplendor económico y cultural, pacta con los espartanos una paz de treinta años. La capital del Ática brilla entonces con luz propia. Ornada por las obras de Fidias, entretenida por las comedias de Aristófanes, conmovida por las tragedias de Sófocles y Eurípides, iluminada por el pensamiento de Protágoras, de Gorgias, de Sócrates, de Platón, Grecia entera se mira en ella como en un espejo que le devuelve, embellecida, su propia imagen. Para muchos griegos, su hegemonía es algo natural, lógico, un fruto de la evidente superioridad de su cultura. No para Esparta. La paz no es posible porque es la paz de Atenas, la supremacía incontestable de una forma de ser griego sobre la otra, de la democracia sobre la oligarquía. La guerra fría deja pronto paso al enfrentamiento directo. Grecia se parte en dos. La llamada Guerra del Peloponeso, en el último tercio del siglo cuarto antes de nuestra era, poseerá todo el encarnizamiento característico de una lucha de ideas, una guerra total, que sólo concluye, agonizante ya la centuria, cuando Esparta sale victoriosa. Luego las hegemonías se suceden. Tebas hereda la primacía espartana; Atenas ansía la grandeza perdida. Los conflictos se encadenan. Grecia está exhausta. Sus campos, arruinados, expulsan al campesino hambriento hacia la ciudad en busca de pan

y de trabajo. Y la ciudad, superpoblada, no puede ofrecer ni uno ni el otro. La artesanía se encuentra en crisis; el comercio languidece. La polis, antaño orgullosa, paga así el precio de su obstinación.

El retorno de los reyes

Y mientras, más al norte, en la Macedonia que los griegos desprecian como tierra apenas civilizada, una fuerte monarquía afila sus armas. Su rey, Filipo II, acaricia sueños de conquista. Espera unir a los griegos bajo su mando y lanzar su fuerza renovada contra el viejo enemigo persa, sometiéndolo en su propia casa, vengando así los agravios pasados. Su talento militar, apoyado en sus invencibles falanges, subyuga a sus debilitados y divididos vecinos del sur. Filipo dispone entonces un ejército de diez mil hombres y pone sus ojos sobre Asia Menor. La muerte le sorprende cuando cree ya tocar con la mano el sueño por el que tanto ha luchado. Será su hijo, Alejandro, favorito de la fortuna, el llamado a realizarlo.

Alejandro pone orden en casa antes de visitar la ajena. Los griegos, que sólo ven su juventud, excitados por la brillante oratoria del ateniense Demóstenes, creen llegado el momento de rebelarse. Pronto habrán de suplicar el perdón del joven rey. El cachorro de Filipo en nada desmerece la energía de su padre y aun le aventaja en talento y determinación. En tan sólo diez años, poderoso y fulminante como un rayo, atraviesa Persia de un extremo al otro; derrota una y otra vez a los ejércitos inmensos que el Gran Rey envía contra él, en el Gránico, en Isos, en Gaugamela, y se apropia por derecho de conquista de aquel imperio colosal que abarca desde Grecia hasta el Indo, desde Egipto hasta el Caspio.

No le basta. Alejandro no es un hombre al uso. No conquista para satisfacer sus anhelos de grandeza, para destruir, sino para transformar, para crear. Por eso modela en su mente un mundo nuevo, una civilización distinta, que ha de nacer del abrazo fecundo de Oriente y Occidente. Y, transmutado en demiurgo, la hace nacer, le insufla vida. Funda ciudades, diseña caminos, reanima rutas comerciales, hace circular la moneda, impulsa la artesanía y los intercambios y da a conocer a los griegos aquellas tierras lejanas que describen sus geógrafos y naturalistas.

Pero se trata de un imposible. Pueblos tan diversos en raza,

lengua y cultura, separados por distancias tan inmensas, sólo podían permanecer unidos bajo la mano firme de un hombre excepcional. A su muerte, inesperada, prematura, el imperio, que no tiene otro nombre que el suyo propio, se desmorona y de sus ruinas brotan reinos nuevos. Seleuco, Casandro, Antígono, Tolomeo, ayer generales, compañeros de Alejandro, son hoy reyes, soberanos de estados colosales, fundadores de dinastías griegas llamadas a reinar sobre súbditos orientales.

Sin embargo, Alejandro no había soñado en balde. Sus conquistas rompieron para siempre la barrera invisible que durante milenios había separado Oriente y Occidente. Su voluntad indomable dejó ya abiertas por mucho tiempo para los griegos las puertas del comercio con ese lado del mundo, desplegando ante sus espíritus emprendedores materias primas y mercados de una riqueza inconcebible. Atraídos por una fuerza tan intensa, emigraron por millares, poblando una tras otra las numerosas ciudades que el joven monarca y sus sucesores sembraron desde Egipto a la India, llevando con ellos el fermento de su cultura, que germinaría con asombrosa vitalidad, galvanizando el desarrollo de regiones enteras. Las monarquías helenísticas, al fundir de algún modo las tradiciones de Oriente y Occidente, parecieron realizar el sueño de Alejandro. Su esplendor económico, científico, cultural y artístico permitía augurar que la cuenca oriental del Mediterráneo conservaría su papel de conductora de los avances de la humanidad. Sin embargo, no fue esto lo que sucedió. Sería Occidente, y no Oriente, el llamado a liderar el progreso de los hombres.

CAPÍTULO QUINTO

El florecimiento de la civilización occidental

"Mirando las cosas desde arriba y tratando de darles una explicación, puede decirse que Roma nació con una misión, la cumplió y con ella acabó. Esa misión fue la de reunir las civilizaciones que la habían precedido, la griega, la oriental, la egipcia, la cartaginesa, fusionándolas y difundiéndolas en toda Europa y la cuenca del mediterráneo. No inventó gran cosa en Filosofía, ni en Artes, ni en Ciencias. Pero señaló los caminos a su circulación, creó ejércitos para defenderlas, un formidable complejo de leyes para garantizar su desarrollo dentro de un orden, y una lengua para hacerlas universales. No inventó siquiera formas políticas: monarquía o república, aristocracia y democracia, liberalismo y despotismo habían sido ya experimentados. Pero Roma hizo modelos de ellos, y en cada uno brilló su genio práctico y organizador."

Indro Montanelli: *Historia de Roma*, 1990.

Dido frente a Rómulo

Mientras Alejandro asombraba al mundo con sus hazañas inverosímiles, dos pequeñas ciudades crecían, inadvertidas, una frente a la otra, en el extremo opuesto del Mediterráneo. La primera de ellas no fue, durante siglos, sino una de tantas colonias fenicias diseminadas por el Occidente. Fundada según la leyenda, por Dido, obligada a huir de su Tiro natal por su hermano el rey Pigmalión, se llamaba simplemente *ciudad nueva*. Fue el mal oído de los romanos para las lenguas extranjeras el que transformaría pronto el vocablo semita original *Kart Hadasht* en Cartago, nombre con el que ha llegado hasta nosotros. Porque aquella humilde ciudad pronto sería

reclamada por la historia para destinos más altos. Títulos para ello, al menos, lo le faltaban. No existía en su desértica vecindad norteafricana potencia alguna que la inquietase. El valle donde se asentaba, avenado por el Bagrada, era lo bastante fértil para alimentar a toda una gran urbe. Su puerto, erigido en la encrucijada entre las dos principales rutas del comercio mediterráneo, ofrecía a Cartago, de la que salían también cuantas caravanas recorrían el desierto hacia el centro mismo de África, la posibilidad de controlar ambas. Una sólida tradición fenicia, reacia a mezclar su sangre con la de los pueblos indígenas, otorgaba, por último, a los hijos de Dido la fuerza moral suficiente para aceptar el papel al que habían sido llamados. No asombre, pues, que lo asuman con tan intensa dedicación.

No sólo defienden las antiguas posesiones de sus predecesores, sino que tratan de ampliarlas abriendo nuevas rutas. Hannón, en pos del oro guineano, costea África hacia el sur. Himilcon, navegando hacia el norte por las actuales costas portuguesas, busca el país del estaño. Las viejas colonias erigidas por los tirios renacen. Gadir recobra el papel perdido y recibe la ayuda cartaginesa frente a los díscolos indígenas ibéricos, víctimas cada vez más frecuentes de los ataques púnicos. Más al este, la cartaginesa Ibiza disputa a la helénica Marsella el control de las rutas comerciales del Mediterráneo occidental. Por fin, en Alalia (535 a C.), las naves púnicas convierten en coto privado de sus mercaderes el mar ansiado. La habilidad de sus navegantes, hermanada con la potencia de sus ejércitos mercenarios, alejaba por siempre a los griegos de las doradas tierras del oeste. Tres centurias antes de nuestra era, mientras en el Oriente los diádocos se disputaban los despojos del imperio de Alejandro, Cartago se había erigido en la gran potencia del Occidente.

La segunda ciudad contaba, al principio, con muchas menos cartas en la gran partida de la historia. Roma no era sino un humilde villorrio de casuchas de barro nacido a orillas del Tíber, un pequeño río que irriga las tierras del centro de la península Itálica. Durante centurias, no fue nada más. Entregados sus habitantes al cultivo de la tierra y el pastoreo de los rebaños, apenas prosperaron entre ellos artesanos y comerciantes. Más pobres que ricos, no existían entre sus pobladores diferencias significativas: todos eran, a un tiempo, campesinos y soldados que tomaban ora el arado, ora la espada; se reunían en asamblea para adoptar las decisiones que les afectaban, y escogían entre ellos a un rey, más bien un primero entre iguales, que, sin cambiar siquiera su atuendo de labriego, servía a la vez de

sumo sacerdote, general y juez.

Así, austera, sencilla y regida por las tradiciones, fue la vida de los hijos de Rómulo, mítico fundador de la ciudad, durante casi dos centurias. Luego, allá por el siglo VI antes de nuestra era, Roma, quizá galvanizada por sus vecinos etruscos, mucho más adelantados, empezó a cambiar. La población aumentó; la artesanía alcanzó, al fin, alguna importancia, y los intercambios con los pueblos vecinos se hicieron más intensos. La guerra, antes poco frecuente, se tornó endémica. Y con todo ello, los equilibrios internos de la sociedad romana, como había ocurrido mucho antes en el seno de las polis griegas, se alteraron. Junto a los romanos tradicionales, llamados *patricios*, quizá porque se los consideraba descendientes de los padres fundadores de la ciudad, labradores propietarios de tierras, existían ahora artesanos, comerciantes, trabajadores… Y todos ellos, fueran ricos o pobres, permanecían excluidos de las asambleas, marginados en la toma de decisiones, tenidos por simples *plebeyos* ajenos a la comunidad romana originaria. Una situación así no podía mantenerse. Era cuestión de tiempo que, al modo de los tiranos griegos, un aristócrata ambicioso comprendiera las posibilidades que ofrecía la frustración política de la plebe y se aprovechara de ella.

No fue un noble, sino los mismos reyes, quienes lo hicieron. Apoyándose en las masas plebeyas, sometieron al orgulloso Senado patricio; privaron de poder a las asambleas tradicionales, y crearon una nueva, los llamados *comicios centuriados*, en la que la primacía absoluta correspondía a la riqueza, y no a la sangre. La democracia campesina dejaba paso a la plutocracia, y los reyes lo sabían. Por ello, trataron de conservar de su lado las simpatías de los artesanos y comerciantes ricos. Trazaron calles, construyeron alcantarillas, erigieron monumentos, dotaron a la ciudad de su primer foro y sus primitivas murallas y, deseosos de incrementar a un tiempo su poder y el de sus amigos, se lanzaron a la guerra, expandiendo sin cesar las fronteras de Roma. Era más de lo que los patricios podían tolerar. En el 509 a.C., doscientos cuarenta y seis años después de la fundación de la ciudad, tras un violento golpe de Estado, la Monarquía dejaba paso a la República.

No debemos dejarnos engañar por los nombres. Si la Monarquía había degenerado en la tiranía de los reyes, la República no era más que la oligarquía de los aristócratas. Los patricios, dispuestos a protegerse de las veleidades dictatoriales de los monarcas, diseñaron una constitución política que conjugaba la más completa desconfianza hacia el poder con la celosa preservación de sus

intereses de clase terrateniente tradicional. Las asambleas se mantuvieron, pero bajo un estricto control patricio. El Senado, antaño humillado, recuperó su primacía tradicional, asegurándose el dominio de la política exterior y reservándose la aprobación última de las leyes. Y, en fin, los odiados monarcas dejaron paso a magistrados especializados que ejercían sus funciones sobre parcelas de poder restringidas y durante períodos de tiempo muy cortos. A la cabeza del Estado, dos cónsules, a un tiempo jefes políticos y militares, gobernaban de mutuo acuerdo. Por debajo de ellos, pretores que administraban justicia, cuestores que se ocupaban del erario público, ediles que velaban por el orden y el bienestar de la ciudad y censores que salvaguardaban las buenas costumbres y realizaban cada cierto tiempo el censo de los ciudadanos completaban la estructura de una administración más compleja, pero tan vedada a los plebeyos como lo había estado en la época de los primeros reyes.

Y fue esta Roma aristocrática y desconfiada la que se lanzó a la conquista de Italia. Por más de dos centurias, sus legiones de ciudadanos, que se iban convirtiendo en un temible instrumento bélico, derrotaron, uno tras otro, a todos los pueblos vecinos, fundaron colonias en sus territorios y, en fin, conformaron con ellos una suerte de confederación en la que los vencidos se integraban con diversos grados de autonomía política de acuerdo con las condiciones de su rendición. Hacia mediados del siglo III a.C., Roma ya no era una humilde aldea a orillas del Tíber. Se había convertido, de pleno derecho, en una gran potencia.

Pero la conquista, que hizo más poderosa a Roma, tuvo otra vez el efecto de someter su estructura social a insoportables presiones que terminaron por alterarla. Las tensiones entre patricios y plebeyos, una vez más, se agudizaron. Y es que, gran paradoja, la incesante guerra no hacía sino hacer más ricos a los plebeyos ricos, que se beneficiaban del auge de la artesanía y el comercio, y más pobres a los plebeyos pobres, que, cargados de deudas, veían arruinarse sus pequeñas fincas. Descontentos unos y otros, aprovechaban cada momento de debilidad de un Estado siempre en guerra para presionar a sus gobernantes y obtener de ellos una concesión tras otra. La igualdad política, el acceso a las tierras públicas y al desempeño de las magistraturas, y medidas legales que aliviasen el peso que soportaban los campesinos endeudados fueron sus principales reivindicaciones. Cuando las alcanzaron, Roma se transformó. En apariencia, se había convertido en una democracia al estilo ateniense; en la práctica, sus prístinos ropajes

ocultaban a duras penas la incontestable realidad: el poder estaba ahora en manos de una coalición tácita entre los patricios y los plebeyos ricos, una alianza invencible entre la sangre y el dinero, entre la tierra y el comercio. Y una ciudad así no podía, por su propia naturaleza, detenerse. La conquista de nuevos territorios era ya para la élite romana algo tan necesario como respirar.

Por ello era cuestión de tiempo que las dos ciudades, Cartago y Roma, transmutadas ahora en grandes potencias, se enfrentaran. Las dos estaban gobernadas por oligarquías expansionistas. Las dos requerían de la guerra para satisfacer sus ambiciones. Las dos, en fin, peleaban por el mismo espacio vital. Entre ambos pueblos, en las palabras legendarias que atribuyó Virgilio a la propia Dido, no cabía ni amistad ni pacto. Se trataba de una pugna entre imperios rivales en la que no había más opciones que la victoria o la muerte: *Summa sedes non capit duos*, había proclamado ante los asombrados padres del Senado cartaginés el cónsul Marco Atilio Régulo. En la cumbre no hay sitio para dos.

La diplomacia pareció capaz, al principio, de evitar el choque abierto. Los primeros tratados entre ambas potencias reservan Italia para los romanos, que reconocen la soberanía púnica sobre Sicilia, Cerdeña, las Baleares e Iberia. Pero la guerra, fría en sus comienzos, pronto elevará su temperatura. Mediado el siglo tercero antes de Cristo, los cartagineses prueban por vez primera el amargo sabor de la derrota, que han de pagar a precio de oro. Una fuerte indemnización de tres mil doscientos talentos, el equivalente a ochenta toneladas del precioso metal, en diez años, la drástica amputación de su flota de guerra y, sobre todo, la renuncia a sus posesiones sicilianas, a las que se añadieron más tarde las sardas, sería el balance, penoso para Cartago, pero no catastrófico, de la que los romanos, que salieron de ella tan sólo un poco menos exhaustos que sus enemigos, nombraron como Primera Guerra Púnica. Pero, soportable o no la carga de las reparaciones de guerra, Cartago debe buscar la manera de pagarlas. Se plantea entonces ante el Senado cartaginés un dilema. Sus líderes meditan, indecisos, ante una encrucijada de la historia. Un camino apunta hacia África; conduce a la riqueza de sus feraces tierras y a una economía sometida a la égida de la agricultura. El otro lleva de nuevo al mar; implica la consolidación del dominio sobre la riquísima Iberia, aún a salvo de la rapacidad romana, y confiere la primacía a la minería y el comercio como fundamentos de la potencia cartaginesa.

La decisión no fue tomada por consenso. La impuso como fruto

de su voluntad de salvador de la patria Amílcar Barca, aupado a la dictadura personal tras librar a Cartago de la debacle a manos de un ejército de mercenarios rebeldes. Y fue él mismo, como no podía dejar de suceder si se tienen en cuenta los beneficios que la empresa parecía prometer, el encargado de ejecutarla. En pocos años, el hábil general y sus sucesores, su yerno Asdrúbal y su hijo Aníbal, valiéndose tanto de la diplomacia como de la guerra, someten al control cartaginés toda la costa ibérica entre Cádiz y la desembocadura del Ebro. El dominio *de facto* queda, además, asegurado bien pronto (226 a C.) mediante un tratado en el que los romanos, absorbidos entonces por la urgente necesidad de defender sus fronteras del acoso de los galos, aceptan y reconocen la legitimidad del dominio púnico al sur de aquel río, con la única condición de que no lo traspasen los cartagineses. Satisfechos, pueden estos dedicar sus esfuerzos a organizar la explotación de los recursos naturales de Iberia, alimentando con afán las fuentes de las que habrá de beber su renovada potencia militar, construida ahora sobre bases mucho más sólidas que los tradicionales y poco fiables contingentes mercenarios. La brevísima *Pax Punica* que sigue al tratado le basta a los Barca para reconstruir y poner a su servicio, como un verdadero estado hispánico vinculado a Cartago por vínculos muy laxos, la economía peninsular. A las órdenes enviadas desde el flamante palacio de Cartago Nova, la esplendorosa capital púnica construida por Asdrúbal, verdadero emporio comercial e industrial, producen de nuevo a buen ritmo las minas; la fértil vega del Betis se cubre una vez más de pletóricas espigas, y renacen en Gadir, en Malaka y en toda la costa meridional la pesca y la salazón. Y mientras brotan los trigos y se afanan sudorosos los esclavos para arrancar a la tierra su valioso tributo dorado, un nuevo ejército, mucho más eficaz y disciplinado, dispuesto a seguir hasta la muerte al jefe al que venera, afila sus armas. Aníbal, su caudillo indiscutible, mira hacia Roma y espera la hora de la venganza.

Concluida la conquista, los cartagineses estaban preparados y los romanos, conjurado el peligro galo, también. El terreno estaba abonado y plantadas en él las mortales semillas de la guerra. Para que germinaran, sólo restaba esperar la llegada de la estación propicia. Y la estación llegó en la primavera del 219 en la ciudad mediterránea de Sagunto, que los romanos habían tenido la osadía de tomar bajo su protección despreciando el hecho de que se encontraba al sur del Ebro, dentro de la zona de influencia que la misma Roma había reconocido a los cartagineses en su último tratado, siete años antes. Aníbal comprendió con rapidez.

Permanecer inactivo ante tan flagrante violación de los pactos era humillarse ante Roma, que no volvería a tomar en serio a Cartago; atacar Sagunto no podía significar otra cosa que la guerra. Pero la guerra no le asustaba; llevaba toda su vida preparándose para ella, mientras su odio hacia los romanos, alimentado desde la infancia al fuego de las hogueras en los campamentos de su padre Amílcar, crecía sin cesar. Puso sitio a Sagunto y la rindió al cabo de ocho meses.

La respuesta de los romanos no se hizo esperar. También ellos sabían que la guerra contra Cartago era inevitable. Sus embajadores, conociendo de antemano la respuesta, ofrecieron al senado cartaginés, ganado por el deseo de venganza y la confianza en los frutos militares de su imperio hispánico, la paz o la guerra. Esta vez no hubo dudas. Cartago había escogido mucho antes.

La estrategia de Aníbal era tan clara como temeraria. La base del poder de Roma residía en la fértil y poblada Italia, unida ahora en confederación bajo la égida de la ciudad del Tíber. Si la lealtad de los ítalos a los romanos se mantenía, cualquier cuerpo expedicionario cartaginés que invadiera Roma, por enormes que fueran sus efectivos, se iría desgastando hasta extinguirse, enfrentado a un ejército tras otro, pues los romanos dispondrían de una inagotable reserva de más de setecientos mil hombres que podían llamar a lasarmas y tesoro suficiente para pertrecharlos, el mismo tesoro que Cartago le había entregado como reparación de guerra. Si, por el contrario, los cartagineses lograban cuartear la lealtad itálica hacia Roma, ésta quedaría inerme ante el más pequeño ejército púnico que se presentará ante sus puertas. En cualquier caso, debilitar la fidelidad de los ítalos exigía llegar hasta ellos. Pero el Mediterráneo occidental era un lago romano. Sólo había una manera de llegar a Italia, siguiendo un camino tan lógico como imposible: los Alpes.

Los romanos no habían reparado en esa posibilidad y no estaban preparados para ella. Su plan de guerra se asentaba en la premisa de que los cartagineses adoptarían una estrategia defensiva y contemplaba, en consecuencia, un ataque simultáneo en Iberia, cimiento del poder cartaginés, y en África, su suelo patrio. Así, cuando Aníbal descendió al fin hacia el valle del Po con poco más de veinticinco mil hombres, exhaustos y andrajosos, tras sacrificar en los terribles pasos alpinos casi la mitad de su ejército, apenas había allí tropas romanas esperándole. Aunque el Senado abandonó de inmediato sus planes de desembarco en África y una parte del cuerpo expedicionario destinado a invadir Iberia regresó también a

Italia, los cartagineses tuvieron tiempo sobrado para reponerse del colosal esfuerzo, reforzar su debilitada moral, e incluso poner a su favor a las tribus galas de la Cisalpina. El resultado del orgullo y la falta de previsión de los romanos fue desastroso. Durante quince años, en la que fuera, en palabras de Tito Livio, la más memorable de todas las guerras, Aníbal y sus tropas recorrieron Italia, invitando a pueblos enteros a sacudirse el yugo romano, derrotando a sus ejércitos en una batalla tras otra, en Tesino, en Trebia, junto al lago Trasimeno, en Cannas, y en más de una ocasión Roma estuvo muy cerca del fin. Sólo lo impidieron la inquebrantable lealtad de etruscos y latinos, que no se dejaron seducir por los cantos de sirena cartagineses, la indecisión de Aníbal, que permitió recuperarse a los romanos cuando ya estaban vencidos, y el curso de los acontecimientos en la península Ibérica, verdadero arsenal del potencial bélico púnico. Cuando los romanos la ocuparon, la derrota del genial cartaginés fue ya sólo cuestión de tiempo. Aníbal no podría en adelante esperar refuerzos de ella y las simpatías de los galos y los ítalos habían cambiado ya de signo. Los romanos pasaron entonces a África y derrotaron por completo a los cartagineses. Llamado a defender su patria, Aníbal cayó también frente al más aventajado de sus alumnos, el joven Publio Cornelio Escipión, en la batalla de Zama (202 a C.), que puso fin al conflicto.

Las consecuencias de la guerra fueron decisivas. No sólo Cartago desapareció como gran potencia. Con ella murió la posibilidad de inclinar a Occidente hacia la civilización oriental. La victoria romana lo fue también de una forma de entender la sociedad humana sobre otra. La unidad construida sobre la comunidad de ideas y valores, asentada sobre un firme sistema constitucional, esencia de la que llegara a ser la forma de ver las cosas propia del mundo occidental, se reveló más fuerte que la simple unidad de sangre. La nación política se había impuesto sobre la nación étnica. Occidente, por segunda vez, como lo hiciera en la llanura de Maratón, o en las aguas de Salamina, había triunfado sobre Oriente. Es difícil saber qué derroteros habría tomado la historia si hubieran sido los persas antes o los cartagineses después los triunfadores. Una cosa es segura: habrían sido muy distintos y, sin ninguna duda, peores.

De la ciudad al imperio

Sin embargo, la victoria no fue gratuita. La derrota de Cartago eliminaba el último obstáculo significativo al triunfo definitivo del imperialismo romano, pero ese triunfo transformaría una vez más a la ciudad del Tíber en algo muy distinto de lo que era. Desde comienzos del siglo II a.C., un territorio tras otro, convertidos en provincias, fueron incorporándose a la soberanía de Roma. Al frente de cada una de ellas, el Senado colocaba cada año a un gobernador con el título de *Pretor*. Era un nombre engañoso. Los dos pretores habían sido, desde los albores de la República, y una vez reservado el título de cónsul para los jefes del Estado romano, magistrados encargados de impartir justicia. Ahora, al frente de sus respectivas provincias, añadían a sus tareas tradicionales el mando de la legión acantonada en su territorio y su administración misma, lo que venía a significar en la práctica y antes que nada la expoliación de sus recursos, tanto en beneficio propio como en el de Roma. Contaban para ello los pretores con un auxiliar, un *cuestor*, que se encargaba de las finanzas y recorría el territorio administrando justicia, y con la inestimable ayuda de una verdadera muchedumbre de esclavos, clientes, amigos y familiares, *amici* se les llamaba entonces, que se trasladaban con él desde Roma para aconsejarle, servirle y, en no menor medida, compartir los pingües beneficios del cargo.

Y es que, sin más compromiso que aplicar en su provincia las líneas maestras de la política exterior diseñadas por el Senado y responder después ante él, el pretor era dueño de hacer en su provincia cuanto le viniera en gana. Y habitualmente lo hacía, pues la carrera política de un noble romano, el *cursus honorum*, a menudo exigía enormes gastos en sobornos y compra de votos que dejaban en la ruina a los aspirantes a las magistraturas más altas antes incluso de haber desempeñado las más bajas, como las de edil o cuestor. De ahí que el nombramiento de pretor y su escasa duración fueran aprovechados por los políticos republicanos para llenar sus arcas a costa de los sufridos provinciales sin que el Senado, ante el que estos podían en teoría reclamar, hiciese nada por evitarlo. No en vano estaba lleno de individuos que habían obrado igual que los acusados o tenían intención de hacerlo cuando se les presentara la oportunidad.

La propia dinámica de la administración provincial romana tendía de este modo hacia la guerra, y la guerra apuntaba a la conquista de territorios nuevos. Los gobernadores se valían de sus tropas para ampliar las fronteras, esperando con ello asegurarlas y, a la vez, beneficiarse de la explotación de nuevos recursos. Las mismas tropas servían también de policía que garantizaba el cobro de

impuestos en las tierras ya sometidas, lo cual, dados los frecuentes abusos, conducía a sublevaciones que permitían a los gobernadores apropiarse con toda legitimidad de las riquezas de los sublevados. Además, la conquista conllevaba la apropiación por el Estado de las tierras cultivables y su cesión posterior a grandes terratenientes romanos o a soldados licenciados que se establecían como colonos en los países conquistados. Con ello, gran número de indígenas se veían privados de sus medios de vida y no tenían más opción que el bandidaje o su incorporación a las tropas auxiliares de la legión. Todos los caminos conducían así a idéntico lugar: una guerra casi continua que se alimentaba de sí misma a la par que extendía el imperio de Roma y minaba sus instituciones políticas, dejándolas a merced de los generales victoriosos.

Porque eso fue lo que sucedió. La guerra incesante produjo la ruina del pequeño campesino italiano, nutriente de las legiones, forzado a desatender de continuo sus tierras para embarcarse en campañas interminables e incapaz de competir con el trigo barato que producían los enormes latifundios comprados en provincias a precio de saldo y explotados por una mano de obra servil cuyo único coste era la manutención. Sin esperanzas de sobrevivir en el campo, el pequeño labrador vendía entonces su tierra, engrosando así aún más la riqueza de los latifundistas, y emigraba a la gran ciudad, donde terminaba por vegetar, alimentado su cuerpo por los repartos gratuitos de trigo que los aspirantes a las magistraturas practicaban sin tasa, y entretenido su espíritu por los espectáculos que ellos mismos organizaban para las masas cuyo voto esperaban conquistar. Con ello, el ejército romano experimentó un cambio fundamental. A comienzos del siglo I antes de nuestra era, las legiones se profesionalizaron. El soldado no era ya, no podía serlo, un ciudadano que se costeaba su impedimenta y regresaba a sus ocupaciones al llegar el otoño. Así lo entendió el general y siete veces cónsul Cayo Mario, un hombre nuevo que no pertenecía a la clase dirigente tradicional, que apostó por abrir las filas de las legiones al proletariado romano, pagando a los humildes un salario por su servicio y compensándoles en el momento de la licencia con tierras en los países conquistados. Motivado de ese modo, el soldado, que, además, se beneficiaba a menudo de generosos repartos del botín arrancado al enemigo, pronto colocó la lealtad hacia su general por encima de la fidelidad al Estado. Desde ese momento, la suerte de la República estaba echada.

Pero la agonía del régimen republicano había de durar más de una centuria. Las conquistas eran tan frecuentes, que los generales

victoriosos solían coincidir en el tiempo, de forma que sus ambiciones encontradas ejercían de contrapeso, protegiendo la constitución romana del peligro de la dictadura duradera. Las luchas políticas, empero, complicaban la cuestión. Roma se encontraba cada vez más dividida entre los *optimates*, partidarios de la oligarquía dirigente, y los *populares*, que esperaban introducir medidas que atenuaran la deriva del pueblo hacia la proletarización. Cada partido trataba de ganarse para su causa a un general victorioso, pero lejos de plegarse a sus designios, estos terminaron por liderarlos, y la lucha en la arena política se trasladó pronto al campo de batalla.

Tres guerras civiles jalonaron la agonía de la República. Sólo la tercera decidió su suerte. Su vencedor, el joven Octavio, vióse dueño del poder supremo tras derrotar a su antagonista, el veterano Marco Antonio, en la batalla de Accio (31 a.C.). Sobre el papel, nada cambió. Octavio, proclamado Augusto, mantuvo la apariencia de las instituciones. Pero era pura fachada. Por más que los ropajes externos de la República se mantuvieran, bajo los pliegues de la toga había ya una espada. La dictadura militar, el Imperio, comenzaba su andadura.

El cenit de Occidente

El imperio trajo la paz y la prosperidad. Cerca de cien millones de personas, una cifra que tardaría siglos en alcanzarse de nuevo, habitaban dentro de sus fronteras, entre el Atlántico y el Caspio, y disfrutaban de un nivel de vida que, en lo que se refiere a los más humildes entre los hombres libres, no volvería a conocerse hasta mediados del siglo XIX, en pleno auge de la revolución industrial. La unidad lo hacía posible. Roma no inventó nada; siendo tan abundantes y baratos los esclavos, que proporcionaban una mano de obra casi gratuita, no tenía necesidad de hacerlo. Pero fundió al conjunto de los pueblos ribereños del Mediterráneo en un solo bloque económico, lo que permitió una especialización casi perfecta de cada uno de sus componentes, y, liquidada la piratería y mantenidas en perfecto estado las calzadas, los vinculó entre sí por medio de una densa red de comunicaciones, por mar y por tierra, que facilitaba los intercambios entre ellos. La solidez de la moneda, de oro o plata, la madurez de las instituciones bancarias y la firme

estabilidad de un derecho que amparaba por doquier la propiedad y los contratos hicieron el resto. Así, cada comarca, cada región, cada provincia, se dedicó a aquello que hacía mejor. Sicilia, Egipto y el norte de África, poblados de enormes latifundios explotados por esclavos, llevaban cada año al mercado ingentes cantidades de trigo. Hispania, Grecia y la propia Italia apostaron por el aceite y el vino. La Galia y Germania, inundadas de pequeños talleres, se especializaron en la cerámica, el vidrio y el bronce. Y lo que el Imperio no poseía, lo adquiría más allá de sus fronteras. Los mercaderes romanos alcanzaron con sus panzudas naves Arabia, China y la India, e incluso costearon el África oriental hasta la isla de Zanzíbar. Las especias, las piedras preciosas, la seda, el incienso y el marfil fluyeron de manera continua hacia el Imperio, inundando de lujo la vida de los poderosos.

La vida urbana, al calor de la artesanía y el comercio, conquistó el culmen de su esplendor. Las ciudades brotaron por doquier, colonias de veteranos romanos muchas de ellas, imitaciones indígenas otras; enormes algunas, como la propia Roma, Alejandría, Corinto, Éfeso o Antioquía, pequeñas la mayoría, pobladas tan sólo por unos pocos miles de habitantes. Llegaron incluso allí donde la ciudad había sido hasta poco antes un fenómeno desconocido, en los fríos páramos de Britania o junto a los densos bosques que bordeaban el Rin y el Danubio, crecidas en torno a los campamentos de las legiones que protegían la frontera. Pero todas se asemejaban, en su apariencia, sus monumentos, su forma de gobernarse, en su deseo, sobre todo, de parecerse en lo posible a la orgullosa Roma. Había jerarquías, por supuesto. Allí donde la romanización era todavía escasa, donde imperaban aún las costumbres, las instituciones y los dioses autóctonos, las ciudades, en el sentido moderno del término, no existían. Lo romano y lo urbano llegaban del brazo, entretejiendo una verdadera red de ciudades que definía el grado de romanización alcanzado en cada territorio: urbes estipendiarias, sometidas al pago de impuestos; ciudades federadas y libres, beneficiadas de la exención fiscal ganada con su temprana alianza con los romanos; colonias fundadas para asentar a los legionarios licenciados; municipios de régimen latino, bendecidos sólo a medias con el don de la ciudadanía… La ciudadanía romana, la plenitud de derechos políticos para la totalidad de sus habitantes libres, marcaba el estadio último en la evolución de una ciudad.

Ésta se convertía entonces en una pequeña Roma, que imitaba a escala reducida la apariencia y las instituciones de su modelo. En torno al foro, centro neurálgico de la ciudad, crecían basílicas donde

se impartía justicia y se cerraban tratos, termas en las que cuidar el cuerpo y encontrarse con los amigos, teatros en los que presenciar comedias, anfiteatros y circos para disfrutar las luchas de gladiadores y las carreras de carros. El lugar del Senado lo ocupaba el Consejo, integrado por un centenar de opulentos miembros de la oligarquía urbana, los *decuriones*; el de los Comicios, la Asamblea, de la que formaban parte, con escaso poder decisorio, el conjunto de los varones con derechos de ciudadanía. Dos magistrados anuales, los duumviros, trasunto de los viejos cónsules republicanos, encarnaban el poder ejecutivo; había también ediles que velaban por el embellecimiento de la ciudad y trataban de preservar la limpieza y el orden en sus calles y mercados, y cuestores que ocupaban su tiempo en la administración de los fondos públicos. Numerosos sacerdotes, agrupados en colegios, al igual que la mayoría de los artesanos y comerciantes, se afanaban de por vida en la práctica del culto religioso. Y un verdadero enjambre de empleados y esclavos públicos corría de un lado a otro ocupado en sus labores de contable, escribiente, cartero, albañil, pregonero o vigilante.

Porque la ciudad, nervio y vida de aquel mundo bullicioso e inquieto, albergaba una sociedad de perfiles ya muy definidos en los dos primeros siglos de nuestra era. Definidos, pero complejos. La distinción más simple, la establecida entre esclavos y hombres libres, no bastaba para disimular las profundas diferencias que existían en su seno. Los esclavos eran, quizá, poco más que herramientas parlantes, ni siquiera acreedores al elemental derecho a la vida. Pero las condiciones de su existencia variaban mucho. Podían ser humanas si su amo lo era, o insufribles, si no tenían esa suerte. Podían ser penosas si se ocupaban en los campos, las minas o los talleres, o cómodas si se empleaban como pedagogos encargados de la educación de los hijos de los pudientes, o incluso en el nutrido servicio doméstico de las mansiones más opulentas. Podían terminar sus días en el abandono más absoluto, como una herramienta que se desecha cuando ya no sirve, o perecer en la juventud, víctimas de un trabajo agotador. Pero también podía ocurrir que su amo les regalara la libertad. Porque la manumisión era frecuente y no suponía, como en otras épocas, la indigencia automática del antiguo siervo, ya que el liberto quedaba vinculado a la familia de su dueño por lazos de clientela que obligaban a aquél a mantenerle, siempre a cambio de ayuda y respeto.

No menos diversa era la condición de los hombres libres. La mayor diferencia estribaba en la posesión o no de la ciudadanía romana, un privilegio escaso al principio, aunque su número fue

creciendo gracias al pago de favores políticos a los ricos, la transmisión de padres a hijos de la condición de ciudadano y, después, los sucesivos decretos imperiales que fueron extendiéndola a capas cada vez más amplias de la población. Los que carecían de ella, la inmensa mayoría, no poseían, con independencia de su riqueza, que podía variar mucho, más derechos que los civiles. Podían, por ejemplo, contraer matrimonio reconocido legalmente, poseer bienes y transmitirlos en herencia, pero quedaban excluidos por completo del proceso de toma de decisiones en el ámbito municipal, que quedaba reservado a los ciudadanos romanos. De ahí que su aspiración fundamental fuera contarse entre ellos. Por desgracia, no existía una forma de lograrlo que dependiera en exclusiva de su esfuerzo personal. Por ricos que llegaran a ser, la ciudadanía romana devenía siempre una concesión, un favor que se obtenía como pago por los servicios prestados y que dependía de la magnanimidad o el interés de un individuo concreto –un general, un magistrado– con suficiente poder para ello.

Pero el esfuerzo merecía la pena. Los ciudadanos poseen en exclusiva los derechos políticos, participan en las asambleas locales, se reservan la facultad de apelar a los tribunales romanos y no pueden sufrir castigos de índole corporal. Empero, las diferencias entre ellos son también enormes. En sus filas militan tanto los ricos oligarcas que monopolizan las tierras, el comercio y las magistraturas como los pobres de solemnidad que subsisten de la caridad individual, bien vista e incluso obligada para los pudientes, o la beneficencia pública, encarnada en repartos gratuitos de pan y asistencia sin cargo a los espectáculos. Pero incluso entre los propios ricos se establecen nítidas diferencias en virtud de la magnitud de su opulencia. Son los denominados *ordines*, que se configuran como tres estratos sociales delimitados por exigencias precisas de riqueza a los que se vincula la facultad de aspirar a determinados cargos.

Así, el orden superior, denominado s*enatorial*, exigía a los aspirantes a formar parte de él la posesión de tierras, y sólo tierras, suficientes para garantizar una renta anual de al menos un millón de sestercios. De entre sus miembros se elegían no sólo los senadores, como su propio nombre indica, sino también los magistrados más importantes, como los cónsules, pretores, censores, ediles y cuestores, y sólo los miembros del orden senatorial mandaban ejércitos y gobernaban provincias. Inmediatamente por debajo de ellos, los caballeros, integrantes del denominado *ordo equester*, debían poseer rentas equivalentes a cuatrocientos mil sestercios

anuales, si bien en este caso no se limitaba su origen a la propiedad de la tierra, como en el caso de los senadores. De ahí que los caballeros constituyeran el núcleo de la clase romana de comerciantes y financieros, concesionarios de minas o arrendatarios de impuestos. Por último, las oligarquías municipales pertenecían al denominado orden decurional. Todos ellos, senadores, caballeros y decuriones, venían obligados a comportarse de forma acorde con lo que la tradición esperaba de las personas de su rango. Debían ejercer con largueza la beneficencia, sostener y ayudar a sus numerosos clientes y contribuir con prodigalidad a la conservación y el embellecimiento de las ciudades en que residían o poseían propiedades.

Por encima de todo ello, la Administración imperial pugnaba por mantener unido el mundo romano, un mundo integrado por pueblos diversos en riqueza, lengua, cultura y creencias, pero también vinculados por lazos más poderosos de lo que puede parecer a simple vista. Hermanados por una lengua, el latín, que se había convertido en oficial del Occidente, mientras el griego continuaba siéndolo en Oriente; por una cultura que bebía de Homero y de Virgilio, de Aristóteles y de Séneca; por una religión que, tolerante con todos los cultos, va extendiendo poco a poco la veneración a los grandes dioses romanos, Júpiter, Marte, Minerva; por un derecho que, triunfante sobre las tradiciones locales, sirve en todo el imperio para regir las relaciones entre particulares; por un modo de vida que hace del vino y la cultura vitalista crecida en torno suyo el rasgo característico de las relaciones personales; por una estética común en el vestir, en la ordenación urbana, en el adorno propio y el del hogar… Un mundo, en fin, dinámico, abierto y tolerante en el que las ideas y los bienes circulan con libertad. Pero también un mundo que, para su desgracia y la nuestra, portaba en su mismo seno las semillas de su destrucción.

El crepúsculo de la civilización

Así era, porque la decadencia presagia, ya desde al atardecer del siglo II, el fin del mundo romano. Aunque la agonía fue lenta, y el enfermo pareció en ocasiones capaz de levantarse de nuevo, el mal que sufría resultó ser irreversible. Para sorpresa nuestra, el virus que lo causaba era el mismo al que en otro tiempo el cuerpo ahora

debilitado debió su fuerza y su energía. Los esclavos, cimiento de la economía romana, ofrecieron al imperio en expansión una mano de obra barata e inagotable mientras el ritmo de las conquistas fue capaz de engrasar con carne humana la gigantesca máquina de la economía global mediterránea que Roma había llevado a su culminación. Pero los esclavos, privados casi siempre de salario, consumían poco o nada, contrayendo la demanda interna, y este hecho, sumado a su extrema baratura, actuaba también como freno para las innovaciones técnicas. A la larga, estas dos terribles limitaciones bloqueaban toda posibilidad de desarrollo económico sostenible. El sistema podía seguir creciendo hacia afuera mientras siguiera nutriéndose de nuevos botines, nuevas tierras, nuevos mercados y nuevos esclavos, pero cuando, tras las victorias del emperador Marco Ulpio Trajano sobre los dacios y los armenios, en los primeros años del siglo segundo, la expansión se detuvo, las contradicciones del sistema comenzaron a manifestarse y la economía se debilitó.

Y fue esa economía debilitada la que hubo de hacer frente a una presión cada vez mayor de los bárbaros en las fronteras del Imperio. Los romanos respondieron cubriendo de fortificaciones el Danubio y el Rin, dique frente a la marea creciente de los pueblos germanos; aseguraron las defensas orientales ante la amenaza del renacido Imperio Persa, y no olvidaron vigilar de cerca a los nómadas saharianos, siempre atraídos por la feracidad de las tierras mediterráneas. Mientras, el tamaño del Ejército no hacía sino crecer y el gasto militar se disparaba. Todo ello obligó a los sucesivos emperadores a gravar con mayores impuestos a una economía de por sí frágil, mientras el aumento del número de soldados limitaba aún más la disponibilidad de una mano de obra ya encogida por la falta de esclavos asociada al fin de las conquistas y el incremento de su precio. Las manipulaciones del contenido metálico de la moneda, burdo recurso para ahorrar oro y plata sin reducir el valor facial del dinero, agravaron aún más la crisis, pues disminuían la confianza de las gentes en él, favoreciendo el atesoramiento de las monedas viejas, acelerando el gasto de las nuevas y provocando así la subida de los precios.

En consecuencia, los talleres y las fábricas, privados de clientes, faltos de mano de obra y agobiados por los impuestos, empezaron a cerrar, mientras el comercio se contraía y las ciudades se despoblaban. De ellas huyeron en primer lugar las clases más pudientes, aplastadas por el peso creciente de las obligaciones que el Estado les imponía. Después lo hizo la mayoría de sus habitantes,

que, presas del desempleo y víctimas fáciles de los recaudadores imperiales, escapaban al campo en busca de refugio en las grandes villas de los terratenientes reencontrados con su tradición agraria. Sus explotaciones, transmutadas en economías cerradas capaces de producir cuanto necesitaban, se aislaban del mundo, cerraban sus puertas a los agentes del fisco y ofrecían a los refugiados un terruño del que subsistir a cambio de una parte de la cosecha y del compromiso de no abandonarlo nunca. Las clases medias se extinguen así lentamente. Entre los *honestiores* –terratenientes, obispos, generales y altos funcionarios– y los *humiliores* –artesanos empobrecidos, campesinos atados a la tierra, libertos– apenas existía ya nada. Las hojas del calendario parecían pasar hacia atrás. Un orbe dinámico, bullicioso y abierto se batía en retirada dejando paso a un mundo silente, de ciudades en ruinas, caminos descuidados e inseguros que nadie transitaba y campos que producían apenas poco más de lo necesario para alimentar a sus labradores.

Es cierto que esas penas no pesan por igual sobre el conjunto de los hombres. Para la gran mayoría de los esclavos, convertidos ahora en colonos que trabajan su minúsculo terruño a cambio de una parte de las cosechas, la situación apenas ha empeorado. De hecho, no ha hecho más que equipararse a la de los incontables campesinos, antes libres, que atemorizados ahora por igual por los recaudadores imperiales y los bandidos sin escrúpulos, no pueden sino acogerse a la protección de un terrateniente, convertido a cambio en propietario de sus tierras, a las que quedan atados de por vida. Y no es muy distinta tampoco su condición de la del artesano huido de la miseria urbana y refugiado también tras los protectores muros de la villa, ambigua en su doble papel de cárcel y fortaleza. Otros, en fin, conducidos al borde de la desesperación por la política fiscal opresiva y la miseria creciente, se niegan a ceder sus tierras a los latifundistas y abrazan soluciones más drásticas, alimentando un verdadero movimiento revolucionario que preconiza una organización social más justa. Los violentos *bagaudas*, que descargan sus iras contra la oligarquía terrateniente, o los heréticos seguidores de algún obispo capaz de denunciar la nefanda alianza de la Iglesia con los poderosos, no son sino dos caras del mismo fenómeno de desaliento de los humildes, aplastados por las ruinas de un mundo que se desmorona. Porque de los restos del esclavismo está naciendo ya una sociedad nueva que, cuando sus trazos se hagan menos difusos, se nos revelará mucho más próxima a la estática miseria de los siglos oscuros de la Edad Media que a la

prosperidad dinámica, aunque frágil, de las centurias doradas del esplendor de Roma. Con las piedras caídas de los acueductos pronto se edificarán castillos.

Pero antes, el Imperio trata de revolverse contra la muerte que lo atenaza. Diocleciano, primero, y Constantino, después, intentan, a punto ya de concluir el siglo III, devolver a Roma la grandeza perdida. Sus reformas, conducidas con tanta energía como inconsciencia, se extienden a todos los ámbitos. La moneda se fortalece, los impuestos aumentan, el Ejército se reorganiza, la Administración se transforma. Pero algunas de sus medidas son erróneas y otras llegan demasiado tarde. La economía, exangüe, no se recuperará a resultas de una mayor presión fiscal o de la adscripción forzosa de los hijos a los oficios de los padres. La reorganización del Imperio, dividido entre Oriente y Occidente, no es sino una confesión de lo imparable de las fuerzas disgregadoras que sólo consigue sobrecargar aún más con una costosa burocracia las extenuadas finanzas de Roma. Y, en fin, el enorme esfuerzo fiscal que las gentes hubieron de soportar no bastó, a pesar de las torres y murallas que se extendieron por doquier y de la ubicua presencia de los ejércitos, para preservar las fronteras del ataque cada vez más decidido de los bárbaros. Ya en el siglo III, los francos y alamanes llegan con sus correrías a cruzar los Pirineos. En el 409, suevos, alanos y vándalos, originarios de las lejanas y abigarradas tierras del Rin y del Danubio, hoyan de nuevo con el pisar insolente de sus caballos el solar hispano. La humillación culmina un año después, cuando la antaño orgullosa Roma sufre el humillante saqueo de los visigodos de Alarico. Para la mayoría de sus habitantes, el Imperio no es ya más que una pantomima incapaz. Impotentes ante la desbordada marea de la furia germánica, los césares recurren entonces a otros bárbaros para tratar de someter de nuevo a sus designios a sus antaño prósperas provincias. Los pactos abren las puertas de Occidente a numerosos pueblos germanos. Visigodos, francos, burgundios, ostrogodos se establecen a este lado de la frontera, reciben tierras y se comprometen a pagarlas con la espada, protegiendo al Imperio que los acoge. Durante décadas, las luchas continuas devastan los campos y terminan de arruinar las ciudades. En el 476 de nuestra era, mil doscientos veintinueve años después de su fundación, Roma abandonaba el escenario de la historia. No era una ciudad, sino todo un mundo, el que moría. Por fortuna, su herencia no desaparecerá con ella. El cristianismo, que antaño creyera su enemigo, la conservará durante una larga noche de un milenio que, gracias a su luz, no será del todo oscura.

CAPÍTULO SEXTO

De Júpiter a Cristo

"¿Cuál es el significado histórico del cristianismo? ¿Por qué venció a las antiguas religiones paganas y a la antigua concepción del mundo? No sólo porque el cristianismo supo reunir en sí las dispersas concepciones religiosas de la época y asumir de ese modo el aspecto de una tendencia universal; no sólo porque el cristianismo creó una forma de comunidad bien organizada (organizaciones análogas encontramos también en otras religiones orientales, por ejemplo el mitraísmo). La victoria del cristianismo y su importancia histórica universal se deben al hecho de que en él se manifiesta por primera vez el embrión de una nueva concepción del mundo […] La novedad que traía consigo era la liberación de la personalidad, encadenada por la religión y la moral de la polis. Aun admitiendo que tal liberación tenía un carácter incompleto y unilateral […] sin embargo, en el proceso histórico de liberación del individuo representaba un gran paso adelante."

S. I. Kovaliov: *Historia de Roma*, 1948.

Los dioses de la ciudad

A través de la piedra de las calzadas y del surco del arado, bajo la coraza y la toga, en el foro y el pretorio, de la mano del latín y del derecho, los heraldos de la ciudad del Tíber llevaron también consigo su literatura y su arte, su pensamiento y sus creencias. No tardó mucho la cultura romana en arraigar con fuerza entre los pueblos indígenas, más aprisa allí donde los colonizadores fenicios y griegos habían sembrado con anterioridad las semillas del progreso; más despacio en las tierras más apartadas de la fértil ribera del Mediterráneo. La superioridad del latín desplazó enseguida hacia las

márgenes de la corriente histórica a las lenguas autóctonas y, de su mano, la cultura de Roma se impuso entre los miembros de las clases dirigentes, que la abrazaron con entusiasmo y pasaron enseguida, en muchos lugares, de la simple asimilación a la producción cultural en toda regla. Las provincias que dieron césares al Imperio le regalaron también filósofos, literatos, geógrafos e historiadores.

Mayores resistencias hubo de vencer la religión romana. Los dioses indígenas no murieron de repente, como tampoco lo hicieron los prestados por fenicios y griegos. Su retirada fue pausada y desigual, pues Roma, tolerante, no pretendió nunca imponer sus divinidades. Antes bien, absorbió a menudo las ajenas, o, en el mejor de los casos, trató de asimilarlas a las suyas propias. Y así, en los campos y en los bosques, en los ríos y las fuentes, continuaron durante siglos los viejos ritos, las antiguas libaciones, las milenarias súplicas, y siguieron viviendo los terribles dioses de ultratumba y los benévolos protectores de la fecundidad y de la salud, los amables patronos de viajeros y artesanos y los violentos señores de la guerra. Mientras, en las ciudades se levantaban templos a Roma y al Emperador, cuyos orgullosos flámines apuntalaban con sus ritos la estabilidad política del Estado. La Tríada Capitolina era venerada en los foros por burocráticos augures y opulentos pontífices. Y en las moradas romanas los autoritarios padres se tornaban sacerdotes de los intangibles *lares* y los generosos *penates*. Sólo poco a poco ambos mundos se mezclaron y la convivencia prolongada fue vistiendo a los dioses autóctonos con ropajes romanos, aunque a menudo sin transformar más que su apariencia externa.

Porque aquellas divinidades de aspecto impresionante tenían sus limitaciones. Romanas unas, griegas otras, eran dioses de la ciudad, servidores intangibles de la estabilidad y la unidad del Estado. Protegían a la tribu, al grupo, a la familia, pero no se ocupaban del individuo. No había nada en ellos capaz de satisfacer el anhelo de trascendencia que anida en el interior de todo ser humano, y menos aún de ofrecerle consuelo o esperanza para arrostrar una existencia mucho más breve y mucho más insegura que la nuestra. Sirvieron a las polis griegas, como luego servirían a Roma, una polis más, mientras la vida del hombre permaneció encerrada en los estrechos límites de la ciudad. Luego, cuando el comercio y la navegación ampliaron los horizontes de los griegos hacia Oriente y Occidente, cuando las barreras mentales que las protegían empezaron a desmoronarse, las personas se sintieron desamparadas y emprendieron la búsqueda de consuelos más eficaces.

Cada uno buscó a su manera. Unos, los más cultos, renegaron de cualquier religión y trataron de encontrar en la razón la respuesta a sus inquietudes; probaron, en fin, a comprender la naturaleza para dejar de temerla. El mito se batió en retirada frente al *logos*; la superstición comenzó a ceder ante la razón. Así nació la filosofía. Al principio, condicionados aún sus servidores por sus inercias religiosas, buscaron bajo la apariencia del mundo y su infinita variedad un principio único; dieron en ver en el agua, en el fuego, en el cambio o en la inmutabilidad la esencia misma del cosmos. Luego, el hombre fue elevado a medida de todas las cosas, como si deseara liberarse de una sumisión de milenios a las potencias divinas que había venerado sin recibir a cambio sino angustioso silencio. Por fin, los grandes filósofos, Sócrates, Platón, Aristóteles, quisieron hacer de la sola razón el fundamento último del orden natural y moral de las cosas. El individuo se entiende ya a sí mismo como algo distinto de cuanto lo rodea; se sienta frente a la naturaleza, la mira cara a cara e intenta comprenderla, como primer paso para someterla a sus designios. Así, la razón deviene potencia fundamental del entendimiento humano, herramienta primordial del alma, espejo capaz, en fin, de reflejar el cosmos en su exacta realidad. Con tales postulados, Occidente daba un paso trascendental hacia la definición de su propia identidad.

Pero para la mayoría de los mortales era demasiado pronto. La razón apenas ofrecía consuelo. Más que reconfortar el espíritu ofreciéndole seguridad, a menudo sembraba en él la zozobra y la duda. Por eso, muchos simplemente cambiaron una superstición por otra más satisfactoria. Abrazaron cultos distintos; veneraron dioses capaces de brindarles el alivio que anhelaban, dioses cercanos, con los que se podía establecer una relación personal, divinidades que prometían la salvación y, con ella, un poco de seguridad en esta vida y esperanza en la venidera. Dionisos y Orfeo, los misterios de Eleusis y el oráculo de Delfos pronto ocuparían en el alma de muchos griegos el lugar de Zeus y su parentela divina.

Roma atravesó idéntica evolución. La vertiginosa rapidez de las conquistas y los cambios sociales y económicos que llevaba aparejados pronto diseminaron entre los romanos la vacilación y la incertidumbre. Víctimas de la guerra continua, sometidos a un servicio militar interminable, privados de las tierras que habían labrado durante generaciones, incluso adormecidos por los violentos espectáculos y los repartos de grano gratuitos con que las nuevas clases dirigentes trataban de comprar su voto y su silencio, seguían necesitando algo en lo que creer. Soldados y comerciantes,

campesinos y artesanos, cansados de un culto prosaico y árido, deseosos de magia y de consuelo frente a un mundo en descomposición, volvieron así los ojos hacia el seductor Oriente y adoptaron con ansia sus exóticas y arcanas divinidades, sus ritos secretos y místicos. Isis, Osiris, Serapis, Cibeles y Atis, Mitra e Ishtar fueron uno tras otro alzándose a los altares, desplazando al inepto y decadente culto estatal. Todas ellas divinidades salvadoras, que redimían con su muerte los pecados del hombre y le daban con su resurrección la esperanza de una vida inmortal; dioses de cultos intensos, vivos, teatrales, que conducían a los iniciados al paroxismo y al éxtasis en los que creían encontrar la comunión con la divinidad, la vía para la superación de las miserias de este mundo, alimentaron una llamarada intensa pero breve cuyo interés principal fue servir de puente para la llegada del cristianismo.

…que obedezcan a la fe todos los pueblos

La fe de Cristo viajó, quizá, como el resto de las religiones venidas del Oriente, en el petate de los soldados veteranos que cambiaban de destino, o en la sentina de los mercantes que, como en todas las épocas, descargaban de tanto en tanto en los puertos, junto a sus pesadas cargas, las ideas, las modas y los gustos nuevos de allende los mares. En sus orígenes, el cristianismo parecía llamado a ser tan sólo una secta dentro del judaísmo, uno más entre los cultos orientales. Y así hubiera ocurrido, quizá, de no ser por el apóstol Pablo, su verdadero fundador. Fue él, antes perseguidor de cristianos, quien, imbuido de la fe enérgica del converso, intuyó el enorme potencial del mensaje originario de Cristo y supo hacer de él una religión para todos los hombres, capaz de satisfacer los anhelos más íntimos de las personas de toda raza y condición.

Ello fue posible porque el cristianismo brindaba lo mismo que los demás cultos orientales, consuelo, promesas de salvación, un vínculo directo con la divinidad. Pero ofrecía también otras cosas. Sus fundamentos se apartaban de la mitología politeísta en la que no habían dejado de moverse los seguidores de Isis, de Dionisos o de Mitra. Su profeta, Jesús, había sido un hombre de carne y hueso, un ser real, no un simple mito. Su palabra, lejos de limitarse a la elaboración de un ritual más o menos capaz de embaucar a las masas ansiosas de emociones místicas, ofrecía un sólido referente

ético, una norma de conducta de validez universal. Y su organización pronto trascendió los estrechos límites de una misteriosa secta de iniciados para convertirse en una iglesia en toda regla, dotada no sólo de una liturgia y una teología elaboradas, sino también de un sólido entramado que se ocupaba por igual del culto y de la caridad, alimentando a un tiempo el alma y el cuerpo, colmando así las necesidades espirituales y materiales de las depauperadas masas del Imperio.

Por todo ello, poco a poco, el mensaje de Cristo se extendió por los confines del mundo romano. Primero en Oriente, donde surgieron nutridas comunidades cristianas en Palestina, en Siria, en Egipto y Asia Menor, luego en Occidente, en la propia Roma, que guardaría celosa los restos de Pedro y Pablo; antes en la costa, en los puertos, siempre abiertos a nuevas ideas, después en el interior, en los lugares menos accesibles, más apartados de las grandes rutas comerciales del Imperio; primero en la ciudad, más dinámica y propensa a los cambios, por último en el campo, más conservador y cerrado; al principio entre las clases más humildes, las más necesitadas de esperanza y consuelo, después también entre las más acomodadas, los artesanos, los comerciantes, los funcionarios.

Pero, mientras crecía, el mensaje originario se transformaba. Pronto surgieron discrepancias en la interpretación de la palabra de Cristo. Algunos quisieron ver en él un revolucionario que proclamaba la liberación de los humildes; otros, convencidos de que su reino no era de este mundo, olvidaron sus deseos iniciales de combatir sus injusticias por medio del amor. La creciente organización transformó el igualitarismo primigenio de las comunidades cristianas en una sólida jerarquía y terminó por confundir el interés de la fe con el interés de sus ministros, mezclando los asuntos de Dios y los del César. La Iglesia primitiva, la comunidad marginada y perseguida, pero henchida de fe, que esperaba con anhelo la segunda venida de Cristo, iba dejando paso a la Iglesia medieval, cómodamente asentada entre las injusticias de un mundo cuyo fin ya no creía inminente. La adopción del cristianismo como religión oficial del Imperio, pronta a concluir la cuarta centuria de nuestra era, selló su destino durante siglos. Al hacerse cristiano, el tambaleante Estado romano bajoimperial ganaba una sólida base social, el firme apoyo de la extensa organización de la Iglesia y su valiosa sanción espiritual. Los obispos ganaban algo también. En adelante contarían con el respaldo del Estado para enfrentarse a las herejías, en especial las que cuestionaban el orden social vigente. Pero el cristianismo pagaría a cambio un precio muy alto. Prostituido en aras

de los intereses de los poderosos, su mensaje se difuminaba y confundía. Oculto tras la pompa y el oropel de la liturgia, su potencial para convertir los corazones por medio de la caridad se deshacía. La verdad de Cristo, que debía hacer libres a los hombres, los animaba ahora a aceptar la esclavitud; su palabra, que había de despertar los espíritus, los adormecía. Los servidores de Dios servían ahora al César.

Las raíces de Occidente

Y, sin embargo, esa Iglesia desvirtuada estaba llamada a prestar a nuestra cultura un servicio impagable. Porque fue ella, y sólo ella, la que atesoró durante un milenio las esencias de la civilización occidental, preservándolas de la destrucción a manos de los pueblos bárbaros que precipitaron la caída del mundo romano a lo largo de la quinta centuria de nuestra era. No es, pues, exagerado, afirmar que Occidente no habría sobrevivido sin la Iglesia católica.

Ello fue posible porque el cristianismo, a un tiempo hebreo, griego y romano, había sabido recoger de las tradiciones que en él se encontraron lo que cada una tenía de original, aquello que suponía un paso adelante en la tortuosa senda del progreso humano. Así, la Iglesia adoptó de la religión judía su valiosa visión ética del mundo, amputándola, empero, de su lamentable reduccionismo étnico para convertirla en universal, y humanizando su rígida moral mosaica para acentuar la tendencia a la caridad y el perdón, tan necesarios para cualquier ser humano, que habían imbuido en ella los profetas. Yahvé, dios de los hebreos, protector celoso y violento del pueblo elegido, acogió en su seno a los gentiles y, tornando su iracunda faz en benevolente sonrisa, se transmutó en dios de todos los hombres. No en vano hubo quien, como Marción, torciendo el mensaje de Cristo, dio en creer que no había un solo Dios, sino dos, el Dios de la Ley, que protagoniza el Viejo Testamento, demiurgo imperfecto y limitado, y el Dios del Amor, única divinidad omnipotente y venerable, que habría servido de inspiración al Nuevo. Como mucho antes habían comprendido los inspiradores de las primeras religiones con pretensiones universales, en Egipto y Mesopotamia, sólo un Dios de amor podía hablar a los corazones de todos los hombres.

Grecia sembró también en el cristianismo su fecunda simiente. Su filosofía sirvió a los padres de la Iglesia para tornar en religión organizada las sencillas palabras de un carpintero. De su mano, las dos o tres creencias básicas sobre las que se edificaba la fe desnuda de ritos de las primeras comunidades de creyentes evolucionaron hacia un elaborado cuerpo teológico, escatológico y ético que trataba de proporcionar respuesta a todas las preguntas y una norma de conducta válida para todas las situaciones de la vida. Gracias a ella, esa doctrina contó con armas con las que defenderse del embate decidido de los primeros discrepantes, fruto inevitable de las insoportables tensiones que se habían instalado en la conflictiva sociedad bajoimperial. Y fue su ayuda la que hizo posible que el mensaje de Cristo no se disolviera como un azucarillo en una interminable lucha de facciones enfrentadas sin remedio, prestas a aniquilarse entre sí.

No fue sencillo. La Iglesia primitiva tomó de los pensadores helenos tan sólo la forma, no el fondo. Sobre el papel, no cabía concebir dos visiones del mundo más irreconciliables. La filosofía griega había puesto a Dios en relación con el mundo, como inteligencia ordenadora, como causa primera y fin último o como Razón Cósmica; el cristianismo pondrá a Dios en relación con la Historia, lo convertirá en su protagonista principal, en su razón de ser, hará de su encarnación el suceso que otorga sentido a todo lo demás. Los filósofos de la Hélade habían concluido que la verdad absoluta no se halla al alcance del hombre, aunque cada hombre, cada escuela, poseen sin duda un poco de esa verdad; los pensadores cristianos se consideran en posesión de la verdad absoluta, porque les ha sido revelada por Dios, y desprecian como falsas el resto de las doctrinas. Para los primeros, es extraña la idea de un dios único, omnipotente y creador, que los segundos elevan a dogma principal de su fe, y no lo es menos la concepción del hombre propia de la Iglesia, que lo entiende libre y enfrentado a cada momento a decisiones de carácter ético que poco tienen que ver con la identificación entre el mal y la ignorancia que se había asentado con firmeza en la filosofía griega.

Y, sin embargo, lo irreconciliable se reconcilió, al menos en parte. Lo hizo cuando el pensamiento cristiano aceptó la fe y la razón como dos caminos solidarios hacia la verdad. *Intellege ut credas, crede ut intellegas*, escribiría San Agustín cuatro centurias después del nacimiento de Cristo. Entiende para creer, cree para entender. Aún no hay separación entre ambos mundos; uno lleva al otro. Será Santo Tomás, nueve siglos más tarde, quien deslinde los campos,

quien proclame, ya para siempre, la autonomía de la razón frente a la fe. Pero la Iglesia ha dado ya el paso. Al no rechazar la razón, al aceptar que a través de ella es posible el conocimiento, al concebir también al hombre como ente distinto del cosmos, y no fundido con él, como en el pensamiento oriental, el cristianismo bajoimperial preservaba lo más esencial del pensamiento griego y hacía posible que, muchos siglos después, la razón volviera a desplegarse y a reclamar su protagonismo como potencia fundamental del entendimiento humano.

También la herencia de Roma sobrevivió en el cristianismo. La Iglesia había crecido al principio ajena al Estado, sin pretender conquistarlo ni soñar siquiera en derribarlo, convencida de que había de darse a Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César. Luego prosperó a pesar de él, ocultándose de sus persecuciones, buscando en la cómplice oscuridad de las catacumbas la intimidad que requerían unos ritos que ahora se pretendían subversivos. Más tarde, cuando el Estado, huérfano de legitimidad, buscó recuperar su perdida trascendencia, no le negó su abrazo, aun al precio de olvidar que su reino no era de este mundo. Y así, llegado el momento de que aquel Imperio agonizante sucumbiera al fin, la Iglesia se proclamó su heredera legítima, conservando su sede en una ciudad que, habiéndolo sido todo, no era ya sino una urbe provinciana; preservando una lengua, el latín, que había servido y debía seguir sirviendo como patria común de los hombres cultos; asumiendo como propias la liturgia y las jerarquías romanas, y, en fin, guardando la idea misma del Imperio, levantando orgullosa la bandera de la universalidad en un mundo que, conmovido hasta los cimientos por el desbordamiento imparable de aquella verdadera marea humana, se fragmentaba en una variedad infinita de reinos prestos a defender su independencia con las armas.

Por último, había algo en el propio cristianismo que era sólo suyo: su concepción del hombre. El individuo es libre; elige obrar el bien o elige obrar el mal: puede actuar condicionado, pero no actúa determinado. En consecuencia, su propia naturaleza, distinta de la de cualquier otro ser, le impone una actitud ética ante el mundo y ante los demás. La posibilidad de elegir, la libertad, le obliga a plantearse en cada encrucijada de la vida, en cada decisión, cuál es el camino correcto y le asigna la obligación de tomarlo. Libertad individual y concepción ética de la vida son dos elementos básicos que la cultura occidental debe al cristianismo. Pero no es lo único. El cristianismo afirma la igualdad radical de los hombres ante Dios. Se trata, por supuesto, de una igualdad en esencia, no social,

económica o política. Pero también es una idea novedosa. Para los griegos y los romanos, la igualdad no existía. No eran iguales los bárbaros, ajenos a la comunidad de ciudadanos sujetos de derechos civiles y políticos; no lo eran los esclavos, relegados a la condición de herramientas parlantes, más o menos sometidos a los caprichos de sus amos; no lo eran las mujeres, privadas de los atributos de la ciudadanía. Ningún filósofo griego, ningún poeta romano escribió pensando en hacer llegar su mensaje a todos los hombres sin distinción. Sólo Cristo lo hizo, y sus seguidores, aunque tarde y gracias, sobre todo, a los denodados esfuerzos del converso Pablo de Tarso, así lo entendieron y dieron al mundo el primer mensaje universal.

Ética judía, razón griega, pragmatismo romano, libertad del individuo, igual dignidad de los hombres. El cristianismo, al preservar todo eso, al guardarlo, casi intacto, durante centurias, permitió que la Edad Media, que podía haber sido el tiempo de la más completa oscuridad, el verdadero reino de las tinieblas, no fuera nada más que una larga noche, pero, eso sí, como escribiera Ernst Gombrich, una noche tachonada de estrellas.

TERCERA PARTE

LA CRISIS

CAPÍTULO SÉPTIMO

La Edad de las Tinieblas

"Pese a estas vicisitudes, el Imperio Bizantino y el Islámico lograron durante muchos siglos preservar y desarrollar el tipo de civilización superior que había florecido en el antiguo mundo mediterráneo y se había difundido hasta su periferia. Al menos en la temprana Edad Media, pues, Bizancio y el Islam, y no la Europa occidental, merecen ser considerados como los verdaderos herederos de Roma. A causa de esto, a veces los historiadores que han deplorado el chauvinismo europeo occidental que ha llevado a generaciones enteras de sabios a dedicar su atención exclusivamente a las oscuras planicies de Francia, Alemania e Inglaterra, donde ejércitos ignorantes de nobles y reyes semibárbaros chocaban unos con otros en lo que, desde un punto de vista antiguo, bizantino o islámico, era la más negra de las noches culturales. Pero, sin aprobar el instinto que indujo a estos sabios a adoptar un enfoque tan provinciano de los tempranos siglos medievales, retrospectivamente es posible emitir el veredicto de que quienes adoptaron tal enfoque hicieron lo correcto, aunque no necesariamente por las razones correctas."

Francis Oakley: *Los siglos decisivos. La experiencia medieval*, 1980.

Quando cadet Roma, cadet et mundus

Proclamar que cuando Roma cayera, el universo caería con ella llegó a ser un lugar común entre las gentes cultas en los últimos años del Imperio. De algún modo, pero sólo de algún modo, resultó ser cierto. Entre la quinta y la décima centuria de nuestra era, Occidente sufrió tres vastas migraciones de pueblos, mareas desmesuradas e imparables de poblaciones procedentes del otro lado del mundo mediterráneo que traspasaron con violencia sus

límites y penetraron en su interior. Germanos primero, eslavos y árabes después, vikingos y magiares por último, transformaron de raíz el paisaje del mundo occidental y alumbraron una nueva etapa de su historia.

Aún no sabemos muy bien cuál fue el mecanismo que originó tan enormes desplazamientos de población. Quizá fuese el ansia que aquellos pueblos miserables sentían por riquezas que sabían ingentes y mal defendidas. Quizá se tratara, más bien, de la imperiosa necesidad de nuevas tierras donde asentarse, saturadas las suyas por su propio crecimiento demográfico u ocupadas por violentas tribus procedentes de las estepas asiáticas. Es posible que no quepa buscar siquiera una explicación común ¿Se parecían, en verdad, en algo todos estos pueblos? ¿En qué podían asemejarse los germanos, nómadas hasta ayer mismo, que penetraron en Roma ansiosos por apurar hasta las heces la copa de su brillante, aunque decadente, civilización y asentarse por siempre en las fértiles tierras del Imperio, a los piratas vikingos, prestos a regresar a sus ágiles naves tan pronto como, arrasados sin piedad campos y ciudades, sentían satisfecha su ansia inmediata de botín? ¿Eran, acaso, similares las lentas migraciones de los campesinos eslavos y las vertiginosas cabalgadas de los jinetes de las estepas? ¿Puede compararse la intensa motivación religiosa de los musulmanes con la simple voracidad depredadora de los hunos?

No, sin duda. Pero quizá no importe demasiado. Lo que interesa resaltar es que el resultado histórico de migraciones tan vastas y extendidas en el tiempo fue crucial. Roma fue destruida, y con ella desapareció la primera encarnación histórica del mundo occidental. En primer lugar, perdió su unidad. El Imperio dejó paso, a pesar de los sucesivos intentos de reconstruirlo o de mantener viva la ficción de su existencia, a una pluralidad de territorios independientes que prefiguran ya los futuros estados europeos. En segundo lugar, las dos tradiciones que convivían en su seno, la latina y la griega, se separaron de forma definitiva, roto en mil pedazos el Imperio occidental mientras el oriental permanecía unido en torno a la brillante Constantinopla. Por último, la penetración de tantos pueblos de lenguas, culturas, tradiciones y creencias ajenas, aunque pronto asimilados muchos de ellos, alteró los supuestos económicos, sociales, políticos y religiosos propios del mundo romano. Y, sin embargo, Occidente no sucumbió. Más de una vez pareció a punto de perecer; en más de una ocasión pudo pensarse que la herencia de Roma había pasado a manos prestas a dilapidarla. Pero, aun así, sobrevivió.

Disputas por una herencia

Los primeros siglos fueron los más duros. A este lado del Mediterráneo, las fronteras de Roma han sido violadas una y otra vez. Los visigodos, tras saquear la capital misma, se han establecido en el sur de la Galia, mientras los francos hacen lo propio en el norte y los burgundios en el este. Suevos, alanos y vándalos cruzan raudos el corazón del Imperio para instalarse luego en Hispania y el norte de África. Los ostrogodos se apropian de la misma Italia. Anglos, jutos y sajones ocupan Britania. Todos han llegado para quedarse. Poco numerosos, incapaces de imponer su modo de vida a las poblaciones romanas nada proclives a renunciar a su cultura secular, se limitan a apropiarse de las mejores tierras; a vivir sin mezclarse con sus forzados anfitriones. Los vínculos de sangre, la fidelidad al jefe, las creencias paganas, o cristianas de ayer mismo, servirán de núcleo a reinos frágiles, poco cohesionados, que sólo alcanzan alguna estabilidad cuando, entrado ya el siglo séptimo, abrazan la lengua, la religión y el derecho del Imperio que habían destruido. Occidente aguanta así, maltrecho y roto, el primer embate, pero carece de fuerzas para reclamar la herencia de Roma. No tardarán, empero, en surgir pretendientes a su legado.

El primer heredero pertenece, como era de esperar, a la familia. Más al este, entre los mosaicos multicolores de los suntuosos palacios bizantinos, moraba un hombre que no se resignaba a lo inevitable. Justiniano, emperador de Oriente, hizo de su vida una lucha continua por restaurar en su plenitud el Imperio de Roma. A comienzos del siglo VI, sus ejércitos reconquistaron Italia y el norte de África, e incluso arrebataron a los visigodos las Baleares y algunos territorios en el sur de Andalucía. Durante algunas décadas, el sueño pareció realizable. No lo era. Los recursos que habría exigido mantener unidas aquellas tierras eran muy superiores a los que podía desplegar Constantinopla, amenazada en sus fronteras orientales por el renacido Imperio Persa. Además, los dominios occidentales constituían para los bizantinos un peso muerto. Mientras en Egipto, en Siria o en Grecia las ciudades, algunas de ellas enormes, bullen aún de actividad, en Hispania, en la Galia o en la misma Italia no hay ya sino poblachones silentes habitados por criados, clérigos y soldados. Mientras en aquel lado del

Mediterráneo una artesanía todavía dinámica alimenta con sus productos un mercado activo y diverso, en éste no hay más comercio que el que permite el propio Bizancio, comprando sin tasa esclavos, metales y grano a cambio de sedas y papiro, especias y productos de lujo que drenan hacia el este, en goteo incesante, la exigua moneda que aún queda en el oeste. Mientras allí permanece en todo su esplendor la aristocracia romana de terratenientes y clérigos, de burócratas y generales, pero subsisten también artesanos, comerciantes y campesinos libres, aquí, incluso cuando cae al fin el muro que separa al principio a bárbaros y romanos, no hay sino terratenientes y colonos, los que poseen la tierra y los que la trabajan. Y mientras Bizancio preserva con orgullo las avanzadas leyes de Roma, su compleja administración y su moderno concepto del Estado, los reyes bárbaros confunden lo privado y lo público y sientan las bases de un gobierno que, erigido sobre las fidelidades personales, está ya más cerca de la parcelación inestable del poder propia del feudalismo que de la ordenada e indivisible *cosa pública* ideada por los grandes juristas romanos.

Así, muerto Justiniano, sus conquistas, una tras otra, se pierden. No podía mantenerse unido lo que era ya tan distinto. La presión de los eslavos y los persas fuerza a los emperadores a concentrarse en los asuntos domésticos. Bizancio, que había querido erigirse en continuador de Roma, que decía ser él mismo Roma, habrá de renunciar al sueño. Pronto surgirá otro aspirante a la disputada herencia de los romanos.

El segundo heredero de Roma le era por completo ajeno. Había crecido en las oscuras márgenes de la civilización, amparado por la pobreza misma, por la misma insignificancia de las tierras que habitaba en los míseros desiertos de Arabia. Porque fue allí donde, al poco de iniciarse el siglo séptimo de nuestra era, un profeta visionario y dotado de un carisma poco común logró unir tras de sí a las heterogéneas y belicosas tribus árabes y cohesionarlas bajo el empuje de una nueva religión. El Islam hizo de aquellas bandas de ladrones y mercaderes una única comunidad de creyentes iguales regida por una sola ley; les dio algo en lo que creer, la verdad revelada por Dios, e insufló en ellas la necesidad de servir a un proyecto común, la guerra santa, a la que pronto se entregarían con el insaciable ardor del converso. A la muerte de Mahoma, en el 632, Arabia entera había olvidado sus rencillas. Treinta años después, las tierras más ricas del Oriente, desde Libia hasta Persia, desde el Cáucaso hasta Egipto, se encontraban ya en manos del Islam. Medio siglo más tarde, los sucesores del profeta regían un imperio

que abarcaba desde el Atlántico hasta el Índico y, deteniéndose tan sólo a las puertas de Francia, de Constantinopla y de la India, habían hecho del Mediterráneo un lago musulmán.

¿Cómo puede explicarse una expansión tan fulgurante? El fervor religioso no basta. En otras ocasiones una exaltación espiritual colectiva de parecida intensidad se ha estrellado con obstáculos insuperables; en la historia, la organización suele triunfar sobre la fe. Pero nunca antes ni después una civilización pujante ha contado con un cúmulo de ventajas análogo al que jugó a favor de los árabes. Su vehemente deseo de escapar de las pobres tierras de Arabia y el exceso de población que albergaban; la opulencia de bizantinos y persas y su extrema debilidad después de décadas de lucha sin cuartel entre ellos; la insatisfacción generalizada de los pobladores de esos imperios, cansados de los gravosos tributos y la intolerancia religiosa de sus miopes gobernantes; la extraordinaria clarividencia de una religión que ofrecía un trato benévolo a quienes se plegaran a sus designios, aun sin abrazar sus dogmas… Combinados, todos esos factores confirieron a los hijos del Islam una fuerza irresistible. Frente a su empuje, la herencia de Roma parecía dispuesta a entregarse, casi sin lucha, en sus ansiosas manos.

Así sucedió durante algún tiempo. El mundo musulmán, beneficiado por su ubicación central, a medio camino entre Oriente y Occidente, entre los centros de progreso de la India y China, por un lado, y Grecia y Roma, por el otro, actuó como receptáculo, conservador y transmisor de los avances culturales de ambos mundos. Sobre tales cimientos, se reveló capaz de edificar una civilización propia, original y riquísima, dueña de ciudades florecientes e interminables rutas comerciales, amiga de la ciencia y de la cultura, que alcanzó elevadas cotas de progreso técnico y refinamiento espiritual. A mediados del siglo VIII, era el Islam, y no los apenas civilizados monarcas de las tierras de Europa occidental, quien parecía contar con mejores títulos para proclamarse heredero de pleno derecho de la Roma imperial.

Y, sin embargo, se trataba, una vez más, de una ficción. Los fastuosos ropajes externos de la civilización musulmana ocultaban bajo sus pliegues un cuerpo escuálido. La aparente solidez del Imperio islámico esconde terribles debilidades internas. Los árabes, nómadas del desierto, llevan consigo allí donde van sus crónicas querellas intestinas; su tradición de independencia se compadece mal con las exigencias administrativas de un Estado que, volcado en moldes bizantinos y persas, sueña con la centralización. Los conversos musulmanes, siempre postergados frente a los

compañeros originarios del profeta, aceptan a duras penas su marginación del poder. Las clases populares contemplan con irritación creciente el aumento de las desigualdades. Y en una sociedad en la que religión y política marchan de la mano, las disensiones encarnan pronto en herejías. La unidad inicial de la comunidad islámica se rompe; la tolerancia deja paso al fanatismo; el dinamismo cultural se resiente.

Mientras las conquistas se suceden, las riquezas bastan para suavizar las tensiones, para calmar la insatisfacción, para atenuar el descontento. La unidad política se mantiene, a duras penas, hasta mediado el siglo VIII. Luego, frenados los ejércitos de Alá por los jinetes de Carlos Martel en Poitiers; humilladas sus naves por el misterioso *fuego griego* de los bizantinos, la expansión se detiene y las riquezas dejan de afluir a las arcas públicas. El Imperio salta entonces por sus maltrechas costuras. España, el norte de África, Egipto, Persia caen en manos de dinastías locales. Al principio, la unidad espiritual persiste. Los nuevos soberanos se proclaman emires, no califas; la autoridad superior del comendador de los creyentes en materia de fe no se discute. Pero es sólo una cuestión de tiempo. Hacia el año Mil, rota de manera irreversible la unidad política y espiritual del Islam, sus pretensiones a la herencia de Roma no son ya sostenibles. Además, Europa, concluida ya su difícil travesía del desierto, se despereza. Será ella la que, a la postre, reivindique con mejores títulos el legado de Occidente.

Del Imperio romano al Imperio cristiano

Pero será mucho el tiempo que habrá de transcurrir para que esto suceda. Porque mientas Bizancio exhibe orgulloso sus oropeles, mientras brilla con luz propia la joven civilización musulmana, las tierras del Occidente sienten rechinar sus dientes en medio de las tinieblas de la decadencia. No es nada nuevo. El declive se había iniciado mucho antes, en tiempos del Bajo Imperio. Los germanos invasores tan sólo lo habían acelerado. La artesanía, el comercio, la moneda, la vida urbana ya marchaban cuesta abajo desde el siglo III; en el V también la unidad se pierde. Occidente no sólo se ha separado de Oriente; en su interior se han levantado, asimismo, fronteras. Deshecha ya la ficción imperial, los jefes bárbaros proclaman su soberanía; las tribus se convierten en reinos.

Durante dos centurias, romanos y germanos viven de espaldas. Los invasores conservan su lengua, sus leyes, su religión; los invadidos, que las desprecian, no renuncian a las suyas. La prohibición de matrimonios mixtos y la separación física entre comunidades ayudan a perpetuar la separación. Pero otras fuerzas trabajan sin descanso para terminar con ella. Los germanos son pocos; los romanos, muchos: es cuestión de tiempo que la cultura y la religión de los segundos se imponga. La creación de ejércitos mixtos ayudó sobremanera. Los monarcas comprendieron que ceder era la mejor política. Una sociedad cohesionada ofrecía una base más sólida para su poder. La tradición romana, además, garantizaba al rey el pleno disfrute de su autoridad mientras las costumbres germanas hacían de él un simple caudillo militar elegido entre sus iguales. Así, mediado el siglo VII, una nueva sociedad, fruto de la fusión de elementos romanos y germanos, ha nacido. Pero sólo es nueva en eso. En todo lo demás, los cambios son escasos. La posición respecto a la tierra sigue determinando la jerarquía de los individuos. Reyes, duques, condes y obispos la poseen y obtienen de ella, junto a sus rentas, la primacía social y política; los colonos, en número creciente, se limitan a trabajarla, cada vez con menos beneficio, cada vez con mayor dependencia. Entre ambos mundos, el de los señores y el de los siervos, se acortan sin cesar las filas de los campesinos libres, los comerciantes y los artesanos. Y sin clases medias en las que apoyarse, sin recursos sólidos que lo alimenten, el Estado languidece. La autoridad del rey es ficticia; el poder pertenece a los nobles, los duques en la Italia de los lombardos, los condes en la Francia de los merovingios. Sólo la Hispania de los visigodos se asemeja a un reino, unido en su ley, su religión y su territorio. Pero incluso el poder del monarca toledano se cuestiona. Son los magnates y obispos quienes gobiernan en su nombre; sus bienes y sus tierras son ingentes; las sublevaciones, continuas, y las querellas entre facciones aspirantes al trono, incesantes. El brillo de Roma, en fin, se apaga sin remedio en Occidente y, mientras lo hace, sólo florecen la miseria y el oscurantismo.

Algunas luces, empero, titilan todavía entre las tinieblas. La más brillante dimana de la Iglesia. Sólo ella ofrece una referencia de unidad en un mundo roto; sólo ella posee aún hombres brillantes e instituciones sólidas, y en ella tan sólo se refugian los moribundos rescoldos del saber clásico. Liberada de la asfixiante tutela imperial una vez que los lombardos han arrebatado Italia al dominio bizantino, se dispone, ya sola, a reclamar un papel central en aquella Europa postrada. Será la Iglesia quien, durante aquellos siglos

oscuros, acogerá en su seno la herencia de Roma con la esperanza de, más adelante, reivindicarla para sí. Para entonces, sin embargo, poderes más ambiciosos y fuertes habrán nacido en Occidente.

Pero no todavía. Durante las cinco centurias que siguen a la caída de Roma, la Iglesia sobrevive, se fortalece y consolida su papel rector en el seno de aquellas sociedades desorganizadas y miserables. Sus monjes, hijos de San Patricio o San Benito, agrupados en cenobios regidos por austeras reglas, recogen en su seno cuanto de civilizado queda en aquel mundo crepuscular. Atesoran su cultura, copiando una y otra vez los viejos códices; preservan, en lo posible, el cultivo racional de la tierra, que las continuas donaciones incrementan sin pausa; proporcionan, incluso, a los monarcas los administradores que su nobleza apenas civilizada no puede ofrecerles, y, en fin, llevan por doquier la luz civilizadora de la fe, extendiendo los límites de la cristiandad en Inglaterra, en Alemania, en la misma España ganada al arrianismo. Y no sólo los miembros, también la cabeza de la Iglesia se esfuerza en seguir el camino que ella misma se ha trazado. El papa, que ya no sirve al emperador, cada vez más impotente en la lejana Constantinopla, que es ya sólo responsable ante Dios, proclama y afirma su autoridad incuestionable sobre el conjunto del clero. Pero no le basta con eso. No habiendo ya emperador en Occidente, sino reyes numerosos y débiles, son ellos los que deben rendirle pleitesía. Los tiempos de Teodosio y de Justiniano han pasado. La Iglesia no volverá a servir al Estado; será el poder temporal el que deba ponerse a disposición del espiritual, proporcionarle los fines para cumplir su misión superior. El Imperio Romano no resucitará, pero quizá pueda ocupar su lugar un Imperio Cristiano. Ya no hay emperadores, pero todavía quedan papas.

No obstante, el romano pontífice no puede, por sí solo, aspirar a ejercer sobre Occidente sino una suerte de autoridad moral. La primacía espiritual le corresponde, quizá, de pleno derecho, pero, sin un territorio en el que apoyarla, no ocurre lo mismo con la política. Por eso ha de buscar aliados, sellar con ellos un pacto que, una vez más, a cambio de la sanción religiosa de su autoridad, garantice a los papas la fuerza necesaria para consolidar el liderazgo al que aspiran. Una familia de nobles francos aceptará el trato.

Los carolingios eran originarios de Austrasia, uno de los estados en que había terminado por dividirse la Galia sometida a la dinastía franca de los merovingios. No eran allí reyes ni príncipes, sino tan sólo mayordomos de palacio, pero ejercían el poder de hecho en aquella ficción de reinos donde los monarcas se hallaban sometidos

a sus nobles**.** Y ejercieron ese poder con tal firmeza y determinación que Francia volvió a unirse bajo sus designios. Pipino de Heristal gobierna ya a finales del siglo VII sobre un reino único. Pero será su hijo y sucesor, Carlos Martel, quien, vencedor sobre los musulmanes en Poitiers (732), atraerá sobre su familia los interesados ojos del papa. El reino franco no será sólo la barrera de Europa contra el Islam, sino el aliado que buscaba la Iglesia para hacer realidad sus proyectos sobre el Occidente. Por eso cuando Pipino el Breve, sucesor de Carlos, envía una embajada al papa Zacarías preguntándole si está bien que ciña la corona de Francia quien no reina sobre ella, el pontífice le responde sin dudar que prefiere ver como rey al que en verdad gobierna a los francos antes que al que sólo lo es de nombre.

Roma sancionaba así lo que en realidad no era sino un golpe de estado y regalaba a los flamantes monarcas carolingios toda la legitimidad que podía ofrecer quien ostentaba autoridad espiritual para ello. A cambio, la Iglesia exigiría un precio: el apoyo de los ejércitos francos frente a los lombardos que anegaban Italia y un reino en la tierra para sustentar sus pretensiones políticas sobre Occidente. Pipino y su sucesor, Carlomagno, aceptan el acuerdo. El papa no será tan sólo el vicario de un reino que no es de este mundo, sino un soberano temporal con pleno derecho sobre la ciudad del Tíber y los vastos territorios que la rodean. El día de Navidad del año 800 el pacto se firma con todos los honores. En la misma Roma, el papa León III corona a Carlomagno como emperador de los romanos. Es la *renovatio imperii*, la ruptura definitiva entre Oriente, donde reside el legítimo emperador, y Occidente, que cuenta ya con el suyo propio. Pero es también, y ante todo, el primer paso del papado hacia la jefatura de Occidente. Débil aún, necesita todavía un aliado, pero cuando se sienta en posesión de fuerza suficiente para ello, no dudará en proclamarse heredero legítimo del viejo Imperio.

La herencia no parecía, empero, muy apetecible. Carlomagno consigue, es cierto, la práctica reunificación política del Occidente cristiano. En sucesivas campañas, coloca bajo su autoridad, directa o no, la Galia, el norte de Italia y toda la Europa central hasta las tierras de Sajonia, Baviera y Bohemia. Sólo la España musulmana y la Gran Bretaña anglosajona se escapan a su control. Pero la unidad de aquel vasto imperio, terrestre por otra parte, es frágil, muy frágil, y no lo son menos sus fundamentos económicos y sociales. El poder del emperador impresiona por su magnificencia. Carlos funda una capital en Aquisgrán; crea en torno suyo una corte poblada de

intelectuales y clérigos; impulsa incluso, de la mano de Alcuino de York, un cierto renacimiento cultural, y se embarca decidido en un titánico esfuerzo de legislación. Su meta es la consolidación de un gobierno centralizado; nada que recuerde la crónica debilidad de los monarcas merovingios. Pero querer no siempre es poder. Un Estado fuerte exige una economía sólida, y Europa no la tiene. Las tendencias marcadas cinco centurias antes no dejan de agudizarse. La población, golpeada una y otra vez por la peste, sólo comienza a recuperarse, muy despacio, a mediados del siglo VIII. La tierra sigue siendo la única, y exigua, fuente de riqueza. La ciudad se ha extinguido como una llama privada de oxígeno. Las manufacturas y el comercio mueren con ella. Apenas quedan sino algunos artesanos que alquilan sus servicios a los terratenientes: herreros, albañiles, carpinteros, unos pocos tejedores y fabricantes de aperos de labranza. La moneda, inútil ya, desaparece. Es un recuerdo la de oro, drenada hacia Oriente por un déficit de siglos; apenas circula la de plata, innecesaria para una economía donde casi todo se paga en especie. El gran comercio, el de la seda, las especias o el papiro, todavía vivo en los primeros siglos del Medievo, ya no es posible. No hay oro con que pagar ni barcos que acarreen las mercancías. El Mediterráneo es un lago musulmán.

Una economía tan pobre no puede sostener una sociedad compleja. Las clases medias, después de cinco siglos de agonía, han perecido por completo. No existe ya nada entre la aristocracia, laica o eclesiástica, propietaria de fincas cada vez más extensas y los campesinos que las trabajan. Poco importa que sean estos libres o siervos; su vida en nada se distingue; la pobreza les iguala; sus hábitos, sus obligaciones, sus miedos son los mismos. Trabajo y protección es todo lo que pueden esperar, todo lo que la nobleza está dispuesta a ofrecerles. Se han afirmado ya con fuerza las rutinas que determinarán la vida del pueblo durante casi un milenio: el laboreo del *manso*, el minúsculo terruño capaz de sustentar a una familia que los campesinos cultivan a cambio de una renta; el trabajo forzoso en la *reserva* señorial, las tierras, prados y bosques que el señor o el abad guardan para su disfrute personal; los pagos por el uso del molino, el horno y el lagar, que el señor ha convertido en monopolios… El campesino libre, propietario pleno de sus tierras, es un recuerdo cada vez más borroso. Sólo en las inseguras comarcas fronterizas, donde la tierra carece aún de dueño, podrá el labrador erigirse en propietario al precio de arriesgar su vida.

Sobre cimientos tan poco firmes no podía edificarse un Estado poderoso. Carlomagno pronto se cansó de intentarlo. Comprendió,

sin duda, que siendo tal el poder de la nobleza, no podía sino contar con ella en la administración de un imperio tan vasto. Surgía entonces el temor: ¿cómo asegurarse su lealtad? Sólo había un camino: la vinculación personal con el monarca, el *vasallaje*. Carlos nombró a sus nobles condes, marqueses o duques de sus territorios; hizo de ellos representantes del Estado en sus propias tierras y condicionó su posesión a la firme lealtad a su persona. Cobraba así fuerza legal el pacto llamado a erigirse en fundamento de la sociedad occidental en el Medievo, un contrato en el que las dos partes dan y reciben algo. Homenaje por beneficio, fidelidad a cambio de tierras, auxilio y consejo por protección anudan un lazo que une de por vida al señor y al vasallo. No era sino la confesión de impotencia de un Estado que, perdida la fe en la afirmación objetiva de su poder, ha de recurrir a los vínculos personales para conservar un hálito de vida. Pero funcionó un tiempo. Lo hizo mientras los feudos así poseídos por los nobles no fueron hereditarios; mientras entre nobles y rey no se interpuso instancia alguna. Pero el sistema mismo llevaba en su seno las semillas de su fracaso: ¿de qué servía poseer la tierra si no podía dejarse en herencia a los propios hijos? ¿Por qué no podía un noble jugar a ser rey cediendo tierras a cambio de fidelidad a nobles de menos importancia? ¿Qué sistema sería capaz de asegurar la lealtad a un monarca que no disponía de otros medios para imponer su voluntad que los que sus nobles podían darle? La administración carolingia había, por fuerza, de llevar a la desintegración del Estado, a la conversión de cada conde en un pequeño rey, a la transformación de cada dominio en un pequeño reino, integrados todos ellos en una pirámide de lealtades personales a cuya cabeza el monarca terminaría por ser un señor más, el único que no había jurado vasallaje. Había nacido el feudalismo.

Por ello era cuestión de tiempo que el Imperio de Carlomagno acabara desintegrándose. Su sucesor, Luis el Piadoso, logró a duras penas mantenerlo unido apelando a la fe como justificación teórica de su existencia y a la Iglesia como aglutinante práctico. A su muerte, las fuerzas centrífugas, sin apenas nada que las compensara, se desataron. Los hijos de Luis, Carlos el Calvo, Lotario y Luis el Germánico, tras años de lucha, pactaron en Verdún (843) repartirse el legado de su padre. A la postre, el concepto germánico del Estado como patrimonio divisible se había impuesto de nuevo. Lo romano, en esto al menos, no había sido sino un mero barniz superficial incapaz de calar hondo en las mentes de los rectores de aquel Imperio sin cimientos que, sin mucho

convencimiento y quizá a instancias de otros, se había proclamado heredero de Roma.

Balance de una época

Tres pretendientes han reclamado la herencia de Occidente. Los tres han fracasado. Lo ha hecho Bizancio, agotado por el titánico esfuerzo de Justiniano y enseguida forzado a replegarse hacia el levante, donde reclaman su atención, uno tras otro, persas, eslavos y árabes. Superado el reto, amputado de sus tierras más ricas, renacerá más tarde de sus cenizas, pero ya no es el Mediterráneo, lago musulmán, lo que atrae su interés, sino los Balcanes. No es la herencia múltiple de Occidente, helena, romana y cristiana, sino tan sólo la de Grecia, la que aspira a conservar. Y, sobre todo, no es en nada semejante a la romana su visión de la religión común. Primero, porque lo escatológico ganaba allí cada vez mayor primacía sobre lo ético; después, porque, ya en los siglos VIII y IX, la persecución sistemática del culto a las imágenes chocó frontalmente con la opinión de los pontífices romanos, que la condenaron sin paliativos, y siempre porque en la concepción bizantina del cristianismo la estrecha unión entre religión y política suponía la firme subordinación de la primera. La ruptura formal, el llamado Cisma de Oriente, no llegaría hasta el año 1054, pero la separación entre ambas iglesias era ya un hecho desde mucho tiempo antes.

También ha fracasado el Islam, que por un tiempo pareció capaz incluso de aunar en fecunda síntesis Oriente y Occidente. Víctima de la misma desmesura de sus dominios, la imposible adaptación de los primeros creyentes a las exigencias centralizadoras de un Estado en perpetua construcción y las contradicciones internas propias de una población diversa hasta la extenuación, dejó pronto de ser un imperio para pervivir como civilización. Pero se trataba de una civilización distinta, radicalmente incompatible con la esencia de Occidente, donde religión y política podían ir unidas, pero sin confundirse, donde no podía ni aun concebirse una sociedad sin otra ley que la fe, sin más códigos que los revelados por Dios. Sobre tales cimientos, la evolución posterior de Europa, sus logros, fundamentales para el progreso humano, no habrían sido posibles.

Y ha fracasado, por último, el Imperio Carolingio, que se reveló

pronto como lo que era, una brillante carcasa incapaz de ocultar una economía miserable, una sociedad rota y un Estado débil y desconfiado en la legitimidad de sus propios títulos. Pero tras él se agazapaba, esperando su momento, el obispo de Roma, verdadero y perpetuo aspirante a la herencia de Occidente.

CAPÍTULO OCTAVO

Luz en la oscuridad

"Pero, por esos mismos años del siglo X y comienzos del XI, elementos subyacentes, de lentísimo ritmo, iluminan un acontecimiento de singular importancia: el nacimiento de Europa y de su protagonismo. Su conclusión es clara: ni Bizancio podía mantener por más tiempo el esfuerzo que lo sostenía en la cumbre, militar, política, económica, ni la Cristiandad latina podía sobrevivir en aquellas condiciones, refugiada en fórmulas defensivas, de tradición inmemorial, que se habían matizado hasta adquirir carta de naturaleza. Podía morir o dar el salto hacia delante: las circunstancias no fueron tan hostiles y la segunda opción apareció como posible. En todos los órdenes de cosas, Europa Occidental despierta; en torno a una misma lengua y cultura, y tras una única bandera religiosa, su despertar adquirirá rango de tensiones internas y de ofensivas externas."

José Á. García de Cortázar: *Historia general de la Alta Edad Media*, 1984.

Tiempos de zozobra y esperanza

Y es ese mundo frágil, incapaz de recuperar la vitalidad perdida seis centurias atrás, el que recibe, entre los siglos IX y X, una nueva arremetida, devastadora y prolongada, de pueblos dispuestos a arrebatarle incluso los harapos con que se viste. Vikingos, magiares y, otra vez, musulmanes entran sin llamar en las tierras de Europa, desde Rusia hasta Francia, desde Italia a Gran Bretaña. Occidente parece a punto de perecer una vez más. Más pequeño, amputado de Sicilia, Córcega y Cerdeña a manos de los piratas musulmanes, de Gran Bretaña y Normandía, ahora patrimonio escandinavo;

fragmentado y roto sin remedio, desmoronada al fin la ficción de los últimos carolingios, triunfantes los condes, los duques, los nobles de todo pelo y condición; aún más miserable, si cabe, tras las invasiones que lo dejan exangüe, sin pulso. Y, sin embargo, bajo la faz amarillenta y mortecina de aquel cuerpo enfermo, palpita todavía su valiosa herencia, injertado ahora su tronco griego, latino y cristiano con una nueva rama germánica. Porque lo que contemplan nuestros ojos no es, aunque así lo parezca, la debilidad sin esperanza de un moribundo, sino la promesa, todavía frágil, pero decidida, de una nueva vida.

Y es que las últimas invasiones ejercen sobre Europa un efecto paradójico. Llevan a su culminación procesos iniciados mucho antes; terminan de cerrar una etapa, y, a la vez, dan comienzo a otra; pareciera que, podando el árbol, lo renuevan y vivifican. Pero al principio todo lo que dejan tras ellas es desorden, zozobra, miedo. La población y la riqueza, antes escasas, se contraen aún más; las comunicaciones, deficientes, se interrumpen. Los estados, corrompidos ya por la división del poder entre los nobles, se desmoronan. Los últimos rescoldos de la unidad política se apagan; los reinos se rompen en partes más pequeñas para así defenderse mejor de la nueva marea que anega Europa. Cada región, cada tierra queda abandonada a su suerte. Los reyes, perdida la exigua autoridad que aún les resta, no son sino sombras de lo que fueron: amanece la era de los aristócratas. El feudalismo alcanza un triunfo que parece definitivo. Sus instituciones se consolidan y extienden; cada hombre libre busca un noble que lo proteja; cada campesino, un señor que lo ampare. Incluso la Iglesia cae en sus manos; también ella feudaliza y se feudaliza. Como señores, sus obispos y abades rigen extensas explotaciones agrarias y reciben de los campesinos, olvidado ya el trabajo de los monjes, las rentas que les permiten entregarse a la oración y la cultura; como vasallos, los sacerdotes y sus templos se entregan en posesión a señores laicos que se valen de ellos como un beneficio más en el entramado de las relaciones feudales. El mismo papa gime bajo la tiranía de la nobleza romana. Y los viejos vicios, que parecían olvidados, retornan. Renace la superstición, resucitan los mitos. El clero, corrupto e ignorante, no cuenta con armas para enfrentarse a ellos. Simoníaco, trafica sin pudor con cargos y sacramentos; nicolaísta, traiciona el celibato con barraganas y concubinas. El pueblo, angustiado, no halla en sus sacerdotes consuelo alguno. La ruina, la desolación y el caos son los verdaderos señores de Europa.

Pero Occidente, replegado sobre sí mismo, no sucumbe. Se ha

roto, una vez más, su unidad, pero sobrevive como civilización, como idea, y cuando las invasiones terminan, su vitalidad, latente, pero no muerta, se despliega de nuevo. Derrotados los magiares, frenados los sarracenos, transmutados los escandinavos en pacíficos comerciantes que se asientan, ensanchándola, en los márgenes de aquella Europa maltratada; desmembrado al fin el califato cordobés tras el canto de cisne del advenedizo Almanzor, se abre una era de paz. Y la paz trae de la mano una promesa de prosperidad. Pronto se atisban sus primeras luces. Ya en los últimos años del siglo X algunos síntomas anticipan la recuperación. Las pestes acaban; los nacimientos aumentan; aldeas y campos cultivados brotan de nuevo en las tierras ayer abandonadas y yermas. Modestos avances técnicos alimentan un tímido crecimiento de las cosechas. Asistimos, incluso, a un humilde despertar de la artesanía y el comercio. Por doquier se reconstruyen las iglesias. Las rutas de los mercaderes vuelven a abrirse; las mentes se desperezan. La cruz avanza imparable hacia el este; el mundo eslavo se cristianiza. Los reyes sueñan también con recuperar el poder perdido. Las ideas universales, sepultadas por décadas de aislamiento y desazón, retornan.

Pero la política marcha con retraso; su ritmo es más cansino que el de las fuerzas productivas. Las primeras tentativas fracasan. Corre el año 962 cuando Juan XII corona a un nuevo emperador: Otón I. La alianza se ha reconstruido sobre idénticos cimientos. El papado, sometido por la aristocracia romana, pide ayuda para liberarse; el emperador, necesitado de la legitimidad histórica que sólo la Iglesia puede darle, se la ofrece. Pero el nuevo Imperio es distinto del carolingio. Sus monarcas ven en el pontífice un subordinado antes que un socio en igualdad de condiciones, un auxiliar en la administración de los bienes imperiales, en especial en el este, en las tierras eslavas recién ganadas al paganismo, que reciben ahora sus primeros obispos. No reconocen en el sucesor de Pedro primacía alguna, ni aun en lo espiritual: sólo ellos son los verdaderos vicarios de Cristo en la tierra. Además, aunque sacro y romano, el nuevo Imperio es también germánico. El origen de su poder se halla, al fin y a la postre, en los éxitos de su fundador en la lucha contra los magiares, hacia el este, más allá de los límites del fenecido mundo carolingio. No es distinta, empero, su fragilidad. El Imperio muere con el milenio. El papa no desea señores, sino amigos; la nobleza italiana rechaza servir a un amo extranjero; los mismos alemanes sienten escasa simpatía por un reino que admitía en su seno a los eslavos y un monarca que residía en Roma y

ocupaba sus ocios con disparatados sueños de universalidad. A la muerte de Otón III, sus sucesores se conformarán con reinar, a duras penas, sobre Alemania.

Mientras, los monasterios, que no han dejado de alimentar los mortecinos rescoldos del saber clásico, recuperan algo de la vitalidad que antaño les animara. Sus escuelas, regalo del esfuerzo carolingio, han mantenido viva la esencia de la tradición occidental, copiando una y otra vez sus monjes libros y manuscritos, haciendo circular las copias por cada cenobio de la cristiandad latina, peregrinando ellos mismos de biblioteca en biblioteca, conservando así unidas en el espíritu las piezas de aquella Europa rota por las invasiones. Y ahora, cuando amaina la tormenta, entre las nubes que se retiran escapan de nuevo tímidos rayos de sol. Occidente, vivificado por el contacto con la ciencia árabe, redescubre las matemáticas, la geometría, la astronomía; la dialéctica, que enseña a pensar a las mentes hechas a la simple memoria, resucita en la paz de los claustros presta a conducirlas hacia saberes más amplios y fecundos. La profunda reforma de la vida monástica que traen de la mano los nuevos frailes de Cluny facilitará las cosas. Orar y trabajar, según la regla benedictina, preocupan ya poco a estos monjes de negros hábitos. Su interés se halla en el canto, en el salmo. Pero no es esto lo que más importa. Por vez primera, una tupida red de monasterios, que se extienden como arterias desde la casa madre en el corazón mismo de Occidente, un ejército de monjes disciplinados a las órdenes directas del papa, ajenos a obispos y señores, llega, dispuesta a liberarlo de sus hipotecas feudales, a cada rincón de Europa. Y de su mano, la Iglesia, que renacía de sus cenizas, reclamará bien pronto una vez más su derecho al liderazgo.

Permanencias y cambios

La recuperación, evidente, se hace más intensa cuando la cristiandad entera celebra el primer milenio del nacimiento del Salvador. Occidente, entonces, da el primero de sus grandes saltos hacia el futuro; hinca bien firme el primero de los tres pilares de su economía venidera, el que se asienta en la tierra, sobre una agricultura que inicia ahora una expansión llamada a durar tres centurias. No todo cambia, empero. Muchas cosas siguen como

estaban. La sociedad no altera su estructura, un orden que se entiende natural y querido por Dios. Cerrada, inamovible en apariencia, encuadra a sus gentes en estamentos protegidos por impermeables fronteras legales. Privilegiados unos, nobles y clérigos, llamados a velar por la seguridad de los cuerpos y la salvación de las almas, entregados a la guerra o la oración; sometidos el resto, la inmensa mayoría, campesinos absortos de sol a sol en el trabajo del que se sustenta la sociedad entera. Ya no son esclavos; algunos son libres, otros, siervos. Pero importa poco. El destino de todos queda sellado al nacer; lo marca la ley de la sangre. La nobleza se hereda, como se hereda la servidumbre. Sólo la Iglesia abre una puerta, estrecha y engañosa, a la promoción social. Porque los humildes pueden, al vestir los hábitos, asegurarse quizá, casa y comida, pero nada más. El cura de aldea en poco se distingue de su rebaño, con el que comparte ignorancia y penurias. Obispos y abades no son hijos del pueblo, sino de la nobleza, y en todo se asemejan a sus orgullosos hermanos laicos. Se trata, en fin, de una sociedad cruel y violenta, apenas suavizada por los ideales de piedad y caballerosidad que la Iglesia, en curiosa contradicción, trata de difundir entre los poderosos.

Tampoco es distinta la vida en el campo. La tierra continúa en poder de la aristocracia, de los señores de la espada o los de la cruz, pero la trabajan, ahora y siempre, los campesinos. La estructura y los usos del señorío apenas han cambiado. Poco a poco, las prestaciones en trabajo y en especie van dejando paso al pago de rentas en metálico. La reserva, mientras, pierde terreno en favor de los mansos, quizá porque el señor ha comprendido que aumentan así rendimiento y beneficios. Pero su paisaje es el mismo. En ella se levantan el castillo o la mansión del señor, sus graneros y establos, el horno y el molino, el lagar y la forja. La completan, a veces, huertos y viñedos, y un muro, real y simbólico, la separa del mundo que la rodea, el de los labriegos sin cuyo esfuerzo no podría existir. Allí, del otro lado, en sus aldeas y pueblos, en torno a la iglesia, o a la sombra protectora del castillo, se arraciman sus casas de madera, de piedra o tapial, cuyo techo, horadado para dejar paso al humo del hogar, comparten hombres y animales. Allí se diseminan sus parcelas, repartidas aquí y allá entre muchos y lejanos campos, y se extienden los pastos y prados, de uso comunitario, y los montes y bosques, donde de tanto en tanto caza también el señor. En aquel mundo cerrado, que rara vez abandonan, sigue transcurriendo, sometida a una indecible rutina, la corta vida de los humildes.

Algo sí había cambiado, empero, en el señorío. El poder de su

dueño se había hecho mayor. Impotentes y lejanos los reyes, los señores acapararon cuantas prerrogativas correspondieron antes al soberano. Poco a poco, el rey perdió en sus tierras el derecho a reclutar tropas, a recaudar tributos y aun a administrar justicia. Inmunes, los señores aumentaron sus prerrogativas, sus *banalidades*. Se arrogaron también el derecho a autorizar ferias y mercados, gravaron con tasas el tráfico de mercancías por sus tierras y, deseosos de ser en todo iguales a los monarcas, acuñaron enseguida monedas con su efigie. Lo que de unitario podía poseer aún el Imperio de Carlomagno se había deshecho por completo en el tránsito entre los dos milenios. Sus atribuciones y su soberanía se habían repartido entre los grandes señores y estos, a su vez, la habían compartido con señores más pequeños a cambio de su fidelidad personal, consolidando el binomio vasallaje-beneficio como pilar básico de la sociedad feudal. Concluido el siglo X, el proceso iniciado en los tiempos del bajo Imperio Romano con la aparición de las villas había alcanzado su culminación. Los nobles y sus vasallos habían ocupado el lugar del monarca y sus funcionarios. El Estado, en el sentido romano del término, había desaparecido.

Pero en el seno de la sociedad feudal estaban creciendo ya las fuerzas que, con el tiempo, serían capaces de destruirla. Europa, tras muchos siglos de letargo, se desperezaba. La promesa de las últimas décadas del siglo X se convertía ahora, cruzada la frontera del nuevo milenio, en feliz realidad. Crecía otra vez su superficie y su población, tanto tiempo restringidas; lo hacían sus cosechas y sus ciudades, siete siglos después de que su vitalidad pareciera agotada para siempre; se recuperaban su artesanía y su comercio, en apariencia perdidos sin remedio en las lejanas brumas de la decadencia de Roma, y, en fin, el metálico tintineo de la moneda se oía otra vez en los mercados y ferias que volvían a celebrarse por doquier. Como la naturaleza revive cada año al llegar la primavera, Occidente, que había sufrido los rigores de un invierno de la historia, renacía también. Merece la pena que nos detengamos a comprender cómo lo hizo.

La renovada vitalidad de Europa se mostró enseguida en su cuerpo. Su primer crecimiento fue físico, geográfico. Sus fronteras externas cayeron, como derribadas desde dentro por un impulso irresistible. Al sur, en la península Ibérica y en Sicilia, donde la cruz ganaba terreno a la media luna; al este, más allá del Elba, donde los colonos alemanes poblaban las frías llanuras del centro del continente. Pero también las fronteras internas, las que más comprimían la energía de Europa, empezaron a caer. Nuevos

campos de cultivo, largo tiempo desaprovechados, se ganaron en todas partes. Los señores, laicos o eclesiásticos, deseosos de incrementar sus rentas, enviaron a sus colonos a desecar pantanos y a talar bosques. Nuevas aldeas y pueblos brotaron poco a poco en parajes antes solitarios, tejiendo en muchos lugares una apretada malla de poblaciones. Despacio, al ritmo lento y cansino de la carreta del pionero, pero sin pausa, Europa crecía. Y crecía tanto que pronto se sintió con fuerzas para recuperar lo que por derecho pensaba que era suyo. Las Cruzadas, entre los siglos XI y XIII, trataron, hasta en ocho ocasiones, de devolver a la Cristiandad los sagrados lugares donde el Salvador había vivido y predicado su mensaje. Motivadas por un fervor de índole religiosa, impulsadas por un papa deseoso de recuperar el liderazgo de Occidente tras décadas de sometimiento al poder temporal y de restañar la unidad perdida con los cristianos de Oriente, no habrían sido posibles, empero, sin la recuperación demográfica y económica que las precedió. Ella proporcionó los hombres que engrosaron los ejércitos, los pertrechos que los armaron y los lazos comerciales con el Oriente que se habían convertido en vitales para las grandes ciudades del norte de Italia.

Porque ese crecimiento físico, ese despliegue de vitalidad hacia dentro y hacia afuera, exigía brazos. Si fue posible, se debió a que también, por vez primera en muchos siglos, los europeos eran cada año más numerosos. Los cuarenta millones de almas que Occidente albergaba en el año 1000 se han convertido en más de ochenta tres siglos más tarde. La densidad demográfica se duplica o incluso triplica en muchas zonas. Gentes mejor alimentadas, que gozaban de mejores defensas contra la enfermedad, se casaban más jóvenes, vivían más años y engendraban, sin duda, hijos más sanos, capaces también de burlar por más tiempo a la muerte. La menor frecuencia de las guerras, detenidas al fin las continuas invasiones de las centurias anteriores, favorecía, asimismo, la disminución de la mortalidad. La generalización del matrimonio cristiano, que la Iglesia orienta sin matices hacia la procreación, quizá ayudara a fomentarla. Y no hay que descartar que ciertas mejoras en la higiene, beneficiada por la introducción del jabón, ayudara también a prolongar la vida de los europeos.

Como es lógico, el crecimiento de la población y el de las tierras cultivadas se alimentaban mutuamente. Pero la población no habría crecido tanto a resultas tan sólo de la roturación de nuevos campos. Era, también, que los campos producían más que antes. La paz, que se había generalizado en Europa tras el final de las invasiones,

estaba animando a las gentes a usar nuevas técnicas que enseguida se revelaron capaces de acrecentar los rendimientos. Nuevos aperos de hierro fueron sustituyendo a los viejos útiles de madera. Cultivos antes desconocidos, como el centeno y la avena, se ganaron un lugar entre los tradicionales, y otros que no lo eran, como las frutas y muchas hortalizas, se hicieron más frecuentes. Un abrazo más intenso entre los animales y la tierra generalizó el cultivo de plantas forrajeras y el uso del estiércol como fertilizante. El arado con ruedas y vertedera, capaz de penetrar en el suelo con mayor eficacia que el romano, permitió poner en cultivo las tierras más duras del norte, que eran también las más fértiles. La sustitución de la rotación tradicional de dos hojas por la de tres, que hacía posible cultivar cada año dos tercios de la tierra en lugar de la mitad, multiplicó con rapidez el alimento disponible para personas y bestias. Y, en fin, la introducción como animal de tiro del caballo, que permitía trabajar tanto como tres o cuatro bueyes, agilizó el laboreo de los campos y abrió a los campesinos la posibilidad de cultivar extensiones mayores con igual número de brazos. Los europeos, en suma, tenían a su disposición, por vez primera en mucho tiempo, una provisión de comida más abundante y segura, pero también más nutritiva y variada.

Más tierras, más gentes, más y mejor alimento. Semejantes cambios no podían dejar de tener consecuencias sobre el resto de las actividades humanas, y las tuvieron. En muchas zonas, el crecimiento de la población era, sin duda, superior al de las cosechas. Los campesinos se veían entonces forzados a buscar en otro lugar el trabajo que no hallaban. Pero su obligada migración inyectó a la ciudad, tanto tiempo muerta, la savia que necesitaba para revivir. Y su crecimiento, una vez iniciado, proporcionó a la agricultura nuevos mercados, pues había que alimentar ahora a mucha más gente que no cultivaba la tierra. El círculo virtuoso, tanto tiempo detenido, empezó a girar de nuevo. La agricultura, animada por la creciente demanda, volvió a producir para el mercado. El señorío cambió su estructura para adaptarse a los nuevos tiempos. Los señores dividieron los campos, los cercaron y los arrendaron a agricultores que recogían sus cosechas, las cargaban en carros y las llevaban a la ciudad, donde volvían a celebrarse mercados y ferias. La moneda circuló de nuevo; el comercio la necesitaba. Las urbes se poblaron, una vez más, de talleres en los que se afanaban los redivivos artesanos, y el aumento del empleo atrajo a nuevos campesinos deseosos de liberarse de las servidumbres de la gleba. Más allá de los muros de la ciudad, crecían nuevos barrios que

acogían a los recién llegados. Europa cuenta otra vez con grandes núcleos urbanos. Al norte de Italia y en los Países Bajos muchas ciudades alcanzan ya los cien mil habitantes; París llega a los trescientos mil al morir el siglo XIII. Son legión, por toda Europa, las que superan los diez mil.

En su interior, el paisaje ha cambiado. Las iglesias, los cuarteles, los palacios, las viviendas escasas y miserables que se agolpaban intramuros, cuentan ahora con la forzosa compañía de los talleres, las tabernas y las tiendas. Los huertos y campos proliferan a su alrededor. Un tráfago incesante de carretas, de bestias y de personas cruza sus puertas. La quietud del moribundo se ha tornado en bullicio y algarabía, síntomas de una vitalidad renovada. Los recién llegados se organizan. Los artesanos se agrupan según sus ocupaciones. Herreros, tejedores, plateros forman *gremios*, asociaciones que atan a cuantos ejercen idéntico oficio con los fuertes lazos de la hermandad. Cofradías religiosas, velan por la devoción colectiva al santo patrón que las ampara. Sociedades de socorros mutuos, asumen las tareas de protección contra el infortunio de los artesanos y sus familias. Corporaciones profesionales, someten a su dirección cuantos aspectos pueden ser regulados en la elaboración y la venta de sus productos. Sus estatutos fijan precios, supervisan la calidad, determinan salarios, establecen permisos y exámenes para desempeñar el oficio, y excluyen y persiguen a quienes tratan de ejercerlo fuera de su control. A la cabeza, los maestros, envidiados por los oficiales y emulados por los aprendices, imponen una jerarquía que se torna cada vez más rígida. Su preeminencia social tardará poco en aspirar al ejercicio del poder político.

El renacimiento urbano trae consigo el resurgir del comercio. Las ciudades producen, pero también consumen, y no sólo alimentos. Es necesario abastecerlas. Los ríos sirven otra vez de arterias naturales al tráfico de mercancías. Enseguida les acompañan las antiguas vías romanas. Las villas costeras resucitan. Sus puertos se animan pronto con el constante ir y venir de barcos más resistentes y pesados. El mercado semanal, en el que venden los campesinos los frutos de su cosecha, gana enseguida la compañía de la feria, un hermano mayor que acoge, durante un período dilatado, a comerciantes venidos de muy lejos. Aristócratas avisados, como los condes de Champagne, comprenden aprisa el beneficio que se les ofrece y no dudan en tomarlas bajo su protección, garantizando al mercader seguridad, libertad y exenciones fiscales. Su ejemplo cunde pronto. En Florencia, en Pisa, en Génova y Venecia, en

Brujas y Gante, las ferias se multiplican. Sus ciclos, que se suceden uno a otro, cubren todo el año. Los paños, la seda y las especias vuelven a atraer desde los tenderetes y barracas a los opulentos deseosos de regalar su existencia con el lujo venido de otras tierras. Se acuña de nuevo moneda de gran valor, la que requiere el renacido comercio a larga distancia, primero de plata, pero más pesada que la carolingia, como el denario genovés o el matapán veneciano; luego de oro, cuando empiezan a escasear las monedas bizantinas y árabes, como el florín florentino o el ducado veneciano. Pero la moneda no basta. Nuevas técnicas comerciales surgirán para facilitar el crecimiento de los intercambios. El mercader tradicional, de pies siempre manchados por el polvo de los caminos, deja paso al comerciante a gran escala, que dirige sus negocios desde una cómoda oficina valiéndose de agentes y pagarés. La banca, siempre dispuesta a prestar dinero a cambio de un interés elevado, renace de sus cenizas. Y nuevas formas de empresa comercial, que ofrecen diversas combinaciones de capital y trabajo, nacen para atenuar los riesgos y animar a los ambiciosos. El marasmo y la apatía de los primeros siglos de la Edad Media son cosa ya del pasado. Las fuerzas productivas renacen con vigor empujando con ellas a las nuevas fuerzas sociales. Pronto los poderosos sentirán temblar los cimientos de su autoridad.

Aires de libertad

El despertar de la economía europea inserta una paradoja evidente en un orden social que se pretendía inmutable y querido por Dios. ¿Qué lugar cabe en él a comerciantes y artesanos? ¿Podía mantenerse inalterada a largo plazo una sociedad en la que las fronteras legales, determinadas por los estamentos, y las económicas, transformadas por el auge de una riqueza distinta a la simple propiedad de la tierra, ya no coincidían? ¿No terminaría por estallar, de algún modo, semejante contradicción?

Algunos síntomas así lo indican. Aunque muchos elementos de la sociedad medieval llegan casi intactos hasta el siglo XIX, otros habían comenzado ya a desaparecer en los años del Pleno Medievo o, al menos, a difuminarse perdiendo su sentido original. La pomposa rigidez de las fórmulas feudovasalláticas, que alcanza ahora su plenitud, no puede ocultar que no son ya sino un rito vacío

incapaz de disimular su verdadera naturaleza. El vasallaje, por más que se revista con valores excelsos como el honor y la lealtad, es el precio del beneficio y no se aprecia ya contradicción alguna en jurar fidelidad a más de un señor. La identidad entre nobleza y opulencia, evidente doscientos años antes, ya no es tal cuando proliferan los aristócratas arruinados, incapaces de adaptarse a una economía a cada paso más compleja, y los plebeyos enriquecidos por el comercio. Y tampoco se mantiene la que asimila el feudo con la posesión de tierras, pues a cada paso se hacen más frecuentes los beneficios en dinero o cargos. Los mismos campesinos, sometidos aún a las banalidades del señor, se emancipan un tanto de su tiranía, ganando a veces la libertad a cambio de dinero, otras como incentivo para aumentar una producción que se orienta antes al mercado que a la propia subsistencia.

Pero es la ciudad el crisol en el que van a fundirse y modelarse las fuerzas que terminan por dar al traste con el mundo feudal. Su aire, según un viejo proverbio alemán, hace libre. Quizá no al principio, cuando los grandes señores, e incluso los reyes, tratan de someter a su vasallaje las urbes en crecimiento. Se trata de un empeño inútil. Su propia riqueza protegía a la ciudad; daba a sus habitantes el arma con que negociar su libertad, que logran a veces mediante la violencia, casi siempre por medio del acuerdo. Pero no todos eran ricos en su seno y era cuestión de tiempo que los grandes comerciantes y prestamistas, ganada la autonomía respecto a los señores, reclamaran para sí el gobierno municipal, al principio en manos de asambleas de ciudadanos. Cuanto más fuertes eran, mayor poder alcanzaron. En Génova, en Florencia, en Venecia, principales sedes del comercio a larga distancia, lo eran tanto que lograron incluso extender su control más allá de sus muros, dando así vida a ciudades- estado forjadas en un molde semejante al de las viejas polis griegas. Otras veces no ocurrió así. En buena parte de Europa, la ciudad crece, pero más despacio y en menor medida. Las dos características que entonces la definen, la libertad y la economía artesanal y comercial, no siempre se dan a la par. Los concejos castellanos, por ejemplo, son libres, poseen su propia nobleza villana, similar al patriciado urbano de las grandes ciudades comerciales; disfrutan sus propios fueros y las gobiernan sus propios magistrados, pero no viven del comercio y la artesanía, sino del cultivo de los campos y el pastoreo de sus rebaños. Las dinámicas ciudades del Camino de Santiago, por el contrario, beneficiadas a partir del siglo XI por la demanda de los peregrinos europeos, la erección de hospederías y hospitales y el establecimiento de

colonias de artesanos y mercaderes, alientan un activo comercio, pero en raras ocasiones disfrutan libertad alguna.

El signo de los tiempos, sin embargo, es el que portan las ricas ciudades del corazón de Europa, sede de los procesos históricos que conducirán a Occidente hacia la modernidad. Porque los monarcas pronto encuentran en ellas los aliados que necesitan para romper las sólidas pero oxidadas cadenas con las que les ha aprisionado, privándolos del poder, el denso entramado de las relaciones feudales. Los burgueses aportan su dinero; el rey les concede la libertad y les ofrece un lugar junto a su trono. Junto a la nobleza y el clero, consejeros tradicionales de la Corona, se sientan ahora los representantes de las ciudades. Los Consejos reales se tornan Parlamentos, Dietas o Cortes. Y los monarcas, dueños al fin de recursos superiores, pueden afrontar la ardua tarea de recuperar el poder perdido. Mirando atrás, desentierran el derecho romano, hallan en él la justificación de sus pretensiones e imponen a sus nobles, a veces mediante la fuerza, otras por medio del arbitraje, la primacía de su autoridad, reflejada en la aprobación de códigos legales únicos. La Administración se densifica, distinguiéndose otra vez de la casa del rey, y logra dotarse de nuevo de representantes que llevan su voluntad más allá del palacio, a cada rincón del reino. La hacienda, engrosados los recursos personales del monarca por la creciente extensión de sus dominios y la consolidación de regalías o derechos sobre la moneda, la sal, las minas o los mercados, respaldaba ahora con mayor eficacia las pretensiones reales. Y el ejército, liberado de la dependencia estricta de las mesnadas feudales, gracias a la aportación de las milicias urbanas y los propios reclutas del rey, que ahora podía permitirse en mayor medida, sin duda confería una fuerza decisiva a sus argumentos. Han nacido las Monarquías feudales. Se perfilan ya los estados que darán forma política a Europa en los siglos venideros.

El proceso no es unidireccional; presenta altibajos, avances y retrocesos. A veces los reyes logran, por su propio mérito, un poder que se pierde en el momento de su muerte, repartido su reino entre sus hijos, como es el caso de los monarcas castellanos y leoneses, o que él mismo debilita al entregar en vida grandes fragmentos de su dominio a los segundones de la casa real, como sucede en la Francia de los Capetos. Además, si bien se trata de un fenómeno general, no es igualmente intenso en todas partes. El norte y el este, recién incorporados al Occidente, viven un proceso más lento de fortalecimiento del Estado.

Mientras esto sucedía, empero, las viejas ideas universales se

negaban a morir. La Iglesia y el Imperio, animados por la recuperada vitalidad que a todo se extiende en aquella Europa renacida, plantean de nuevo sus títulos a la primacía universal. Lo hacen pontífices como Gregorio VII, Alejandro III o Inocencio III. Lo harán también emperadores como Enrique IV, Federico I y Federico II. Sostienen los primeros que al papa corresponde la monarquía universal sobre la Iglesia, que sólo a él toca nombrar y deponer a sus obispos, sólo a él asiste el derecho a legislar, y sus decisiones son inapelables. Su autoridad, recibida de Dios, es superior a cualquier otra y a él deben someterse reyes y emperadores. Argumentan los segundos que reyes y sacerdotes son consagrados por igual, ante el altar, porque todo poder viene de Dios. Pero el Supremo Hacedor fue rey desde la eternidad, mientras que sacerdote sólo lo fue desde que se encarnó como hombre. El poder temporal, por tanto, era superior al espiritual, y el emperador había de tener primacía sobre el papa.

Con argumentos similares, los dos poderes se enfrentaron en una pugna tenaz que se prolongó durante casi tres siglos, tres centurias en las que se luchó con las ideas y con las armas, con la persuasión y con la fuerza. Una guerra inútil de la que ambos salieron debilitados y que sólo tuvo un vencedor: los reyes, los monarcas de Francia y de Inglaterra, de Castilla o de Aragón, que podían, quizá, reconocer cierta primacía al emperador y al papa, pero no se someterían nunca a su poder temporal. La idea de una Cristiandad unida sobrevivirá aún varios siglos, renacerá incluso en los albores de la modernidad de la mano de Carlos V, pero la verdadera herencia del Medievo fue el embrión del Estado-nación, el cimiento sobre el que se construirá la Europa del futuro.

Occidente renacido

Pero si la Iglesia no pudo vencer en la guerra por la supremacía política sobre la cristiandad, sí logró el éxito en una misión mucho más importante a la larga. La supervivencia de Occidente, cuestionada una y otra vez tras la caída de Roma, quedó, al fin, asegurada. La unidad de Europa se había roto de forma definitiva. No sería ya, en el futuro, un imperio único, sino una gran familia de estados independientes. Independientes, pero no ajenos, ya que la fragmentación política no destruyó la unidad cultural. Gracias a la

civilización cristiana que la Iglesia sustentó con denuedo durante las críticas centurias que siguieron a la caída de Roma, la herencia del Occidente no pereció. Porque fue en el seno del cristianismo donde se operó la síntesis de las tradiciones griega, romana y germánica de la que surge la civilización europea medieval y su legado para los siglos posteriores. Con sus limitaciones y sus imperfecciones, pero de manera constante y consciente, la Iglesia continuó manteniendo unidas las piezas de Europa.

Esa unidad tuvo como cemento básico la lengua. Es ahora cuando nacen y dan a la luz sus primeras realizaciones literarias las lenguas vulgares, pero sólo el latín sirve de herramienta universal de comunicación a todas las gentes cultas de Occidente. De su mano, estudian y aprenden las mismas cosas, el *Trivium* y el *Quadrivium*, la teología, las grandes síntesis del saber, como la de san Isidoro, primero; derecho, medicina, dialéctica o filosofía más tarde. Y en él vuelve a plantearse, una vez más, la tradicional competencia entre fe y razón, religión y filosofía, resuelta ahora por santo Tomás en armónica autonomía. Ciudadanos todos de una república de las letras que no conoce fronteras ni nacionalidades, no gustan ya de la fría paz de los cenobios, sino del animado bullicio de las renacidas urbes, nuevos centros de irradiación de la cultura. En París, en Bolonia, en Oxford, las escuelas nacidas bajo el manto protector de los obispos se despegan de su tutela. En Palencia o en Salamanca, en Nápoles o en Toulouse, son los reyes los que toman la iniciativa. Pero ambos caminos conducen a idéntico destino, el ayuntamiento autónomo, protegido por sus propios estatutos, de profesores y alumnos entregados a la tarea del estudio. Más de cuarenta universidades posee ya Europa al concluir el siglo XIII. Todas poseen similares privilegios. En todas ellas se enseña lo mismo y de la misma manera. Sus títulos, artes, derecho, medicina, teología, y sus grados, bachiller, licenciado o doctor, son válidos en todo el continente. Políticamente roto hasta lo indecible, occidente conserva la unidad de su civilización.

¿Y el pueblo? ¿Forma parte también de esa unidad cultural de las élites? Digamos que alcanza la suya propia. Ni campesinos ni menestrales hablan ya latín; tampoco leen o escriben en lengua alguna; la mayoría de ellos ni aun traspasan los estrechos límites de la comarca donde han nacido. Su cultura, pues, varía mucho de un lugar a otro. Incluso dentro del mismo reino, dos regiones muy cercanas pueden vivir de espaldas entre sí, sin influirse apenas. Pero, con todo, también entre las capas populares de la población se afirma poco a poco una civilización común. Los europeos son

cristianos y la Iglesia trata de hacer del cristianismo su principal seña de identidad, por encima de las fronteras políticas o culturales. Y nunca ha estado tan cerca de lograrlo. Por doquier, desde la península Ibérica a las llanuras bálticas, desde al mediodía francés a las frías tierras de Escocia y Escandinavia, los humildes creen las mismas cosas y practican los mismos ritos. Una liturgia común ha sustituido a las liturgias nacionales. Mediante el bautismo y la confirmación, por medio del matrimonio y la unción de enfermos, la Iglesia se hace presente en cada momento crucial de la vida de los humildes; a través de la confesión y de la eucaristía, de la predicación en los templos y los campos, orienta sus creencias y actitudes. De la mano del clero secular, cada vez más numeroso y cercano, y de las nuevas órdenes mendicantes, franciscanos y dominicos, entregadas al incesante recorrer de los caminos, los ideales cristianos penetran en cada rincón de la existencia, suavizando la brutalidad de una sociedad cruel, invadida hasta la médula por los arquetipos belicosos de la nobleza. La Paz de Dios protege de la guerra algunas tierras; la Tregua de Dios impone la paz en ciertas fiestas. Por doquier se extiende el culto a la Virgen y a los santos y el fervor por las reliquias. En cada rincón de Europa, las gentes abrazan el ideal monástico, ofreciéndose a los monasterios como oblatos o agrupándose en cofradías, retirándose del mundo como eremitas o peregrinando por millares a Roma, a Jerusalén o a Santiago. Hay, es cierto, quien trata de desviarse del camino trazado; gentes que, insatisfechas con el credo oficial, buscan sus propias respuestas más allá del dogma. Pero la sociedad cristiana no es una sociedad abierta. Al discrepante se le marca al punto con el hierro de la herejía; si se obstina, caerá sobre él la Inquisición, creada por los papas para perseguir la disidencia. La Iglesia se había proclamado heredera de Roma y estaba dispuesta a todo para preservar la unidad, siquiera espiritual, del Occidente. Pronto, en el otoño del Medievo, una crisis profundísima pondrá a prueba la fortaleza de lo logrado.

CAPÍTULO NOVENO

El otoño de la Edad Media

"Cuando el mundo era medio milenio más joven, tenían todos los sucesos formas externas mucho más pronunciadas que ahora. Entre el dolor y la alegría, entre la desgracia y la dicha, parecía la distancia mayor de lo que nos parece a nosotros. Todas las experiencias de la vida conservaban ese grado de espontaneidad y ese carácter absoluto que la alegría y el dolor tienen aún hoy en el espíritu del niño. Todo acontecimiento, todo acto, estaba rodeado de precisas y expresivas formas, estaba inserto en un estilo vital rígido, pero elevado. Las grandes contingencias de la vida –el nacimiento, el matrimonio, la muerte– tomaban con el sacramento respectivo el brillo de un misterio divino. Pero también los pequeños sucesos –un viaje, un trabajo, una visita– iban acompañados de mil bendiciones, ceremonias, sentencias y formalidades."

Johan Huizinga: *El otoño de la Edad Media*, 1978.

El ángel de la muerte vuela sobre Europa

En 1348, un barco genovés trajo de Asia la peor epidemia de peste de nuestra historia. En apenas dos años, treinta millones de almas, una tercera parte de la población del continente, murió víctima de la enfermedad. Pueblos, ciudades, incluso regiones enteras quedaron despobladas por completo. Las cosechas se contrajeron; la producción de los talleres se redujo, y el intenso tráfago de mercancías se tornó por un tiempo en mera sombra de lo que fue. La sociedad, golpeada en sus fundamentos, sufre una gran conmoción. En el campo, los señores tratan de compensar la caída de sus rentas aumentando la presión sobre los campesinos supervivientes, que estallan en violentas rebeliones o huyen

desesperados a la ciudad, donde engrosan sin quererlo el número de desempleados nacidos del colapso de las manufacturas. Las revueltas urbanas se multiplican. El odio entre pobres y ricos se hace más intenso y poco tarda en encontrar en las minorías étnicas y religiosas el chivo expiatorio sobre el que descargar la terrible agresividad que albergan los espíritus. Los judíos sufren crueles persecuciones y se convierten en masa para salvar la vida. Los sectores sociales acomodados se agitan también. El fantasma de la guerra recorre otra vez Europa y los monarcas ven cómo la nobleza cuestiona de nuevo, esta vez sin éxito, su poder apenas recuperado. Profundamente angustiados, los europeos reflexionan sobre la extrema fragilidad de la existencia y, sin encontrar consuelo alguno en un clero inculto e inmoral y una Iglesia víctima de sus querellas intestinas, se abrazan con comprensible desesperación a las herejías que se extienden por doquier; rinden culto a la muerte igualadora de los desniveles sociales, y plasman su intenso desasosiego espiritual en un arte recargado que huye de toda mesura y equilibrio.

La peste no fue, empero, ni la causa ni el origen de una crisis tan profunda. En realidad, era cuestión de tiempo que algo así sucediera. Entre los siglos XI y XIII la población europea había experimentado un auge sin precedentes. Esto no fue un problema mientras la producción de alimentos mantuvo un crecimiento similar, gracias al avance de las roturaciones y la introducción de importantes avances técnicos que permitieron una notable mejora de los rendimientos. Pero cuando no fue posible incrementar las cosechas, ya en los últimos años del siglo XIII, no quedó otra salida que poner en cultivo tierras marginales, como pastizales o páramos, hasta entonces despreciadas o dedicadas a otros fines. El remedio, sin embargo, fue peor que la enfermedad. Aunque la disponibilidad de alimentos mejoró un poco a corto plazo, con menos pastos aprovechables el ganado empezó a disminuir, y con él la carne disponible para consumir y el estiércol con que abonar los campos, lo que pronto contrajo de nuevo las cosechas. El cambio climático agudizó el problema. Los inviernos cada vez más largos, fríos y húmedos pudrían a veces las semillas antes de que germinaran y las intempestivas lluvias estivales destrozaban a menudo las cosechas maduras para la recolección. Errores humanos y desastres naturales unían sus fuerzas para conducir a Europa hacia el peor desastre que hubiera conocido nunca.

Así, cuando la peste llegó a Occidente, encontró una población en su mayoría mal alimentada y débil que apenas contaba con

defensas que oponer a la enfermedad. La situación era aún más grave en las ciudades, donde las malas cosechas habían encarecido el pan, convertido así para muchos en verdadero artículo de lujo, y el extremo abigarramiento y la escasa higiene de las gentes hacía de ellas presas fáciles para cualquier epidemia. A estos factores se debió la vertiginosa rapidez del contagio y su extrema letalidad. Europa, que había empezado el siglo quizá con ochenta o noventa millones de habitantes, lo terminará con menos de sesenta. No es de extrañar que el impacto psicológico de una enfermedad semejante fuera tan inmenso. La peste mataba, y mataba deprisa, y nadie conocía el remedio para evitarlo. Por ello pronto surgió a su paso un curioso cortejo de fenómenos extraños, intensos, hijos de la angustia, la ignorancia y el miedo, que enseguida arrastraron a buen número de europeos: la violencia, encarnada en persecución de los judíos, sempiternos chivos expiatorios de todos los males; la histeria colectiva, personificada por las compañías de flagelantes, que recorrían los campos y ciudades por cientos o por miles, golpeándose y suplicando el perdón de Dios; la catarsis dramática de las danzas de la muerte, venerada como suprema igualadora de los hombres… Unos y otros pintan un cuadro que tiñe el paisaje de la Europa del siglo XIV con los oscuros colores de la tragedia.

Porque si la peste no causó la crisis, sí contribuyó a agudizarla. En un primer momento, el rápido descenso de la población trajo como consecuencia el abandono de las tierras marginales, que volvieron a convertirse en bosques o pastizales. Al poco, las cosechas se tornaron de nuevo más generosas, y el mercado se inundó de cereales. Como el número de bocas que podían consumirlos era ahora muy inferior, los precios se hundieron, mientras los salarios, animados por la falta de mano de obra, crecían sin cesar. Muchos señores, al borde de la ruina, reaccionaron reduciendo al mínimo la reserva, que requería la contratación de jornaleros, y favoreciendo el asentamiento de colonos en sus tierras. Pero no fue sino una solución a corto plazo, pues las rentas sufragadas por los campesinos, que eran fijas, iban perdiendo valor con el tiempo y, al caer el precio del cereal, también lo perdían las rentas pagadas en especie. Los señores trataron entonces de incrementar o, al menos, asegurar sus ingresos por otras vías. Resucitaron costumbres que habían caído en desuso; reclamaron de nuevo tasas y obligaciones ya olvidadas; trataron de impedir la huida de los aldeanos a las ciudades, fijándolos otra vez a la tierra que cultivaban; lograron, a veces, de reyes y parlamentos que establecieran un tope a los jornales, y conjuraron, en fin, el fantasma

de una servidumbre que, por lo menos en Occidente, empezaba a ser un brumoso e incómodo recuerdo en la mente de los campesinos.

Al hambre de las primeras décadas del siglo y la muerte de mediados de la centuria seguían ahora inadmisibles abusos. La reacción no se hizo esperar. La chispa de la rebelión prendió en los campos de Europa como la yesca en la paja seca. Por doquier proliferaban las bandas de labradores que abandonaban sus tierras para entregarse al robo y el saqueo. Hacia 1356, los campesinos franceses se sublevaron en masa contra sus señores. En 1381, Inglaterra entera se levantaba como un solo hombre pidiendo el fin de la servidumbre. El bajo clero, tan miserable a veces como los propios aldeanos, a menudo alentaba a la sedición. Y cuando el campesino no se rebelaba, simplemente huía a la ciudad, esperando quizá hallar en ella la salida a sus desesperación. Se sumaba así a sus muchos hermanos que antes que él habían llegado a la urbe animados por el crecimiento de los salarios provocado por la peste. Y, como ellos, engrosaba las filas cada vez más nutridas de los desempleados, cooperaba en el empeoramiento de las condiciones de trabajo y ayudaba sin desearlo a adelgazar unos sueldos que habían empezado a desplomarse como consecuencia del exceso de mano de obra. El caldo de cultivo de la revuelta se preparaba también en la ciudad.

Los levantamientos urbanos fueron, empero, distintos de las rurales, aunque en no pocos casos se alimentaron mutuamente. En el campo, la violencia había sido casi siempre espontánea, imprevista, carente de objetivos claros. En la ciudad, la revuelta poseía una elevada organización y unas metas precisas. Sus líderes convocaban asambleas e inflamaban a los asistentes con reivindicaciones como el derecho al trabajo, salarios más altos y participación en el gobierno de la ciudad. Armadas, encuadradas y bien dirigidas, las masas urbanas podían desplegar una fuerza temible y forzar al patriciado urbano a hacer concesiones. Por ello, mientras en el campo la violencia remitió sin lograr nada o fue aplastada sin problemas, en la ciudad sus instigadores, cabecillas de los gremios en su mayoría, fueron admitidos en muchos casos en los consejos municipales. Por el contrario, olvidados cuando ya no fueron útiles, los pobres urbanos lograron tan poco como sus camaradas campesinos.

Pero, de un modo u otro, la crisis del siglo XIV vino a cerrar para siempre, con tanta violencia como eficacia, el larguísimo paréntesis histórico iniciado diez siglos antes, en las últimas centurias del

Imperio de Roma. Durante más de un milenio, el campo había recuperado el protagonismo. En él se desarrollaban las actividades económicas fundamentales, en él residían los grupos sociales dominantes y pensando en él se tomaban las decisiones. Tras la crisis, la ciudad, que supo resistir mejor sus embates, recobró la primacía perdida. No de inmediato, por supuesto, pues fue a menudo terrible el peaje de hombres y recursos que hubo de pagar por su supervivencia, pero sí a medio plazo, el mundo urbano, mejor defendido, mejor organizado, ganará la partida.

Quizá su victoria se debiera también a que la verdadera sangre de la ciudad, el comercio, sufrió menos que otros sectores los rigores de la depresión económica general. Es cierto que no fue así en algunos casos. Las ferias de Champagne, las pañerías flamencas, el comercio con Oriente de las ciudades italianas acusaron un golpe terrible. No lo es menos que el agotamiento de las antiguas minas de plata de Europa central y la disminución progresiva del caudal de oro procedente de África alimentaron una escasez cada vez mayor de moneda que, al menos al principio, tendió a restringir de manera generalizada los intercambios. Pero los comerciantes supieron reaccionar con energía y creatividad ante los nuevos retos. La carestía de numerario facilitó el desarrollo de los instrumentos de crédito existentes e impulsó la creación de otros nuevos. La letra de cambio, una orden de pago librada en una plaza distinta y en moneda diferente a la de origen, reúne en una misma operación cambio y crédito y facilita sobremanera las transacciones internacionales. La banca, embrionaria todavía en los siglos precedentes, alcanza ahora una notable madurez, incluyendo ya entre sus operaciones habituales el depósito, los préstamos y el giro, y atrayendo incluso la atención del Estado, que se manifiesta en la creación de los primeros bancos públicos. Además, si bien es cierto que las ferias tradicionales decayeron, otras crecieron pronto para ocupar su lugar, mientras zonas hasta entonces secundarias en el gran comercio internacional, Inglaterra, los Países Bajos, Castilla, Aragón, mostraban síntomas de un auge evidente. La economía, sometida a una prueba terrible, juzgada con rigidez extrema por el exigente tribunal de la historia, se preparaba para un nuevo renacimiento. Europa, una vez más había sobrevivido.

El crepúsculo de los dioses

Pero conmociones tan trágicas no podían por menos que tener su correlato en el sensible dominio de la política y las ideas. Las construcciones universales, tan características de la plenitud del Medievo, cayeron en una decadencia definitiva. El Imperio, fracasadas sus desmesuradas expectativas, fallará incluso en su intento de emular a los monarcas, incapaz de convertirse siquiera en un reino más, condenado su titular a la soberanía nominal sobre los príncipes ansiosos por mostrar su independencia. La Iglesia conservará a duras penas su primacía espiritual, pero, cuestionada y dividida, sometida una vez más a los reyes, no podrá ya plantear nunca más sus pretensiones a la hegemonía política sobre el Occidente. Sólo los reinos soportan a pie firme los retos que plantean los tiempos y salen de ellos fortalecidos, dispuestos ya a dar el paso definitivo que, concluida ya la Edad Media, conducirá a Europa hacia el Estado moderno.

El Imperio pierde definitivamente la partida en 1356. Es entonces cuando un nuevo monarca, Carlos IV, promulga la Bula de Oro, una suerte de constitución imperial que, por un lado, libera la elección del emperador de la consagración papal, pero, por otro, la deja por completo en manos de los grandes señores feudales alemanes. Desde ahora, el Imperio pierde cualquier pretensión universalista; es ya, para siempre, un asunto puramente germánico. Se ha independizado del papa, pero sólo para caer en manos de los príncipes. Las familias aspirantes al título, las casas de Habsburgo y Luxemburgo, lucharán de manera encarnizada por hacerse con extensos patrimonios que les garanticen la elección. Pero el de emperador es ya un puesto honorífico. Sin gobierno centralizado ni instituciones sólidas, carente de la potestad de recaudar impuestos o reclutar tropas fuera de sus tierras, sin el derecho a legar el trono a sus hijos, privado, en fin, de instrumento alguno para someter la voluntad de los príncipes electores, serán estos los verdaderos dueños de un Imperio que ya no podrá aspirar a ejercer liderazgo alguno sobre Occidente.

Pero si el Imperio había perdido la guerra, no por ello la había ganado la Iglesia. Sobre el papel, sí lo había hecho; al menos, el papa se había liberado al fin de la tutela forzosa de los herederos de Carlomagno. Pero se trataba de un sueño efímero, un espejismo llamado a disiparse en poco tiempo. La herejía, alimentada por la miseria de los pobres, los abusos de los ricos y la inanidad pastoral del clero, se extiende por Europa. En lo doctrinal, son cada vez más numerosas las voces que se alzan contra las pretensiones teocráticas de los pontífices. En lo político, la dependencia de los

papas respecto al rey de Francia crece sin cesar.

Instalados en Avignon desde 1309, los sucesores de Pedro, muchos de ellos franceses y siempre rodeados de cardenales galos, actúan mediatizados por intereses ajenos a la Iglesia. Su prestigio, minado por la prioridad concedida a lo temporal sobre lo espiritual, decae. El retorno a Roma, en 1377, no mejora las cosas, porque Francia, temerosa de perder su tremenda influencia sobre la Santa Sede, propicia el nombramiento de un nuevo papa. Es el Cisma de Occidente. La cristiandad se divide. Francia, Castilla, Aragón y Escocia respaldan al papa de Avignon. Inglaterra, Flandes, Hungría, Polonia y Escandinavia obedecen al de Roma. Portugal y Nápoles cambian una y otra vez de bando. Italia y Alemania no se muestran unánimes.

Durante décadas, todas las iniciativas –la guerra, la reconciliación, la renuncia– fracasan. La exasperación y el descrédito se extienden por doquier. Por un tiempo serán incluso tres los vicarios de Cristo, al proclamarse en Pisa un nuevo papa sin que renuncien los otros dos. Sólo a comienzos del siglo XV vuelve a tener la Iglesia una sola cabeza visible. Pero la solución que lo hizo posible, la convocatoria de un concilio ecuménico, pasará factura a la autoridad de los pontífices. Desde ahora, el concilio se alza como rival cualificado del papa dentro de la propia Iglesia. Para muchos a él debía corresponder la autoridad suprema sobre los fieles y de él habían de partir las iniciativas de reforma. Si la tentativa no cuajó, fue porque los monarcas, presionados por el papa, no la apoyaron. Pero, a cambio, los sucesores de Pedro, forzados a estampar su sello sobre concordatos que los sometían a los soberanos, hubieron de renunciar a cualquier pretensión teocrática sobre la cristiandad. Poco a poco, el vicario de Cristo se iba convirtiendo en un señor temporal más, preocupado tan sólo por consolidar su poder en Italia. Los tiempos de gloria habían pasado para la Iglesia de Roma.

A los reinos ordinarios no parecía irles mucho mejor. El crepúsculo del Medievo fue una época de violencia extrema y generalizada. La guerra arrasó sin clemencia regiones enteras, agravando las consecuencias de la depresión económica y las tensiones sociales. Pocos fueron los estados que escaparon a sus destructivos efectos. Francia e Inglaterra, entonces las mayores potencias de Europa, se enfrentaron en un interminable conflicto que, a pesar del nombre, se prolongó más de cien años, entre 1337 y 1453. También lo hicieron Castilla y Aragón, potencias emergentes, e incluso los mismos castellanos hubieron de sufrir las desdichas de la guerra civil entre los partidarios de Pedro I el Cruel y

Enrique II de Trastámara entre 1366 y 1369, con intervención de tropas francesas e inglesas en apoyo de uno u otro bando. Las tierras de Italia no conocen tampoco la paz. En el norte la guerra se alimenta de los afanes expansionistas de las viejas repúblicas, caídas ahora en manos de tiranos despóticos y mercenarios sin escrúpulos; en el sur, de las disputas por la hegemonía entre los ambiciosos Anjou y los contumaces aragoneses. Y en tierras alemanas, las encontradas aspiraciones de príncipes y emperadores garantizan la perpetuación de un conflicto que la Edad Media legará sin resolver a la Moderna.

Pero, en contra de las apariencias, la guerra resultará ser la mejor aliada del Estado. La aristocracia, exasperada por la caída de sus rentas, busca en ella el botín que compense sus mermados ingresos. Pero, antes que fortalecer la posición de la nobleza, la guerra la debilitará aún más. En lo demográfico, reduciendo su número, extinguiendo incluso algunas casas; en lo político, permitiendo al rey, so pretexto de asegurar la necesaria unidad frente al enemigo exterior, fortalecer un poder ya engordado en las centurias precedentes. Porque la guerra hace más poderoso al soberano. Excepcional, justifica medidas de excepción. Los impuestos crecen; los ejércitos se engrosan y organizan; los parlamentos se humillan; la Iglesia, desprestigiada, no puede sino ceder a las pretensiones de los príncipes. Además, ya no es la guerra de antes; han cambiado sus tácticas y sus armas. La caballería, coto cerrado de la nobleza, comienza su decadencia inexorable frente a la infantería, que el rey puede reclutar y pagar por sí solo o con ayuda de las ciudades. La artillería, arma nueva y mortífera, posee un precio tan elevado, que sólo un Estado puede sufragarlo. Del violento crisol de la guerra nacerá, concluido ya el Medievo, el Estado moderno.

Pero el camino es largo y penoso, y no todos verán su final. Algunos reinos –Mallorca, Nápoles, Navarra– desaparecen; otros, nacidos de la fusión de estados más pequeños –Bohemia y Hungría, por ejemplo– conocen una existencia efímera. Para todos es una obsesión dotarse de fronteras estables. Francia avanza hacia el este y el sur, buscando los límites de la antigua Galia; Castilla lidera la pugna por la restauración del reino visigodo. La consolidación de la sucesión hereditaria, en perpetua lucha contra usurpaciones y disputas por el trono, cobra, asimismo, una importancia primordial, pues en ningún momento es más frágil la autoridad del monarca como cuando se halla en su lecho de muerte. La creación de una corte estable, identificada con una ciudad, posee también un valor

cardinal, por cuanto su existencia facilita el funcionamiento de un aparato administrativo en creciente desarrollo. Pero todo ello habría servido de poco de no ser porque los otros poderes del Estado, tan sólidos siglos atrás, resisten peor que el del rey los terribles embates de la crisis. Los parlamentos y cortes, fracasados casi siempre sus intentos de reforma radical, nacidos al calor de las tensiones sociales del siglo, languidecen entre el desinterés de los privilegiados, la falta de concordia entre los tres órdenes y la extrema heterogeneidad de los territorios a los que representaban. Las ciudades, viejas aliadas del príncipe, se convierten poco a poco en sus cautivas. Imposición de amigos del rey en cargos de confianza, violación de sus privilegios, alteración sistemática de sus constituciones… Todo servirá para ir minando la autonomía de los municipios, y todo se aceptará de manos de un monarca que, en aquellos tiempos de crisis, quedará como el único garante del orden, la prosperidad y la estabilidad.

Llanto y crujir de dientes

En este contexto de crisis general, no es de extrañar que el mundo del espíritu sufriera también una conmoción terrible. Las gentes sencillas carecían de armas espirituales con las que afrontar tantas y tan terribles desgracias. La única explicación que se les alcanzaba no era sino ver en los infortunios el castigo de un Dios irritado al que había que apaciguar con urgencia. Volver los ojos a la Iglesia había de parecer, quizá, la respuesta más razonable. Pero la Iglesia que podían encontrar los fieles tenía bien poco que ofrecer. Los sacerdotes eran, en su mayoría, ignorantes e inmorales y carecían de respuestas. Los obispos y el mismo papa tampoco podían brindarlas, entregados como estaban a los asuntos temporales. No quedaba, pues, sino buscar otras vías de acceso a la divinidad.

Algunos, los más cultos, hallaron esas vías mirando en el interior de su alma, cultivando una devoción más intensa, pero también más individualista, que no requería ritos; buscando por sí mismos la santidad mediante la meditación, la oración y la ascesis. Otros se entregaron a manifestaciones externas de piedad que daban rienda suelta, por medio de una catarsis colectiva, a la extrema inseguridad de los espíritus. El pueblo llano, amigo de cofradías de laicos, peregrinaciones y reliquias, cayó pronto en manos de predicadores

que cautivaban su ánimo con su oratoria arrebatada; se arrobó con facilidad ante inspiradas representaciones de los Misterios, y, en los casos más extremos, abandonó casa y familia para unirse a las compañías de flagelantes que recorrían los caminos castigando sus cuerpos y llamando a las gentes a la conversión de las almas. Y otros, por último, cansados de esperar una reforma de la Iglesia que nunca llegaba, se entregaron ellos mismos a la tarea de expurgar la fe de cuanto contaminaba su pureza y la modelaron, sin preocuparse de traspasar las fronteras de la ortodoxia, a la medida de las necesidades de la época. Condenados al punto como herejes por la jerarquía eclesiástica, hombres como John Wyclif o Juan Huss encandilaron con facilidad a unas masas deseosas de consuelo y desencantadas con la religión oficial. Su concepción de la Iglesia como comunidad invisible de elegidos por Dios, ajena a obispos y papas; la defensa del derecho de los fieles a leer e interpretar por sí mismos la Biblia, y una liturgia más sencilla y próxima a la sensibilidad popular anticipan muchos de los aspectos característicos de la reforma protestante del siglo XVI. Nutriéndose de estas ideas, pero desquiciando sus límites, movimientos más radicales, como el de los lolardos ingleses o los dulcinistas, arremeten con violencia contra la Iglesia oficial mezclando ideales religiosos y sociales en el crisol siempre confuso de la lucha de clases.

La conmoción no fue menor en el mundo del intelecto. Las grandes construcciones del Pleno Medievo ya no servían para un mundo que se descomponía a pasos agigantados. Era necesario buscar una alternativa, y a ello se entregarían los pensadores del crepúsculo de la Edad Media. Gentes como Duns Escoto y Guillermo de Ockam comienzan a cuestionar los presupuestos tomistas; comprenden que, en contra de lo que dijera el padre de la Escolástica, razón y fe no conducen siempre a idénticas conclusiones, y reconocen que la primera no sirve para acceder a Dios, del que sólo la segunda puede hablarnos. El triunfo de la razón, fundamento del humanismo renacentista, se atisba ya en el horizonte. Sólo él proporcionará a la atormentada mente del hombre medieval la alternativa que andaba buscando. Pero esa alternativa pertenece a otro mundo, un mundo que aún no ha nacido pero se encuentra ya en gestación.

¿La Edad de las tinieblas?

Cuando alcanzamos en nuestro recorrido el final de la Edad Media, debe resultar ya evidente para nosotros que no fue, al menos no sin matices, esa interminable estación de miseria y oscurantismo que durante siglos nos pintaron los historiadores y filósofos humanistas, protestantes o ilustrados. Junto al hambre y la guerra, en íntima proximidad a la pobreza, la violencia y la ignorancia, no muy lejos del fanatismo y la intolerancia, se desarrollaron procesos históricos trascendentales que tuvieron por efecto sentar las bases de lo que habría de ser, no mucho más tarde, la civilización occidental tal como nosotros la conocemos. En primer lugar, el Medievo fue capaz de preservar, bien que con mucha dificultad, la tradición del mundo clásico, injertando en ella, sin desfigurarla, la influencia cultural germánica. Buena parte del mérito, por no decir su totalidad, se debe a la Iglesia católica. Primero porque fue Ella, mucho más que el propio Imperio, la institución que heredó el ideal imperial romano y preservó su recuerdo. Pero también, y en mayor medida, porque atesoró en la paz de sus monasterios la esencia de la tradición cultural grecolatina y, al empapar en sus ideales a la sociedad medieval, fue capaz de preservar la unidad de su civilización en el contexto de profunda fragmentación económica, social y política propia del mundo feudal. Esta unidad fue el primer gran legado de la Edad Media.

Pero el Medievo no sólo protegió de la ruina el edificio de Occidente, también prosiguió de algún modo su construcción. La civilización occidental, tal como hoy la conocemos, no es hija única del mundo griego y romano, redescubierto luego en el Renacimiento y la Ilustración, como durante siglos se ha dicho. Helenos y latinos han de compartir su paternidad con los hombres de la Edad Media, porque fue entonces cuando se introdujeron en nuestro acervo cultural elementos sin los que no habríamos llegado a ser cuanto somos.

El primero de todos ellos fue el propio cristianismo. Es obvio que su aparición, y buena parte de su doctrina, aunque no toda, son anteriores al Medievo. Pero sólo tras la caída de Roma, y una vez asimilados los pueblos bárbaros, penetró en profundidad en la sociedad europea la visión cristiana del mundo, tanto que pareció fundirse con ella hasta formar parte inseparable de su naturaleza. Semejante éxito acarreó notables niveles de intolerancia y fanatismo, aunque no mayores que en otras épocas, como podrían atestiguar los mismos cristianos, pero también garantizó el arraigo en Occidente de una concepción del mundo construida sobre la separación radical entre un Dios omnipotente y creador y una

naturaleza creada y privada de cualquier sustancia divina.

En apariencia, tal principio carece de trascendencia; incluso podría pensarse que, dado que la Iglesia no se mostraría después muy proclive a la ciencia moderna, constituía un obstáculo para su desarrollo, pero no es así. Antes bien, al concebir como entes separados la divinidad y el mundo, el cristianismo establecía la base filosófica que permitiría el desarrollo futuro de la ciencia moderna. Sólo una naturaleza desacralizada puede ser dominada, y la voluntad de dominio, primero racional y luego técnico, de la naturaleza constituye uno de los rasgos más distintivos de la civilización occidental.

Otro tanto puede decirse del individualismo. La doctrina de la creación divina del mundo y cuanto contiene, incluido el hombre, priva también a éste de participación en la sustancia de Dios. Y ese hombre que no participa de Dios, aunque haya sido redimido por Él, que constituye también un ente distinto del cosmos, y no fundido con él, como en el pensamiento oriental, principio esencial del pensamiento griego asumido por la teología cristiana, podía verse a sí mismo como entidad única e irrepetible, nítidamente distinta de cuanto lo rodea. A partir de ahí, todo es posible ya para el hombre. Ninguna cultura será más decididamente individualista que la occidental.

El mismo Estado no pude concebirse del mismo modo. Si la naturaleza es divina y el hombre carece de esencia filosófica al margen de ella, es fácil considerar al Estado como ente imbuido de idéntica esencia divina y reclamar para él la omnipotencia propia de los dioses, como sucedió en el Oriente. Por el contrario, si ni la naturaleza ni el hombre participan de la esencia de Dios, el Estado no puede tampoco hacerlo. La religión y la política devienen entes distintos, dimensiones que pueden aliarse o conciliarse, pero nunca fundirse ni confundirse. Éste habrá de ser otro rasgo esencial de la civilización occidental.

No lo será menos la especial formulación del Estado, distinta a las conocidas hasta entonces. Frente a los despotismos orientales, a diferencia del mismo Imperio romano, constituidos por agregados heterogéneos de poblaciones que distaban de sentirse miembros de una entidad común, los precarios reinos bárbaros nacidos del colapso de Roma serán capaces de evolucionar, a despecho de los intentos fallidos de reconstrucción de la unidad política mediterránea y de las tendencias disgregadoras que nacen del feudalismo, hacia el futuro Estado nacional. Ese Estado, que constituye una aportación original de Occidente a la historia humana, y alcanza tal éxito que

será imitado sin dudar por todas las culturas de la tierra, es también, en sus primeros pasos, una creación medieval.

El Medievo, en fin, fue para Occidente una larga y difícil etapa de crisis, pero en todos los sentidos que esta palabra posee. Fue ardua y tensa, angustiosa y agitada, pero hizo posible que, a su término, los europeos desplegaran tal energía que el mundo no volvería ya a ser el mismo. La tradición sitúa su final en 1453, año en que Constantinopla, la antigua capital bizantina, cae en poder de los turcos, o en 1492, momento en que los europeos descubren América. La primera de estas fechas pone el acento en lo que acaba; la segunda, en lo que empieza. Pero ninguna de ellas remarca lo verdaderamente importante: el continente que las gentes del Oeste empezaban a descubrir no era físico, sino espiritual: el inmenso poder de la ciencia y la técnica. Ese descubrimiento supone el verdadero final de la Edad Media.

CUARTA PARTE

EL REENCUENTRO

CAPÍTULO DÉCIMO

Descubriéndonos de nuevo

"El Arquitecto Supremo eligió al hombre, criatura de una naturaleza imprecisa y, situándole en el centro del mundo, se dirigió a él en estos términos: "No te hemos dado ni lugar preciso, ni forma que te sea propia, ni función particular, Adán, a fin de que, según tus deseos y tu discernimiento, puedas coger y poseer el lugar, la forma y las funciones que desees. La naturaleza de todas las demás cosas está limitada y contenida en el seno de las leyes que les hemos prescrito. Tú, a quien ningún límite coacciona, conforme a la libre voluntad que hemos puesto en tus manos, decidirás los propios límites de tu naturaleza. Te hemos puesto en el centro del mundo para que, desde ahí, puedas observar con mayor facilidad las cosas."

Giovanni Pico della Mirandola: *Heptaplus, libro Séptimo*, 1489.

La primera expansión europea

Durante la segunda mitad del siglo XV, la Europa despoblada y pobre, desquiciada por intensos desgarros sociales, golpeada sin descanso por la guerra y sumida en la angustia y el miedo, deja paso a otra Europa bien distinta, llena otra vez de energía, confiada y dispuesta a desplegar su renovada vitalidad dentro y fuera de sus fronteras. Occidente volvía a afirmar su identidad y se preparaba para darse a conocer al mundo.

Su primer despliegue fue interior, de puertas adentro. Comenzó bajo la forma de una población que volvía a crecer, ocupando de nuevo los despoblados, renovando la vida de aldeas y pueblos extinguidos, insuflando nuevas fuerzas a las ciudades moribundas. Se manifestó enseguida en la reconstrucción de los campos de

labranza, ganados otra vez a los bosques, eriales y páramos; en la siembra de trigo y centeno para alimentar las nuevas bocas, y de vides para saciar su sed; en el cultivo de productos nuevos, como el lino o el cáñamo, que nacían con vocación comercial, prestos a satisfacer las ansias de los mercados urbanos. Alcanzó sin mucho tardar al artesano, que retornaba a sus labores animado por la recuperación de su clientela, cuyo renovado amor por la vida exigía joyas y ropajes suntuosos, libros apenas criados a los pechos de la naciente imprenta y arcabuces cargados con la pólvora que ganaba ya la batalla a las añosas espadas y picas. Reanimó los intercambios, acrecentándolos aún más allí donde nunca se habían detenido y extendiéndolos a lugares que apenas los habían conocido, contagiando al Atlántico la veterana vocación comercial de los puertos mediterráneos, regalando a Sevilla, Lisboa y Londres la primacía que antaño disfrutaran Génova, Venecia o Barcelona. Y exigió oro y plata con los que acuñar monedas cada vez más necesarias para alimentar el tráfico a gran escala, y herramientas de crédito capaces de asegurar los capitales, cada vez más cuantiosos, que requerían las grandes expediciones comerciales. Superada la crisis, la economía europea remozaba con solidez sus cimientos, preparada, sin saberlo, para levantar sobre ellos el edificio de un nuevo proyecto histórico. Ignorados horizontes iban pronto a abrirse ante los ojos de los hombres de Occidente.

Los europeos de la Edad Media habían vivido demasiado apegados a su tierra, de la que rara vez se alejaban unos pocos kilómetros, para imaginar la existencia de otro mundo más allá del tenebroso mar occidental, que la tradición pintaba poblado de terribles monstruos prestos a devorar al primer osado marino que se aventurase entre sus densas brumas. Sin embargo, desde tiempos remotos, circulaban también entre geógrafos y navegantes referencias aisladas sobre reinos perdidos dueños de fabulosos tesoros, y sobrevivían difusos recuerdos acerca de esforzados patrones que habían llevado sus navíos hacia el oeste hasta encontrar nuevas tierras. El pasar de los siglos no había borrado, en fin, la gesta de los temerarios príncipes del norte que, desafiando a un tiempo la furia del océano y el frío de los hielos, habían bautizado con nombres escandinavos regiones descubiertas muy lejos hacia el occidente.

Además, mediado el siglo XV, los europeos estaban ya maduros para aventurarse en el océano. El conocimiento de la esfericidad de la tierra, perdido en las brumas del tiempo, resucitaba de la mano de recopilaciones de los saberes antiguos que comenzaron a circular

entre geógrafos y navegantes; textos que, aunque erróneos en algunas de sus apreciaciones sobre las dimensiones del planeta, que tenían por más pequeño de lo que en realidad es, abrían los ojos y las mentes de los marinos hacia la posibilidad de establecer nuevas rutas de navegación hacia China y la India. En 1453, la caída de Constantinopla en poder de los turcos, que implicaba el cierre de las vías tradicionales del comercio con Oriente, apartando a los europeos de las fuentes de la seda y las especias, actuó como incentivo para explorar de hecho tales rutas. El desarrollo de la tecnología naval, en especial en lo que se refiere al diseño de naves más sólidas, rápidas y maniobreras, capaces de aventurarse en el océano, y en la orientación de los buques lejos de las costas, lo hará posible. La acuciante necesidad de metales preciosos de una economía como la europea, cuyo comercio despierta al fin de la postración de la centuria anterior, contribuirá a despejar cualquier duda. Y, en fin, los cambios en la mentalidad dominante servirán de amalgama y catalizador del proceso. La oscuridad medieval se disipaba, arrastrada por los nuevos vientos de cambio, fama y libertad, que impulsaban la curiosidad y el ansia de aventura, sumándose a un espíritu de cruzada que, hundiendo sus raíces en lo más profundo del Medievo, conservaba aún intacto su potencial movilizador en los albores de la Edad Moderna.

Empujados por estos factores, los europeos se lanzan a la exploración del mundo. Su segundo despliegue sería, pues, hacia afuera. Primero los portugueses, entregados, de la mano de su rey Enrique el Navegante, a la tarea de costear África hasta encontrar un paso hacia el Índico y las tierras de las especias. Luego los castellanos, encandilados por la descabellada idea de Colón de navegar siempre hacia el oeste para alcanzar Catay y Cipango, la China y la India de los antiguos, por su extremo oriental. Ingleses y franceses más tarde, empeñados en hallar en el norte su propio camino hacia las Indias. En 1498, Vasco de Gama abría la ansiada ruta del Índico al tocar al fin tierra en Calcuta. Seis años antes, el 12 de octubre de 1492, Cristóbal Colón había descubierto, sin saberlo, un nuevo continente, que luego se llamaría América. Enseguida, los reinos ibéricos se reparten el mundo y se aprestan a dar forma a sus imperios coloniales. Portugal concibe el suyo, hacia el este, como una simple cadena de factorías, puestos fortificados que cubren las costas desde las islas Azores hasta la península de Indochina, expulsando a los musulmanes y asegurando refugio y protección a su comercio de sedas y especias. Castilla, hacia el oeste, no se conforma con comerciar. Recorriendo interminables selvas y

sabanas, atravesando desiertos inmensos, escalando altísimas cumbres en aquel orbe que, a ojos de europeos, había de parecer hecho a escala de un pueblo de cíclopes, sus esforzados conquistadores logran, en unas pocas décadas, sentar las bases de un nuevo mundo modelado a su imagen y semejanza.

Porque no se trató tan sólo de descubrir, de conquistar, de poblar. Tras la espada del soldado y la cruz del misionero marchaba también el legajo del funcionario, la pluma del cronista, la plomada del albañil, la lupa del naturalista. Las Indias quedaron en unas décadas trasformadas a tal punto que parecieron tocadas por la mano invisible de un arquitecto Grandioso. Se abren caminos. Se dibujan acequias y canales. Se talan bosques y se roturan tierras. Se esparcen por doquier aldeas, ciudades y puertos. Se erigen iglesias, palacios, bibliotecas, universidades. Cada mineral, cada planta, cada animal fue registrado al detalle; cada monte, cada río, cada llanura, cada desierto, descrito con precisión. Un inmenso tesoro cultural empezó a perderse para siempre, pero, en cambio, otro nuevo, híbrido entre lo europeo y lo indígena, empezaba a gestarse, sembrando allende el océano la civilización occidental.

Consecuencias de la expansión

El impacto sobre Europa no fue menor. Un alud de nuevos productos, desconocidos por sus pobladores, invadió el continente. El café de África, el té y el arroz de Asia, el cacao, el tabaco, la patata, el tomate y el maíz de América transformaron la dieta y las costumbres de los europeos. El oro, traído de África por los portugueses o arrebatado a aztecas e Incas por los españoles, empieza otra vez a ser abundante. Aún lo será más la plata, extraída por toneladas de las ricas minas americanas. El caudal de metal precioso crece sin cesar. Al principio es necesario; luego se torna excesivo. Sumado al rápido crecimiento de la población, impulsa enseguida los precios, que inician un imparable ascenso, primero en la península Ibérica, destino de las remesas, luego en toda Europa, donde llega como soldada de los ejércitos españoles o en pago de las mercancías que, pasando por Sevilla, se envían de vuelta a las tierras americanas. Animada por las expectativas de beneficio, la artesanía incrementa también su producción. El comerciante, que desea liberarse de la tiranía de los gremios, empieza a trasladarla al

campo. Buscando flexibilidad, rapidez y baratura, el empresario proporciona al campesino la materia prima y las herramientas y le compra después el producto, paños las más de las veces. La empresa cambia su fisonomía, presta a crecer para afrontar las inversiones cada vez más cuantiosas que demanda el comercio con las colonias. Los negocios de las grandes familias como los Fugger no conocen las fronteras ni los límites. Aceptan depósitos, arriendan Impuestos, explotan minas, arman navíos y financian expediciones. Su crédito sostiene, incluso, las guerras de los monarcas. Muy lejano todavía en el tiempo, el final de la economía preindustrial comienza a atisbarse en el horizonte.

Pero los beneficios no se reparten por igual. El crecimiento demográfico presiona los salarios a la baja en un momento en que la abundancia de moneda impulsa los precios al alza. La situación de las masas populares empeora; al final del siglo se hará, incluso, dramática. La nobleza, que, olvidadas ya las prestaciones en trabajo y casi desaparecida la reserva señorial, vive de las rentas, más o menos fijas, pagadas por los campesinos, sufre también con la inflación. Sus gastos, además, han aumentado. Tentada por una vida más refinada, que exige inversiones mayores en vestido, muebles y alimentos exóticos; forzada por los reyes a residir en la corte o cerca de ella, lejos de sus viejos castillos rurales, afrontará a veces notables dificultades para costearla. Del otro lado, comerciantes, armadores, banqueros y artesanos engrosan sus ganancias. La burguesía, nacida al calor del renacimiento urbano y comercial del Pleno Medievo, cuatro centurias atrás, fortalece ahora sus posiciones. Su número y su relevancia aumentan, pero no lo suficiente para cambiar demasiado las cosas. Los burgueses carecen de seguridad en sí mismos; no logran todavía impregnar con su mentalidad y sus valores al resto de la sociedad. De hecho, ni siquiera lo intentan. Los títulos nobiliarios constituyen aún la principal fuente de prestigio y de reconocimiento social, y poseer uno de ellos es para un burgués la mejor forma de culminar su carrera. En medio de una Europa que despliega sus energías con tanto vigor, la burguesía tan sólo comienza a desperezarse. Su momento no ha llegado todavía.

La era de los reinos

Sí ha sonado, por el contrario, la hora del Estado. El tercer despliegue de Europa es político. Lo protagonizan sus monarcas, que prosiguen y culminan la recuperación de los resortes del poder entregados mil años atrás a la nobleza feudal. Insaciables, extienden su dominio a cada rincón del reino, definiendo sus fronteras frente a propios y ajenos; valiéndose del matrimonio, la guerra y la diplomacia para absorber feudos díscolos e imponer a todos la autoridad real. España, pionera, rehace su unidad bajo los Reyes Católicos. Luis XI y Carlos VIII, apenas a la zaga, devuelven a la Corona de Francia los ducados de Borgoña y Bretaña. Los galeses, unas décadas más tarde, retornan a la unión con Inglaterra. No basta con ello. La autoridad real debe ser incuestionable. No habrá de rendirse ante los viejos aristócratas, llamados ahora junto al trono para servir como generales o embajadores, compartiendo favores con la nueva nobleza de toga, bendecida por un soberano que paga con títulos sus servicios al Estado. No lo hará ante la Iglesia, cuyos obispos escoge a despecho del papa, forzado a reconocer al rey el derecho de presentarle sus candidatos a la dignidad episcopal. Menos aún ante cortes y parlamentos, reunidos sólo de tanto en tanto por un monarca que no requiere ya de su consentimiento para imponer tasas y tributos, o ante las ciudades, sometidas al arbitrio de los representantes del rey.

Pero no fue tan sencillo. Para lograrlo, el monarca hubo de dotarse, a un tiempo, de los medios de acción que le garantizaran la independencia de los poderes tradicionales. Dinero, en primer lugar, con el que pagar a sus nuevos servidores, y que obtuvo de una Hacienda cada vez mejor organizada y sólida, que añadía a los recursos de sus estados los impuestos cargados sobre las personas, los bienes y el comercio. Soldados, en segundo lugar, con los que afirmar sus pretensiones frente a los demás reyes; un ejército permanente y eficaz, adiestrado en el manejo de las nuevas armas de fuego, profesional y dispuesto a servir al Estado allí donde se le necesitara. Y jueces y funcionarios, por último, que representaran al monarca en cada rincón del reino, imponiendo a todos unas leyes de vocación centralizadora que conocen cada vez menos de privilegios y fueros territoriales, aunque a veces hayan aún de plegarse ante ellos. Por encima de todo ello, el Consejo del rey, antes coto cerrado de los aristócratas, sienta ahora en sus escaños a la pequeña nobleza e, investido de mayor autoridad, comienza a dirigir de hecho el gobierno del reino.

Las viejas fuerzas, empero, se negaban a morir. No en el interior de cada reino, donde, debilitadas, no podían sino batirse en retirada,

sino en el exterior. Porque si la Iglesia renuncia al fin, y para siempre, a sus pretensiones de ejercer el liderazgo político de Occidente, no le ocurre así al Imperio. Un nuevo *káiser* germánico, Carlos de Habsburgo, era promovido a la dignidad imperial en 1519. Su joven espíritu albergaba ideas elevadas. En su mente late aún la defensa de la *Universitas Christiana*, la comunidad de todos los reinos de Occidente unidos bajo el cetro del emperador, sin disensiones que la debiliten frente al enérgico avance del turco otomano. No es realista el joven Carlos. Los años gloriosos de la institución imperial yacen sepultados en el lejano otoño de la Edad Media. Con la nueva centuria se inicia la primavera de los estados nacionales en formación, que no aceptan otra soberanía que la de sus reyes, rechazan la primacía simbólica del emperador y sólo a regañadientes acatan la espiritual de los sucesores de Pedro. Incluso ésta, en aquellos años de violentas conmociones religiosas, se verá cuestionada por príncipes y reyes protestantes, deseosos de someter también a la Iglesia a sus dictados al precio de romper la precaria unidad del Occidente ante el turco que, rendida al fin la orgullosa Constantinopla, amenaza las puertas de Viena y se enseñorea del Mediterráneo.

Pero al flamante emperador no le importaba; podía soñar con lograrlo. Sus estados, inmensos, hacían palidecer de envidia a los demás reyes de la cristiandad. Heredero de Castilla y de su imperio en gestación en las tierras del Nuevo Mundo; de Aragón, dueño también de Nápoles, Sicilia y Cerdeña; de los opulentos Países Bajos y el Franco Condado, a caballo entre Francia y Alemania, y de las ricas posesiones patrimoniales de los Habsburgo en Austria y el Tirol, no había existido un soberano más poderoso desde Carlomagno. Sus rentas eran, con mucho, las mayores de Europa, gracias sobre todo a la solidez del poder real en Castilla y al inmenso caudal de oro y plata que le llegaba de América. Sus ejércitos, los famosos tercios españoles, que supieron imponer su hegemonía en los campos de batalla europeos, eran también los más temibles. Y su diplomacia, que le granjeó la amistad de Inglaterra y Portugal, forjada en los moldes de Fernando el Católico, de las más hábiles.

Pero no todo eran ventajas. La enorme extensión de sus estados suponía gastos de defensa también gigantescos que no habían de afrontar los estados más pequeños. Su heterogeneidad hacía más difícil someterlos a una Administración ágil y eficiente como la que iban imponiendo otros monarcas. Y el propio poder del emperador, en fin, concitaba sobre él envidias y desconfianzas que podían

volverse en su contra. Los reyes de Francia, los príncipes alemanes, incluso el mismo papa recelan de sus intenciones y buscan la alianza frente a Carlos, forzándole, durante cuatro décadas, a sostener una guerra continua en varios frentes. En Italia, donde Francia sueña aún con desbancar el poderío español; en el Mediterráneo, donde debe liderar la lucha contra el turco que amenaza sus costas; en Alemania, donde muchos príncipes abrazaron la nueva fe luterana que atacaba en sus fundamentos mismos la autoridad imperial. No es de extrañar que, cansado y envejecido, abdique sus coronas y se retire del mundo sin haber logrado el éxito en ninguna de sus empresas. Un hombre puede ganar cualquier batalla que le enfrente a otro, pero nunca triunfará sobre las fuerzas de la historia.

Occidente se reencuentra

El cuarto despliegue de Europa fue espiritual. Se encarna en una mentalidad nueva, muy distinta de la medieval, optimista, abierta, henchida por el deseo de apurar hasta las heces la copa de la vida. Sin abjurar de Dios, el hombre lo desplaza del centro del cosmos para ocupar su lugar. El teocentrismo que había dominado el pensamiento medieval deja paso a una visión antropocéntrica del mundo. No ha dejado de creer, pero no hace de la fe el motor exclusivo de su existencia. Aferrado a la razón, que ha vuelto a descubrir, se cree apto para entenderlo todo; confía, como nunca, en sus propias capacidades. Mirando a la naturaleza, no ve ya en ella a un tirano que le esclaviza, sino un bello e inmenso abanico de posibilidades de conocimiento y disfrute. Volviendo sus ojos al pasado, despeja las tinieblas del Medievo para fijar su vista admirada en la herencia de los clásicos. Grecia y Roma ofrecen los modelos que han de ser imitados en el pensamiento y en la vida. El arte se transforma también; renace mientras reinterpreta de forma original y creadora el legado de griegos y romanos; toma de nuevo al hombre como medida de todas las cosas, y escribe por primera vez en mayúsculas el nombre de sus maestros, que han dejado de ser artesanos para convertirse en artistas. Ha nacido el humanismo.

Cosa de unos pocos, la nueva actitud ante el mundo va calando como una lluvia fina. Desde Italia, donde da sus primeros pasos, se difunde por toda Europa gracias a la correspondencia entre eruditos,

a la imprenta, invento de mediados de la centuria que multiplica y abarata la producción de libros, y a los viajes, cada vez más fáciles y frecuentes, y encarna en infinitas variantes regionales. La República de las letras desborda las Universidades tradicionales, que siguen fieles a los viejos principios. Sus ideas se enseñan ahora en colegios paralelos, financiados por opulentos diletantes seducidos por los nuevos aires, o en flamantes universidades, como la de Alcalá, creada por Cisneros con profesores formados en Italia. Su espíritu empapa incluso a las clases dirigentes, que admiran la estética renacentista y gastan sus fortunas en el mecenazgo de sus creadores. Europa entera cambia su faz, reconociéndose de nuevo en una tradición que parecía haber olvidado.

La religión tarda poco en contagiarse de los nuevos aires. El Medievo había legado a la Edad Moderna un problema sin resolver. Europa entera se agitaba presa de una extraordinaria vitalidad religiosa. Pobres y ricos, ilustrados o ignorantes sentían una intensa necesidad de respuestas y exploraban nuevos caminos espirituales con la esperanza de encontrarlas. La Iglesia, que debía haber liderado esa búsqueda, se mostraba incapaz de hacerlo. Papas y obispos, rendidos a las grandezas y miserias de este mundo, gastaban su tiempo en la política o el arte, desatendiendo a su grey cuando más los necesitaba. El bajo clero, falto de preparación, se contentaba con dispensar los sacramentos como si de remedios mágicos se tratase. Los intentos de reforma, con la parcial excepción del liderado en España por el cardenal Cisneros, habían fracasado. Y cuando la reforma fracasa, se abre el camino de la revolución.

Como tantas veces, la revolución fue el fruto de la fuerza interior y el convencimiento de un solo hombre. El día de Todos los Santos de 1517, Martín Lutero, monje agustino y profesor en la ciudad alemana de Wittenberg, hace públicas noventa y cinco tesis en las que condensa años de reflexión y angustia espiritual. Para muchos, en ellas se contiene la respuesta a los grandes interrogantes de sus contemporáneos. La libertad de los fieles para leer la Biblia, la afirmación de que la fe basta para ganar la salvación, la reducción a dos de los sacramentos y el firme rechazo de la jerarquía eclesiástica se extienden como la pólvora por Alemania y los países escandinavos, donde príncipes y reyes abrazan la nueva fe y, erigidos en jefes de iglesias nacionales, se apropian de los bienes del clero. Otros reformadores siguen enseguida el ejemplo de Lutero. En Suiza se extienden las ideas de Zwinglio, que niega la presencia de Cristo en la Eucaristía. Francia y los Países Bajos se pueblan de seguidores de Calvino, que predica la sola salvación de

los predestinados por Dios. En Inglaterra, Enrique VIII, deseoso de anular su matrimonio con Catalina de Aragón, rompe con la Iglesia de Roma. Reformadores más radicales, como los anabaptistas, rechazan con violencia el mundo y sus jerarquías y no muestran reparo en imponer sus ideas por la fuerza.

La Iglesia responde al fin con una propuesta de reforma en el seno de la ortodoxia, la Contrarreforma. Entre 1545 y 1563, el Concilio de Trento condena con firmeza las proposiciones de los disidentes; clarifica y confirma los dogmas católicos; sienta las bases de una mejor preparación doctrinal y pastoral del clero; redescubre el arte como herramienta poderosa para mover a la piedad los corazones de los fieles, y, de la mano de Ignacio de Loyola, arma un pacífico ejército de jesuitas fieles a la causa capaces de devolver a la defensa de la cuestionada ortodoxia todo el ardor que había perdido.

Europa se divide entonces. Alemania se consume en las llamas de la guerra civil. Los príncipes, que esperaban la ocasión de arremeter a la vez contra la Iglesia y contra el emperador, no cejan hasta arrancar de Carlos de Habsburgo, tras muchos años de lucha, el derecho de escoger su religión y la de sus súbditos. Poco tardará Francia en contagiarse del ejemplo alemán. Sus guerras de religión, que enfrentan con violencia inusitada a católicos y hugonotes calvinistas, muestran a la vez una profunda fractura en la fe y en la sociedad que sólo se cierra gracias a la ola de patriotismo que suscita la intervención de las tropas del odiado Felipe II de España. Sólo en la península parecen sosegadas las aguas de la fe, pero el precio que los españoles pagan por ello, la asfixiante tutela de la Inquisición y el cerril aislamiento frente a Europa y sus influencias, tardará poco en mostrarse elevado en exceso.

Porque aquella Europa que se agitaba en el paroxismo de la crisis espiritual se había entregado con tanta decisión a cuestionar la herencia del Medievo, que logrará al fin encontrarse de nuevo a sí misma, reconociéndose en la Antigüedad sin abjurar cuanto en la tradición medieval podía existir de aprovechable. Lo era, sin duda, el cristianismo, que nunca se plantea abandonar, sino tan sólo releer a la luz de una nueva sensibilidad más centrada en el hombre y compatible con los progresos de la razón, conquistada ya para siempre su independencia de la fe en el camino de ambas hacia el conocimiento. Lo era también lo clásico, de lo que no habían renegado nunca los hombres del Medievo, pero que ahora se contempla desde una perspectiva más fiel a su significado real, reclamando el lugar del hombre en el centro del mundo, presto a

comprenderlo y a dominarlo en beneficio propio. Y lo era, por último, una concepción del Estado que, si bien es romana en su objetividad, en su nítida separación entre lo público y lo privado en la esfera misma del poder, no deja de ser medieval en su vinculación con la etnia, la religión y la lengua. Una vinculación que el Renacimiento, que da forma definida al Estado moderno, consolida y convierte en seña de identidad de una Europa que será ya para siempre una realidad hecha de reinos, y no de construcciones universales, políticas o religiosas, que reivindican en beneficio propio la herencia del Imperio de Roma.

CAPÍTULO UNDÉCIMO

Crisis de identidad

"Se dispone de una gran cantidad de pruebas acerca de la "crisis general". Sin embargo, debemos cuidarnos muy bien de sostener que una crisis general equivale a una regresión económica, idea ésta que contaminó fuertemente la discusión sobre la crisis feudal de los siglos XIV y XV. Es evidente que hubo una regresión considerable durante el siglo XVII. Por primera vez en la historia, el Mediterráneo cesó de ser el más importante centro de influencia económica y política y eventualmente cultural y se transformó en un pantano empobrecido […] Por otra parte, las potencias marítimas y sus dependencias –Inglaterra, las Provincias Unidas, Suecia– como así también Rusia y algunas zonas menores como Suiza, más bien parecían avanzar que estancarse, mientras Inglaterra daba la impresión de avanzar decididamente."

Eric Hobsbawm: "La crisis general de la economía europea en el siglo XVII", 1971.

El giro al norte

El XVII es, en buena parte de Europa, un siglo espasmódico. Las malas cosechas, el hambre y la peste azotan a los países meridionales. La sociedad sufre profundas convulsiones y tiemblan con fuerza sus líneas de fractura, forzadas por las intensas presiones ejercidas por gobiernos entregados a la guerra continua. En Nápoles y Sicilia, las ciudades se agitan presas de violentos y amorfos estallidos de odio contra los poderosos. En Francia, en Cataluña, en Portugal, las élites regionales, ahítas de sufragar con su esfuerzo las ambiciones ilimitadas de un Estado vampiro que las aparta de su gobierno, se rebelan contra sus designios

centralizadores y su voracidad fiscal, ocultando con ropajes patrióticos su frustración inconfesable. Alemania sufre en sus magras carnes el azote interminable de la Guerra de los Treinta Años, que torna su suelo campo de batalla en el que se dirime la lucha por la hegemonía europea. Inglaterra decapita a su monarca y entre los dolores de parto de la guerra civil da a luz un nuevo orden llamado a ser capitalista y burgués. Porque la crisis, iniciada antes de concluir la centuria anterior, es general, pero desigual en su alcance y profundidad entre unas y otras regiones. Los Estados del norte la superan con mayor rapidez y salen de ella fortalecidos, prontos a tomar el testigo del progreso histórico que abandonaban las naciones ribereñas del Mediterráneo. España, la más poderosa de todas ellas, es también la que sufre con mayor intensidad la crisis, que termina para siempre con su preponderancia en Europa. El mundo que deja el siglo XVII es, en muchas cosas, distinto del que recibió. ¿Qué cambia y qué se mantiene en Occidente durante aquella centuria decisiva?

Cambia, y para mal, la población. Europa concluye el siglo con apenas diez millones de habitantes más que lo empezó. Cien millones de almas la pueblan hacia 1600; poco más de ciento diez en 1700. Pero atraviesa momentos a lo largo de la centuria en los que la población es incluso menor que a su comienzo: ochenta millones en 1650, noventa en 1675. Ha crecido poco, pero, sobre todo, ha crecido mal, porque mientras regiones e incluso países enteros se transforman en verdaderos desiertos, otros disfrutan de un decidido impulso demográfico. Llevaron la peor parte los países del sur y del centro del continente. Alemania, azotada por la Guerra de los Treinta Años, perdió la mitad de sus pobladores; España, casi la cuarta parte; Italia se estancó. Por el contrario, Inglaterra, los Países Bajos, la misma Francia muestran un saldo positivo. Pero si parece que algunas olas se agitan en la superficie, no ha cambiado, en realidad, el mar de fondo. La natalidad sigue siendo muy alta en todas partes, como la mortalidad, anulándose una a la otra en sus efectos y asegurando un crecimiento lento e irregular. Cada pocos años, las malas cosechas, fruto de una tierra agotada incapaz de renovar sus nutrientes con otros abonos que el estiércol, debilitan a la población y la convierten en presa fácil de las epidemias y la muerte. Los años malos devoran casi todo el crecimiento de los buenos. La esperanza de vida no aumenta; permanece estancada entre los veinticinco y los treinta años, como corresponde a una medicina atrasada, una higiene escasa y una alimentación pobre. La diferencia, pues, no es de fondo, sino de grado. Las malas

cosechas, el hambre y la peste afectaron mucho más a las riberas del Mediterráneo y a la Europa central. El resto no se libró de su azote, pero lo sufrió en menor medida.

¿Por qué? La respuesta no es sencilla. La forma de explotación de la tierra no ha cambiado. Predomina por doquier la propiedad señorial y el arrendamiento a largo plazo. Sólo en las zonas próximas a las ciudades florecen los campesinos propietarios que producen para ellas. Las técnicas agrarias, excepción hecha de estas zonas, apenas han avanzado; los rendimientos, tampoco. La revolución agrícola será cosa de la centuria siguiente. Donde la población crece es porque lo hacen las cosechas, y donde éstas crecen es porque lo hacen los campos. En los Países Bajos llega ahora al máximo la formación de *polders*, tierras ganadas al mar; en Inglaterra, progresan sin cesar los cerramientos de fincas, lo que indica la necesidad y el deseo de satisfacer una demanda en crecimiento. También en estos países la artesanía se transforma más aprisa. No lo bastante, porque las rigideces de la oferta y el estancamiento de la técnica que los gremios imponen en beneficio propio es la norma en todas partes. Pero sí con claridad, pues es allí donde el progreso de la manufactura rural, libre de la tiranía gremial, es más evidente.

Lo mismo cabría decir del comercio. El interior, víctima de los malos caminos y la penosa lentitud del transporte por carretera, no sale de su marasmo tradicional. Es el exterior, en especial el que se mantiene entre Europa y sus colonias, el que sigue avanzando, beneficiado del superior nivel de la técnica naval. Pero tampoco lo hace por igual. Las potencias coloniales tradicionales, España y Portugal, incapaces de abastecer sus propios mercados, sufren un fuerte retroceso. Son, una vez más, Inglaterra y los Países Bajos los mayores beneficiarios del tráfico con las colonias; las suyas, que surgen ahora en Norteamérica y el Índico, y las ajenas, que sus dueños legítimos apenas pueden proteger. Donde los mercaderes no llegan, lo hacen los corsarios; donde no alcanza el comercio legal, lo hará el contrabando. Y es en estos países donde las prácticas comerciales experimentan progresos más notables. Se trafica con oro y especias, con joyas y otros productos de lujo, pero también con madera y grano, con metal y pescado, con esclavos y vino, al arbitrio de las necesidades impuestas por las colonias en crecimiento. Aparecen grandes sociedades, como la Compañía Holandesa de las Indias Orientales o su homónima inglesa, que financian expediciones a los rincones más recónditos del mundo conocido y cubren de factorías y escalas las principales rutas

comerciales. La bolsa, el mercado en el que se compran y venden sus acciones, verá la luz en Ámsterdam, la dinámica capital holandesa apenas iniciada la centuria. El giro hacia el Atlántico y el norte, iniciado en la centuria anterior, se confirma en ésta. El Mediterráneo deja de ser, para siempre, el protagonista principal en el drama histórico del progreso humano.

La era del absolutismo

Cambia también la sociedad, pero sin rupturas. Las convulsiones del siglo, más que frenar, aceleran los cambios iniciados en las décadas finales del Medievo. Va siendo cada vez más nítida la distancia entre la sociedad legal, determinada por los estamentos, y la real, definida por las clases. Los privilegios de la nobleza, sus ocios y sus códigos permanecen vigentes. Tampoco se alteran las prerrogativas del clero en los países católicos. Pero la nueva economía, poco a poco, impone sus leyes. La vieja aristocracia se ve obligada a recibir en sus filas a la nobleza de toga, hija de un Estado en constante crecimiento, y a la de dinero, que ha pagado en oro sus flamantes títulos. Los burgueses, cada vez más ricos y poderosos, siguen, empero, sin contagiar al cuerpo social sus ideales de esfuerzo y progreso individual. Son ellos los que, como en la centuria anterior, buscan ser aceptados, comprando prestigio y respetabilidad en forma de tierras y títulos que, alejándolos de su misión histórica, les acercan al menos a un poder que de otro modo no podrían todavía ni aun soñar con poseer.

Pero si no se produjeron rupturas, no fue porque no se intentara. El siglo XVII, como el XIV, fue una era de extraordinarias convulsiones. Las sociedades preindustriales, en las que las clases más humildes vivían bajo la amenaza permanente de las malas cosechas, el hambre y la muerte, poseían una gran potencialidad para el conflicto, y, como es natural, esa potencialidad aumentaba en los períodos más arduos, como la primera mitad del seiscientos, cuando los años malos se sucedían sin descanso. Entonces no resultaba difícil alentar la ira de las masas y dirigirla contra el monarca, su gobierno o incluso todo un grupo social, siempre que pudiera achacársele de algún modo la responsabilidad de los males que sufría el pueblo. Esta realidad está presente, en mayor o menor medida, en todos los movimientos revolucionarios del siglo. Lo que

los diferencia, más bien, es la meta a la que aspiran sus dirigentes.

Así, las revueltas napolitana y siciliana de los años cuarenta apenas fueron más que violentos estallidos de rabia popular provocada por el hambre, sin organización estable ni programa político alternativo, pues sus líderes, surgidos en las filas del populacho, carecían de ellos. En otros casos, como la Fronda, que surgió en el centro mismo de la Monarquía francesa a mediados de siglo, o la revuelta de los catalanes contra el conde-duque de Olivares, en 1640, el descontento de las masas fue utilizado por las élites regionales o locales para frenar los designios centralizadores del monarca y sus ministros y poner coto a su rapacidad fiscal.

La Revolución Inglesa constituye un caso aparte. Aunque su desarrollo muestra rasgos comunes con los otros movimientos, como el malestar y los antagonismos sociales, la división en el seno de las élites dirigentes o la firme creencia de sus jefes en sus posibilidades de éxito, hay en ella algo que la hace diferente. Sus avatares anticipan ya la lucha entre dos mundos que se extenderá a toda Europa a mediados de la centuria siguiente. El mundo capitalista y burgués, que necesita y reclama libertad económica y gobierno representativo, se enfrenta ya en la Inglaterra de 1640 al mundo medieval, aferrado a la tierra y al privilegio, que trataba de asegurar su pervivencia mediante el absolutismo regio. Ninguno de ellos se impuso por completo. La historia de Inglaterra tras la revolución nace del compromiso entre lo viejo y lo nuevo. Pero fue mucho lo que se consiguió. El monarca inglés, forzado a gobernar con el Parlamento, no disfrutará nunca un poder absoluto. La Iglesia anglicana, a pesar de su predominio, habrá de tolerar la presencia pública de otras confesiones. Los derechos de las clases propietarias tendrán que ser amparados. Un nuevo sistema político, basado en las elecciones, los partidos y el gobierno emanado de la opinión de la mayoría, siquiera en seno de las clases acomodadas, ha nacido. La Revolución Inglesa había regalado a Europa una de sus futuras señas de identidad.

Por desgracia, Occidente no estaba todavía preparado para imitar su ejemplo. Bien al contrario, el signo de los tiempos no fue el parlamentarismo, sino el absolutismo. En la centuria anterior, el proceso de recuperación por parte del Estado del poder perdido en el Medievo parecía haber culminado. Se trataba, empero, de una ilusión. Los reyes del quinientos poseen ya ejércitos, pero son todavía reducidos, los mandan los nobles y se nutren sobre todo de mercenarios. Sus ingresos han aumentado, pero el sistema fiscal es aún inmaduro, reconoce abundantes excepciones territoriales y

personales y se muestra insuficiente para atender a las necesidades del Estado. La burocracia había crecido también, pero la aristocracia tradicional copaba aún los puestos superiores y ejercía a menudo el patronazgo sobre los demás. Los cuerpos representativos heredados de la Edad Media, Cortes y Parlamentos, habían perdido gran parte de su importancia, pero el rey había aún de contar con ellos con cierta frecuencia. Los nobles, en fin, habían tenido que cambiar. Perdieron sus ejércitos privados, la virtual soberanía que ejercían en sus tierras y la inmunidad ante las decisiones del monarca. Aceptaron convertirse en funcionarios oficiales, cortesanos elegantes y propietarios prudentes. Pero, con todo, la Corona no podía prescindir de sus aristócratas; tenía que contar con su consejo y apoyo, y distaba mucho de hallarse en condiciones de imponer sin más su voluntad, limitada por un sinnúmero de fueros territoriales y privilegios personales, y por la existencia de una ley moral que, como a todos, obligaba también al monarca, protegiendo a su pueblo del despotismo.

Las cosas iban a cambiar mucho en el siglo XVII. En una era de crisis económica y convulsiones sociales, en una época de guerra continua y tecnología bélica más avanzada y cara, los ejércitos crecían sin cesar y se encarecían sus costes; los gastos de la Monarquía aumentaban sin pausa, y los agobiados monarcas, temerosos de la bancarrota, trataban de acrecentar sus ingresos. La introducción de nuevos tributos, la manipulación de la moneda, reduciendo su contenido en metal precioso, y la creación y venta de títulos y cargos serán los expedientes más socorridos. A ello se añadió una política económica orientada a incrementar el desarrollo del país, para obtener así nuevos ingresos. El mercantilismo, la doctrina económica dominante en aquella época, sostenía que la riqueza de un Estado residía en la posesión de metales preciosos. Dos caminos había para obtenerlos: la explotación directa de las minas de oro y plata, si se poseían, o una balanza comercial favorable, que podía lograrse mediante la implantación de aranceles y otras medidas que daban ventaja a la producción propia frente a la ajena, la construcción de una poderosa marina mercante y, en última instancia, la conquista de un imperio colonial en ultramar. En todo ello, España, que poseía inmensas reservas de plata en sus colonias americanas, fue el modelo. Las demás potencias, que apenas contaban con minas, hubieron de recurrir al comercio para obtenerla.

Pero ni eso bastaba. Los gastos eran tales que, a ojos de los ministros que aconsejaban a los monarcas, pronto pareció evidente la necesidad de garantizar las prerrogativas de la Corona para

imponer, por encima de las instituciones y las prácticas tradicionales, cuantas medidas fueran necesarias para defender los intereses del Estado. El reconocimiento del derecho divino de los reyes, el arrinconamiento de los órganos representativos y los privilegios regionales, y la creación de un aparato administrativo central más denso y nutrido por profesionales ajenos a las filas de la alta nobleza fue el corolario lógico. El Estado moderno se había convertido, por su propia dinámica, en el Estado absolutista.

Lograrlo no fue fácil. Las élites locales y regionales, desplazadas del poder central y minadas en su autonomía, reaccionaron a veces con violencia, apoyándose en un pueblo desesperado por el hambre. El poder real logró casi siempre imponerse. La burguesía, débil aún y desconfiada en sus propias fuerzas, se sentía más segura al amparo de la Corona que le ofrecía empleos y títulos. La nobleza, aun sin entusiasmo, no podía sino asumir la imposibilidad de retornar a la era dorada del feudalismo. Pero el proceso no alcanzó un éxito idéntico en todas partes. Dejando de lado el absoluto fracaso de los monarcas ingleses, que, aunque lo intentaron, no poseyeron nunca los recursos económicos ni el poder militar suficiente para forzar la situación en su favor, algunos reyes tardaron más que otros en conseguirlo.

Así, el primer ejemplo histórico acabado de Estado moderno, la España de los Reyes Católicos, perdió en el seiscientos la ventaja cobrada en la centuria anterior. El peso de la política imperial española en Europa dejó exangüe a Castilla, el único de los reinos hispanos inerme ante la rapacidad fiscal de sus soberanos, y forzó luego a estos a volverse hacia el resto, con ánimo de implicarlos en un esfuerzo en que nada les iba y después de haber comprobado en carne ajena los devastadores efectos de tal política. Las sublevaciones de Cataluña y Portugal, en plena Guerra de los Treinta Años, dieron al traste con los esfuerzos centralizadores de Olivares, ministro del rey Felipe IV, y retrasaron medio siglo el triunfo del absolutismo, que habría de esperar a la llegada de una nueva dinastía, la de los Borbones.

El caso de Francia, cuyo rey Luis XIV pasa por ser el modelo de monarca absoluto, estuvo a punto de ser idéntico. Las continuas guerras en las que se embarcó el país entre 1610 y 1648 provocaron un creciente descontento del conjunto de la sociedad, forzada a soportar impuestos más altos en plena crisis económica, y de sus órganos representativos, recelosos del aumento del poder real. La situación estalló en 1648, cuando la aristocracia, los parlamentos regionales y los campesinos se rebelaron contra el gobierno. La

situación fue, por un tiempo, muy delicada, y sólo la incompatibilidad de intereses entre los grupos descontentos impidió su éxito. Luego, los ministros de Luis XIV, triunfantes frente a los Habsburgo de Viena y de Madrid, pudieron imponerse sin dificultades sobre un país cansado que se disponía, empero, a someter a su hegemonía a toda Europa.

La segunda mitad de la centuria sería, para muchos observadores, el siglo de Luis XIV. Pero el apogeo de la Francia del *rey sol* fue fruto de interminables conflagraciones y no se mantuvo sino al precio de otras muchas. Entre 1618 y 1648, la denominada Guerra de los Treinta Años, en su origen un enfrentamiento entre protestantes y católicos en el seno del Imperio alemán, motivado por el deseo del emperador de hacer de él un Estado centralizado y confesional, se había complicado hasta convertirse en un conflicto a escala global entre las grandes potencias en el que se decidía la supremacía continental. La Paz de Westfalia, en 1648, supuso el final de la hegemonía española y el comienzo de la francesa, confirmada unos años después en la denominada Paz de los Pirineos firmada entre ambos estados en 1659. Luego, en una guerra tras otra, Francia amplió sus fronteras hacia el norte, el este y el sur, mientras España, exangüe, perdía, como jirones de su piel, un pedazo tras otro de sus territorios europeos. Con todo, la hegemonía francesa había de durar menos que la española. Al otro lado del Canal de la Mancha, Inglaterra esperaba su oportunidad.

Crisis de conciencia

Mientras esto sucedía en el mundo de la alta política, en otros campos de batalla, los del pensamiento, las nuevas fuerzas reñían su particular batalla contra el oscurantismo. La conciencia europea, que había empezado a salir de su letargo con los últimos estertores del Medievo para desplegarse luego en toda su vitalidad de la mano de los humanistas, se enfrenta ahora a una crisis de identidad. El humanismo había reivindicado para el hombre un lugar en el cosmos, pero sin cuestionar a Dios; había exaltado la razón, pero sin poner en tela de juicio la tradición ni el magisterio de la Iglesia. Los pensadores del XVII van más allá. La obra del francés Descartes, sobre todo, lleva en su interior el germen de un cambio trascendental. La actitud ante el mundo que la inspira, animada por

la duda metódica, es radicalmente racionalista. Por más que el mismo filósofo lo negara, sus ideas implicaban un ataque frontal contra la concepción tradicional de las cosas, construida sobre el principio de autoridad y la tradición, sobre la revelación y los dogmas. La nueva ciencia, que a despecho de las elucubraciones teóricas de los humanistas, coloca en lo práctico el centro de atención de los filósofos, avanza un poco más por el mismo camino. Galileo, desdiciendo a los antiguos, confirma al modelo heliocéntrico anticipado por Copérnico y sienta con su telescopio las bases de la moderna astronomía. Newton, rechazando el magisterio de Aristóteles, formula la ley de la gravitación universal, que proporciona a los científicos el marco teórico en el que insertarán sus descubrimientos hasta la llegada de Albert Einstein, tres siglos más tarde. Mientras, el conocimiento de nuevos mundos, de nuevas gentes y culturas, hacía más fácil cuestionar la validez exclusiva de la civilización occidental. Los mismos principios sobre los que se asienta la estructura social y el orden político reciben las primeras críticas. John Locke, corrigiendo a su compatriota Hobbes, denigra el absolutismo, proclama la igualdad de los seres humanos y entiende la sociedad como el fruto de un contrato entre los hombres por el que ceden al soberano una parte de su libertad.

Nada de esto alcanza al pueblo, que vive atrapado en la rutina inalterable de su tiempo sin historia; es cosa de las élites, de unos pocos elegidos en cada ciudad, en cada estado, que discuten de ciencia y de filosofía en los salones de la alta sociedad; de los ministros que animan a los reyes a tomar bajo su protección a investigadores y filósofos, fundando sociedades científicas, academias y observatorios. La mayoría continúa fiel a las enseñanzas de la Iglesia, que, intolerante, se aferra a la autoridad que emana de la tradición para frenar el paso a las nuevas fuerzas y lanza a sus huestes, animadas ahora de un renovado fervor, a predicar por doquier su reforzada ortodoxia, valiéndose de la espectacular escenografía barroca para conmover los corazones de los fieles. Pero la semilla está en la tierra, presta a brotar y multiplicarse cuando halle condiciones favorables. La centuria siguiente se las proporcionará.

La naturaleza de la crisis

Fue, por tanto, el XVII un siglo convulso y difícil. Para la mayoría de los europeos, los años malos superaron con creces a los buenos. El optimismo propio de la centuria anterior se disipó, víctima del hambre, las revoluciones y la guerra. Pero sería un error equiparar sin más esta crisis a la que asoló Europa trescientos años atrás. El siglo XIV supuso una regresión general y una profunda depresión que interesó todas las dimensiones de la vida colectiva, desde la demografía hasta el arte, desde la economía a la política. El XVII fue, más bien, una crisis de crecimiento.

Lo fue porque, en primer lugar, no afectó a todos los europeos por igual y porque sus efectos económicos no fueron, en modo alguno, negativos a medio y largo plazo. Los países menos perjudicados, los del norte, salieron de ella fortalecidos y dispuestos a liderar el progreso histórico en los siglos posteriores, salvándolo así del agotamiento que se había apoderado de las regiones mediterráneas. La crisis, a diferencia de su predecesora medieval, favoreció una concentración de los recursos en la agricultura, la industria y el comercio; impulsó una acumulación de capitales que hará factible, unas décadas más tarde, el inicio de la revolución económica que transformará el mundo de forma decisiva; hizo posible, en fin, un cambio radical, de magnitud tan sólo equiparable al que se había producido diez milenios atrás, en la revolución neolítica.

En segundo lugar, las diferencias son también notables en el plano social y político. Las revueltas y rebeliones no son, ahora, consecuencia más o menos directa de las convulsiones económicas y demográficas, como en la crisis del XIV. Sus raíces son más bien políticas, y hay que buscarlas en el titánico esfuerzo fiscal impuesto por el belicoso Estado absolutista a un pueblo cansado y unas élites regionales a las que, a la vez, se privaba del acceso a un poder que el monarca reivindica en su plenitud. Si en el siglo XVI el Estado había podido incrementar sus recursos sin asfixiar a la sociedad era porque los descubrimientos geográficos, los nuevos metales preciosos y el auge del comercio le habían inyectado caudales suplementarios y porque la sociedad misma se hallaba en mejor situación para ofrecérselos. Ahora, siendo mayores las exigencias y menor la bonanza económica, la presión se torna excesiva y conduce al pueblo a la revuelta.

Lo mismo cabe decir, por último, de los cambios en las mentalidades. En el Bajo Medievo, el pesimismo que se apoderó de los corazones y las mentes era fruto del hambre, la peste y la muerte. En el XVII, el pensamiento ya no mira a Dios en busca de

consuelo ante los males de este mundo, sino que empieza a tratar de entenderlo sin su concurso imprescindible. Al apoyarse cada vez más en la razón, los filósofos de la centuria están abriendo el camino hacia el futuro, no lamentándose de los males del presente. Al valorar cada vez más la técnica, los científicos están sentando las bases de la superioridad futura de Occidente. Hasta ahora, Europa había tomado la delantera en lo económico y lo político. La superioridad técnica y científica había correspondido siempre al Extremo Oriente. Desde este momento, el mundo occidental se dispone ya a ganar en el terreno de la ciencia y la técnica la ventaja obtenida en los demás campos. Ni Occidente ni el mundo serían los mismos sin los cambios trascendentales que se iniciaron en las últimas décadas de aquel siglo convulso y tratado a menudo con desprecio por unos historiadores deslumbrados por el brillo de los que le siguen.

CAPÍTULO DUODÉCIMO

Occidente frente al espejo

"El siglo XVIII es un siglo de luchas entre dos mundos: la Edad Media, donde las novedades y las concepciones nuevas perseguían la demolición, incluso con riesgo de trastornar el orden social, y los tiempos modernos que hundían sus raíces en un terreno minado en numerosos parajes. El año 1789 tiene la vida económica limitada de un gran burgo. Pero el último subtítulo de la Enciclopedia es significativo: "Diccionario razonado de las artes, de las ciencias y de los oficios". De cara a las artes liberales, las profesiones mecánicas dejan poco a poco de ser consideradas como viles y alcanzan una vía de promoción moral y social. El tiempo que describe la Enciclopedia es una transición entre el taller corporativo y aquel que, en El Capital, Marx denominara la máquinofactura."

Claude Delmas: *Historia de la civilización europea*, 1970.

El Gran Siglo

Jules Michelet, a un tiempo liberal y romántico, llamó al siglo XVIII *el Gran Siglo*, sin duda deslumbrado por la aparente magnitud de sus conquistas. No en vano por entonces dejaban atrás los europeos los espasmos de la centuria anterior para embarcarse en una era de progreso continuo que anticipa y prepara el gran salto de la Edad Contemporánea. Todo parece cambiar, animado de una energía extraordinaria. La población crece tanto que uno de sus más atentos observadores, el inglés Malthus, teme por la falta de alimentos. La agricultura, enriquecida por la reflexión teórica, incrementa también su producción. Una parte de Europa, nutrida por el creciente comercio con sus colonias, se prepara para la revolución industrial. Occidente, fortalecido por los avances técnicos y científicos, se

siente ya dueño de un mundo que conoce casi en su totalidad, y sus Estados, que han alcanzado al fin la ansiada plenitud del poder regio, se lo disputan en tierras y océanos. Sus burgueses, enriquecidos más que nadie por el auge económico del siglo, comienzan a tomar conciencia de su importancia y se irritan ante el desprecio de la nobleza, que reclama del monarca el monopolio de los altos cargos. Y sus filósofos y pensadores, henchidos de optimismo, creen disipadas al fin las tinieblas de la ignorancia y, guiados por la razón, confían en un progreso que, así las cosas, no puede ya detenerse nunca.

Gran parte de estos cambios, empero, no son nuevos. Muchos avances y logros se habían forjado ya en las últimas décadas del denostado siglo XVII. Pero es ahora cuando se desarrollan y transmiten, cuando lo nuevo, gestado con tanta lentitud y dificultad en el seno de lo viejo desde el otoño mismo de la Edad Media, alcanza el vigor y la madurez suficientes para plantarle cara con éxito. Ambos mundos se enfrentarán, al fin, en los años postreros de la centuria. El Antiguo Régimen, enquistado en sus posiciones, no se muestra dispuesto a cambiar. Sus adalides, monarcas absolutos, aristócratas rancios, filósofos reaccionarios, clérigos recalcitrantes, rechazan con obstinación la posibilidad de una reforma que podía haber salvado a Europa de la violencia. Cerradas sus puertas, la burguesía no encontrará entonces otro camino que abrirlas por la fuerza. El mundo antiguo no morirá de muerte natural.

Una economía en crecimiento

Los europeos son en el siglo XVIII más numerosos que nunca antes, casi doscientos millones al terminar la centuria. Por vez primera, el crecimiento demográfico no se detiene cada poco tiempo, frenado por las malas cosechas y el hambre, frutos de una tierra agotada por el esfuerzo. Las epidemias, ahora de viruela, no desaparecen de la vida cotidiana, pero su impacto es menor, de forma que la mortalidad empieza a disminuir, haciendo posible una vida más larga. El clima, más benigno, y la medicina, más avanzada, ayudan a explicar la mejora. Pero no son los factores decisivos. Los europeos viven más porque se alimentan mejor. La introducción de cultivos nuevos, como el maíz y la patata, liberan a los humildes de su tiránica dependencia de las frágiles cosechas de trigo. La extensión de las tierras de labor

vuelve a hacer posible el incremento de la producción de alimentos. La agricultura, además, ya no es monopolio de los campesinos. Toda una escuela de pensamiento económico, la fisiocracia, sostiene que la verdadera riqueza de los estados no se halla en los metales preciosos, sino en la tierra, lo que aconseja su explotación racional. El campo se pone de moda entre las gentes abiertas a las novedades. El aumento de los rendimientos obsesiona a los monarcas, deseosos de hallar el modo de incrementar la población de sus reinos. Los tratados de agronomía se multiplican. Poco a poco, la tierra empieza a verse como una empresa de la que extraer beneficios. El individualismo, signo de los tiempos, llega también al agro. Los bienes comunales, propiedad de todos y de nadie, son objeto de crítica. Muchos gobiernos se animan a su venta. Algo está cambiando en los campos europeos.

El movimiento es más fuerte en Inglaterra, que se entrega con energía al cerramiento de sus campos. La disminución del barbecho y el auge de las plantas forrajeras, que permiten recuperarse a la tierra a la vez que sirven de sustento al ganado, incrementando a un tiempo la producción de abono, impulsan la mejora de los rendimientos. Pero es un caso aislado. En la mayor parte de Europa, los paisajes cambian poco. La nobleza, propietaria de la mayor parte de la tierra, se limita a arrendarla a campesinos que, sin seguridad alguna en su posesión, no están dispuestos a endeudarse para introducir avances técnicos que mejoren la productividad. Las viejas instituciones frenan el progreso. Sólo cuando desaparezcan podrán los campos de Europa mirar con decisión hacia el futuro.

No es muy distinto el panorama que ofrecen las manufacturas. Por toda Europa continúan vigentes las cortapisas y limitaciones que los gremios imponen a la libertad económica. Mientras, prosiguen en el campo los avances de la industria doméstica, que convierte innumerables hogares campesinos en sede improvisada de minúsculos talleres estacionales. El destino de sus productos, sin embargo, ha cambiado; no trabajan ahora para los cercanos y limitados mercados locales, sino que alimentan ya con sus productos el ansia creciente del comercio colonial. La era de la fábrica, empero, aún no ha empezado. La industria moderna, que se caracteriza por la concentración en un mismo punto de capital, técnica y trabajo, pertenece todavía al futuro. Existen ya algunos ejemplos, pero se limitan a los grandes arsenales donde el Estado fabrica sus barcos de guerra, a sus fábricas de armamento, a las manufacturas que alimentan de porcelanas, vidrios y tapices el hambre de lujo de la nobleza. Una vez más, sólo Inglaterra ha

empezado a transformarse. Junto al negro paisaje de sus cuencas hulleras, en la proximidad de sus dinámicos puertos, la revolución industrial está dando sus primeros pasos. Sus gobiernos, herederos de las revoluciones del siglo precedente, comprenden e impulsan el proceso. En el resto de Europa, el Estado absolutista es una rémora para el progreso de la industria.

Porque el siglo XVIII no es la era de las manufacturas, sino la edad de oro del comercio. Beneficiados por la desaparición de la piratería y el desarrollo de los seguros marítimos, los intercambios entre los países europeos y sus colonias americanas y asiáticas conocen un auge sin precedentes. El comercio con América se hace triangular. Los barcos, cada vez más numerosos, parten de los puertos europeos cargados de manufacturas, baratijas y armas de fuego; recalan en las costas africanas, donde seducen a los reyezuelos indígenas con el brillo de los abalorios y el estruendo de los fusiles; llenan sus bodegas de esclavos capturados en las continuas escaramuzas tribales, y parten hacia tierras americanas, prestos a cambiar esclavos y manufacturas por cacao, café, té, azúcar y algodón, que llenan sus bodegas de vuelta a casa. Asia se inunda también de productos europeos, que llegan a sus puertos buscando sus porcelanas, sedas y especias. Los grandes puertos del Occidente, Bristol, Burdeos, Liverpool, Londres, no dejan de crecer; incluso algunos del sur, como Marsella o Livorno, recuperan para el Mediterráneo una parte del esplendor perdido. Europa entera parece poseída por el espíritu de los mercaderes.

El auge del comercio demanda mayores medios de pago. La producción de metal precioso, alimentada por la plata mexicana y el oro del Brasil, se duplica a lo largo del siglo. Pero la moneda tradicional presenta muchos inconvenientes. Es pesada, circula con lentitud y se roba con facilidad. Es necesario recurrir a medios de pago más ágiles y seguros. La letra de cambio se usa más que nunca, pero a su lado surge ya el papel moneda, el billete que los banqueros, públicos o privados, emiten con el respaldo de sus depósitos en metal precioso. Las formas de crédito se perfeccionan. Se presta sobre tierra, sobre edificios, sobre acciones y obligaciones, o incluso al descubierto. Las grandes compañías por acciones, las sociedades anónimas, proliferan. Las bolsas se animan. La de Ámsterdam, capital financiera de Europa, va cediendo su protagonismo a la de Londres. Pronto la siguen París y Berlín; mucho más tarde, Viena. La de Madrid no abrirá sus puertas hasta bien entrada la centuria siguiente. Los precios, animados por el crecimiento de la población, la moneda y los intercambios, crecen

también, adelantando a los salarios. Los capitales circulan y se acumulan a un ritmo desconocido. La revolución industrial del siglo XIX no habría sido posible sin ellos.

Una sociedad en transformación

El incremento de la riqueza, una vez más, no benefició por igual a todos los europeos. Los campesinos, cualquiera que sea su condición, apenas lo disfrutan. Cuando las cosechas son abundantes, la caída de los precios devora los posibles beneficios; cuando son escasas, no pueden ganar con su aumento, pues carecen de excedentes que vender. La presión inclemente del Estado, la Iglesia y los nobles deseosos de aumentar sus rentas complica aún más su situación, sepultando su esfuerzo bajo el peso de los innumerables tributos, diezmos y tasas. Y la desaparición de las tierras y bosques comunales, de los que obtenían recursos con los que completar sus exiguos ingresos, les arrebata el único lenitivo de que disponen para los tiempos de crisis. No es mucho mejor la situación del populacho urbano. Tenderos, criados, artesanos y demás trabajadores de las ciudades arrastran una existencia difícil incluso cuando las cosechas son abundantes y el pan barato. Cuando no lo son, su situación se torna insoportable. Las malas cosechas, más frecuentes en el último tercio del siglo, encarecen las subsistencias, disminuyen la demanda de manufacturas y aumentan el paro. La creciente competencia de la industria doméstica, libre del control gremial, perjudica a los talleres urbanos. Y la pobreza se hace tanto más difícil de soportar cuanto más evidente es la riqueza de otros. Pronta a concluir la centuria, el malestar de las clases populares es evidente.

Tampoco la nobleza obtiene grandes beneficios. Sí lo hacen los aristócratas más avispados, la mayoría de los ingleses, algunos de los franceses, que invierten en el comercio, o incluso en las primeras industrias, las rentas ganadas a la tierra. Pero son más la excepción que la regla. La mayor parte de los nobles, atrincherados tras sus privilegios, vegetan en la ociosidad en que han sido educados, incluso al precio de una existencia que el auge de los precios hace cada vez más difícil para quienes no poseen los medios de incrementar su rentas. Sintiéndose amenazados, en lugar de explorar las nuevas formas de riqueza, las desprecian y combaten.

Incapaces de comprender los cambios, tratan de impedirlos, cerrando sus filas a los burgueses enriquecidos, reclamando para sí la dirección del Estado y de la Iglesia, exigiendo, incluso, de los reyes el retorno de su extinta primacía. La nobleza, inconsciente, firma con ello ante la historia su sentencia de muerte.

No le ocurre lo mismo a la burguesía. Es ella la que, al menos en los países de la Europa Occidental, impulsa los cambios económicos y la que acapara como nadie sus beneficios. Los comerciantes, en especial los que arriesgan sus capitales en el trato con las colonias, obtienen los mejores réditos, pero no les van a la zaga los banqueros, enriquecidos a causa de la gran expansión del crédito, y pronto les siguen los primeros empresarios de la industria, sobre todo en Inglaterra, que ocupan ya un lugar importante en las filas de la burguesía en los últimos años del siglo. Un poco por detrás de ellos, pequeños comerciantes, médicos, abogados y profesores ganan también en consideración social, nutriendo las filas de unas pequeñas burguesías heterogéneas pero prontas a reclamar para sí mismas un papel político que, no pudiendo ser acorde con una riqueza que apenas poseen, deberá serlo con su talento.

Porque la actitud de la burguesía hacia la vieja aristocracia va cambiando poco a poco. No existe problema en Inglaterra, donde se funde con ella en una nueva oligarquía del dinero que rige por igual la economía del país y su gobierno. Pero sí lo hay en Francia y en otros países, donde los burgueses se sienten despreciados por los nobles y sufren su deseo de excluirles de los altos cargos del Estado. Por ello, si no desaparece por completo de la mentalidad burguesa la apetencia de sumarse a las filas de la aristocracia mediante la compra de tierras y títulos, sí va ganando terreno la conciencia de la necesidad de introducir un cambio en las relaciones sociales que haga del dinero, y no de la sangre, el criterio determinante del acceso al poder.

El siglo XVIII, en fin, agudiza como nunca la contradicción entre la sociedad legal y la real. Los viejos estamentos medievales, el clero, la nobleza, el pueblo llano, conservan su plena existencia jurídica. Los privilegios, fiscales y honoríficos, continúan vigentes. Pero las nuevas formas de riqueza han empezado ya a cuartear con decisión los minados muros heredados del Medievo. En el seno mismo de los estamentos han surgido las clases. La opulenta burguesía reclama una sociedad en la que el poder corresponda a la riqueza; se muestra dispuesta a entenderse con la vieja aristocracia, rica también, para gobernar juntas. Si la respuesta es negativa, tomará por la fuerza lo que se le niega de grado. Las grandes

revoluciones que dan inicio a la Edad Contemporánea se están gestando en la última centuria del Antiguo Régimen.

Un intelecto que despierta

La revolución exige no sólo descontento, sino también ideas. También será ahora cuando esas ideas vean la luz. El siglo XVIII es el siglo de la crítica. Desde la suprema atalaya de la razón, erigida en esencia misma del hombre, se pone en tela de juicio cuanto se ha heredado. Se critica desde la sátira y la burla, desde imaginarios libros de viajes que contraponen a lo europeo las bondades de una sociedad utópica, desde la reflexión seria y meditada. Se critican los usos y las costumbres, los fundamentos de la sociedad, los valores y las normas. Se critica, sobre todo, al cristianismo, que representa cuanto desprecian los filósofos al uso: la preponderancia de la fe sobre la razón, la concepción de la vida terrena como un medio, la maldad radical del hombre, la autoridad como argumento, la revelación como fuente del conocimiento de Dios. Y frente a él, esencia de lo viejo, de lo caduco, de lo erróneo, se plantan los cimientos de un mundo nuevo en el que la Razón, erigida en diosa, habría de reinar por derecho propio, inspirando cada dimensión de la vida colectiva de los hombres, iluminando su existencia con una intensidad mucho mayor que lo había hecho la fe.

Racional debe ser la religión, limitada a la fe en un principio creador y ordenador, impersonal e incognoscible, que no requiere de iglesias ni clérigos, al que sólo cabe rendir culto en el interior del alma. Una religión, pues, convertida en simple deísmo, natural como la ética que lleva aparejada, ajena a todo lo heredado, transmutada en simple aceptación de las inclinaciones naturales del hombre, puesto que, siendo racional la naturaleza humana, es también buena y, por ende, ha de conducir a la felicidad.

Racionales han de ser también las leyes, que no son, en palabras de Montesquieu, sino las relaciones necesarias que derivan de la naturaleza de las cosas, el conjunto de normas que el Ser Supremo ha dado al hombre por medio de la recta razón, fundamento de un derecho que, siendo racional, no puede sino ser natural y común a todos los pueblos. Inspirado en tales principios, el gobierno, monárquico o republicano, debe aunar política y moral con

el solo objetivo de garantizar la felicidad de los ciudadanos, protegiendo su libertad y sus propiedades, ambas naturales en el hombre.

La educación sería, como no podía dejar de suceder, el camino para difundir las nuevas ideas. La tradicional, la heredada, orientada por los valores del pasado, sometida a los dictados de la Iglesia, no servía ya. Se necesitaba una nueva, orientada a la formación de ciudadanos prestos a participar en la vida pública; práctica, capaz de fomentar los saberes útiles, la Física, las Matemáticas, la Biología, la Historia, la Geografía, las lenguas vivas, la Política; progresiva e integral, atenta a cada dimensión del espíritu humano, y pública, libre de la injerencia de la Iglesia, sostenida por el Estado.

Pero mientras esta educación llegaba, no era cosa de sentarse a esperar cómo se difundían las nuevas ideas. Los ilustrados se entregan con denuedo a la tarea. La Enciclopedia, compendio del saber de la época, extiende por toda Europa los conocimientos útiles y racionales que han de dar al hombre la felicidad. Con ellos, se extienden también nuevos patrones de comportamiento, nuevos modelos. Triunfa el aventurero, personificación de la libertad y el cosmopolitismo; la mujer, que encarna el placer, la sensualidad, el amor frívolo; el burgués, símbolo del trabajo, el esfuerzo y el conocimiento útil; el filósofo, conciencia crítica de los males de su tiempo…

Tales ideas animaron a los europeos durante el siglo XVIII, fermentando en toda una corriente de pensamiento, la Ilustración, que se extendió por todos ellos en la segunda mitad del siglo. Pero la nueva filosofía no estaba exenta de contradicciones: ¿cabía sostener que la razón conducía a todos a idénticas conclusiones? ¿Acaso no eran la violencia y el egoísmo tan naturales en el hombre como las virtudes que exaltaban los ilustrados? ¿No eran tan humanos la pasión y el sentimiento como la razón? ¿Cómo, en fin, podía ser compatible la libertad con la concepción de las leyes como relaciones necesarias que derivan de la naturaleza de las cosas? Los ilustrados no tenían respuesta para estas cuestiones. Además, sus ideas, en exceso frías, no podían seducir a los humildes, a quienes, en el fondo, despreciaban. Por eso no trataron de convencerles a ellos, sino que dirigieron sus esfuerzos hacia los príncipes. De aquella alianza contra natura habría de surgir el despotismo ilustrado.

Un Estado que crece

Los ilustrados, deseosos de llevar a la práctica sus convicciones, pensaron que resultaría más fácil persuadir a un monarca que a toda una nación. Su táctica fue, pues, convencer a los reyes de que aceptasen las reformas. El mismo Voltaire escribía en 1769 que su objetivo era realizar una revolución tan sólo en el espíritu de los que estaban destinados a gobernar. Y algunos soberanos parecieron dispuestos a seguir sus consejos. Reyes como José II de Austria, Federico II de Prusia, Catalina II de Rusia o el mismo Carlos III de España pusieron en marcha en sus estados políticas de modernización inspiradas, en mayor o menor grado, en las ideas de los filósofos. Monarcas absolutos, déspotas a la postre, dieron en proclamarse servidores de sus súbditos, entregados a la búsqueda de su felicidad. *Todo para el pueblo, pero sin el pueblo* sería su divisa oficiosa. Por ello, al menos al principio, el despotismo ilustrado, como más tarde denominarían los historiadores alemanes a la práctica de estos príncipes, puedo parecer el fruto de un encuentro entre la política y la filosofía.

Pero no lo era o, al menos, no del todo. Los monarcas tomaron de los filósofos tan sólo aquello que convenía a sus intereses, despreciando lo demás. Su principal objetivo no era otro que fortalecer el Estado y su autoridad misma, al servicio de una política de poder y prestigio. Las reformas que introdujeron, pues, sirvieron a este fin más que al de la supuesta felicidad de sus súbditos, y siempre se detuvieron, con la sola excepción del emperador José II, que al final hubo de renunciar a ellas, en los límites del orden social y político heredado. Ello no significa, empero, que no se tratara de verdaderas reformas. Los déspotas ilustrados surgieron precisamente en los países que, por una u otra razón, habían quedado rezagados respecto a los más adelantados de Occidente; en Estados a medio hacer, como Rusia o Prusia; aletargados, como España, o simples conglomerados, como Austria. No existiendo en ellos la burguesía, o siendo ésta muy débil, tuvo que ser el Estado quien desempeñara su papel, fortaleciéndose primero para colocarse en posición de hacerlo. Por ello, las reformas se orientaron, en un primer momento, hacia la centralización del gobierno, la extensión y la racionalización de la Administración, el sometimiento de la Iglesia y el fortalecimiento de la Hacienda y el Ejército. Luego, remozado el aparato del Estado, se utilizó para extender la educación, impulsar la agricultura y la industria y

fomentar el comercio, fuentes de las que los monarcas esperaban obtener nuevas energías en forma de hombres y tributos.

Muchos campos fueron roturados y se poblaron con colonos a menudo venidos de tierras lejanas. Se favoreció la importación de nuevas técnicas agrarias y su enseñanza, y se crearon sistemas más eficaces para la distribución y el almacenamiento de las cosechas. Las comunicaciones mejoraron gracias a la construcción de nuevos caminos y canales, y el comercio recibió un decidido impulso por medio de la creación de compañías privilegiadas. El dinero público financió también la erección de fábricas modernas destinadas a paliar la crónica dependencia de las importaciones, en especial de productos de lujo como la porcelana, el vidrio o los tapices. Incluso el sector financiero recibió la necesaria atención a través de la fundación de bancos públicos llamados a consolidar la moneda y facilitar los medios de crédito.

Nada de ello supuso, como decimos, un ataque consciente contra los fundamentos sociales y políticos del Antiguo Régimen. Los monarcas reformistas se detuvieron siempre, de grado o por fuerza, como en el caso de José II, en los límites a partir de los cuales la reforma podía transformarse en revolución. Por esa razón, su eficacia fue limitada. Pero no debe extrañarnos. Siendo contradictorio el pensamiento mismo de los filósofos, no podía dejar de serlo su hijo espurio, el despotismo ilustrado. Los primeros querían cambiarlo todo sin contar con el pueblo, el que más interesado estaba en cambiarlo. El segundo quería detener los cambios en el punto en que podían empezar a ser peligrosos para el orden establecido. Pero lo cierto es que cuanto mayor fuera su éxito, más cerca estaría de su fin la misma Monarquía absoluta que pretendían fortalecer.

Un continente en equilibrio

El siglo XVII fue el siglo de Francia, como el XVI lo había sido de España. El XVIII, por el contrario, no conocerá hegemonía alguna. La guerra no es menos frecuente que en centurias anteriores, pero tras ella no laten las querellas religiosas ni la necesidad de las potencias de protegerse de la voluntad expansionista, real, como en el caso francés, o figurada, como en el español, de una de ellas. El

factor decisivo es ahora la razón de Estado, el choque entre intereses contrapuestos de índole económica o territorial, muchos de ellos relacionados con el mundo de las colonias. La guerra, pues, habrá de ser en dos frentes, la tierra y el mar, y su coste es tan elevado que un solo reino, dejado a sus propias fuerzas, no puede permitirse soportarlo mucho tiempo.

Por ello, los conflictos de la centuria son siempre enfrentamientos entre alianzas que integran potencias marítimas y continentales. Estas alianzas no son estables, sino que cambian con frecuencia. Pero no lo hacen de forma aleatoria, pues el factor que las determina no es el capricho de los reyes sino la comunidad de intereses entre los estados, que originan dos conflictos básicos. El primero es marítimo y enfrenta a las viejas potencias coloniales, España y Francia, dueñas de vastas posesiones en América, con la emergente Inglaterra, que desea ampliar sus dominios fuera de Europa a costa de aquéllas. El segundo es continental y nace del auge de Prusia, que amenaza los intereses tradicionales de Austria y Rusia en tierras alemanas y polacas. Ambos conflictos, como es lógico, se mezclarán, pues cada potencia trata de hacer daño a sus enemigas en todos los frentes posibles, y este hecho, dado que los estados marítimos no poseen intereses comunes con los continentales que los predispongan contra uno u otro, explica el cambio de alianzas. Así, Francia y España se coaligan a veces con Rusia y Austria y a veces con Prusia, mientras Inglaterra hace lo propio, apoyando siempre al bando contrario, para evitar la victoria de sus enemigos. Todas las guerras del siglo que implican a varias potencias de primera fila pueden comprenderse dentro de este esquema.

El resultado de la combinación de factores expuesta es beneficioso para Inglaterra que, desde la Paz de Westfalia, firmada a mediados de la centuria anterior, trabaja por el equilibrio en el continente, sabedora de que si una potencia alanzase la hegemonía en él, al poco se hallaría en situación de amenazar su señorío sobre los mares. Entretenidas España y Francia en querellas en Europa, no podrían sino descuidar su flanco marítimo, exponiendo las colonias a la penetración de los intereses británicos; desatendidas sus armadas ante la necesidad de fortalecer sus ejércitos, no podrían rivalizar con la inglesa, que, a la vez que asegura la protección de sus costas, exime al país de dedicar recursos a la guerra terrestre, acaparando ella sola lo que españoles y franceses deben repartir entre la tierra y el mar. La cruz de San Jorge, insignia de los buques de Su Graciosa Majestad, habrá de ser por mucho tiempo señora única de los océanos.

Los grandes beneficiarios del sistema de relaciones internacionales desarrollado a lo largo de la centuria serán, en consecuencia, los ingleses. Gracias a su primacía en los mares, no sólo lograrán ampliar su imperio colonial con posesiones arrancadas, en una guerra tras otra, a franceses y españoles, sino que, señores de la India, la gran productora de algodón, y dueños de las grandes rutas comerciales del planeta, serán ellos los únicos que tengan a su alcance la posibilidad de satisfacer la gran demanda de productos textiles que explica y hace posible en sus comienzos la revolución industrial. El pequeño revés que supone para Inglaterra la pérdida de las trece colonias americanas llamadas mucho más tarde a erigirse en la mayor potencia de la historia, apenas tuerce la grandeza de sus designios.

QUINTA PARTE

LA LUCHA

CAPÍTULO DECIMOTERCERO

Revolución o muerte

"¿Por qué no pensar que todas estas revoluciones en cadena que agitaron casi únicamente a los países de Occidente, o más aún, a los países costeros del Atlántico, entre 1770 y 1848, no fueron manifestaciones de una sola y única revolución, la revolución liberal o burguesa, cuyas causas profundas y generales fueron las mismas en todos los países, y variaron sólo en función de las condiciones particulares encontradas en uno u otro lugar?"

Jacques Godechot: *Las revoluciones*, 1969.

Tiempo de cambios

En las últimas décadas del siglo XIX, el timón de Occidente parecía haber pasado a otras manos. La añosa aristocracia, su dueña durante más de un milenio, lo había cedido al fin a la dinámica burguesía, que se disponía a conducir la nave en pos de nuevos horizontes, más acordes con el signo de los tiempos. Los flamantes historiadores burgueses, deseosos de respaldar un cambio de tal magnitud, dieron entonces en repudiar el mundo que les precedió, al que llamaron con desprecio *Antiguo Régimen*. Con ellos había comenzado la Edad Contemporánea, el tiempo de la burguesía.

Es cierto que el cambio era trascendental, casi tanto como el que, diez milenios atrás, había convertido al hombre en agricultor y ganadero. Los dos mundos, el viejo y el que ahora veía la luz, eran muy distintos. Una población estancada, víctima de malas cosechas periódicas que dejaban tras de sí un rastro de desolación y muerte, retrocedía ante una demografía emergente en la que las epidemias, aun sin desaparecer, no podían ya frenar el constante aumento de la población. Una economía agraria, de rendimientos escasos, esclava

de los caprichos del clima, en la que la industria era una excepción y el comercio un islote de modernidad, dejaba sitio a otra pujante, en que cada sector parecía competir con los demás en crecimiento y desarrollo, despoblando los campos y arrastrando a las ciudades una inmensa marea de individuos ansiosos de pan y de trabajo. Una sociedad rígida y cerrada, en la que las personas nacían y crecían constreñidas por infranqueables muros de privilegio y discriminación, se diluía como un azucarillo arrastrado por las aguas del capital, pronto a construir fronteras ciertas, pero permeables, hechas tan sólo de riqueza y conocimiento. Y un orden político arbitrario, que entregaba la plenitud del poder a un monarca caprichoso, sólo responsable ante Dios y ante la historia, caía sin remedio, destruido por fuerzas que enarbolaban con decisión la bandera de la libertad.

Llamar a todo ello revolución no supone, por tanto, pecar de exagerados. Revolucionarios son los cambios que experimentan la población, la agricultura y la industria, lentos, pero profundos y decisivos. Y no lo son menos los que sufre el Estado, fulminantes, violentos y convulsos. La revolución proporciona, pues, su mejor nombre a la era que, a caballo entre los siglos XVIII y XIX, trae a la vida el mundo que conocemos. Se trata de un único proceso, pero con distintas caras que, para entenderlas, es necesario analizar por separado.

La revolución industrial

Primero en Inglaterra, luego, décadas después, en el resto de Europa Occidental y en los flamantes Estados Unidos de América, la economía se transforma con rapidez. Una avalancha de innovaciones técnicas, sencillas al principio, complejas más tarde, convierten en verdadera industria la manufactura tradicional. La fábrica sustituye como lugar de trabajo al taller del gremio y la humilde vivienda del campesino. Los capitales, hijos de la tierra y el comercio con las colonias, acumulados con tesón en las centurias precedentes, financian las nuevas máquinas. El espíritu de empresa, que prefiere el riesgo prometedor de la industria a la seguridad fría de las inversiones en bonos o tierras, orienta sus objetivos. La fabricación de telas y paños es la primera en beneficiarse de los cambios. Inglaterra, señora de la India y sus inmensas reservas de algodón barato y dueña de las rutas comerciales oceánicas, ha de

aumentar su producción con rapidez para afrontar el crecimiento de una demanda que, ya mundial, no pueden satisfacer las técnicas heredadas. Sin obstáculos que lo limiten en un país gobernado por emprendedores, el beneficio premia enseguida a los audaces empresarios y asegura una y otra vez su reinversión, alimentando un crecimiento económico sin precedentes.

Pronto, los capitales, acumulados con rapidez, crecen de tal modo que presionan a la baja su remuneración. Los intereses descienden; urgen nuevos destinos para la inversión. Los transportes, resueltos hasta entonces en Inglaterra mediante canales y veleros, no parecen necesitar mejoras inmediatas. Pero la invención de la locomotora a vapor obra el milagro. Los capitalistas, hambrientos de beneficio, acuden en masa a financiar el ferrocarril. Rieles, máquinas y vagones necesitan hierro y carbón. Las minas y la siderurgia, animadas por las crecientes expectativas de ventas, aumentan su producción. La demanda de mano de obra se incrementa también. Los campos, cada vez más mecanizados, vomitan hacia las ciudades su excedente humano. La revolución agrícola precede y acompaña a la industrial. Por fin en manos de gentes que ven ya en la tierra una empresa antes que una fuente de prestigio, el agro disfruta también del progreso técnico. La rotación cuatrienal, que alterna en las parcelas cereal de verano y de otoño, leguminosas y plantas forrajeras, permite a un tiempo aprovechar por completo la tierra disponible y recuperar su energía con un abono más abundante. Las nuevas máquinas, trilladoras, segadoras, tractores, sustituyen brazos por caballos de vapor. Los rendimientos, en fin, aumentan. La agricultura se convierte así en eficaz aliado del progreso industrial. Modernizada, regala a la industria su excedente de mano de obra, que marcha a la ciudad presta a engrasar con hombres la insaciable maquinaria de la fábrica; le proporciona los alimentos que requiere una población en acelerado crecimiento; le asegura nuevos capitales que financian su creciente inversión, y, en fin, obtiene de ella las máquinas que permiten el aumento de su productividad, abriendo ante sus ojos un mercado nuevo y prometedor.

En Inglaterra, no hizo falta, al principio, mucho más. Bastaba con que el Estado, regido desde mucho tiempo atrás por las mismas clases que impulsaban los cambios económicos, no se interpusiera en su camino. Ni siquiera se esperaba de él un esfuerzo para proporcionar mano de obra cualificada. Las máquinas eran todavía tan sencillas que hasta los niños podían manejarlas. Bien distinto fue, sin embargo, lo ocurrido en los demás países. Sus estructuras

económicas, sociales y políticas se hallaban, en todos los casos, menos avanzadas. Cuando sus gobiernos, aterrados por la invasión de sus mercados por los productos ingleses, comprendieron la necesidad de impulsar el progreso de la industria, hubieron de ser ellos mismos quienes lo animaran. Los problemas que se encontraron, empero, variaban de un país a otro. Francia, Bélgica, los Estados Unidos, Alemania, dueños de un gran mercado, ricos en fuentes de energía, capitales y mano de obra, y gobernados por una clase política dispuesta a introducir las reformas necesarias, se sumaron pronto a la revolución industrial. Los estados del este y el sur de Europa, con un mercado interior pobre, capitales escasos o apartados de la inversión productiva, reservas limitadas de carbón y hierro, y clases dirigentes incapaces de enfrentarse con decisión a los obstáculos legales que frenaban el desarrollo industrial, quedaron rezagados o descolgados.

El progreso de la industria, sin embargo, ya no se detendría nunca. Agotado un sector, el testigo de las innovaciones técnicas, la inversión y el empleo pasaría a otro, que tomaría el relevo como motor del crecimiento. En el último tercio del XIX, el petróleo y la electricidad ocupan el lugar del carbón; la química y la metalurgia desplazan a la industria textil, y el Estado y las grandes corporaciones, fusión del capital financiero e industrial, comienzan a sustituir al pequeño empresario. Se habla ya de una segunda revolución industrial. Vendrán después de ella, ya en la centuria siguiente, una tercera y una cuarta. La economía humana, la occidental sobre todo, había encontrado el camino del crecimiento sostenido que habría de conducirla a la sociedad de consumo. Las crisis, hijas de la naturaleza cíclica de la economía capitalista, empañarían de tanto en tanto el horizonte de la economía. Pero el mundo no volvería a ser ya aquel lugar inmóvil, congelado en el tiempo, que conocieron los hombres del Medievo.

La revolución de la burguesía

En muchos países, nada de esto habría sido posible de no mediar en el proceso una profunda transformación del Estado. Sólo en Inglaterra gobernaban, en íntima alianza, burguesía y nobleza; y sólo allí las estructuras sociales y económicas, transformadas lentamente entre los siglos XVII y XVIII, se hallaban preparadas para impulsar

por sí solas el progreso industrial. En el resto de Europa y América, la burguesía, protagonista de ese progreso, permanecía marginada del gobierno e incapaz, por tanto, de remover los obstáculos legales que lo impedían.

En casi todas partes, la revolución, la remoción violenta de tales obstáculos, terminó por ser la única respuesta posible. Las revoluciones norteamericana y francesa fueron las primeras y, en muchos casos, el modelo para las demás. Pero el proceso, por más que les duela a los chauvinistas recalcitrantes, sólo se comprende bien si se entiende como fenómeno propio y específico de Occidente en su conjunto; el camino que, a la fuerza, hubo de seguir el Antiguo Régimen para dejar paso a la sociedad liberal.

Los distintos elementos y factores del proceso, sus causas profundas, se habían ido gestando, como vimos, a lo largo del siglo XVIII. Fue entonces cuando, como resultado del crecimiento económico, se generaron en las estructuras sociales heredadas del Medievo las contradicciones que, llevadas a una tensión insoportable por la crisis final de la centuria, terminaron por explotar, dando lugar a los cambios políticos que se extendieron por el mundo occidental entre 1776 y 1848: las revoluciones burguesas.

Una revolución, como una tarta de cumpleaños, requiere algunos ingredientes en las proporciones adecuadas para alcanzar el éxito. Necesita líderes dispuestos a conducirla, masas propensas a seguirlos, causas que alimenten su malestar y una idea clara sobre lo que hacer con el poder una vez que se ha conquistado. La revolución burguesa tuvo todas esas cosas. Las últimas décadas del siglo XVIII, tan próspero para algunos, habían deteriorado sobremanera el nivel de vida de las capas populares de la población. Una sucesión de malas cosechas había elevado el precio del pan, su principal alimento, multiplicando el número de indigentes. Los burgueses, desprotegidos ante la feroz competencia de los productos ingleses, se hallaban también irritados. Por todas partes se culpa al gobierno, pero éste, obsesionado por un déficit fiscal que se ha hecho crónico, no acaba de asumir que sólo la reforma decidida de las instituciones, al derribar los obstáculos al progreso de las fuerzas económicas, permitirá al Estado terminar con sus deudas. La nobleza, al oponerse frontalmente a esa reforma, enerva aún más a la burguesía frustrada por su apartamiento del poder. La *revuelta de los privilegiados*, como se la llamó en Francia, es la gota que colma el vaso de la indignación popular.

No era la primera vez que esto ocurría. Pero sí la primera que los descontentos contaban con una receta clara para solucionar las

cosas. La filosofía ilustrada había arraigado con fuerza en las filas de la burguesía y de los sectores más abiertos de la nobleza de ambos lados del océano, y en su seno, cada vez más nítidas, se habían deslizado las propuestas de una nueva ideología que ofrecía un modelo alternativo de organización de la vida colectiva, por completo opuesto al vigente. Esta ideología era el liberalismo.

Las ideas liberales tenían respuesta para todo, una respuesta, por supuesto, acorde con los intereses de la burguesía. Defendían la plena propiedad privada de los medios de producción, sin concesión alguna a la vinculación que había asegurado a los nobles y a la Iglesia, por incapaces que fuesen, la propiedad inalienable de sus tierras, alejando de sus mentes cualquier inversión productiva. Creían, sin concesiones, en la libertad, para producir y consumir, para comprar y vender, sin más ley que la del mercado y sin institución alguna que, como los viejos gremios, distorsionase sus efectos, desanimando la introducción de avances técnicos llamados a rebajar los costes de producción. Sostenían la igualdad de los individuos ante la ley, sin privilegios ni discriminaciones entre ellos, pero también sin injerencia alguna del gobierno orientada a convertir la igualdad de derecho, legal, en igualdad de hecho, económica. Y reclamaban, como garantía del nuevo orden social, una constitución que concretara los principios básicos del Estado liberal. En ella quedarían definidos los mecanismos para la elección de los gobernantes, delimitando con nitidez el ámbito de acción de los poderes para legislar, gobernar y juzgar, garantizando el equilibrio entre ellos y asegurando que no coincidieran en las mismas personas. Se preservarían también por ley los derechos fundamentales de los individuos, la propiedad, la libertad de pensamiento, de reunión y de expresión, la inviolabilidad del domicilio y la correspondencia. Y, sobre todo, se afirmaría el Parlamento como el único lugar legítimo donde serían llamados a enfrentarse en paz los representantes de las distintas formas de entender los problemas y sus soluciones, enviados allí por la opinión, volcada en las urnas, de aquellos, y sólo aquellos, que podían tener interés en el bien común y capacidad para alcanzarlo: las clases acomodadas.

El pueblo llano seguiría sin poseer voz ni voto en aquel mundo, no menos ajeno para él que el tradicional. Derribado con su concurso el Antiguo Régimen, la burguesía esperaba que regresara a los campos y a las fábricas sin exigir nada, conformándose tan sólo con la abolición de los señoríos, los estamentos y los diezmos. Desorganizado e incapaz todavía de comprender qué lugar le

reservaba el nuevo orden burgués, no pudo sino aceptarlo. Su hora no había sonado aún en el reloj de la historia.

La burguesía paseó así su triunfo por Occidente. Entre 1776 y 1783, las trece colonias inglesas de Norteamérica lograron su independencia y dieron forma a un Estado organizado de acuerdo con los principios liberales, del que nacerían luego los Estados Unidos de América. Entre 1789 y 1815, la Revolución Francesa sembró el terror en las cortes europeas, que se coaligaron una y otra vez contra ella para evitar el inevitable contagio de sus peligrosas ideas, a las que sólo los países muy atrasados, carentes de clases medias sensibles al mensaje liberal, podían permanecer inmunes. Transmutado primero el ejército francés por la fuerza irresistible del nacionalismo; dirigido luego por el inigualable genio militar de Napoleón, la vieja Europa cayó derrotada una y otra vez hasta que supo usar contra la Francia triunfante la misma arma a la que ésta debía sus éxitos. La derrota de Waterloo, preparada poco antes en los campos de España y de Rusia, puso fin al sueño del genial corso.

Pero el triunfo de las viejas monarquías absolutas fue tan sólo temporal y aparente. Derrotado Napoleón, el Congreso de Viena trataba de devolver a Europa al lugar donde estaba dos décadas atrás. Los viejos principios de tradición y autoridad, orden y jerarquía social, absolutismo y legitimidad monárquica, al amparo de la remozada alianza entre el trono y el altar, recuperaron su vigencia. Las viejas fronteras, trastocadas por los ejércitos revolucionarios, fueron trazadas de nuevo sobre los mapas, con algunos cambios a favor de las grandes potencias, que hicieron una vez más del equilibrio el principio rector de las relaciones entre los estados. Los reyes destronados, o sus sucesores legítimos, volvieron a ceñir la corona sobre sus plateadas sienes y juraron defenderse entre sí unidos para siempre en una Santa Alianza. Pero se trataba de un espejismo. La llamada Europa de la *Restauración* hubo enseguida de hacer frente a las mismas fuerzas que creía haber derrotado.

En 1820, 1830 y 1848, mientras la América hispana, animada de idéntico fervor liberal, se sacudía la tutela de su vieja metrópoli, tres intensas oleadas revolucionarias derribaron, en apariencia para siempre, el viejo orden. Pero los cambios no se habían detenido. El liberalismo clásico, burgués y exclusivista, convivía ahora con el radical, que aceptaba ya abrir al pueblo los derechos y los deberes de la ciudadanía política. El nacionalismo liberal, que identificaba la nación con la comunidad de ciudadanos unidos por la voluntad de serlo, encontraba junto a sí al nacionalismo romántico, que hacía de

la lengua, la historia y el genio nacional las señas de identidad de una comunidad a la que no se pertenecía por voluntad propia. Y la revolución industrial, al trasformar en obreros a ejércitos enteros de campesinos forzados a emigrar a la ciudad, alimentaba el desarraigo y la miseria, de cuyo matrimonio nacería bien pronto el socialismo. La acción combinada de tales fuerzas modelaría en unas décadas una Europa que apenas se parecía ya a la de medio siglo atrás y que, fortalecida como nunca antes lo había estado, enseguida sometería a sus dictados al resto del mundo.

La primavera de las naciones

Porque la propia faz de Europa estaba cambiando como nunca. La burguesía, conquistado el poder, siente la necesidad de legitimarse en él. Sabe que la Monarquía absoluta que ha derribado era legítima a ojos de un pueblo que veía un padre en su monarca, ungido por Dios para reinar en Su nombre en la tierra. Los burgueses, que no pueden alcanzar esa legitimidad ni desean hacerlo, la buscarán en la Nación.

La soberanía reside en ella, y de ella emanan el parlamento que la representa y el Gobierno que rige sus destinos. Pero la Nación no existe aún; solo es visible el Estado, que había llegado al siglo XIX conteniendo en su seno la múltiple variedad cultural acumulada por siglos de agregación territorial. Los viejos estados europeos –España, Francia, el Reino Unido- y los nuevos –Alemania, Italia- son diversos en lenguas y tradiciones; sus regiones viven, en los más de los casos, de espaldas entre sí, preservadas en su individualismo por fronteras naturales y jurídicas. La burguesía, pues, se marcará como primer objetivo transformarlos en naciones.

Para ello los convertirá antes que nada en mercados únicos, sin obstáculos al libre tránsito de personas, bienes y capitales, trazando líneas de ferrocarril que acerquen entre sí las ciudades, las comarcas, las regiones, no solo en cuerpo, también en alma, para hacer más fácil la tarea de unirlas en un espíritu común. Y después, valiéndose de la escuela primaria, los códigos legales únicos y el servicio militar obligatorio; apelando a las banderas y a los himnos, los festejos y las lápidas, las conmemoraciones y los nombres en las calles y plazas para implantar en el alma colectiva la sensación de

pertenecer a un ente común cuyos orígenes se pierden en la noche de los tiempos, haciendo que las gentes olviden cuanto las separa y recuerden tan solo lo que las unes; fundiendo en el crisol de la Nación liberal moderna las viejas comunidades diversas y dispersas heredadas de la Edad Media y apoyando en ella su legitimidad histórica.

Con ello, Occidente se dotaba de una construcción histórica única, el Estado nacional, que había de ser pronto imitada por todos los pueblos del planeta. Pero aquel Estado no era aún lo que decía ser. Se proclamaba nacional, pero era burgués y servía a los intereses de la burguesía. Por ello tardaría poco en ser cuestionado: desde dentro, por el proletariado organizado; desde fuera, por los incontables pueblos africanos y asiáticos que, sometidos por los estados de Occidente, se proclamarán ellos mismos naciones y reclamarán el derecho a poseer su propio Estado.

La revolución del proletariado

El nuevo orden nacido de las revoluciones había eliminado las restricciones a la libre acumulación del capital, industrial o financiero. No obstante, al sentar las bases de un régimen en el que el poder correspondía, de modo natural, a los propietarios de la riqueza, facilitó la rápida reconciliación de la vieja nobleza y la flamante burguesía, ambas, a la postre, clases propietarias, en el gobierno de un sistema del que quedaba excluida la gran mayoría de la población.

Esta exclusión fue aceptada al principio. Era natural para el campesinado, que no conocía otra cosa y vivía en comunidades dispersas y poco numerosas, nada propicias para el desarrollo de una conciencia de clase. No lo sería, sin embargo, para el obrero industrial. El continuo desarrollo de la industria y el crecimiento imparable de la población fue creando en torno a las ciudades de los países más avanzados gigantescos cinturones de miseria en los que se hacinaban los obreros de las fábricas. En ellos, los recién llegados, sometidos a jornadas interminables de trabajo e ínfimos salarios, privados de protección alguna frente a la enfermedad, los accidentes o la vejez, y sin medios para hacer valer sus derechos, prohibidos como estaban los sindicatos y las huelgas, empezaron a

cobrar conciencia de su situación y pronto se organizaron para cambiarla.

Al principio, la respuesta de los obreros, hija de la desesperación y la rabia, fue la simple violencia. Las máquinas, consideradas causantes de la miseria, se convirtieron por un tiempo en víctimas de la ira de quienes las manejaban. Luego, persuadidos de la futilidad de tales acciones, unieron sus fuerzas para crear sindicatos clandestinos e hicieron de la huelga el arma principal de su lucha. Los objetivos también cambiaron. A las mejoras laborales, irrenunciables, se sumaron enseguida las demandas de participación política. Las pequeñas burguesías, embarcadas en una lucha similar, se convirtieron así en sus aliadas naturales. Pero aquellas clases, propietarias al fin, no podían coincidir por mucho tiempo con los obreros desposeídos. El proletariado había de seguir su propio camino en busca de un orden social en el que las fronteras que levantaba la riqueza fueran derribadas para siempre. Había de ser el bienestar de la sociedad entera, y no el del individuo, el fundamento de la vida colectiva.

De esta idea difusa, pero sentida por la mayoría de los obreros, terminó por nacer el socialismo. En sus primeros momentos, sus apóstoles no eran más que utópicos filósofos, soñadores que confiaban en la bondad natural del hombre y creían con firmeza en que la asociación pacífica de los trabajadores y la buena voluntad de los burgueses serían recetas suficientes para resolver la cuestión social, como entonces se la llamaba. Pero una vía tan lenta tenía poco que ofrecer y los obreros la rechazaron. Dos grandes ideologías, que prometían al proletariado un paraíso en la tierra, se repartirían sus lealtades en las últimas décadas del siglo XIX.

El anarquismo, fruto de la reflexión de pensadores como Bakunin o Kropotkin, consideraba imposible cualquier reforma satisfactoria de la sociedad y propugnaba su destrucción por medio de una revolución espontánea que dejaría paso a un orden por completo nuevo y distinto. En él, extinguidos la religión y el Estado, la tierra y las fábricas se convertirían en propiedad colectiva, y, alcanzada la plena libertad y la absoluta igualdad entre los individuos, cada uno recibiría según su necesidad y aportaría según su capacidad.

El marxismo, llamado así por su principal inspirador, el alemán Karl Marx, se declaraba también revolucionario, pero, dotado de una compleja concepción filosófica del mundo y de la historia, concebía la revolución de un modo muy distinto. Habría de ser un proceso inexorable, de alcance mundial, que lograría el éxito bajo la dirección de un partido fuerte y organizado, capaz de conquistar el Estado; la

seguiría una etapa transitoria de dictadura en la que el partido socialista se valdría del poder para transformar el orden vigente, y concluiría en una sociedad sin clases en la que los hombres vivirían en perfecta armonía.

La evolución de ambas corrientes, enfrentadas en el seno de un movimiento obrero que, en las últimas décadas de la centuria, posee ya una organización que trasciende las fronteras de los estados, fue muy diferente. En el seno de la Asociación Internacional de Trabajadores, los anarquistas, víctimas de su fobia a toda forma de autoridad, terminaron por disgregarse en múltiples corrientes que propugnaban desde la lucha sindical al mero terrorismo. Los marxistas, entregados a la lucha política y sindical en el marco legal existente, acabaron por integrarse en él cuando la extensión del sufragio universal y la mejora del nivel de vida de los obreros se lo aconsejaron. Sólo en los países más atrasados, en especial la Rusia de los zares, pervivieron las condiciones que, ya en el siglo XX, harían posible la revolución, aunque bajo una forma algo distinta a la esperada por Marx. En Occidente, el desarrollo económico, las reformas sociales y políticas y la extensión, limitada pero cierta, de la doctrina social de la Iglesia terminarían por diluir el fervor revolucionario del proletariado organizado.

El mundo y el Occidente

Mientras trataban de apaciguar a los obreros, las grandes potencias europeas, más fuertes que nunca gracias a la revolución industrial, se repartían el mundo. Entre 1880 y 1914, todas las tierras emergidas, con la excepción de los ya poderosos Estados Unidos de América, tenían, de manera formal o informal, un dueño europeo. Había empezado la era del imperialismo.

Los factores que explican el proceso son muy diversos. La población crecía muy aprisa, alimentando una emigración continua hacia el otro lado del océano que convenía asegurar a los gobiernos preocupados por las crecientes reivindicaciones obreras. El desarrollo de la industria requería de materias primas abundantes y baratas que la conquista de nuevos territorios podía garantizar, lugares poco desarrollados donde invertir los ingentes beneficios que generaba y mercados cautivos a los que exportar mercancías que,

extendidas por doquier las políticas proteccionistas, no encontraban clientes más allá de las fronteras nacionales. El comercio, en fin, planteado ya en términos mundiales, exigía escalas seguras y el control de las rutas estratégicas.

La ideología, como es habitual, tardó poco en acudir para buscar motivos más presentables que justificaran la conquista. La supuesta pertenencia a una civilización superior se enarbolaba como pretexto para imponer a los pueblos africanos y asiáticos creencias y valores occidentales disfrazados de avances objetivos para esos pueblos. La conciencia del propio poder económico y militar alimentaba un nacionalismo exacerbado que no podía por menos que impulsar nuevas conquistas en abierta competencia con las otras grandes potencias. Y, en el peor de los casos, si el poder que ahora se poseía era escaso, como le sucedía a estados como Italia, Portugal o España, servía el recuerdo del que se poseyera antaño.

Fuera consecuencia inevitable de la propia dinámica del capitalismo, como creyeron Hilferding y Lenin, o hijo de la voluntad de los gobiernos, como pensaba Hobson, el imperialismo marcó con un sello indeleble el tránsito entre las dos centurias. Las grandes potencias europeas obtuvieron de él el combustible necesario para acelerar su crecimiento económico y disminuir las tensiones internas que generaban sus desequilibrios sociales. Las colonias, por el contrario, ya fueran tan sólo dependencias económicas que conservaban en teoría su independencia política, como les ocurría a China y a las antiguas posesiones españolas y portuguesas en América, o territorios sometidos por completo a la voluntad de sus dueños, como era el caso de la mayor parte de África y Asia, disfrutaron escasas ventajas.

Es cierto que, de la mano de los colonizadores europeos, los países colonizados se beneficiaron de mejoras evidentes en la salud, la esperanza de vida y el nivel cultural de sus poblaciones. Su economía, aunque organizada en provecho de la metrópoli, experimentó una notable modernización, en especial en aquellos países que, antes de la llegada de los europeos, carecían de moneda, mercado o infraestructuras elementales de transporte y comunicaciones. Pero el balance no puede ser positivo. Junto a un pequeño sector moderno, siempre dependiente del exterior, el atraso siguió siendo la característica fundamental de la economía de estos países. Junto a un pequeño grupo que creció y se enriqueció a la sombra de los colonizadores, la inmensa mayoría permanecía en la miseria. Frente a la cultura importada por la metrópoli, la propia, indefensa, pereció o sufrió daños irreparables. Cuando estos

jóvenes países accedieron a la independencia, en la segunda mitad del siglo XX, lastres muy poderosos frenarían su progreso.

Pero el imperialismo no resultó gratuito tampoco para los grandes estados. La pugna por el dominio del mundo, más intensa cuanto menor era el territorio que quedaba por repartir, llevó a tal punto la tensión entre ellos que una guerra general terminó por convertirse en el final inevitable y deseado de una situación diplomática que se había vuelto insostenible. Sin embargo, el conflicto resultó ser muy distinto de como lo habían imaginado los dirigentes de aquella Europa cambiante.

CAPÍTULO DECIMOCUARTO

Las espadas en alto

"Francisco Fernando no fue más que la víctima del comando terrorista solitario que hizo aquellos disparos fatales en Sarajevo. Tras aquella víctima infortunada se hallaba el blanco mayor de unas élites y unas instituciones venerables empeñadas en prolongar sus vidas privilegiadas, si era necesario mediante la fuerza y la violencia. Pero aquel blanco era demasiado grande, demasiado flexible y demasiado resistente para que lo abatieran unas cuantas balas terroristas. Harían falta las dos guerras mundiales y el holocausto, o la Guerra de los Treinta Años del siglo XX, para acabar de desalojar y de exorcizar a la arrogancia feudal y aristocrática de las sociedades civiles y políticas europeas."

Arno J. Mayer: *La persistencia del Antiguo Régimen*, 1981.

Occidente en 1900

La apariencia que ofrecía el mundo occidental a los ojos de cualquier observador poco avisado aquel último año del siglo XIX había de ser magnífica. Occidente, poderoso y seguro de sí mismo, dominaba el mundo. Sus banderas, la británica y la francesa sobre todo, ondeaban por doquier remarcando su dominio sobre decenas de millones de kilómetros cuadrados en Asia y África. Sus lenguas se hablaban y enseñaban en las escuelas de los cinco continentes. Su Dios era el único verdadero para cientos de millones de seres humanos, muchos de los cuales habían abandonado creencias venerables que contaban con una tradición de milenios. Sus ejércitos y armadas protegían con decisión las rutas que aseguraban a su poderosa industria los mercados y las materias primas de las que dependía su supervivencia. Y sus dirigentes, pagados de sí

mismos, hablaban con orgullo de la carga que la historia había impuesto al hombre blanco, llamado a civilizar a los pueblos de todo el orbe.

Occidente parecía, pues, hallarse en la plenitud de su desenvolvimiento histórico. La revolución industrial le había conferido una superioridad tecnológica y económica como ninguna civilización había disfrutado jamás. En unión de la revolución demográfica que nutría sus ejércitos, le granjeaba también una indiscutible superioridad militar. La revolución liberal, por último, había hecho triunfar de modo irreversible las ideas que mejor se compadecían con su personalidad histórica, hija de las tradiciones griega, romana y judeocristiana. La actitud racionalista ante el mundo, la voluntad dominadora sobre la naturaleza, la clara separación entre religión y política, el pertinaz individualismo y el valor supremo de la libertad humana, señas tradicionales del modo de ser occidental, al ser también los valores con los que la burguesía se sentía más cómoda, habían alcanzado un éxito que parecía definitivo. Después de mil quinientos años, tras superar embates y recaídas que habían puesto en peligro una y otra vez su supervivencia, Occidente se mostraba al fin consciente y seguro de sí mismo.

Sin embargo, las apariencias pueden engañar, incluso al historiador. Occidente era poderoso, pero su personalidad histórica estaba lejos aún de haberse afirmado más allá de cualquier amenaza. El triunfo de las fuerzas de la modernidad, económicas, sociales, políticas e ideológicas, no era tan completo como parecía. Las contumaces tinieblas del pasado no se habían disipado aún del todo.

Aunque la industria había experimentado un crecimiento muy importante, la economía de la mayor parte de Europa continuaba todavía basándose, en términos tanto de producción global como de mano de obra, en la agricultura, la manufactura orientada hacia el consumo y el pequeño comercio. El sector dedicado a la producción a gran escala de bienes de capital era todavía secundario. Y lo era aún más la banca de inversión, mucho menos importante que las finanzas tradicionales organizadas en torno a los pequeños bancos hipotecarios y las cajas de ahorro.

Algo similar sucedía en el ámbito de las relaciones sociales. La aristocracia, constituida ahora en un conglomerado en el que resultaba muy difícil trazar los límites entre nobleza terrateniente, militar y de toga, continuaba predominando en el seno de la clase dirigente europea. La gran burguesía la superaba ya en riqueza,

pero su secular complejo de inferioridad distaba mucho de haberse diluido. Deseosa de legitimidad, buscaba el matrimonio con la nobleza; seguía comprando títulos nobiliarios; abría, en fin, el capital de sus empresas a la participación de los nobles. Admiradora impenitente de los aristócratas, copiaba su estilo, imitaba sus gestos, ansiaba, como siempre, parecerse a ellos.

Más evidente era el peso de la tradición en el mundo de la política. El triunfo de la burguesía no se había saldado con la derrota de la nobleza, sino con un acuerdo de paz sin vencedores ni vencidos por el que la segunda se avenía a compartir el poder con la primera, no a cedérselo por completo. El panorama que ofrecen los estados europeos es elocuente. Entre las grandes potencias, sólo hay una República, Francia, que no tiene rey, pero sí nobleza. En el resto, el monarca, que conserva un poder efectivo, no simbólico, y su pomposa corte, nutrida de aristócratas, desempeñan un papel decisivo en la toma de decisiones, ya sea nombrando a los gobiernos, ya condicionando su gestión. Los parlamentos, elegidos, no lo son nunca por completo ni por toda la población. La cámara alta, nutrida de altos dignatarios que se sientan por derecho propio en sus escaños, sirve de contrapeso a las tendencias democráticas de la baja, elegida mediante el sufragio. Pero incluso en ella, el mundo rural, dominado por la aristocracia, recibe de la ley electoral la garantía de un peso mayor de sus representantes, aunque muchos de ellos lo sean de verdaderos *burgos podridos*, vaciados por décadas de despoblación.

No obstante, es en el terreno de la cultura donde restaba más por hacer. La penetración de los valores burgueses era una realidad, pero una realidad en proceso, no un objetivo alcanzado ya en su plenitud. Durante décadas, la cultura decimonónica, entregada al historicismo y seducida por los *revivals*, mira con nostalgia al pasado. Luego, cuando el romanticismo se repliega frente al avance de las nuevas corrientes del realismo y el naturalismo, es la crítica a la burguesía y a su mundo de descarnada explotación social el foco de interés de la literatura y las bellas artes. Por último, la crisis de la conciencia europea que cierra la centuria despliega un furibundo ataque contra los valores burgueses. El racionalismo, la fe en el progreso y el optimismo histórico son objeto de feroces críticas desde perspectivas irracionalistas y vitalistas que, pasadas unas décadas, alimentarán la agresión más brutal que se hubiera producido nunca contra el mundo occidental.

Porque, como dijera Gramsci, lo peor no es que lo viejo se negara a morir, sino que conservaba aún suficientes energías para

tratar de imponerse por la fuerza sobre lo nuevo. Entre 1914 y 1945, las dos guerras mundiales representan el canto de cisne del Antiguo Régimen, su último intento por asegurar su supervivencia y, en conjunto, la última y más grave crisis por la que hubo de pasar Occidente desde la caída del Imperio Romano. Derrotadas en 1918, las fuerzas del pasado fueron todavía capaces de renacer de sus cenizas y, bajo el disfraz de los fascismos, retar de nuevo a sus enemigos en 1939. Su aplastamiento definitivo, al término de la Segunda Guerra Mundial, revistió un significado trascendental. El triunfo de Hitler, dispuesto como estaba a sepultar los valores esenciales de la tradición europea, habría supuesto el final de nuestra civilización. Su derrota aseguró la supervivencia de Occidente.

La Gran Guerra

Tras la caída de Napoleón, en 1815, se había restablecido un sistema de relaciones internacionales basado en el equilibrio entre las grandes potencias. El Reino Unido, Austria, Rusia y Prusia, a las que se añadió más tarde Francia, diseñaron en el Congreso de Viena un nuevo mapa de Europa concebido para evitar a toda costa la aparición de otro caudillo capaz de trastocar, con su genio militar, la forzada armonía entre los estados.

La llamada *pentarquía* se mantuvo, con apenas alteraciones, durante unas décadas. Luego, en el último tercio del siglo, los efectos de la revolución industrial se hicieron sentir en el terreno de las relaciones internacionales. De manera inopinada, aparecieron grandes potencias fuera de Europa, como los Estados Unidos y Japón. Dentro de ella, algunas naciones, las más industrializadas, eran ya mucho más poderosas que otras, y una de ellas, Alemania, recién llegada al club de las grandes potencias, pronto despuntó en poderío y ambición. Dirigida con pragmática habilidad por el astuto Bismarck, logró durante un tiempo preservar mediante artificios diplomáticos su recién ganada hegemonía sin levantar en contra suya una alianza de los demás grandes estados. Luego, caído el canciller de hierro, el nuevo gobierno germano apuesta por una política más agresiva. Alemania, postergada en el reparto colonial del mundo, reclama *un lugar bajo el sol* acorde con la magnitud de su economía.

Las tensiones entre las grandes potencias, hasta entonces larvadas, se intensifican. Los conflictos provocados dentro de Europa por las encontradas ambiciones territoriales de las naciones se amplifican y enconan alimentados por los repetidos enfrentamientos que surgen en el mundo colonial. Los países más débiles, España, Portugal, han de plegarse a los designios de los más fuertes, insaciables en sus apetencias de prestigio y poder. Las crisis diplomáticas, repetidas con regularidad en los Balcanes y en Marruecos, modelan poco a poco un nuevo sistema de relaciones internacionales en el que, frente a frente, dos grandes alianzas reúnen a las principales potencias. Gran Bretaña, Francia y Rusia, que integran la Triple Entente, miran con recelo a los Imperios Centrales, Alemania y Austria-Hungría, que, con el paradójico concurso de la incomprendida Italia, forman la Triple Alianza. Los gobiernos, cada vez más desconfiados, se entregan a una alocada carrera de armamentos. Sus estados mayores, convencidos de la inminencia de una conflagración general, diseñan complejos planes estratégicos. Es la *Paz Armada*. Hacia 1914 la tensión es tan grande, que muchos desean ya que estalle la guerra.

Quizá no lo habrían hecho de haber sabido qué guerra les esperaba. Confiados en la superioridad del armamento nacido de la revolución industrial, los militares preveían un conflicto de corta duración, dominado por los rápidos movimientos de los ejércitos. Sucedió todo lo contrario. La Gran Guerra fue larga y sangrienta; provocó incontables bajas entre los soldados y sufrimientos desconocidos entre la población civil; implicó, de uno u otro modo, a casi todos los estados soberanos, que lucharon en la tierra, en el mar y en el aire con todas las armas a su alcance, entregados a una guerra total en la que cada aspecto de la vida colectiva, desde la economía a la propaganda, hubo de quedar sometido al control del gobierno con el único objetivo de garantizar la victoria final.

En algunos estados, además, la guerra tuvo el efecto de llevar a un punto crítico contradicciones internas hasta entonces soportadas con dificultad, aunque sólo en uno de ellos la revolución resultante alcanzó el éxito. El Imperio ruso era una monarquía absoluta de derecho divino asentada sobre una sociedad que había sufrido un rápido crecimiento económico. La reforma de las instituciones para dar representación a los grupos sociales crecidos al calor de la industrialización habría sido la respuesta lógica del régimen, pero esa respuesta no llegó, lo que no hizo sino aumentar más y más las tensiones internas de la sociedad rusa. La guerra, al empeorar drásticamente el nivel de vida de la gran mayoría de la población y

mostrar con claridad la debilidad militar del Estado zarista, creó las condiciones para un estallido revolucionario. Cuando éste se produjo de manera espontánea, la burguesía trató de hacer lo mismo que habían hecho sus homólogas europeas un siglo antes: dirigir la violencia popular contra el gobierno para transformar el régimen en un Estado liberal acorde con sus intereses.

Pero las diferencias que presentaba la situación de Rusia eran muy importantes. Existía, en primer lugar, un proletariado rural y urbano numeroso y desesperado que había sido objeto de una movilización política a favor de una alternativa ideológica no burguesa. Los obreros, además, se hallaban lo bastante organizados para intentar poner en práctica esa alternativa. Y, por último, sus fuerzas no se enfrentaban a una sólida alianza de las clases propietarias capaz de derrotarlas con facilidad. El partido bolchevique, dirigido por Lenin, pudo así dar el golpe de Estado que le abrió las puertas del poder y, una vez conquistado, lo usó para transformar de raíz la sociedad y el Estado. La revolución profetizada por Marx, con algunos matices, se había realizado al fin.

La Rusia bolchevique se retiró enseguida de la guerra, permitiendo a los Imperios Centrales concebir esperanzas de una rápida victoria en el oeste. Pero la entrada en el conflicto de los Estados Unidos no sólo compensó la defección rusa, sino que tuvo el efecto de asegurar una superioridad aplastante de los aliados de la Entente. La guerra concluyó al fin con el colapso de los Imperios Centrales, cuatro años después de su inicio, en 1918. Pero tanto encarnizamiento dejó tras de sí una Europa arrasada. Ocho millones de europeos pagaron con su vida la locura de sus dirigentes. Al menos otros tantos perdieron sus hogares, devorados por el monstruo de la guerra, o tuvieron que abandonarlos forzados por los cambios de fronteras, surgidas por doquier para dar forma a los flamantes estados nacidos del colapso de los viejos imperios. Los países beligerantes quedaron agotados. La inflación y el endeudamiento se sumaban ahora a la destrucción, sepultando sus economías en una profunda depresión. Las estructuras sociales sufrieron un verdadero cataclismo. Una profunda sima se abrió entre los beneficiados por el conflicto, industriales, terratenientes, especuladores sin escrúpulos, y los que sufrieron su castigo, asalariados y pequeños rentistas. Los ricos se habían hecho más ricos; los pobres eran ahora más pobres. El resentimiento y el odio anidaron entre los humildes.

Por ello, el mundo de las ideas hubo de soportar una conmoción parecida. Mientras los vientos de la democracia se expandían por el

mundo colonial de la mano de las decenas de miles de soldados africanos y asiáticos que regresaban a sus casas, los europeos, entregados al pesimismo, perdían la fe en ella. Ideologías nuevas, pletóricas de vitalidad, se levantaban con inusitada energía dispuestas a destruir para siempre los carcomidos valores burgueses. Triunfante en el extinto Imperio ruso, el comunismo contagiaba su ardor a los obreros de media Europa. Atemorizadas, las clases acomodadas pronto buscarían el abrazo protector del fascismo. Las fuerzas del pasado, en apariencia sepultadas junto a las humilladas águilas alemanas, no tenían escrúpulos en disfrazarse para asegurar su supervivencia. No tardaría mucho en llegar su momento.

De la inconsciencia a la angustia

Las heridas mal cerradas de la guerra condicionaron con fuerza insuperable la evolución de Occidente en el transcurso de los años posteriores. Las potencias vencedoras, Francia, Gran Bretaña, los Estados Unidos, culparon del conflicto a Alemania y cargaron sobre ella sus costes. Sepultada bajo un peso semejante, su economía parecía incapaz de recuperarse, y sobre esa base era difícil que se consolidara su recién nacida democracia. La aplicación del principio de autodeterminación de las naciones, que había hecho saltar por los aires los viejos imperios, se reveló muy difícil de aplicar en la práctica, tan mezclados estaban sobre el territorio los distintos grupos nacionales. El triunfo de la Revolución rusa amenazaba con despertar los dormidos instintos de los obreros europeos, que habían llevado el peso de la guerra y sufrían ahora las consecuencias de la paz. Y las promesas hechas a árabes y hebreos por los aliados, deseosos de lograr su apoyo contra los turcos, amigos de Alemania, se mostraban ahora incompatibles, pues ambos pueblos reclamaban su derecho a existir sobre la misma tierra. Las tensiones que todo ello provocaba auguraban un futuro difícil para la recién recuperada paz.

Las cosas parecieron cambiar hacia 1925. Los nuevos estados europeos, Checoslovaquia, Austria, Hungría, Polonia, Yugoslavia y los países bálticos, se habían consolidado. La economía alemana se recuperaba alimentada por los créditos norteamericanos, y, apaciguado el rencor de los vencedores, la joven república de

Weimar era al fin admitida en la Sociedad de Naciones, embrión de un sistema de relaciones exteriores llamado a garantizar para siempre la paz y la seguridad en el mundo. Los Estados Unidos, entregados a un frenesí consumista, contagiaban su optimismo a un Occidente que parecía descubrir de nuevo la alegría de vivir animado por los progresos de la técnica y las promesas de la compra a plazos, capaz de llevar ya sus beneficios a muchos hogares. Los *felices veinte* fueron la época del automóvil y el avión, de la radio y el cine, del fonógrafo y la moda; iniciaron la liberación de la mujer; marcaron el nacimiento de la cultura de masas, y dieron a luz una nueva mentalidad, hedonista, amante de las novedades, seducida por el dinero fácil, ávida de distracciones y deseosa de olvidar los desastres de la guerra. La ficción duraría tan sólo unos años. Pronta a concluir la década, una terrible crisis económica castigaría sin clemencia a aquella sociedad que había querido ir demasiado rápido.

La crisis de 1929 fue el resultado de una compleja interacción de factores. Los países beligerantes habían costeado la guerra gastando primero su oro y luego emitiendo sin más papel moneda o, en el caso de los aliados, recurriendo a los préstamos norteamericanos. Cuando el conflicto concluyó, se encontraron sin capitales para financiar la recuperación y con muchas dificultades para obtenerlos mediante el comercio, pues sus monedas, sobrevaluadas, actuaban como freno a las exportaciones. El camino de la prosperidad parecía cerrado para Europa.

No lo habría estado de ser los Estados Unidos conscientes del papel que ahora jugaban en la economía mundial. Su formidable mercado interior, de haberse abierto al comercio internacional, habría ayudado sobremanera a la recuperación real de los países europeos. En lugar de ello, fueron sus préstamos los que alimentaron una recuperación sólo aparente, ya que con ellos pagaban los derrotados sus reparaciones de guerra a los vencedores, que las utilizaban para satisfacer las grandes deudas contraídas durante el conflicto y volver a poner en marcha sus economías. El sistema financiero internacional se había hecho circular y también muy frágil. El dinero salía de los Estados Unidos y regresaba al mismo lugar. Si el grifo del crédito se cerraba, la economía mundial se colapsaría.

Esto fue lo que sucedió. La economía del gigante norteamericano parecía mucho más sólida de lo que era en realidad. La sensación de prosperidad que se extendía por doquier ocultaba graves problemas estructurales. La agricultura empezaba a sufrir los efectos

de la competencia exterior; las industrias tradicionales no se recuperaban; el sistema bancario era frágil, y la renta se hallaba repartida de forma muy desigual. A pesar de ello, la demanda interna crecía sin cesar sostenida por la compra a plazos, conduciendo a las familias a un nivel de endeudamiento en extremo peligroso.

Lo era más porque los norteamericanos no sólo se endeudaban para adquirir bienes de consumo, sino también acciones. Jugar en bolsa, y hacerlo a crédito, se convirtió en el deporte nacional, incluso para las empresas. Todo fue bien mientras los índices, sostenidos por la demanda incesante de títulos, siguieron subiendo. Pero en el momento en que la confianza se perdiera y los índices detuvieran su ascenso, la tendencia podía invertirse con facilidad, arrastrando en su caída al conjunto de la economía, cuya aparente prosperidad dependía en exclusiva del crédito.

Eso fue lo que ocurrió. El 23 de octubre de 1929, las acciones empezaron a bajar. Unos días después, el llamado *martes negro* de la bolsa de Nueva York, el pánico se apoderó de los inversores. Más de dieciséis millones de acciones se vendieron con una pérdida media del 40%. En unas semanas se volatilizaron cincuenta mil millones de dólares. Millones de norteamericanos, incapaces de devolver sus créditos, se arruinaron por completo, arrastrando con ellos a los bancos, la mayoría pequeños, que les habían prestado el dinero. Muchas empresas, que se habían endeudado también para invertir en bolsa, cerraron sus puertas. El desempleó creció y la demanda se desplomó, conduciendo a la quiebra a nuevas empresas. La economía entera entró en crisis. En pocos meses, el paro alcanzaba ya a más de diez millones de norteamericanos. Jamás se había conocido una crisis semejante.

Pero lo peor no había llegado aún. Los bancos de Estados Unidos, desesperados, repatriaron sus capitales del exterior y cortaron el grifo del crédito. Enseguida, la economía norteamericana arrastró en su caída a la de medio mundo. Sin capitales que lo alimentaran, el sistema financiero de los países derrotados en la guerra se hundió de inmediato, arrastrando con él a sus economías y a la de los países vencedores, privados de igual modo de los capitales de que dependían. El cierre masivo de empresas, los despidos y la desesperación se extendieron por toda Europa Occidental. Sólo la Unión Soviética, que había renunciado al capitalismo, pudo evitar la crisis.

Una profunda y prolongada depresión económica se enseñoreó del mundo. Los gobiernos, ignorantes, incluso la agravaron con sus medidas, inspiradas en las recetas tradicionales, pensadas para

hacer frente a crisis de naturaleza muy distinta. El optimismo de los años veinte se esfumó. El espíritu de cooperación entre los estados dejó paso a una defensa tan feroz como miope de los intereses nacionales. La Sociedad de Naciones se mostró enseguida incapaz de frenar la agresividad de algunas potencias. A mediados de los años treinta, negros nubarrones volvieron a aparecer sobre el horizonte.

El último asalto

La crisis alimentó e hizo crecer con vigor las semillas que la guerra había plantado. La vuelta a casa de los soldados había sido difícil. Muchos de ellos, hechos ya a las rutinas del frente y la trinchera, no lograban reintegrarse a la vida civil. El desempleo, alimentado por la lenta recuperación económica, no facilitaba las cosas. Las tensiones entre los obreros, que simpatizaban con la revolución rusa, y los empresarios, que la temían, se traducían con frecuencia en actos de violencia en los que los antiguos soldados servían de matones a sueldo. La fe en la democracia, cuarteada por la guerra, no se recuperaba. En países como Italia y Alemania estos factores se manifestaban con mayor intensidad. Sus democracias, jóvenes y minadas por sistemas de partidos por completo ineficaces, no se habían consolidado. La frustración de las masas, debida a la derrota o, en el caso italiano, al alto precio pagado por una victoria que no había dado los beneficios esperados, era muy intensa. Y la crisis económica de la posguerra, agravada en Alemania por las reparaciones impuestas por loa aliados, fue mucho más profunda y golpeaba sobremanera a unas clases medias que se sentían atrapadas entre los obreros y los empresarios y no hallaban, a diferencia de ellos, medio alguno para defender sus intereses.

En este caldo de cultivo vio la luz el fascismo. Se trataba de un movimiento nuevo, radical y violento que decía reaccionar contra las ideologías vigentes y planteaba, frente a ellas, una alternativa de renovación global. Sus líderes, obedecidos ciegamente, propugnaban un Estado monolítico, centralista y autoritario, sin partidos ni facciones, capaz de fortalecer a la nación y devolverle el respeto perdido entre las grandes potencias. Defendían una economía integradora, sin lucha de clases, sindicatos ni organizaciones patronales, regulada por el Estado en beneficio de

todos y capaz de bastarse a sí misma, sin dependencia alguna del exterior. Y predicaban un credo idealista que se dirigía a la consecución de una cultura moderna y secular, libre de las ataduras de la tradición y las normas heredadas, pero también de los postulados racionalistas propios de la burguesía. Sus organizaciones, adaptadas ya a las exigencias de la recién nacida sociedad de masas, perseguían a toda costa el encuadramiento bajo una disciplina militar de hombres y mujeres, jóvenes y niños, sin distinción de clases. Expresaban una visión estética de la política, amante de las grandes concentraciones, los discursos arrebatados y una simbología pletórica de connotaciones románticas y místicas llamadas a despersonalizar al individuo y facilitar su fusión con la masa. Y exaltaban el culto al líder carismático, la obediencia ciega, la juventud y la violencia como herramientas con las que moldear un mundo nuevo que habría de nacer de las cenizas del antiguo.

Pero la proclamada novedad radical del fascismo no lo era tanto. Antes bien, su ejecutoria política en los países donde conquistó el poder mostró un evidente respeto por los intereses de las clases dominantes tradicionales. Su actitud hacia el capitalismo, ambivalente, respetó la propiedad de las empresas, pero no el libre juego del mercado, que sometió a un rígido intervencionismo estatal. Y en el terreno de los valores, su reacción contra la visión del mundo propia de la burguesía, racionalista, equilibrada, positiva, no ofreció lugar a dudas. El fascismo se mostraba como el apóstol de un mundo nuevo, pero tras su remozada fachada se parapetaban las fuerzas decadentes del viejo.

En sus comienzos, el fascismo triunfó tan sólo en Italia, donde Mussolini logró hacerse con el poder en 1922. Su régimen, que se consolidó con rapidez, ejerció gran influencia sobre otros países europeos, a los que sirvió de modelo. Pero la debilidad relativa de Italia en el concierto de las grandes potencias hacía del fascismo un enemigo poco temible. Sólo cuando, como resultado de los estragos producidos por la crisis de 1929, Hitler llegó al poder en Alemania, una gran potencia económica y demográfica, en enero de 1933, y los regímenes autoritarios empezaron a coordinar su política exterior, la amenaza que el fascismo suponía para la paz quedó planteada en toda su dimensión. Por desgracia, los principales líderes de Occidente no supieron, o no quisieron, verlo a tiempo. De no haber sucedido así, quizá la guerra podría haberse evitado.

Dios mío, ¿qué hemos hecho?

A mediados de los años treinta, las promesas de paz y armonía entre las naciones comenzaron a diluirse como un azucarillo en el café. Frente a la inoperancia de la decorativa Sociedad de Naciones, los nuevos regímenes autoritarios comenzaban a poner en práctica sus doctrinas expansionistas. La Italia fascista ocupaba Abisinia; Japón se anexionaba Manchuria y lanzaba sus tropas contra China, y la Alemania de Hitler incumplía, una tras otra, las cláusulas del tratado de Versalles que imponían severas restricciones sobre su capacidad bélica. En este contexto, el mapa diplomático se reordenaba con rapidez. Las potencias democráticas, incapaces de plantar cara al descarado imperialismo de las autoritarias, se limitaban a esperar que se saciaran sus apetitos expansionistas. Pero, como el fuego, su hambre de territorios se hacía mayor cuantas más naciones devoraba. Así, el canciller alemán colocó tropas en Renania; se anexionó Austria; reclamó los Sudetes, y se apropió de Checoslovaquia sin que el Reino Unido y Francia movieran un dedo para detenerlo. Sólo cuando, el 1 de septiembre de 1939, tras asegurarse su reparto con la URSS, las tropas alemanas invadían Polonia, las potencias occidentales le declaraban al fin la guerra. Por desgracia, para entonces la maquinaria bélica nazi funcionaba a pleno rendimiento y detenerla iba a ser ya una labor larga y sangrienta.

La Segunda Guerra Mundial fue, en todos los aspectos, mucho peor que la primera. Como ella, se trató de un conflicto europeo que se extendió luego a todo el planeta, sólo que ahora las operaciones bélicas que se desarrollaron en otros continentes y océanos tuvieron un peso decisivo, y no meramente secundario. Fue también una guerra ideológica, pero mucho más encarnizada que la anterior, pues la visión del mundo de ambos contendientes, democracia y fascismo, era por completo inconciliable, como lo sería tras el conflicto el punto de vista de la URSS con el de sus aliados occidentales. Se trató, asimismo, de una guerra total, ya que cada dimensión de la vida social se puso, una vez más, al servicio de la victoria bajo el control del Estado, si bien de forma más perfecta ahora. Y, en fin, como su predecesora, causó un enorme sufrimiento a los civiles, cambios de fronteras que implicaron cuantiosos desplazamientos de población y unas pérdidas humanas ingentes, pero todo ello en un volumen muy superior a la *Gran Guerra*. La aviación, mucho más avanzada ahora, permitió bombardeos

sistemáticos dirigidos a aterrorizar a la población civil que arrasaron ciudades enteras. Decenas de millones de personas abandonaron sus hogares, forzadas por las deportaciones durante el conflicto o el cambio de soberanía de los territorios una vez concluido aquél. Por último, el número de muertos se elevó, en el mejor de los casos, a cincuenta millones, pero entre ellos es necesario destacar el genocidio sufrido por el pueblo judío, víctima de un exterminio sistemático a manos de la Alemania nazi, que añade una diferencia de fondo, y no sólo de grado, entre los dos conflictos.

La diferencia más determinante, no obstante, se observa en el armamento y la táctica. Las armas utilizadas ahora por los combatientes –carros de combate, aviones, cohetes, portaviones– eran mucho más destructivas, se producían a un ritmo mucho más rápido y se mostraban capaces de superar los sistemas tradicionales de defensa estática, tan eficaces en la guerra anterior. Además, el ejército alemán optó desde el principio por una táctica ofensiva, la denominada *Blitzkrieg*, o guerra relámpago, que se basaba en un uso innovador y mucho más eficiente de la aviación y los elementos acorazados, lo que le permitió desbaratar con increíble rapidez toda resistencia. Una tras otra, Polonia, Dinamarca, Noruega, Holanda, Bélgica, Luxemburgo y Francia cayeron frente al rápido avance de la *Wehrmacht.* En el este, las invasiones y los golpes de estado configuraban las fronteras al capricho de Hitler y su aliado Mussolini. En unos meses, mientras sus amigos japoneses implantaban su nuevo orden en Asia, los nazis se habían convertido en los amos de Europa.

¿Por qué, entonces, la guerra no fue corta, sino incluso más larga que su predecesora? Las razones son diversas. Alemania podía valerse de su supremacía militar y económica para imponer su voluntad a Europa Occidental, pero los británicos contaban para sobrevivir con el mar, donde eran claramente superiores, y los recursos inagotables de su inmenso imperio. Tras el fracaso de su fuerza aérea en el verano de 1940 en su intento de someter a la inglesa, la invasión alemana de Inglaterra se convertía en imposible, y con ella una rápida victoria de Hitler. Luego, el ataque alemán a la URSS y la entrada en guerra de los Estados Unidos sellaron el destino del conflicto. La superioridad aliada se hizo tan aplastante, que sólo las ventajas estratégicas ganadas por Alemania dilataron una derrota ya inevitable. Si algo había demostrado la guerra, es que, en la era industrial, la victoria militar es un correlato del potencial económico y tecnológico de las naciones. El lanzamiento de dos bombas atómicas sobre el Japón, aliado de Alemania, en

agosto de 1945, impresionó tanto al mundo como a Robert E. Lewis, copiloto del *Enola Gay*, el avión que lanzó la primera de ellas, que se preguntó: *Dios mío ¿qué hemos hecho?* Después de aquel día, nada volvería a ser como antes.

CAPÍTULO DECIMOQUINTO

El triunfo de Occidente

"Me dijo un día el Presidente Roosevelt que estaba pidiendo públicamente sugerencias respecto a cómo debía denominarse la guerra. Yo repuse sin vacilar: La Guerra Innecesaria. Jamás ha habido guerra más fácil de impedir que ésta que ha hecho naufragar lo que del mundo quedaba a flote después del conflicto anterior. Y tal tragedia humana llega a su cúspide si consideramos que, tras los esfuerzos y sacrificios de cientos de millones de personas, y tras la victoria de la causa justa, aún no hemos hallado paz ni seguridad y estamos abocados a peligros todavía mayores que los vencidos."

Winston S. Churchill: *La Segunda Guerra Mundial*, 1948.

Un nuevo Occidente

La derrota de los fascismos selló el destino del mundo. El triunfo de Occidente, conjurada la última amenaza contra su personalidad histórica, no ofrecía ahora lugar a dudas. Pero era Occidente, no Europa, quien había triunfado. Nunca más podría establecerse una identidad absoluta entre ambos conceptos. Porque la orgullosa Europa estaba arrasada. Era ella quien había sufrido la mayor sangría demográfica, cerca de treinta y cinco millones de vidas. Eran sus campos, convertidos en un paisaje lunar, sembrado de minas y bombas, los que habían quedado estériles; sus industrias, sus ciudades y sus vías de comunicación las que habían padecido una mayor devastación; sus reservas de oro las que habían soportado un expolio más completo; sus finanzas las que más sufrían el peso muerto del endeudamiento y la inflación; sus sociedades, en fin, las más carcomidas por el desánimo, la escasez y el mercado negro. La antigua señora del mundo parecía ahora, en aquellos últimos meses

de 1945, tan sólo una trágica sombra de lo que había sido.

Frente a ella, los Estados Unidos de América, superados para siempre los años del aislamiento, pisaban por vez primera el terreno internacional con la seguridad que sólo otorga la conciencia de la propia superioridad. Recién terminada la guerra, la joven potencia norteamericana mantenía en filas a doce millones de soldados; poseía dos tercios de las reservas de oro del mundo; acaparaba la mitad de su transporte marítimo, y producía tanto como el resto de los estados juntos. Su historia, su mentalidad y sus valores los había heredado de Europa; era, por derecho propio, un miembro más del Occidente, y por ello la vieja tradición, que se remontaba a Grecia, a Roma y a Cristo, seguía contando con un firme baluarte.

La nueva superpotencia, además, se mostraba dispuesta sin complejos a modelar el mundo de acuerdo con sus principios. En la conferencia de Bretton Woods, un año antes de concluir la guerra, los Estados Unidos, en compañía de sus principales aliados, pergeñaron ya el futuro orden económico y monetario del planeta. En el encuentro de Dumbarton Oaks, apenas un mes más tarde, trazaban las líneas maestras del orden político. La primacía absoluta del dólar, la estabilidad de los tipos de cambio y un firme compromiso en favor de la liberalización progresiva de los intercambios serían los rasgos fundamentales del primero, amparado por instituciones como el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial y el Acuerdo General sobre Aranceles y Comercio. El carácter sagrado de los derechos del hombre, la paz y la cooperación entre los estados y la autodeterminación de los pueblos inspirarían el segundo, del cual la flamante Organización de las Naciones Unidas, heredera de la vieja Sociedad de Naciones, habría de servir de garante. De la mano de los Estados Unidos, el mundo parecía encaminarse hacia una nueva era en que los valores occidentales habrían de iluminar a todos los países de la Tierra.

No sería tan fácil. Por un lado, Occidente no aplicaba en su propia casa los principios que con tanto orgullo decía servir de puertas afuera. Los inmensos imperios coloniales europeos mantenían bajo su dominio incontables pueblos africanos y asiáticos, cuyas élites, criadas a los pechos de las universidades inglesas o francesas, tardarían bien poco en exigir para ellos los derechos que la ONU había convertido en su bandera. Por otro lado, en el fragor de la gran batalla de treinta años que Occidente había librado contra los últimos restos del pasado, un nuevo enemigo mucho más poderoso, el comunismo abanderado por la Unión Soviética, se había levantado contra él. Y una Europa arrasada y miserable,

víctima del hambre y la desesperación, era terreno abonado para que sus semillas, plantadas por Lenin en 1917, brotasen una vez más con renovado vigor.

La última amenaza

Las tropas del Ejército Rojo, inopinado amigo de las democracias en su lucha contra las potencias del Eje, habían liberado del dominio nazi toda Europa al este de Berlín, donde habían confluido con las huestes aliadas en mayo de 1945. La Unión Soviética pronto dio muestras de que pensaba aprovecharse de ello. Lejos de plegarse a las protestas democráticas de sus socios, Stalin impuso por doquier regímenes políticos calcados del suyo y se dispuso a reorganizar en beneficio propio las exangües economías de sus recién adquiridos satélites. El acuerdo alcanzado en Yalta poco antes de terminar la guerra, por el que los *tres grandes*, el americano Roosevelt, el inglés Churchill y el mismo Stalin, se habían comprometido a garantizar el derecho de los pueblos liberados a elegir su gobierno en unas elecciones libres, había quedado en papel mojado. La Unión Soviética había sufrido mucho y estaba ahora dispuesto a cobrárselo. Una tras otra, Polonia, Rumanía, Hungría, Bulgaria y Albania, convertidas al punto en *democracias populares* a merced de los partidos comunistas que obedecían los dictados de Moscú, se convirtieron en estados subordinados a la URSS. Con razón había dicho Winston Churchill el 5 de marzo de 1946 que de Stettin en el Báltico a Trieste en el Adriático, un *telón de acero* había caído sobre el continente.

¿Se conformaría con ello Stalin? La postración de Europa era tal y tan grandes la miseria y la desesperación de los europeos, que un triunfo comunista era ahora más probable que nunca. En Francia, las primeras elecciones convierten al PCF en la fuerza más votada. En Italia, comunistas y socialistas juntos acaparan cuatro de cada diez sufragios. Además, el líder soviético parecía dispuesto a conducir una política agresiva en todos los frentes. Las elecciones griegas, que habían dado el triunfo a los monárquicos, no fueron respetadas por los comunistas, que llevaron al país a una nueva guerra civil. En Alemania, los rusos no parecían dispuestos a facilitar la reunificación del país si con ello caía bajo la órbita occidental. En Irán, que rusos, americanos e ingleses habían acordado evacuar, las tropas

soviéticas, lejos de retirarse, trataron de favorecer las tendencias separatistas del norte del país en beneficio propio. Turquía, sometida a las presiones soviéticas, estuvo a punto de perder Armenia en favor de la URSS.

Truman, el presidente estadounidense, no esperó más. Su *doctrina*, formulada ante el Congreso de los Estados Unidos apenas un año después de que Churchill pronunciara su famosa frase, hacía público el compromiso de su gobierno de prestar auxilio a todos los *pueblos libres* amenazados por la subversión comunista. Casi de inmediato, el llamado *Plan Marshall* ofrecía ayuda económica a las naciones exhaustas tras la guerra. Más de treinta mil millones de dólares en forma de donaciones y préstamos llovieron, entre 1948 y 1961, sobre la Europa Occidental. La URSS presentó el Plan como instrumento de la penetración norteamericana en el continente y prohibió a sus estados satélites beneficiarse de él. Yugoslavia, dirigida por Tito, rechazó las presiones soviéticas y empezó a recibir ayuda; Checoslovaquia, que trató de hacer lo mismo, hubo de volver al redil cuando un golpe de Estado colocó en el poder a los comunistas. Como respuesta, los Estados Unidos y sus principales aliados, el Reino Unido y Francia, precipitaron la unificación territorial y económica de las zonas occidentales de Alemania que todavía ocupaban sus ejércitos. Pero Stalin reaccionó con firmeza. Berlín, dividida también en cuatro distritos de ocupación, pero situada en el centro de la zona bajo control soviético, quedó aislado por tierra durante más de un año. En 1949, la división del país se consolida. Durante más de cuatro décadas, el espíritu alemán habrá de vivir en dos cuerpos. Las grandes potencias ponen orden en sus filas y corren a asegurarse la lealtad de sus amigos. Una vez más, dos grandes alianzas militares se miran a los ojos con desconfianza. La Organización del Tratado del Atlántico Norte encuadra a los países occidentales; el Pacto de Varsovia, unos años más tarde, a los orientales. Había empezado la Guerra Fría.

En las décadas siguientes, los Estados Unidos y la URSS jugarán sobre el tablero del mundo una partida de ajedrez en la que todas las armas, con la sola excepción de la guerra abierta, estarán permitidas. La sólida definición de la ortodoxia ideológica y la represión de las posibles desviaciones; la ayuda económica pagada en términos de influencia política y militar; el enfrentamiento bélico mediante terceros en los países afroasiáticos; el equilibrio del terror entre arsenales atómicos suficientes para destruir varias veces el planeta; la propaganda, la persuasión, la subversión, el espionaje... Todo servirá para hacer daño al otro y defender a un tiempo los

propios intereses.

La tensión, empero, se hace a menudo excesiva. Los períodos de pugna más viva, casi siempre remarcados por conflictos en que parece inminente un estallido de la guerra abierta, suelen dar paso a intentos más o menos fructíferos de distensión. Tras la Guerra de Corea, entre 1948 y 1953, Kruschev, que ha sucedido a Stalin, y Eisenhower, heredero de Truman, aproximan posiciones. El conflicto provocado por la nacionalización egipcia del canal de Suez y la violenta interrupción de la revolución húngara por los tanques soviéticos, en 1956, frustran los intentos de coexistencia pacífica, aunque el ambiente vuelve a relajarse con el ascenso a la presidencia norteamericana del demócrata John F. Kennedy. Pero en 1962 la nueva crisis provocada por la instalación de misiles soviéticos en la Cuba de Fidel Castro hacía que el mundo, que se veía al borde de una devastadora conflagración nuclear, contuviera la respiración. La Guerra de Vietnam, iniciada poco después, no permitió nuevas aproximaciones entre los bloques hasta su conclusión, en 1975.

Durante un tiempo, la esperanza gana terreno. La Conferencia de Helsinki abre camino a las negociaciones para la limitación del armamento nuclear. Carter, el presidente norteamericano, y Breznev, el líder soviético, parecen dispuestos al diálogo. Pero se trata, una vez más, de un espejismo. La invasión soviética de Afganistán, en 1979, y la llegada a la Casa Blanca de Ronald Reagan, fanático anticomunista, un año después, inauguran una *segunda guerra fría* que sólo concluye, una década más tarde, cuando la exhausta Unión Soviética presencia, impotente, el derrumbamiento de su hegemonía en el este de Europa. La *revolución de 1989* es el reverso de los triunfos comunistas de 1945. La hoz y el martillo se baten en retirada. Derribado al fin el muro de Berlín, Alemania vuelve a ser un solo estado. Incluso China, donde la revolución maoísta había implantado un régimen comunista, renuncia a la ortodoxia leninista en aras del desarrollo económico. En 1991, la propia URSS renuncia al comunismo y, sin un gobierno totalitario que las mantenga unidas por la fuerza, las repúblicas que la integran proclaman su independencia. Sólo queda ya una superpotencia. Un nuevo orden mundial ha nacido.

¿El fin de la historia?

La década de los noventa certificó la victoria de los Estados Unidos y sus aliados en su guerra de cuatro décadas contra la URSS y los suyos. Significó, asimismo, el triunfo definitivo del orden burgués, capitalista y liberal que había comenzado a tomar forma entre los estertores del Medievo, casi mil años antes. Y, en fin, levantó acta del éxito de Occidente, triunfante sobre el comunismo soviético, la última amenaza de alguna entidad que se había erigido contra su personalidad histórica. A punto de cruzar la frontera de un nuevo milenio, no faltó quien, como Francis Fukuyama, señalara que todo aquello significaba, sin más, el *fin de la historia.*

Nada más absurdo. Occidente había superado con éxito el desafío del comunismo. Pero el otro gran reto, escollo terrible en el camino de la humanidad hacia la libertad, el progreso y la paz, el que suponen el subdesarrollo y la miseria que comprometen el futuro de muchos pueblos africanos y asiáticos, continuaba sin resolverse.

Las raíces de la cuestión son profundas. Las dos guerras mundiales habían trastocado profundamente el orden vigente en los territorios coloniales. La demanda de materias primas y productos industriales por los países beligerantes habían impulsado sus economías, dando a luz nuevos grupos sociales –burguesía, clases medias, obreros–. Estos grupos eran más sensibles a los mensajes que un Occidente en guerra lanzaba sobre el mundo en documentos como los Catorce Puntos de Wilson o la Carta del Atlántico. Los derechos del hombre, el progreso y la libertad no podían convertirse en patrimonio exclusivo del Occidente; los pueblos africanos y asiáticos, conducidos por las nuevas élites en gestación, habían de aspirar enseguida a disfrutarlos. Flamantes partidos nacionalistas que reclamaban sin ambages la independencia y movimientos que aspiraban a la unificación de los pueblos que compartían una misma cultura –el panarabismo, el panafricanismo, el panislamismo– brotaron por doquier en las colonias.

La respuesta de Occidente no fue homogénea. Los gobiernos más sensatos, como el británico, sacrificaron sin dudar los vínculos políticos para preservar los económicos. El Imperio dejó paso a la *Commonwealth*, que mantuvo las relaciones comerciales privilegiadas entre las antiguas colonias británicas cuando éstas fueron accediendo a la independencia, a partir de los años cincuenta. Francia trató de hacer lo mismo, pero su organización, la Comunidad Francesa, no cosechó un éxito comparable. Los demás estados recorrieron caminos muy distintos. Alemania perdió sus colonias en 1919, como parte de las condiciones de paz impuestas por los vencedores, que se las repartieron en calidad de *mandatos*

de la Sociedad de Naciones con el compromiso de prepararlas para la independencia. Las posesiones italianas, belgas, españolas y, más tarde, las portuguesas, contagiadas por el fervor nacionalista de sus vecinas, persuadieron también a sus metrópolis de la conveniencia de aflojar los lazos que las mantenían unidas. Al concluir la década de los setenta, casi terminada la descolonización, dos centenares de estados cubrían de fronteras la superficie del planeta.

Los derroteros que siguieron estas jóvenes naciones fueron similares. Algunos, atrapados en la órbita de Moscú o de Pekín, implantaron sistemas más o menos copiados del modelo soviético o del chino. Otros permanecieron en las filas de Occidente, pagando con su lealtad y su dependencia ayudas tan exiguas como interesadas. Algunos, los que contaban con líderes dotados de mayor amplitud de miras, trataron de navegar por sí solos en el proceloso mar de la guerra fría. La conferencia de Bandung, en 1955, que reunió a los representantes de una treintena de estados, sentó las bases de lo que luego se llamaría Movimiento de los Países No Alineados, en el que llegarían a integrarse un centenar de naciones de todo el planeta. Pero, fuera cual fuese su militancia, era mucho más lo que unía a estos países que lo que los separaba. Los males que padecían, gravísimos, eran semejantes, y eran ellos, mucho más que la pretendida constitución de un tercer bloque, independiente de los otros dos, los que, a ojos de cualquier observador, identificaban la realidad que pronto sería conocida como Tercer Mundo.

Casi todos los países africanos, muchos de los asiáticos y un buen número de los iberoamericanos ofrecían un panorama desolador. La malnutrición y el desaforado crecimiento de la población mantenían baja la renta por habitante y lastraban el desarrollo de la economía. La dependencia respecto a los países ricos, sus capitales, su tecnología y sus mercados, los condenaba al papel de meros productores de materias primas a bajo precio. La profunda contradicción entre una reducida isla de modernidad, vinculada a los intereses extranjeros, y el inmenso océano de arcaísmo de la economía agraria tradicional, de muy baja productividad, generaba desequilibrios muy difíciles de superar. Su correlato social, la profunda brecha entre la oligarquía propietaria o gestora de la riqueza y la gran masa de ciudadanos depauperados, originaba una inestabilidad crónica. Y su corolario político, la contumaz persistencia de regímenes autoritarios y corruptos, bien bajo el disfraz de una democracia aparente, bien bajo la forma de

dictaduras militares o monarquías tradicionales, dificultaba aún más la evolución de aquellos estados hacia el progreso y la libertad.

Por supuesto, hay diferencias, Las hay entre los países productores de petróleo, ricos, pero corruptos y autoritarios, y los estados de América Latina, que parecen alternar una y otra vez entre la oligarquía corrupta y el espejismo revolucionario. Las hay también entre las miserables naciones africanas, que agonizan sin que a nadie parezca importarle, y los jóvenes dragones asiáticos, que levantan con decisión el vuelo del desarrollo, amparados por los capitales japoneses. La hay, por último, entre quienes, como China y la India, parecen llamados a contarse entre los gigantes de este siglo, y quienes, como tantos pequeños estados, parecen condenados a la dependencia de las grandes potencias o las empresas multinacionales. Pero el problema sigue sin resolverse. Aunque el eufemismo, como en tantas cosas, haya terminado por imponerse, la realidad cotidiana de los llamados *países menos desarrollados* o de *ingresos bajos* continúa arrojándonos a la cara nuestra propia vergüenza. Mientras la pobreza y la miseria sigan pesando como una losa sobre media humanidad, la historia, esta historia al menos, no habrá acabado.

El nuevo despertar de Europa

Si algo había dejado claro la Segunda Guerra Mundial, era la decadencia de Europa. El proceso había comenzado mucho antes, a finales del siglo XIX, cuando la economía norteamericana había sobrepasado a la británica, y se había manifestado ya con claridad en el período de entreguerras, que había hecho de los Estados Unidos el puntal del orden financiero internacional. La política aislacionista de este país, primero, y la profundidad de la crisis que lo atenazó, más tarde, hicieron posible, sin embargo, disfrazar la realidad. En 1939, aquella Europa que dominaba aún medio mundo podía seguir pensando que conservaba la primacía. Pero se trataba de un espejismo que la guerra no tardaría en disipar. La Europa de 1945 sólo podía soñar con la supervivencia.

¿Pero sería posible esa supervivencia? Sobre sus tierras arrasadas se proyectaba con fuerza la sombra de dos gigantes que parecían prestos a usarlas una vez más como campo de batalla, y a

los estados europeos no les correspondía ya otro papel que el de espectadores en el drama que ahora se representaba. La era de las grandes potencias, la era de Europa, había pasado. El reloj de la historia marcaba ya la hora de las superpotencias a escala planetaria, y ningún país de aquel continente envejecido y falto de energías podía aspirar a ese rango.

La consecuencia lógica no podía ser otra que la unidad. No se trataba de una idea nueva. Desde el siglo XVIII se habían sucedido los proyectos de unificación de una Europa que se sabía partícipe de una civilización común, aunque matizada por distintas tradiciones nacionales. En los años veinte, algunos de ellos habían alcanzado, incluso, cierta notoriedad. Un diplomático austriaco, el conde Coudenhove-Kalergi ve llegado el momento de construir la *Pan-Europa*; un diputado socialista francés, Aristide Briand, presenta con fervor ante la Sociedad de Naciones los futuros Estados Unidos de Europa. La crisis, sin embargo, despierta recelos que se creían olvidados; las naciones, inseguras, vuelven a replegarse sobre sí mismas. La guerra, después, hace que todo se olvide por un tiempo. Pero ahora, terminado el conflicto, la necesidad acucia. Como proclamó, otra vez, el clarividente Winston Churchill en 1946, había llegado el momento de trabajar en firme por la unidad de Europa.

Pero ¿qué camino seguir? Había varias opciones y todas se probaron. Cabía apostar, sin rodeos, por la integración política, pero la Conferencia de La Haya, en mayo de 1948, fracasó como consecuencia del choque entre federalistas y confederalistas. Podía optarse sin más por la alianza militar como vía para preservar la identidad y la independencia de Europa frente a los bloques nacientes, pero la Unión Europea Occidental, creada también en 1948, perdió pronto todo su sentido ante la creación de la OTAN, tutelada por los Estados Unidos, un año después. Quedaba, pues, despejada tan sólo la vía más modesta, la que apostaba por la integración económica progresiva. Fue este camino el que se siguió al fin y el que, con el tiempo, demostró ser el más acertado.

No por ello resultó un camino fácil. Se benefició al principio de la sensatez de políticos como Monnet o Schumann, que trabajaron por la integración de forma acumulativa, partiendo de un sector de la economía para ir añadiendo después otros. Se alimentó, asimismo, de factores externos, como el propio Plan Marshall y los organismos que creó para administrar las ayudas. Pero aquellos hombres tenían miras muy ambiciosas, y el ritmo de la integración, muy rápido al principio, habría después de ralentizarse. La firma del Tratado de Roma, en 1957, por el que veía la luz la Comunidad Económica

Europea, implicaba el compromiso de los estados firmantes, tan sólo Francia, Alemania, Italia y el Benelux, de trabajar por la integración económica como vía hacia la integración política del continente. Se trataba con ello de aplicar de nuevo una receta que había dado muy buen resultado un siglo antes en la unificación política de Alemania, preparada por cuatro décadas de integración económica.

Pero las décadas siguientes mostrarían que el reto era ahora mucho mayor. Europa era en 1960 mucho más diversa que Alemania en 1830, no sólo en lo cultural y lo político, sino incluso en lo económico, pues las diferencias de renta entre los distintos estados eran muy grandes. No lo eran menos, además, las distancias en cuanto a sentimiento. Alemanes y franceses podían sentirse muy europeos, pero los británicos, siempre vueltos hacia sus hermanos del otro lado del océano, miraban con recelo las iniciativas que venían del continente, y sólo se integraron en la CEE cuando comprendieron que se trataba de la mejor opción. La crisis económica, por otra parte, ponía de tanto en tanto a prueba la firmeza de la voluntad integradora: ¿estarían los países ricos dispuestos a ayudar a los más rezagados incluso cuando las necesidades de sus propios ciudadanos aumentaran como resultado del paro o la inflación? No menos importante era el ritmo de la ampliación y su dirección: ¿habría de darse prioridad a la incorporación de nuevos miembros o a la integración política de los existentes? ¿Qué países debían ser admitidos antes? ¿Cuáles serían los límites de la futura Europa una vez retornados al capitalismo los antiguos estados de economía planificada? Todas estas cuestiones han flotado en el ambiente durante medio siglo de unificación europea, y algunas de ellas siguen sin encontrar una respuesta compartida por todos. Pero si algo hay que decir es que, con muy escasas excepciones, siempre en los extremos del espectro político, ya nadie se plantea otra opción. El futuro de Europa ha de ser profundizar en su unidad, o, simplemente, no tendrá futuro.

Porque, gracias al proceso de unificación de sus estados, Europa tiene presente. Si fracasa o se detiene, volverá a ser un convidado de piedra en el terreno de las relaciones internacionales, donde, cada vez con más nitidez, van perfilándose como actores exclusivos, junto a los Estados Unidos, las potencias de dimensiones continentales como China, la India o Rusia. Otra cuestión, distinta, pero inseparable, es el papel que le corresponderá a la civilización occidental, en su conjunto, en ese drama de dimensiones colosales. ¿Sabe Occidente lo que es? ¿Comparten sus líderes una idea

común sobre el papel que le corresponde desempeñar en el mundo, si es que ha de desempeñar alguno? Quizá valga la pena que dediquemos un capítulo, el último, a reflexionar sobre estas cuestiones.

SEXTA PARTE

LA DUDA

CAPÍTULO DECIMOSEXTO

¿Qué es, entonces, Occidente?

"Estamos asistiendo al final de una era de progreso dominada por las ideologías occidentales, y estamos entrando en una era en la que civilizaciones múltiples y diversas interaccionarán, competirán, convivirán y se acomodarán unas a otros. Este proceso planetario de indigenización se manifiesta ampliamente en el resurgir de la religión que está teniendo lugar en tantas partes del mundo, y más concretamente en el resurgimiento cultural en países asiáticos e islámicos, generado en parte por su dinamismo económico y demográfico."

Samuel P. Huntington: *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial,*, 1996.

Choque de civilizaciones

Desde 1945, la política exterior de los líderes occidentales parecía orientada por el deseo de configurar un orden mundial estable, libre de conflictos graves y sustentado sobre un cuerpo de principios doctrinales compartidos por el conjunto de las naciones, pero que, a despecho de sus pretensiones universalistas, hundía sus raíces, como hemos visto, en el propio Occidente. Desde esta perspectiva, la diversidad cultural, al menos en todo aquello que chocara con esos principios, era un factor de inestabilidad que había que mantener bajo control. La extensión efectiva de la sociedad de consumo y, a través de ella, de los valores occidentales, la influencia económica y, si era necesario, incluso la intervención militar directa habrían de utilizarse, y de hecho se utilizaban, con tal fin.

La existencia de la Unión Soviética y los estados alineados con ella, el último baluarte levantado contra la hegemonía mundial de la

civilización occidental, tuvo el efecto de retrasar su triunfo en casi medio siglo, al menos en buena parte del planeta. De ahí que cuando se produjo la caída del comunismo pudiera resultar evidente para algunos observadores que la historia, al menos tal como la habíamos conocido, había llegado a su fin. La democracia liberal y el capitalismo, los derechos individuales y la propiedad privada, la separación entre religión y política, señas de identidad del Occidente, podían ya imponerse sin obstáculos en el mundo, tal como habían querido los vencedores de 1945. El polémico pero impactante trabajo de Francis Fukuyama se convirtió enseguida en el libro de cabecera de quienes así pensaban.

Los últimos años, sin embargo, han demostrado que el triunfo de Occidente está resultando, cuando menos, mucho más difícil de lo que se preveía. Por una parte, nadie puede negar que los derechos humanos, la democracia, el libre mercado y la secularización de la sociedad siguen ganando terreno día a día en Asia oriental y meridional, en la Europa del este, en Latinoamérica e incluso, con mayores dificultades, entre las naciones africanas. Tampoco cabe cerrar los ojos a los millones de seres humanos que, año tras año, arriesgan sus vidas animados por la esperanza de encontrar en Occidente la libertad y el bienestar que no les ofrecen sus países de origen, y que, en su mayoría, terminan por abrazar los valores de la tierra que los acoge. Las fuerzas de la modernidad, de la *modernidad al modo occidental* al menos, son poderosas y continúan avanzando.

Pero otros procesos, igualmente evidentes, apuntan en una dirección distinta. La integración de los inmigrantes en los países de Occidente resulta más trabajosa de lo que a veces se piensa. En numerosas ciudades europeas y norteamericanas, inmigración no es sinónimo de integración y prosperidad, sino de marginación y miseria. Los recién llegados, muchos de los que llevan ya décadas en el país receptor, e incluso buena parte de los que han nacido en él, permanecen apartados de las ventajas que las democracias occidentales garantizan a sus ciudadanos, siguen abrazados a sus valores y tradiciones y, en ocasiones, incluso reaccionan con violencia contra la sociedad que parece rechazarlos.

Pero más elocuente es lo que sucede en los propios países de origen de los inmigrantes. Algunas naciones, entre ellas la inmensa China, rechazan sin ambages la proclamada universalidad de los valores occidentales, incluyendo la democracia y los derechos humanos, y tratan de asimilar en exclusiva su tecnología y su progreso económico. Otros estados, como Rusia y la gran mayoría

de las naciones africanas, parecen tener dificultades para alcanzar la modernidad, a pesar de desearla en todas sus dimensiones. Pero el problema más grave parece provenir del mundo musulmán, como viene resultando dramáticamente evidente en los tiempos recientes, en que los asesinatos masivos del llamado Daesh, Califato o Estado Islámico resuenan como un aldabonazo terrible e insoslayable en nuestras adormecidas conciencias.

No se trata de una cuestión baladí. *Al-Dawla al-Islāmīya* no es una organización terrorista al uso. La que empezó actuando como una rama desgajada de la ya agresiva y tristemente célebre al-Qaeda ha terminado por transmutarse en un verdadero Estado, si por ello entendemos una construcción política que reúne control real sobre un territorio, capacidad de obligar a sus habitantes al pago de impuestos, una Administración más o menos desarrollada y un Ejército dotado de una estructura de mandos objetiva y estable. Y al frente de ese dinámico Estado de nuevo cuño, su autoproclamado califa, Abu Bakr al-Baghdadi, ha declarado la guerra a quien se interponga en su objetivo: reconstruir un Imperio islámico de confesión wahabita, la rama coránica más fundamentalista, no en las fronteras que tuviera en su día bajo los Omeyas o los Abbasíes, sino en los territorios que ahora habitan los musulmanes en todo el planeta, e imponer luego al mundo entero su reino de la verdadera fe, por más que para la mayor parte de la humanidad no haya en esa versión de la fe sino oscurantismo, esclavitud y muerte.

La guerra, así las cosas, parece inevitable. ¿Cómo dialogar con una entidad que no reconoce otra ley que la *sharía*, la ley islámica tradicional, interpretada de forma tan integrista que justifica en su nombre los más bestiales y sanguinarios atropellos a los derechos humanos, incluyendo sumarias ejecuciones públicas de cualquiera que se niegue a convertirse, ya sean musulmanes o cristianos, destruye sin rubor tesoros artísticos de valor incalculable y reduce a la mujer a la condición de esclava sexual destinada a servir de regocijo de los nuevos guerreros del Islam?

Occidente, superior en recursos y tecnología, quizá prevalezca una vez más. Pero ¿qué pasará en el futuro? La cuestión fundamental reside en saber si la civilización islámica puede evolucionar hacia un estadio que haga compatibles la modernidad y el mahometismo. Uno de los rasgos esenciales de la cultura occidental y, por ende, de la modernidad, es la separación entre religión y política. Para Occidente, el Estado no tiene ni puede tener confesión religiosa ni abrazar una escuela de valores morales determinada más allá de los que le comprometen con la

preservación de los derechos humanos fundamentales, entre los que ocupa un lugar destacado el de elegir y practicar una religión y una moral determinadas. Para el Islam, por el contrario, un Estado neutro en materia religiosa resulta inconcebible, sencillamente porque no existe dimensión alguna de la existencia del hombre que pueda entenderse ajena a la religión. Por ello, los países musulmanes devienen impermeables en grado sumo al materialismo, el hedonismo y el relativismo moral que acompañan por doquier a la modernidad, incluso cuando, por efecto del petróleo, sus sociedades han alcanzado un importante nivel de riqueza, pero también, y en no menor medida, a la democracia y las libertades individuales. Quizá por ello, asimismo, sus países generan el mayor porcentaje de fanáticos terroristas dispuestos al martirio para atentar contra el diabólico Occidente, en el que ven la encarnación de todos los males. Si existe un argumento sólido en contra de la convicción de que el mundo entero avanza hacia la comunión universal con la visión de las cosas propia de la civilización occidental es la contumacia con que las sociedades islámicas se aferran a sus señas colectivas de identidad.

Es por ello por lo que el presente y el futuro inmediato aparecen definidos ante nuestros ojos con unos perfiles mucho más semejantes a lo que Samuel Huntington denominó *choque de civilizaciones* que a la victoria sin matices del Occidente que aventurase Fukuyama en su célebre ensayo. Pero las dificultades no se deben tan sólo a la intensa y visceral reacción antioccidental de sectores de población muy amplios fuera de Europa y los Estados Unidos, como ha señalado el pensador norteamericano, sino al hecho de que el mismo Occidente confía ahora menos que nunca en sus propios valores y se muestra poco dispuesto a defenderlos. Así las cosas, el destino de la democracia, la dignidad del individuo y la economía de mercado podría ser morir de éxito.

La duda

Es una paradoja, pero no resulta por ello menos cierta. Las sociedades occidentales languidecen en nuestros días adormecidas por el poderoso narcótico de la opulencia. El desarrollo económico, que fue posible gracias, entre otras cosas, a la extensión de los valores que han hecho de Occidente lo que es, puede ahora causar

su destrucción. Y no porque riqueza y libertad sean incompatibles, sino porque la riqueza ha tenido como efecto colateral e indeseable minar las bases de la libertad.

En efecto, Occidente, como de algún modo le sucedió a Roma en los últimos siglos del Imperio, parece haber perdido la fe en sí mismo. Sin necesidad de compartir las jeremíacas profecías de Huntington acerca de la *decadencia moral*, el *suicidio cultural* y la *desunión política* de Occidente, a nadie se le escapa que nuestra civilización exhibe ya ciertos síntomas preocupantes, cuando menos similares a los que, en épocas pasadas, han jalonado la lenta marcha de las civilizaciones hacia la decadencia.

Una prueba evidente de la pérdida de fe en sí misma de la civilización occidental es el descrédito de la democracia y sus instituciones. Tanto en los Estados Unidos como en Europa disminuye día a día el interés de los ciudadanos en la política; la participación en las consultas electorales es baja; la afiliación a partidos y sindicatos, exigua; la dificultad para percibir diferencias entre las opciones, creciente, lo que va extendiendo la idea, una vez que se ha hecho evidente el fracaso histórico del comunismo, de que todos los líderes políticos son iguales y actúan movidos más bien por intereses personales que por el deseo de servir a la colectividad. Esta actitud, sin embargo, no es sino un pretexto tras el que una sociedad embotada por la opulencia y el materialismo oculta su escasa disposición a ejercer con responsabilidad las funciones propias de la ciudadanía consciente y responsable.

Por desgracia, no se trata de un hecho aislado. La desaparición progresiva de la ética del trabajo y el esfuerzo personal se ha extendido a todas las dimensiones de la vida. Las famosas palabras de Kennedy que aconsejaban a los jóvenes no usar su tiempo como una hamaca, sino como una herramienta, caen hoy cada vez con más frecuencia en saco roto. Por todo Occidente, el modelo de familia vigente hasta hace unas décadas entra en crisis, dejando a los hijos huérfanos de normas y de modelos. La escuela, transmutada en guardería de niños y jóvenes, confunde igualdad de oportunidades con igualdad de resultados y trata de alcanzar ésta aun al precio de enmascarar su fracaso. Los medios de comunicación, siervos sumisos de la imparable maquinaria del consumo, siembran sin miramientos en las conciencias cada vez más indefensas valores bien distintos de los que proclama la doctrina oficial de las democracias de Occidente. Materialismo sin ambages, búsqueda del placer fácil y rápido, rechazo visceral al compromiso y culto ilimitado al dinero son las verdaderas pautas de

comportamiento en que la sociedad occidental educa a sus nuevas generaciones.

Mientras esto sucede, gana terreno a cada paso la confusión entre tolerancia y relativismo. La tolerancia supone el respeto hacia valores, creencias o actitudes que no se comparten desde una postura de firme convicción acerca de la validez de las propias. El individuo o la colectividad se creen en posesión de la verdad, pero aceptan que pueda haber también verdad, o al menos una parte de ella, en las ideas de otros y las respetan por ello, aunque con ciertos límites. El relativismo, por el contrario, al negar por completo la existencia de la verdad, o al menos la posibilidad de alcanzarla, coloca en plano de igualdad todas las creencias y termina por no abrazar ninguna. Si la tolerancia es deseable, y un claro signo de madurez de una sociedad, el relativismo no lo es, porque priva a la colectividad que lo padece del poderoso elemento de coherencia que se desprende de la posesión de unos valores compartidos y porque, en mucha mayor medida, convierte en imposible la tarea de socializar a las nuevas generaciones. Y es el segundo, bajo el nombre de la primera, el que en realidad se extiende sin cesar en las sociedades occidentales.

Pero el relativismo alcanza su máximo poder disgregador cuando se une a otro indicio preocupante que hoy exhibe nuestra cultura: el complejo de culpa. Durante las últimas décadas ha llegado a convertirse en un lugar común, en especial del pensamiento *políticamente correcto*, la necesidad de pedir perdón al mundo por el daño que Occidente le ha hecho. Esta actitud, en sí misma, no es mala; es más, se trata incluso de un rasgo propio de nuestra cultura, la única que ha producido una conciencia crítica lo bastante fuerte para superar, al menos de manera parcial, el etnocentrismo característico de toda civilización. Pero una cosa es denunciar cuanto de malo ha hecho y hace Occidente y otra bien distinta renunciar a defender cuanto tiene y hace de bueno.

Lo que de malo ha hecho Occidente lo sabemos todos. Europa utilizó su superioridad técnica y demográfica para someter al mundo a sus dictados e imponerle sus creencias y valores. Cientos de millones de seres humanos, iguales a nosotros en derechos y dignidad, padecieron mucho por ello, e innumerables culturas sufrieron pérdidas irreparables o incluso se extinguieron. Lo que de malo sigue haciendo tampoco podemos negarlo. Países enteros sufren la explotación inclemente de indignas clases políticas que actúan en connivencia con grandes empresas multinacionales y gobiernos sin escrúpulos que sacrifican a las personas en el altar de

sus intereses políticos y económicos. Debemos avergonzarnos de ello; estamos obligados a criticarlo. Pero si tenemos ese deber es, precisamente, porque formamos parte de una cultura que propugna como principios básicos la dignidad del ser humano y los derechos inalienables del individuo; una cultura que ha inventado la democracia y que ha logrado que una parte al menos de la humanidad haya alcanzado cotas de progreso como nunca antes se habían conocido. Estos logros constituyen las señas de identidad de Occidente y debemos estar orgullosos de ellos. Y es, asimismo, en ellos en donde debemos trazar una nítida frontera entre lo que podemos respetar en otras culturas y lo que no podemos aceptar en ningún caso de ellas, ni tolerarlos en aquellos de sus miembros que desean vivir entre nosotros. Algunos, quizá muchos, de los valores y actitudes que Occidente ha tratado de imponer, no son universales, aunque hayamos tratado de imponerlos como tales a las demás culturas. Otros sí lo son. Sin ellos, la evolución de la humanidad hacia mayores cotas de bienestar y progreso, simplemente, no será posible. Por supuesto, no podemos imponerlos, pero es nuestra obligación ayudar a todos los pueblos a alcanzarlos. Quizá conocer la historia del Occidente y reflexionar sobre la manera en que ha llegado a ser como es hoy puede hacer que lo entendamos así. Espero que este humilde libro haya colaborado al menos un poco en esa tarea.